

A full-length portrait of José Miguel Carrera, a Chilean military leader. He is depicted in a dark, ornate military uniform with a high collar, epaulettes, and a sash. He stands with his right hand on his hip and his left hand resting on a sword. The background is a dramatic, cloudy sky. The text is overlaid on the right side of the image.

**José
Miguel
Carrera**

**Diario
Militar**

Quipu Editorial

*Westrosemente,
Amor, Espiritu, Piel, Hombros
descendiente*

Diario Militar

José Miguel Carrera

Quipu Editorial
Edición sin fines de lucro
<http://www.quipueditorial.com.ar>
Enero de 2011

Nota a la Presente Edición

El Diario de José Miguel Carrera es una de las fuentes documentales más importantes para comprender el período de la historia de Chile que tradicionalmente se ha denominado Patria Vieja (1810-1814).

En sus páginas desfilan personajes, batallas, decisiones políticas y militares; también lo hacen ideas, críticas y opiniones, irónicas e incluso sarcásticas de su autor. Este texto, redactado en las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1815, contiene el relato personal de Carrera respecto de su actuación política y militar durante aquella etapa. Sabido es que él fue uno de los actores principales de los inicios de la revolución de independencia y, por lo tanto, es imposible pedir que su propia visión de esos años contenga la misma imparcialidad que sí debiera exigirse al historiador que, reposadamente, medita sobre los hechos y los ordena en un relato.

El sentido general del texto es matrimonial y en él también está presente el natural deseo de trascender. Sin lugar a dudas, su autor pretendía dar a conocer lo que estimaba como errores y aciertos de esa época que terminó con el Desastre de Rancagua, e incluso es posible afirmar que, en cierto sentido, tiende a deslindar responsabilidades ante el curso desfavorable de los acontecimientos. Por ello es que sus expresiones han provocado polémica, y no solamente en aquellos años: no por nada ha existido una disputa historiográfica, algunas veces sostenida con fundamentos, otras no, entre sus partidarios y admiradores y quienes se inclinan más por la figura de Bernardo O'Higgins. La fuerza y ardor que en ella se ha puesto muchas veces ha superado a la que quizás los dos protagonistas emplearon y sintieron en su momento. Parafraseando un dicho bastante conocido, hay "carrerinos y o'higginistas más carrerinos y o'higginistas que Carrera y O'Higgins".

Sea como fuere, lo concreto es que ambos luchaban por la misma causa, y que sus figuras han sido "mitificadas" y "satanizadas" por sus partidarios y detractores, respectivamente. Sin embargo, aún es posible el análisis mesurado de dicho período, basado en la mayor cantidad posible de documentos que podrán arrojar más luz sobre este punto.

La presente edición del Diario de José Miguel Carrera tiene algunas características especiales. En primer lugar, hasta dónde sabemos, es la primera que se hace en formato digital, empleándose tecnologías modernas que permiten que, además, sea la primera en que se publican conjuntamente el texto principal y los documentos anexos que el autor refiere en él en un sólo cuerpo.

Adicionalmente, para facilitar su consulta, y también debido a una serie de requerimientos técnicos, hemos debido fraccionar el texto en varios capítulos, los que identificamos a continuación, conjuntamente con una descripción de sus contenidos generales:

Capítulo I: (25 de mayo de 1810 – Agosto de 1811). Prisión de Rojas, Ovalle y Vera. Deposition de García Carrasco. Constitución de la Junta Gubernativa. Creación de cuerpos militares. Motín de Figueroa. Instalación del Congreso Nacional. Arribo de Carrera a Chile. Preparativos del golpe de Estado del 4 de septiembre de 1811.

Capítulo II: (4 de septiembre de 1811 – 2 de diciembre de 1811). Acciones del 4 de septiembre de 1811. Influencia de la familia Larraín. Actuación de Juan Mackenna al mando de la artillería. Juan Martínez de Rozas y la Junta de Concepción. Opiniones sobre Martínez de Rozas. El predominio de los Larraín ocasiona un distanciamiento que conducirá a una nueva intervención militar. La acción del 16 de noviembre de 1811. Su llegada al poder. Complot contra los hermanos Carrera. Disolución del Congreso.

Capítulo III: (enero de 1812 – 27 de octubre de 1812). Desavenencias con la Junta de Concepción. Rivalidades con Juan José Carrera. Renuncia al Gobierno. Su reemplazo por Ignacio de la Carrera.

Reglamento Constitucional Provisorio de 1812. Cambio de autoridad eclesiástica en Concepción. Nueva conspiración.

Capítulo IV: (31 de marzo de 1813 – 15 de mayo de 1813).
Proyectado viaje a Concepción. Desembarco del Brigadier Antonio Pareja en San Vicente e inicio de las hostilidades. Aprestos militares. Relación de Rafael Sotta relativa a la captura de Talcahuano por los realistas. Relación de Pedro Barnechea sobre la ocupación de Concepción. Arribo de Carrera a Talca. Operaciones militares en abril de 1813. Relación del Teniente Zorrilla relativa a la ocupación de Concepción. Sorpresa de Yervas Buenas. Operaciones en la primera quincena de mayo. Pareja envía un parlamentario. Pareja se retira hacia Chillán. Combate de San Carlos.

Capítulo V: (16 de mayo de 1813 – 9 de agosto de 1813). Persecución de las tropas realistas. Movimientos de las fuerzas revolucionarias hacia Concepción. Rendición de esta ciudad. Reconquista de Talcahuano. Sitio de Chillán.

Capítulo VI: (10 de agosto de 1813 – 27 de noviembre de 1813).
Acciones posteriores al sitio de Chillán. Toma de Santa Juana. Preparativos para una nueva campaña. Combate de El Roble. Viaje de la Junta de Gobierno a Talca. Deja el mando del ejército.

Capítulo VII: (1° de febrero de 1814 – 27 de febrero de 1814).
Defensa de su actuación como comandante en jefe. Nueva conspiración en su contra. Arribo de Gabino Gaínza. Preparativos de su viaje a Santiago. Finanzas del ejército bajo su mando. Crítica diversas actuaciones del gobierno y de O'Higgins.

Capítulo VIII: (1° de marzo de 1814 – 11 de mayo de 1814). Prisión en Chillán. Tratado de Lircay. Fuga.

Capítulo IX: (13 de mayo de 1814 – 22 de julio de 1814). Reencuentro con el ejército. Apreciaciones políticas. Diversas opiniones y diferencias con el gobierno de Francisco de la Lastra. Preparativos del tercer golpe de Estado.

Capítulo X: (23 de julio de 1814 – 4 de septiembre de 1814). Golpe de Estado. Enfrentamiento militar y reconciliación con O’Higgins ante la llegada de una nueva fuerza realista.

Capítulo XI: (5 de septiembre de 1814 – 17 de octubre de 1816). Reorganización de las fuerzas. Batalla de Rancagua. Fallidos Intentos de defensa. Emigración a Mendoza. Controversia con José de San Martín. Traslado a Buenos Aires.

También, considerando su importancia, se han agregado algunos documentos que no figuran entre los que el mismo Carrera cita y algunas notas destinadas a aclarar algunos conceptos y situaciones específicas, las que han sido debidamente identificadas.

Paralelamente, y siempre entre corchetes, se han completado algunas oraciones y nombres para facilitar la comprensión por parte del lector. La grafía se ha modernizado y se han introducido mínimas modificaciones en la puntuación, las que en nada alteran el sentido original.

Por último, debemos señalar que hemos utilizado los tomos I y XIII de la Colección de Historiadores y de Documentos Relativos a la Independencia Nacional, cuya edición iniciara Enrique Matta Vial.

Cristián Guerrero Lira, Universidad de Chile.

Wikipedia. Enciclopedia de Internet.

Índice

1. Capítulo I. 25 de Mayo de 1810 - Agosto de 1810
2. Capítulo II. 4 de Septiembre de 1811 - 2 de Diciembre de 1811
3. Capítulo III. Enero de 1812 - 27 de Octubre de 1812
4. Capítulo IV. 31 de Marzo de 1813 - 15 de Mayo de 1813
5. Capítulo V. 16 de Mayo de 1813 - 9 de Agosto de 1813
6. Capítulo VI. 10 de Agosto de 1813 - 27 de Noviembre de 1813
7. Capítulo VII. 1º de Febrero de 1814 - 27 de Febrero de 1814
8. Capítulo VIII. 1º de Marzo de 1814 - 11 de Mayo de 1814
9. Capítulo IX. 13 de Mayo de 1814 - 22 de Julio de 1814
10. Capítulo X. 23 de Julio de 1814 - 4 de Septiembre de 1814
11. Capítulo XI. 5 de Septiembre de 1814 - 17 de Octubre de 1814

Capítulo I

25 de Mayo de 1810 - Agosto de 1810.

I. Prisión de Rojas, Ovalle y Vera. Deposición de García Carrasco. Constitución de la Junta Gubernativa. Creación de cuerpos militares. Motín de Figueroa. Instalación del Congreso Nacional. Arribo de Carrera a Chile. Preparativos del golpe de Estado del 4 de septiembre de 1811.

En 25 de mayo de 1810 sucedió la prisión de don José Antonio Rojas, don Juan Antonio Ovalle y don Bernardo [de] Vera; dimanó de las sospechas que tuvo el Capitán General, Brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, de que querían seguir los pasos de Buenos Aires. Carrasco, en los críticos momentos de la prisión de Fernando VII, se consultó con Ovalle, quien le aconsejó instalase una Junta de la que él fuese Presidente, y para esto le presentó el plan que creyó oportuno. Carrasco lo admite, lo presenta al examen de varios de los oidores y de otros enemigos de todo sistema liberal; le persuaden de que el plan envuelve una completa revolución, y que era llegado el momento de tomar medidas enérgicas para evitarla, anunciándole que Rojas, Ovalle y Vera se reunían todas las noches para acordar el modo de ejecutarla.

No necesitó más aquel déspota para proceder contra ellos; los hizo apresar y los mandó a Valparaíso con escolta a las órdenes de Vial.

El Oidor [Félix Francisco] Basso los siguió para formarles el correspondiente sumario. Verificado éste, los embarcaron a bordo de la Castor y los remitieron a Lima. Vera, que temía la presencia del Virrey [José Fernando de Abascal], tomó una bebida para parecer muy enfermo, y pudo quedarse por entonces.

El pueblo, irritado por este procedimiento contra tan beneméritos ciudadanos, pensaba únicamente en separar a Carrasco; antes creyeron necesario quitar de su lado a don Judas Tadeo Reyes, a don Juan Francisco Meneses y a don Juan José Campos; el primero Secretario, el segundo Escribano de Gobierno y el tercero su Asesor. Para esto, y con el fin de pedir que volviesen los tres expatriados, y que se les formase causa antes de que experimentasen el castigo de embarcarlos a un país distante, ocasionándoles gastos de consideración, dejando en abandono a sus familias y exponiendo a dos de ellos a una grave enfermedad por su avanzada edad y quebrantada salud, el Cabildo, acompañado de la parte principal del pueblo, se presentó en la casa de la Audiencia, a la que fue llamado Carrasco. En aquella sesión se consiguió la deposición de sus tres perversos agentes, pero no la vuelta de los tres que habían marchado ya; sólo Vera logró este indulto por su fingida enfermedad.

Carrasco, bárbaro por naturaleza, y soberbio con el poder de las bayonetas, dijo aquel día a tan respetable reunión: “¿Y ustedes saben si podrán salir de aquí?” Uno de aquellos chilenos que llevaban sus armas dispuestas quiso contestarle con un tiro, pero le fue impedido por los demás; sin embargo, conoció el viejo que eran superfluas las amenazas y cedió a cuanto pidió el Cabildo. No era esto sólo lo que se apetecía, y por eso se aumentó el descontento, trabajando con más descaro cuando obtuvieron los resueltos el primer triunfo contra el Capitán General de Chile. La Audiencia conoció que era imposible contener las ideas del pueblo, y quiso tentar el último recurso separando a Carrasco y obligándolo a renunciar; lo hizo así, y dio el mando al oficial de más graduación.

En 16 de julio de 1810 fue depuesto Carrasco, sucediéndole el Brigadier [Mateo de Toro Zambrano,] Conde de la Conquista. Este viejo demente no era patriota ni sarraceno, y por sí nada podía hacer.

La Audiencia trabajaba por asegurarse, y el pueblo por instalar una Junta. La Audiencia quería hacerse de fuerza y nada conseguía; entre los muchos comisionados para persuadir al Conde a que hiciera oposición al instalamiento de una Junta se cuentan los malos, los traidores chilenos don Manuel Manso, Administrador de la Aduana, Fray Francisco Figueroa, ex Provincial de San Agustín, y el Doctor don José Santiago Rodríguez, Canónigo de la Catedral de Santiago. Los jóvenes más resueltos y entusiastas por la revolución no repararon ya más que en los males que ofrecía el poder de la Audiencia, sostenida por la fuerza armada; se reunían y servían de escolta a los que representaban los derechos del pueblo, y llegó ocasión en que abocaron sus armas a las guardias del jefe, obligándolas a mantenerse quietas. Algunos vecinos de los que tenían influjo en la campaña, o que mandaban fuerzas de las milicias, las disponían en favor del pueblo: era ya imposible evitar el paso que se habían propuesto. La Audiencia, aunque tan decidida en contra de la revolución, creyó entonces condescender en parte; a la verdad ella nada podía, y para conservarse, para quedar en actitud de hacer algo en mejor oportunidad, aparentó voluntad.

En 18 de setiembre de 1810 se instaló la primera Junta de Chile, compuesta de siete vocales: el Presidente de ella era el mismo Conde [Toro Zambrano], y los seis restantes, don Juan Martínez de Rozas, don Francisco [Javier] Reina, Coronel de artillería y Comandante de la brigada de Santiago, don Juan Enrique Rosales, el Obispo de Santiago, Doctor don José Santiago Martínez de Aldunate, don Fernando Márquez de la Plata, Decano de la Audiencia, llamado de España al Consejo de Indias, y don Ignacio [de la] Carrera. Los secretarios, don José Gaspar Marín y don José Gregorio Argomedo.

La elección se hizo por más de cuatrocientos de los principales vecinos, entre los que se hallaban todas las corporaciones y jefes militares. En aquel acto se recibió un oficio de la Audiencia, protestando de nulidad por ser toda aquella obra opuesta a los derechos del Rey. Despreciaron la amenaza, pero los oidores quedaron pacíficamente en sus empleos. El acta del nuevo Gobierno reconocía la Junta Central o la Regencia y mandaba en nombre de Fernando. Se dio parte a España y las Cortes aprobaron todo lo hecho. En el navío

Standart de S.M.B., vino [llegó] el decreto de reconocimiento de las Cortes.

Los primeros pasos de este naciente Gobierno se dirigieron a la reunión del Congreso y a la organización de algunos cuerpos veteranos. En el acta de instalación que aprobaron las Cortes se protestaba que el primer cuidado sería citar los diputados al Congreso, y se conformó con esta determinación; no así la Audiencia, y los que veían en la libertad de Chile una traba a sus ambiciosas miras. Se creó el Cuerpo de Granaderos, de setecientas plazas, y los dos escuadrones de Dragones, de trescientas; para jefe del primero se eligió al Teniente Coronel don Santiago Luco, y para el segundo, a don Joaquín Guzmán; ambos eran absolutamente ineptos para la carrera militar.

Se mandaron a Buenos Aires trescientos veteranos escogidos de las tropas de Concepción, y se permitió que los porteños pusiesen bandera de recluta, con la que pasaron la cordillera mil hombres.

Se convocaron [se convocó a] los diputados para el Congreso, señalando [señalándose] a las provincias el número que debían elegir.

El 1º de abril de 1811 se convidó a la sala del Consulado a las mismas personas que eligió la Junta, a fin de que eligiesen los doce diputados que debían asistir al Congreso por la capital.

En aquel aciago día se presentó don Tomás Figueroa a la cabeza de trescientos hombres, compuestos de algunos veteranos de Concepción y de Dragones de Santiago, con el objeto de sorprender la reunión del pueblo y restablecer el antiguo Gobierno. Una casualidad había frustrado la elección, y como se encontraba burlado se dirigió con su columna a la plaza mayor. Observados por la Junta estos movimientos, manda que el Cuerpo de Granaderos salga a ocupar la plaza; aquel cuerpo era naciente, y sólo pudo ser útil por la decisión de su Sargento Mayor, don Juan José de Carrera; este oficial, por la irresolución del Comandante, ocupó la vanguardia y entró en la plaza con su columna, que formó en batalla, apoyando su derecha sobre los baratillos. Figueroa tenía su línea junto a la pila. Quiso tomar aquel traidor el mando en jefe de los dos cuerpos a pretexto de su mayor

antigüedad, desentendiéndose de los motivos por que se hallaban en aquella posición. El jefe de los Granaderos le contestó que no obedecía otras órdenes que las del Gobierno, que mandase él su cuerpo y que él mandaría el suyo. En esto se retira Figueroa y manda hacer fuego, según dicen algunos; otros dicen que lo rompieron los Granaderos; lo cierto es que se hizo una descarga, y que a ella escaparon Figueroa a Santo Domingo, el Coronel Vial y el Coronel Luco a la pescadería y otros muchos al lugar que les pareció más seguro: la plaza quedó por los Granaderos. Antes de batirse subió Figueroa a la Audiencia, y dijo a los señores “Mis armas sostienen la religión, mi Rey y el antiguo Gobierno“; no se sabe lo que contestarían; después se dijo que le habían encargado no hubiese efusión de sangre; lo cierto es que no dieron aviso alguno a la Junta. No, no se olviden jamás de los nombres de estos infames: componían la Audiencia don Manuel Irigoyen, hijo de Buenos Aires, don José Concha y don José Santiago Aldunate, naturales de Santiago de Chile, don Félix Basso, de Barcelona, y el Decano don Juan [Rodríguez] Ballesteros, de Andalucía. No dejemos de recordar las particularidades de aquel mismo día.

Figueroa contaba para su obra con la protección de todos los europeos y de la Audiencia. Nadie se comprometió descaradamente, a excepción de un tal Molina, natural de la frontera, soldado de aquellos Dragones; era éste el segundo caudillo.

Los dos cuerpos combatientes tomaron distinto rumbo a la primera descarga, a excepción de algunos pocos soldados y oficiales de Granaderos, por lo único que se conoció habían triunfado. El Comandante para correr tiró el bastón, y un soldado estuvo advertido para arrancarle el puño de oro antes que volviese a buscarlo. Un oficial, no contento con huir y tirar la casaca, se escondió bajo una mesa de billar.

Otro, se dijo herido y se tendió como muerto, estando bueno y sano.

Estando reunido el Gobierno y rodeado de un inmenso pueblo, se presentaron dos soldados de Figueroa con sus fusiles, sin duda con el objeto de asesinar al Gobierno. No hubo un hombre que se atreviese a

contenerlos; los entretuvieron con agrado y engaño hasta que llegó don Luis de Carrera con una compañía de fusileros de artillería, a cuya vista huyeron por los tejados; esta misma compañía conoció a muchos de los que se retiraban por la calle de Ahumada, y fue la que prendió a Figueroa debajo de un parral en Santo Domingo y lo libró de ser arrastrado por el pueblo.

La compañía de Dragones de la Reina, a las órdenes de su digno jefe, don Manuel Ugarte, hizo durante el peligro movimientos propios de su valor y conocimientos. Se alejaba del ruido para obrar con más acierto y huía del humo porque no le quitase la vista de las evoluciones del enemigo.

El Gobierno, atónito, no sabía qué hacerse. El vocal don Juan Martínez de Rozas, vuelto en sí con el triunfo, montó el caballo de un lechero, no sé si le quebró los cántaros, y puesto a la cabeza de los Dragones de Ugarte se dirigió a la plaza, como para proteger al ejército de la patria, pero ya estaba vencedor y reunido. En vista de la heroica resolución del señor [Martínez de] Rozas, quisieron algunos aclamarle Presidente, y lo habrían logrado si no se hubiesen opuesto otros más avisados. Al fin todo se tranquilizó felizmente. La Junta quedó como estaba, y procedió a formar causa al traidor, que fue pasado por las armas y puesto a la expectación pública el día 2 de abril, día en que también se suspendió de sus funciones a la Audiencia, cuyos miembros fueron después desterrados a distintos puntos; a excepción de Concha, todos los demás consiguieron pasaporte para Lima. Ellos debieron seguir la suerte de Figueroa; pero o no descubrieron o no quisieron descubrir sus crímenes por no ensangrentar más la revolución.

En 2 de mayo de 1811 estaban en Santiago los diputados de las provincias para el Congreso, y, como se hubiese retardado la elección de los doce de la capital, [Juan Martínez de] Rozas, que no podía todo lo que quería, intrigó e hizo que los diputados se fuesen a la sala de Gobierno y pidiesen asociarse a él hasta la instalación del Congreso. Así se verificó y se vio un Gobierno tan numeroso como la Central de Sevilla. Siguieron las intrigas para la elección de los diputados de Santiago, y se verificó burlando las esperanzas de [Martínez de] Rozas

y Larraines, porque recayó la elección en los enemigos de la Casa Grande , y era en parte sensible porque estaba el poder en manos de egoístas y sarracenos; el mejor era tímido e incapaz de nada bueno. Se entronizó entonces la casa de Cotapos, Infante, etc.

En 6 de junio de 1811 se instaló el Congreso y se quitó el Ejecutivo, reuniendo en sí, hasta nueva determinación, todos los poderes.

Componían este respetable cuerpo:

Don Agustín Eyzaguirre, por Santiago.

Don José Miguel Infante, por Santiago.

Don José Santiago Portales, por Santiago.

Don Joaquín Echeverría, por Santiago.

Don José Nicolás Cerda, por Santiago.

Fray Manuel Chaparro, por Santiago.

Don Juan José Goycolea, por Santiago.

Don Juan Antonio Ovalle, por Santiago.

Don Gabriel Tocornal, por Santiago.

Don Juan Agustín Alcalde, por Santiago.

Don Javier Errázuriz, por Santiago.

Don Joaquín Tocornal, hermano de don Gabriel, por Santiago.

Don Joaquín Gandarillas.

Don Estanislao Portales.

Don Manuel Recabarren.

Don José María Fuenzalida.

Don José María Rozas.

Don José María Ugarte y Castel-Blanco.

Don Fernando Errázuriz.

Don Manuel Cotapos.

Don Andrés del Alcázar, Conde de la Marquina, Concepción.

Don Agustín Urrejola, canónigo, Concepción.

Don Juan Zerdán, presbítero, Concepción.

Don Juan Pablo Fretes, canónigo, Florida.

Don Ramón Arriagada, Chillán.

Don Bernardo O'Higgins, Los Ángeles.

Don Mateo Vergara, Talca.

Don Esteban Manzano, Linares.

Fray Antonio Mendiburu, Chillán.

Don Manuel Salas, Itata.

Don Agustín Vial, Valparaíso.

Don Manuel Fernández.

Don Luis Urrejola, suplente de [del Conde de la] Marquina.

Don Martín Calvo Encalada.

Don Marcos Gallo.

Don Francisco Ruiz Tagle.

Se nombró por el Congreso el Ejecutivo, compuesto de tres individuos: don Martín Calvo Encalada, don Juan José Aldunate y don Juan Miguel Benavente, sus secretarios... .

Si examinamos con detención e imparcialidad el carácter, ideas e instrucción de los que componían estos respetables cuerpos, confesaremos que, en semejantes manos, era de necesidad pereciese mil veces el sistema; la facción, la intriga, el engrandecimiento personal, la apatía, la tolerancia y las largas e infructuosas sesiones, que las más veces concluían con groseros y escandalosos insultos, esto era lo que a primera vista era notado en el Congreso por el más estúpido. No faltarán algunos curiosos que conserven memoria de lo que sucedió desde la instalación hasta su deposición.

En 25 de julio de 1811 llegué a Valparaíso en el navío de S.M.B. Standart, a las órdenes del Comandante don Carlos Elphitones Fleming. Desembarqué a las oraciones de aquel día, y me presenté al Gobernador don Juan Mackenna, quien me recibió con toda urbanidad y cariño. Me llamó a su cuarto de dormir, y sigilosamente me preguntó por el estado de España y por el motivo que ocasionaba la venida de un navío de guerra inglés. Le pinté el estado de la nación en el lamentable que se vio en aquella época y le persuadí de la confianza que debíamos tener en el honorable Fleming que sólo venía a Lima por caudales. Le manifesté al mismo tiempo que el Teniente de resguardo don Juan Prieto nos había pintado a Chile en una completa anarquía, inclinándome a creer que mi padre protegía la causa del Rey, por lo que estaba expuesto a los insultos de los revolucionarios. Me aseguró todo lo contrario, comprobándolo con los destinos que ocupaban mis dos hermanos en las tropas veteranas; don Juan José Sargento Mayor de Granaderos, y don Luis Capitán de la brigada de Artillería de Santiago. Enseguida le impuse de un español Aguirre que acompañaba a Fleming, de un choque ruidoso que había tenido a bordo conmigo, y de lo perjudicial que serían en tierra él y el Oidor

[Antonio] Caspe, que lo fue en Buenos Aires y venía destinado a Chile.

A las doce de aquella noche partí para Santiago y llegué a las once de la noche del día siguiente en compañía de don Ramón Errázuriz, con quien vine en el mismo buque desde Cádiz. Aquella noche, después de los abrazos de mi familia, me retiré a dormir en compañía de mi hermano don Juan José, quien de algún modo me impuso de la situación de mi país. Me dijo que llegaba en los momentos de una revolución que se efectuaría a las diez del día 28; era dirigida a quitar [a] algunos individuos del Congreso, el [al] Comandante de Artillería [Francisco Javier] Reina, y no recuerdo qué otras cosas. Los que dirigían la obra eran [Martínez de] Rozas y Larraines, unidos a [Antonio] Álvarez Jonte. Me pareció que el proyecto encerraba mucha ambición y determinaciones perjudiciales a la causa y a mis hermanos, que eran los ejecutores. Les supliqué que se retardase aquel plazo hasta mi vuelta de Valparaíso, adonde tenía precisión de volver para que Fleming viniese a conocer la capital. Me ofreció hacerlo así y lo cumplió, a pesar de que en la mañana se presentaron muchos de los convidados al efecto. Bien conoció el Congreso el paso que se fraguaba y el Presidente don Manuel Cotapos mandó seguir un sumario para la averiguación de los cómplices. Verifiqué mi viaje a los tres días, y a pesar de que llevé carruaje y todo lo necesario para que Fleming hiciera un viaje cómodo, no quiso ir a causa de las sugerencias de Aguirre, que le persuadió a que no debía recibir obsequios de un pueblo que no reconocía a Fernando y su Regencia. En el concepto de aquel maldito godo, no había reconocimiento porque se había castigado justamente al traidor Figueroa, hombre desconocido que en su desgracia, cuando lo perseguían de la Corte por sus crímenes, necesitó el traje de padre barbón y no tuvo otro asilo que Chile; mereció de todos sus habitantes la compasión y toda hospitalidad; después de todos estos beneficios, le había agraciado el nuevo Gobierno con la comandancia del batallón de infantería de Concepción; fue ignominia del Gobierno poner en manos tan poco seguras la principal fuerza que entonces tenía Chile, pero mayor fue su barbaridad cuando se determinó a derramar la sangre de los mejores vecinos de Santiago, no por su Rey, sino por su engrandecimiento: él se creyó Presidente si lograba el golpe. Poco fue el castigo que

recibió. Fleming me aconsejaba me fuese con él a Lima, y que no me comprometiese ni tomase la menor parte en la revolución. Yo le contestaba del modo más prudente que podía; quería conservar la amistad de un hombre a quien tenía inclinación y debía favores; sin embargo, nada le prometí que perjudicase mi honor y patriotismo. Siguió su viaje a Lima, y quedó en que a su vuelta iría a Santiago, y que había de resolverme de volver a España; de todo era sabedor [Juan] Mackenna, con quien había entablado una amistad bastante intimada.

Por el 11 ó 12 de agosto volví a Santiago y muy luego fui presentado por Juan José en casa del Doctor Vélez, en la que estaban algunos de los que seguían el plan de revolución contra el Congreso. [Antonio] Álvarez Jonte, diputado de Buenos Aires cerca del Gobierno de Chile, era el que llevaba la voz. Conocí claramente las intenciones de [Álvarez] Jonte y procuré en el acto sacar a mis hermanos y retirarnos para que no se comprometiesen en cosa ninguna de las que proponían. Pocas noches después me citaron a casa de Astorga, y en el cuarto de su hijo José Manuel se hicieron nuevas tentativas por [Álvarez] Jonte. Nadie se oponía a la revolución; toda la dificultad consistía en los que debían ejecutarla, y esta ejecución querían fuese por nosotros, es decir, por los tres Carreras. Yo carecía de conocimientos en mi país, como que estaba recién llegado, y procuré informarme con detención de la injusticia o justicia de aquel paso. Pregunté por qué y para qué se pretendía tan estrepitosa revolución; me dijeron: “El Congreso y parte de las tropas están en poder de hombres ineptos y enemigos de la causa. Toda la parte sana del pueblo clama por remediar este mal y no se puede porque no hay libertad; es preciso acudir a la fuerza que mandan los buenos patriotas, que es la única esperanza que queda. Todos sacrificaremos nuestras vidas por salvar la patria”. Dije que me parecía justo, pero que el modo más racional de remediarlo todo y no comprometer y corromper [a] la tropa, sería el de reunirse los patriotas junto al cuartel de Granaderos y hacer desde ahí las peticiones que juzgasen necesarias. De esto dijeron que nada se sacaría porque, siendo tímido el pueblo, no querría reunirse. Pedí que nos pidiesen por escrito, y con la firma de los descontentos, que saliésemos a la plaza con los cuerpos, para apoyar su plan. A esto accedieron y quedaron de presentar la solicitud para otra noche.

Me pareció que debía tocar todos los medios posibles para evitar un paso perjudicial, por cualquier aspecto. Determiné explicar al Presidente del Congreso don Manuel Cotapos cuanto juzgué oportuno sin comprometer a persona alguna. Esta sesión la supo don Fernando Errázuriz, a quien como a su hermano don Ramón, se la comuniqué. El resultado no correspondió a mis esperanzas. Cotapos me ofreció suspender todo paso sospechoso; retirar el batallón de milicias que estaba acuartelado de centinela contra los Granaderos; no exigir que tuviese efecto la orden que había dado para que saliesen dos compañías de éstos para guarnición de Valparaíso y estrechase con Juan José para asegurarle lo mismo, y convencerlo de sus sanas intenciones respecto de su patria. Cotapos era torpe y no sabía ocultar sus intenciones. Por petición suya fui a verlo con Juan José, a quien ofrecí que el resultado de su visita sería una explicación sincera de cuanto he dicho, por el mismo Presidente. Todo sucedió al contrario, y muy lejos de cumplirme su palabra, instó por la pronta marcha de los Granaderos y se negó a retirar las milicias. Nos retiramos, y al salir, separándolo a un lado, le dije: “Usted me ha comprometido; tema los resultados de tan imprudente paso”.

Conocía evidentemente la intención de Cotapos, que no debía distar de la cabeza de sus compañeros, era ya indispensable la revolución. Volvimos a reunirnos en casa de don Miguel Astorga, y al preguntar a [Álvarez] Jonte por la suscripción de los descontentos aseguró que no había querido ninguno prestar su firma por temor. Quiso, con otros, persuadirnos de que eran innecesarios aquellos pasos de seguridad; y no pudiendo sufrir que nos eligiesen para agentes de su engrandecimiento, los de la Casa Otomana, sobre quienes caía la elección lucrativa en todos los acuerdos que presencié, le advertí que no estaba lejos de creer que si dábamos aquel paso seríamos víctimas de la emulación y el capricho de los mismos que se engrandecían por un trabajo bastante peligroso. Me replicaron con protestas muy amistosas. Concluimos la última sesión confesando necesaria la revolución; pero encargando que la hiciese el que tuviese resolución para ello, y que sobre él recayesen los bienes o los males.

Acordamos los tres hermanos la ejecución y lo avisamos a don Juan Enrique Rosales, por la íntima amistad que profesaba a mis dos hermanos y porque era uno de los acordados para gobernante. Como fuese necesario hacer un manifiesto y algunos bandos, nos dirigimos también al Doctor don Gaspar Marín, acordado igualmente gobernante, y al doctor don Carlos Correa de Saa, íntimo amigo de Rosales. El plan se organizó, y en sustancia contenía lo siguiente: a las doce del día debía asaltarse el cuartel de Artillería por sesenta Granaderos a las órdenes de los tres Carreras; una compañía debía ocupar las murallas y torres de la Catedral; el resto del batallón, después de mandar una compañía de auxilio a la artillería, había de tomar las casas de Aduana, Consulado e iglesia de la Compañía, que todo está en una plazuela distante una cuadra de la plaza. Los Dragones de Chile eran destinados al basural; las guardias del Palacio y del Congreso tenían orden terminante de cerrar las puertas y colocar [a] las tropas en los balcones y ventanas que caen al frente de la plaza. Todas estas fuerzas menos los sesenta hombres y la compañía de auxiliares, no tenían otro objeto que batir al regimiento del Rey si quería hacer oposición, como justamente se temía. El regimiento estaba acuartelado en el palacio del Obispo. El Congreso debía ser detenido, y, en caso de obstinación, el oficial de guardia debía pasar por las armas a los godos más empecinados, entre los que se veían en primera línea don Domingo Díaz Salcedo y don Manuel Fernández.

Se acercaba el día de la ejecución, y los doctores no querían escribir un solo renglón de puro temor. La víspera en la noche fui a rogar a don Antonio Mendiburu para que solicitase a don Manuel [de] Salas; ambos hicieron lo que los doctores. Toda la familia de Larraines sabía lo que había de suceder; pero todos se escondieron hasta que vieron asegurado el golpe.

Capítulo II

4 de Septiembre de 1811 - 2 de Diciembre de 1811

II. Acciones del 4 de septiembre de 1811. Influencia de la familia Larraín. Actuación de Juan Mackenna al mando de la artillería. Juan Martínez de Rozas y la Junta de Concepción. Opiniones sobre Martínez de Rozas. El predominio de los Larraín ocasiona un distanciamiento que conducirá a una nueva intervención militar. La acción de 16 de Noviembre de 1811. Su llagaba al poder. Complot de los hermanos Carrera. Disolución del Congreso.

En 4 de septiembre de 1811 a las doce del día sucedió la esperada y necesaria revolución. Nada de lo acordado se hizo; sólo los sesenta Granaderos destinados a la artillería cumplieron exactamente su encargo. Al tomar la guardia del cuartel no hubo otra desgracia que la muerte del Sargento de ella, y un granadero gravemente herido, que sanó. La viuda del Sargento muerto fue agraciada con el sueldo entero de su marido, para sí y sus hijos durante toda su vida; costó no poco arrancar este decreto de los nuevos gobernantes.

No puedo menos que hacer memoria de la conducta de muchos oficiales en aquel día, para que se conozca en qué estado se hallaba entonces la milicia. He dicho que al golpe de las doce debieron ejecutar todos lo que referí; el Comandante de Granaderos se enfermó; los oficiales del mismo cuerpo, a pesar de la buena disposición de la tropa, no tomaron la Catedral ni la plazuela de la Compañía ni mandaron el auxilio para los de la artillería, antes procuraron escapar a sus casas, dejándonos en la empresa. El Sargento Torres, puesto en la guardia del cuartel, tomó su fusil y los amenazó si intentaban salir. El Comandante Guzmán, de Dragones, y el Coronel Vial, de la Asamblea, no tomaron el basural; los jefes de las tres guardias de la plaza no cerraron las puertas. El del palacio, que era don Julián Fretes, se excedió de las órdenes, pero exponiéndose más y acreditando ser bueno para un compromiso.

Tomada que fue la artillería, llamamos a ella a los Granaderos y Dragones; los segundos llegaron una hora después porque aún no se consideraban seguros. Fui comisionado a intimar al regimiento del Rey que se mantuviera quieto, y a orientar al nuevo Gobierno de los motivos que ocasionaban aquel movimiento, pidiéndole que en el acto

se desencuartelase el regimiento del Rey, dejando las armas con guardia granadera. Aunque me costó algunas contestaciones, se verificó todo.

Dueños de las armas, se presentó en la plaza algún pueblo, no el número que se había asegurado.

Vamos ahora a examinar las peticiones que hizo el pueblo, cómo las hizo y por qué. Ellas son señaladas con [en] el Cuando me presenté en la sala del Congreso después de acceder a la intimación, me suplicaron (particularmente el Presidente don Juan Zerdán) que me mantuviese en su compañía para evitar insultos y para que me entendiese con el pueblo; accedí. Al poco rato dijeron algunos de los diputados, a quienes apuraba la gana de comer: “Oigamos de una vez lo que quiere el pueblo. Don José Miguel Carrera puede exigir que hagan por escrito sus peticiones para evitar confusión”. Así lo hice, bajé a la plaza y en alta voz repetí las palabras del Congreso. Llegó a mí el padre [Joaquín] Larraín, Correa, don Francisco Ramírez, yerno de [Juan Enrique] Rosales, y porción de diputados que hacía días no asistían a las sesiones. Correa puso en mis manos una cuartilla de papel que contenía las peticiones. Se leyeron en alta voz, y entre todos los que he nombrado, acompañados de otros de la pandilla y de algunos infelices para quienes todo era igual, a cada una de las peticiones daban vivas. Inmediatamente pasé al Congreso con aquel pastel, en que se pedía la separación de los sospechosos por contrarios al sistema; entre éstos estaba [Juan Agustín] Alcalde, y para que no lo desconozcan, el Conde de Quinta Alegre. Antes de pasar adelante, quiero contar la única parte que tuve en todo lo que se hizo después de la revolución. Yo no conocía a nadie más que por los de las reuniones; pero no dejaba de reconocer la parte que tenía la facción. Se me antojó al entregar la cuartilla que contenía las peticiones que Eyzaguirre, por sus hebillas de oro, polvos, bastón gordo, capa grana y zapatos de terciopelo, había de ser más goda que Alcalde; por eso con el lápiz borré a Alcalde y puse a Eyzaguirre; se conocía esto tanto, que no quise entregar la cuartilla y pedí al Congreso que mandara escribir lo que yo dictaría; hizose así, y al concluir pidieron que firmase, lo rehusé un poco, pero lo firmé suplicando que fuese a leerlo al pueblo uno de los diputados, poniéndole la nota de ser copia del original que

fui a recibir en la plaza del pueblo y que me había sido entregado por uno de sus individuos. He aquí mi pecado y la única intriga de aquel día; todo lo demás fue obra de la Casa Otomana; colocó el Gobierno de su casa, Congreso de su casa, y todo a su placer y gusto. Obsérvese que entre los separados por sarracenos está [José Miguel] Infante, que siendo individuo del Cabildo, antes de la instalación de la primera Junta, dio pruebas inequívocas de su interés por la causa de la libertad, y don Juan Antonio Ovalle, que acababa de escapar de las manos del Virrey [Abascal], a quien fue remitido por primer revolucionario; estos dos no tenían otro delito que oponerse a la ambición de la Casa Otomana, según conocí después, pero los dos se vieron desterrados y sufrieron como todos los que lo merecían. El Congreso empezó a tramar alguna cosa, y se acercó el batallón de Granaderos a la plaza: al ruido de su llegada tembló el Congreso y para tranquilizarlo le hice mil protestas de seguridad. Me cansé de acompañar a S.A., de ser su intérprete para con el pueblo, y de éste para con S.A.; me retiré, y aprovechando los momentos, el padre Larraín y Correa, fingiéndose apoderados del pueblo, hicieron con el Congreso cuanto gustaron, dejando en pie su fingida comisión por los días que necesitaban para sus fines. Una de las causas por que manifestaba queja el dichoso pueblo, era porque Santiago tenía doce diputados en el Congreso; pidió se redujesen a seis, y después de concedido, conociendo fray Joaquín [Larraín] que en Correa tenía un excelente auxiliar, lo dejó por su antojo en el Congreso, siendo así que quedaban siete diputados por Santiago. ¡Qué tal! ¿Sabía capitular el frailecito? Al cerrar la noche del 4 había ya logrado cuanto podía apetecer; el ejecutivo era compuesto de don Juan Enrique Rosales, don Juan Mackenna, a quien por petición de los mismos se le dio el grado de Coronel (en esto también intervine) y la comandancia general de Artillería e Ingenieros; el primero es cuñado y el segundo sobrino del fraile; don Gaspar Marín, cuya íntima amistad con Rosales y Larraines es pública; don Juan Martínez de Rozas, con quien se hallaba unida la familia, y don Martín Calvo Encalada. Don Juan Miguel Benavente era suplente de [Martínez de] Rozas. [Martínez de] Rozas, cuando perdió las esperanzas de la revolución, se fue a Concepción para asegurar su poder desde aquella provincia. Los secretarios del Gobierno eran don Agustín Vial, íntimo amigo y dependiente de [Juan] Mackenna en Valparaíso y don Juan José Echeverría.

En la noche del 4 fui citado a casa de don Juan Enrique Rosales por Fray Joaquín [Larraín]; me llevaron al cuarto [de] estudio de don [Juan] Enrique para acordar como absolutas las reformas que ellos decían necesarias; el fraile es hábil, y como vio que en aquellos días habíamos trabajado por ellos únicamente, lo atribuyó a inocencia y sagazmente empezó a proponer. Le vi tender la vista sobre la Casa de Moneda, Administración de Tabacos, aduanas y otros empleitos de esta naturaleza; es verdad que el pobrecito tenía necesidad de acomodar a sus hermanos Martín primero y Martín segundo, a su sobrino político [Antonio José de] Irisarri y [a] una porción de parientes pobres y cargados de familia. Hagámosle justicia, la familia de los quinientos [sic] debe confesar al fraile por su padre y padre muy amante. No me parecieron bien sus propuestas, y le dije que, habiendo sido nombrado un Ejecutivo, no había necesidad de remover [a] los jefes de aquellas administraciones, por petición del pueblo; que los agraviados nos atribuirían la obra a los Carreras, y que, por consiguiente, nos llevaríamos el odio de una porción de familias que iban a reducirse a la miseria. No le agradó esto mucho a S.P. pero calló, y medio conoció que la revolución no era en todas sus partes de mi aprobación.

Dio a conocer la causa que empezaba a odiarme. El día 6 pasaron oficios de gracias a Juan José [Carrera], a [Agustín] Vial y a Guzmán, y a mí no me dijeron una palabra, hasta que oyendo la crítica que hacían del olvido de mi servicio, cuando agradecían el de Guzmán y Vial que nada hicieron, me pasaron el [documento número 2].

[Juan] Mackenna llegó de Valparaíso y fue dado a reconocer en la artillería, donde fue recibido con toda amistad y complacencia. El único servicio que recibió la brigada durante su mando fue el de asegurar el cuartel con una reja de fierro que costó 1.500 pesos; se veían en ella dos troneras por las que escasamente cabía la boca de un cañón de a 4. La brigada tenía gente escogida, y como la tropa no estuviese a rancho, el modo de reducirla a él fue publicar en la orden del día, que el que no quisiese comer en rancho recibiría su licencia absoluta; a los dos días se vio el cuerpo con una baja de doscientos soldados, cuya educación había sido muy costosa. Mackenna no

entendía palabra de artillería; aseguro, sin ponderar, que un Sargento sabía más que él, porque sabría distinguir la cureña del cañón. Entre las revoluciones que diariamente fingían los Larraines para sus fines particulares, intentaron una por los artilleros para reponer a su antiguo Comandante [Francisco Javier] Reina. No quiero pasar en silencio las disposiciones de Mackenna; conozcamos de todos modos su pobre cabeza, y creamos en lo futuro que no son grandes hombres todos los que hablan inglés. Avisado Mackenna de la [presunta] revolución, mandó pedir cien Granaderos y con ellos se dirigió al cuartel; me mandó a reconocer el estado en que se hallaba la tropa; fui y los encontré durmiendo y muy tranquila la guardia de prevención cuyo Comandante era de toda seguridad. Llevé esta noticia a Mackenna, diciéndole me parecía se volvieran los Granaderos para no manifestar recelo a la tropa; no admitió y siguió hasta llegar a la puerta del cuartel, en la que a pesar de que el oficial le prometió que no había la menor novedad para entrar, sacó una pistola y, preparándola, la abocó al primer Sargento que vio, que era el de guardia. Colocó los Granaderos en el patio y subió con dos partidas a los dormitorios, los registró prolijamente y, no habiéndoles encontrado ni un cuchillo, a pesar de estar durmiendo, los hizo bajar con sus pellejos para que se mudasen en aquella hora (la una de la mañana) a la Casa de Moneda. A fuerza de instancias conseguí los dejase dormir en su cuartel; pero tres veces mudó de dictamen y otras tantas los mandó bajar con sus camas. Los artilleros que estaban inocentes y que veían aquella alternativa de disposiciones, lo declararon loco. Tomó Mackenna varias declaraciones y nada resultó. No recibía otra educación la brigada que una visita que hacía todas las tardes el señor Comandante General, para preguntar si había novedad.

Llegó a Santiago la noticia de que [Martínez de] Rozas había hecho en la [ciudad de] Concepción el día 5 de septiembre una revolución por el pueblo, con el objeto de ayudar a la que se meditaba en Santiago, que creía no podría verificarse. De resultas de las peticiones del pueblo, se exigió en la provincia una Junta Superior de cinco individuos, y en los partidos juntas subalternas de tres. En la superior fue presidente el intendente don Pedro José Benavente, Coronel de Dragones, y vocales don Juan Martínez de Rozas, don Luis [de la] Cruz, don Bernardo Vergara, don Manuel Vásquez Novoa y Secretario

don Santiago Fernández. El Comandante de la infantería veterana, Conde de la Marquina, fue depuesto y reemplazado por el Teniente Coronel don Francisco Calderón. El Cabildo también se mudó y lo mismo el Asesor de la Intendencia don Ignacio Godoy. El Obispo [Diego Antonio Navarro Martín de] Villodres asistió al Cabildo Abierto y manifestó agrado en las elecciones. No debemos negar que aquel día se entronizó el patriotismo, y que todos los depuestos lo fueron justamente. [Martínez de] Rozas era patriota, pero el interés personal era su primer cuidado; a esta mala cualidad añadía la de ser mendocino y muy adicto al Gobierno de Buenos Aires. Él quería ser otro [George] Washington, pero le faltaba el valor y las más de las virtudes que adornaban a aquel grande hombre. Muchas de las peticiones del pueblo se dirigían a asegurar el poder de [Martínez de] Rozas; verdad es que no conocía la Concepción otro hombre capaz de dirigirla.

[Martínez de] Rozas no podía desear más. Vocal en la Junta de Santiago y Vocal en la de Concepción, parecía regular que admitiese con preferencia el Gobierno superior; pero esto no convenía a sus ideas. Había recibido noticias de Santiago, asegurándole que si iba sería quitado y perseguido en el momento; y que así lo acreditaba la conducta que había observado don José Miguel Carrera, negándose a que lo nombrasen Presidente de la Junta, sin la calidad de alternar con los vocales. Creyó [Martínez de] Rozas lo que le decían: no hay duda que me opuse, pero no intentaba cosa alguna contra él. [Martínez de] Rozas se vio en la necesidad de renunciar al Gobierno de Santiago y quedarse en la Concepción. Para tener en aquél [aquella provincia] todo el ascendiente que deseaba, trató de hacer representativo el Gobierno superior y gestionó sobre el particular al Congreso. No hay la menor duda que trabajaba activamente por separar del Gobierno a don Pedro José Benavente, con el objeto de poner en ejecución sus miras con toda libertad. Temió del ascendiente que Benavente tenía en la provincia y por eso no lo hizo.

Volvamos a Santiago, y ante todo recordemos otra tentativa de [Martínez de] Rozas, para hacerse absoluto en el mando. Cuando llegó a Valparaíso el Standart, navío de S.M.B., estaba [Martínez de] Rozas en Santiago; hizo correr la voz de que traía gente de desembarco, que

tomando a Valparaíso reuniría allí el partido de los descontentos, para tomar la capital. Sus satélites predicaban en aquellos momentos de confusión que se suspendiesen las sesiones del Congreso y se resumiese en [Martínez de] Rozas el poder, porque era el único hombre capaz de emprender la defensa de Chile. Los avisos prontos de Valparaíso desvanecieron toda sospecha y frustraron los planes acordados. Todo lo habría logrado sin tanto trabajo si no hubiese estado tan reciente el horroroso atentado con [contra Tristán] Bunker, Capitán de la Escorpión. No lo relato porque quiero se olvide un acontecimiento que hace tan poco honor a Chile.

Nuestro Gobierno en Santiago nada hacía útil. La Casa Otomana tenía entre manos la obra de su engrandecimiento. El frailecito se colocó muy luego en la presidencia del Congreso, y se constituyó un dictador. En la noche citaba [a] varios jóvenes a su casa, y al padre de la Buena Muerte, que peroraba y persuadía cuanto quería fray Joaquín [Larraín], quien elogiaba sus talentos y buenas disposiciones. Al día siguiente se decretaba todo muy al paladar.

El Ejecutivo empezó a manifestar sus bellas intenciones. [José Antonio] Ezeiza, el que después fue colgado por traidor a la patria, obtuvo pasaporte para salir con su buque cargado de provisiones para Montevideo, en circunstancias de estar prohibido. Cuando este atentado fue descubierto por el pueblo, empezó el clamor; se dio orden para que saliese el Potrillo para alcanzar [a] la fragata y fue preso Ezeiza, que declaró haber recibido los pasaportes de manos del Secretario don José Gregorio Argomedo.

Dispuso la organización de tres batallones de milicias de infantería, con los nombres de Fernando VII, Infante don Antonio e Infante don Carlos. En uno de ellos se nombró Sargento Mayor a don Antonio José [de] Irisarri, sobrino político de fray Joaquín y todos los primeros empleos de aquellos cuerpos se destinaron a amigos o parientes.

Se organizaba la milicia cívica, la elección de los oficiales se hacía por las mismas compañías. La tarde que se reunieron a esta elección, se presentaron fray Joaquín [Larraín] y mucha parte de la familia; intrigaron a su gusto, y resultó que colocaron toda la oficialidad de la

facción: Coronel de Cívicos don Juan Rozas, Capellán Fray Joaquín, Sargento Mayor don Juan de Dios Vial y algunos capitanes de la familia. Vial, hermano del Secretario, reunía la inspección de Pardos, la comandancia de Asamblea y la mayoría de los Cívicos, cuando solamente tiene aptitudes para presentar cuentas y para ministro de ejecución de justicia.

Ya vemos toda la fuerza asegurada por los Larraines; a éstos se destinaban todos los empleos, y cada día se afirmaban más en su Gobierno, y esperábamos por momentos ver a nuestra patria hecha patrimonio de aquella familia, como lo fue el convento de la Merced de Fray Joaquín.

Querían los ambiciosos alejar de sí [a] toda persona que pudiera conocer e impedir sus miras. Me propuso Fray Joaquín, en compañía de Argomedo, que admitiese el Gobierno de Coquimbo; me excusé, aunque me hacían promesas muy lisonjeras.

Me convidó Fray Joaquín a un paseo en compañía de [Juan Enrique] Rosales, Ramírez, Izquierdo y Pérez. En el camino, después de algunas botellas de ponche, dijo Fray Joaquín: “Todas las presidencias las tenemos en casa: yo, Presidente del Congreso; mi cuñado, del Ejecutivo; mi sobrino, de la Audiencia [11], ¿qué más podemos desear?” Me incomodó su orgullo, y quise imprudentemente responderle preguntándole quién tenía la presidencia de las bayonetas. Hizo en él tanta fuerza esta chanza, que se demudó y en aquella noche ya se criticó en la familia mi atrevimiento, dictando muchos de ellos las medidas de precaución que debían tomarse con los Carreras, particularmente conmigo.

El descontento se aumentaba; don José Manuel Barros corrió un pasquín pintando la conducta de Fray Joaquín, y advirtiendo al pueblo lo que debía esperar; a mí me dio una copia don Baltasar Ureta, con toda reserva. Como mi hermano Juan José visitase diariamente en casa de [Juan Enrique] Rosales, lo hacía yo también para ver modo de alejarlo. En la noche del día del pasquín fui y lo llevé. Se ofreció hablar de él, y la señora de Rosales, hermana del fraile, me preguntó si lo había visto; díjele que sí y que lo tenía; me pidió que lo leyera, y a

sus instancias lo hice. Cuando oyó “El apóstata Larraín, fraile intrigante y ladrón”, saltó la señora, y abusando de la amistad, clamó a su marido porque se me obligase ante el Gobierno a declarar el autor de aquel papel; él exigía con pesadez se lo declarara en confianza: me negué con expresiones acaloradas y me retiré enfadado. Rosales me solicitó al siguiente día y aparentemente seguí en su amistad.

[Juan] Mackenna me excitaba con recato a recibir una comisión para el extranjero; otras veces me propuso aceptar el destino de Sargento Mayor de Dragones, para que organizase aquel cuerpo; me negué a lo primero, a pretexto de no querer abandonar mi país y para lo segundo dije admitiría en comisión para su disciplina; pero no quería que mis servicios se le agradeciesen a un jefe tan ignorante que no sabía ni las obligaciones de un Cabo.

En conversación que tuve con Mackenna, le aseguré que si no ponía trabas al descontento, se vería él envuelto en las desgracias que amenazaban a la familia que más aborrecía el pueblo, con la que se había enlazado. Contestó con gravedad que tenía la fuerza toda, que estaba íntimamente unido con [Martínez de] Rozas, y que nada tenía que temer; le repliqué diciéndole que el día que se pusiese un hombre a la cabeza del partido opuesto, se los llevaría el demonio. Manifestó desprecio, aunque dejó conocer algún cuidado. Me preguntó si sabía algo; dije que no, ofreciéndole por mi honor que le avisaría con tiempo cualquier cosa que se intentase contra el Gobierno o contra su familia.

[Martínez de] Rozas pidió de Concepción útiles de guerra y el único maestro de montajes que tenía la capital; a todo accedió el Gobierno porque quería aumentar el poder de aquel amigo y porque temía del suyo. Afortunadamente pudo detenerse al maestro.

Ya no podíamos conformarnos por más tiempo con la dominación de la casa [Larraín]. Los buenos chilenos ocurrían a nosotros acusándonos de haber sido los que habíamos puesto al país en manos de aquella familia y que por consiguiente habíamos cooperado a la esclavitud de todo Chile. Por otra parte, eran muy manifiestas sus intenciones, y al retardar por más tiempo una contrarrevolución,

temíamos fuese más imposible. Las determinaciones de la Junta en beneficio del país eran ningunas; de modo que nada protegía a aquella maldita familia para no sofocarla.

Se proyectó este paso tan útil al Estado y nos determinamos a no esperar un día. Crecía la acechanza contra nosotros, y a cada instante esperábamos un nuevo insulto. Los satélites de [Martínez de] Rozas no se descuidaban, y estaban muy avisados por la representación que hicimos al Congreso pidiendo la separación de Correa.

El 15 de noviembre de 1811. Cuando estaba al efectuarse la revolución, fui a casa de [Juan] Mackenna a las once de la noche a avisárselo y, como no lo encontrase, le dejé dicho que iba a informarle de un suceso interesante como se lo había prometido; así lo declaró él mismo en la causa de conspiración del mismo mes que existe en mi poder.

El 16 de noviembre de 1811. A la una de la mañana aclamó el Cuerpo de Artillería a don Luis Carrera por su jefe; éste con una patrulla se dirigió al cuartel de Granaderos a avisarlo a mi hermano Juan José, que se resolvió a ayudar. Se mandó poner el batallón sobre las armas y se citó [a] la oficialidad. Don José Vigil, con cien Granaderos, fue a conducir al cuartel cuatro piezas volantes del de artillería, las que se colocaron en el patio. Al amanecer, sabedor el Ejecutivo del suceso, mandó a su Secretario, don Agustín Vial, como para persuadirnos a desistir; nada se adelantó a pesar de que el Congreso tomó una parte activa en lo mismo. Se hizo la petición de que se citase al pueblo para que eligiese nuevo Gobierno. Entonces el Congreso comisionó a su Secretario, don Mariano Egaña y a don Manuel [de] Salas para que con su elocuencia tratasen de impedirlo todo. Nada más hicieron que los anteriores enviados; se citó al fin al pueblo. En la noche del 16 se intrigó altamente por los Larraines, para que la elección recayese cuando no sobre los mismos, al menos en otros de los amigos. Se me olvidaba que en la tarde del 16 se habían [sic] nombrado por el pueblo unos diputados, que pidieron al Congreso un Gobierno que no agradó a los militares. La guardia de Granaderos se opuso, avisó a su Comandante el oficial, y vino éste con el batallón a la plaza, subió al

Congreso a quien protestó la mayor sumisión, y por ser tarde se dejó todo para el día siguiente.

Pocas veces o ninguna se había reunido en Santiago tanto pueblo. En la plaza mayor y en el Cabildo hizo su acuerdo libremente. El pueblo de Santiago confirió su tutela a los señores Carreras. Pidió para los tres un escudo u otra distinción, en recompensa de sus servicios en las dos ocasiones que lo habían librado de la esclavitud. A don Juan José se le dio el grado de Brigadier, a don Luis y a mí el de Teniente Coronel; Juan José quedó de Comandante de Granaderos y Luco retirado. Se pidió por el escuadrón de Granaderos que su fuerza se aumentase de setecientas plazas a mil doscientas; que se levantase un cuartel para su comodidad; que se depositasen en caja dos o tres millones para las urgencias de la guerra, que podíamos tener por los enemigos exteriores. La artillería pidió por Comandante General a don José Berganza, Capitán de la compañía de artillería de Valdivia; en esto se llevaba la doble intención de arrancarlo de una provincia donde era perjudicial por su poca adhesión al sistema. Por Comandante de la brigada de Santiago, a don Luis Carrera, y no recuerdo lo demás.

Últimamente se eligió el Ejecutivo, del que fui Presidente, y vocales, don Gaspar Marín, por Coquimbo, y don Bernardo O'Higgins, por Concepción, como suplente de don Juan [Martínez de] Rozas. En la noche del 17 presté el juramento de estilo en manos del Congreso. Marín hizo una resistencia obstinada a asistir, con expresiones tercas y equívocas. O'Higgins se disculpó con que era preciso su viaje a Concepción, pero al fin los dos admitieron y asistieron al despacho. Los secretarios eran don Agustín Vial y don Juan José Echeverría.

Me veía entre cuatro enemigos, y a cada paso tenía que estudiar el modo de evitar una explicación dura. En el poco interés que mostraban por trabajar, en sus semblantes y disposiciones, conocí la mala fe de sus intenciones. Las amistades de Marín y sus continuas sesiones en el Congreso, eran otros tantos motivos que me obligaban a observarlo con mucha atención.

Acordó el Gobierno la creación de la Inspección General de Caballería y me la confió a mí.

El 27 de noviembre de 1811. Estando en el cuartel de Granaderos, en el cuarto de mi hermano Juan José, llegó Luis y me dio una pistola, diciéndome: “¡cuidado!”. Era el caso que don Santiago Muñoz Bezanilla había sido convidado por los Huicis para asesinarlos; éstos eran sobrinos de Fray Joaquín [Larraín]. Comprobó su denuncia con asegurar que don José Domingo Huici había quitado la ceba de las pistolas de mi hermano Juan José, en la tarde, mientras estaba en su ejercicio doctrinal, para ejecutar su plan en la noche. Examinó Juan José las pistolas y halló que verdaderamente estaban sin ceba, la que había puesto por la mañana y no podía haberse caído, porque no las había movido y a más tenían un resorte que aseguraba el rastrillo. Huici estaba en compañía nuestra cuando llegó Luis; procuramos entendernos con disimulo, y no mudamos de semblante por no recelarlo. Salimos juntos del cuartel, y con mucho cariño lo convidamos a entrar en casa de Zuazagoitía a beber; se excusó diciendo que iba a desnudarse por el mucho calor. Entramos a lo de Zuazagoitía por asegurarlo más de nuestra inocencia; él fue a prevenir a sus compañeros, y nosotros mandamos a aprontar los caballos y cuatro criados. Bezanilla dijo a Luis que Juan José sería atacado en el bajo del puente nuevo, al pasar a su tertulia que era diariamente en casa de don José Antonio Franco, y que a este fin estaban destinados doce individuos de los que ocho eran Larraines. Juan José deseaba vengarse y se adelantó solo; al pasar por el puente vio a tres hombres montados y disfrazados que no se le acercaron. Apenas echamos de menos a Juan José, salimos a su alcance, Luis, los cuatro criados y yo, llegando a lo de Franco sin haber notado lo menor; Juan José nos contó de los tres que había encontrado. Después de un rato nos volvíamos a casa; al bajar el puente mandamos a los criados se retirasen a desensillar los caballos, y los tres hermanos nos repartimos por diferentes calles con el objeto de examinar si nos acechaban. Nos habíamos separado de Juan José, cuando vimos tres disfrazados, que nos pareció serían los del puente; nos acercamos a ellos y huyeron. Luis apresó a don Francisco Formas, Ayudante de la artillería, yo a un negro criado de don J[uan] José Echeverría, y el otro, que era don José Antonio Huici, se escapó. Formas llevaba un par de pistolas, y el

negro de Echeverría tres pistolas, trabuco y un cuchillo. Fueron puestos presos en la cárcel; mandé a buscar a Juan José, temiendo lo asesinasen. Luis fue a asegurar el cuartel de Artillería y yo el de Granaderos. Apenas llegué a la guardia y dije habían querido asesinarnos, cuando sin más orden se formó el batallón, jurando acabar con todos los que tuviesen parte en tan horrendo atentado; di orden de que no se dejase entrar a ningún oficial sin mi conocimiento, y entonces entregué el cuartel a J[uan] José, que acababa de llegar.

Me dirigí a la plaza, y después de tomadas todas las medidas de precaución, procedí a tomar declaraciones al negro y a Formas, llamé para esto al Secretario don Agustín Vial, cuñado de Formas, y resultó de la averiguación, manifiesto el asesinato intentado.

Conocí que el plan tenía trascendencias, y para evitar todo mal, mandé reunir los dos regimientos de milicias de la capital y el de Melipilla. A la madrugada del 28 fui al cuartel de Granaderos, mandé llamar a Muñoz Bezanilla y me manifestó cuanto sabía. Resultó preso [Juan] Mackenna, por una orden dada por mi Ayudante, a pesar de que se le daba por autor del plan de conspiración, don Francisco Vicuña, don Martín Larraín, don José Gregorio Argomedo, con algunos otros, menos los dos Huici que huyeron; fueron seguidos hasta el [río] Cachapoal por el Alguacil Mayor Alfaro; pero ellos se escondieron en la chacra de Lo Hermida, y de allí fugaron a Concepción por la costa y se habilitaron de caballos en la hacienda de Izarnóstegui, yerno de don Juan Enrique Rosales.

No parecía creíble que [Juan] Mackenna quisiese mi muerte. La noche del 18 de noviembre, cuando estaba depuesto del Gobierno, fui a su casa y le ofrecí el empleo de vocal, que [Gaspar] Marín rehusaba; le dije, que lo apreciaba y que estaba cierto que, separado de las ideas ambiciosas de su familia, sería querido del pueblo; aunque se manifestó resentido, al fin quedó de acompañarme y me renovó promesas de una sincera amistad.

El 28 de noviembre, luego que amaneció, mandé avisar a mis dos compañeros para que asistiesen al Gobierno; ni ellos ni ningún individuo del Senado habían tenido curiosidad de preguntar la causa

de unos movimientos tan remarcables, a pesar de que empezaron a las diez de la noche del 27, en circunstancias de estar disfrutando de la luna en la Alameda casi todo el vecindario.

Nos reunimos en la sala de despacho a las nueve de la mañana, y en aquel momento di parte de lo ocurrido; no lo había hecho antes porque estaba cierto que lejos de ayudar a nuestra seguridad, habrían tratado de acabarnos y ayudado a los reos para la fuga. Se mostraron resentidos por mis determinaciones sin su consulta, y tratando de que pasase uno de nosotros a orientar al Congreso, dijeron que fuese yo, ya que lo había hecho todo y podía explicarlo mejor.

Reunido el Congreso, en menos de su mitad, pasé a su sala y expliqué muy menudamente lo ocurrido. Aunque no hubiese tenido antecedentes contra muchos de los congresales, sus semblantes daban a conocer que si no eran del plan, eran por lo menos sabedores. Se acaloraron un poco porque había mandado poner sobre las armas los tres regimientos y porque las prisiones se habían hecho sin su conocimiento. Procuré satisfacer a todos. Me dijeron, que supuesto que la conjuración estaba sofocada, retirase la milicia para no causar gastos al erario; aseguré que no se gastaría un real, que yo pagaría lo poco que fuese preciso. Al ver los malvados deshechos todos sus lazos, entre otros, don Antonio Mendiburu dijo: “Nos iremos a nuestras provincias si no hemos de ser obedecidos”; les contesté que para lo que allí hacían era mejor se retirasen, y de algún modo manifesté mi encono a aquella canalla.

En aquella misma mañana visité a [Juan] Mackenna, quiso persuadirme de su inocencia, pero estaba demasiado cierto de sus intenciones para creerlo; me preguntó si era capaz de creerlo asesino; le respondí: “Séalo usted o no lo sea, yo soy el mismo y mi alma no puede inclinarse a odiar a usted; ojalá pueda vindicarse de los cargos que se le hagan. No tema usted el resultado de su causa, sea cual fuere su delito. Desde este momento, aunque no se ha tomado ninguna declaración, queda comunicado con su mujer; avíseme cuanto usted necesite y le serviré con el interés del amigo que fui y soy“. Di al momento orden para que estuviese comunicado con su mujer, y lo estuvo siempre. Él fue puesto preso en una sala con su tío don Martín

Larraín, y a éste lo visitó su mujer e hijos; así se les dio tiempo para combinar sus respuestas a los cargos.

En la noche fui citado al Congreso al que se presentó el Diputado de Buenos Aires don Bernardo [de] Vera, como intercesor de los reos. Creían los infames que queríamos ejecutar la ley, y temían ser descubiertos. Propusieron nombrar una comisión para juzgarlos, compuesta de cinco congresales, me opuse; me preguntaron si quería todo el rigor de la ley contra los delincuentes; respondí que parecía natural, pero que me contentaba con descubrir [a] los cómplices y que después de convictos y confesos se paseasen por las calles libremente. Los más ignorantes, los menos culpados y los indiscretos dijeron expresiones que me hicieron expresarme con calor, dije: “Dentro de esta misma sala hay asesinos”. Se concluyó la sesión dejando al arbitrio del Ejecutivo el nombramiento de la comisión, y asegurando yo que no serían tratados con rigor los reos.

El Juez de Apelaciones, don Domingo Villalón, fue comisionado por el Ejecutivo para adelantar el sumario, actuando con el escribano sustituto don Pedro José Cousiño.

Era ya de absoluta necesidad destruir el Congreso, pues a más de ilegitimidad e ineptitud, encerraba porción de asesinos, y era el centro de la discordia, de la revolución, de la ambición y de cuanto malo puede creerse. Veíamos al Presidente don Joaquín Echeverría, cuñado de [Gaspar] Marín, que había protegido el plan; al Diputado don Francisco Vicuña, uno de los más comprometidos; y últimamente en aquella reunión imperaba la Casa Otomana; era pues forzoso elegir entre nuestra muerte y la esclavitud de Chile, o el abatimiento de la familia de Larraines y sus adictos.

El manifiesto del Congreso del 18 de noviembre, [documento N° 3], manifiesta bien claramente cuán poco le agradaba aquella revolución, en que se quitaba el poder de manos de los Larraines, véase y cotéjese con el de 5 de septiembre, [documento N° 4], y concluiremos confesando que para destruir la Casa era preciso destruir el Congreso.

El 2 de diciembre de 1811, cité los cuerpos de caballería a revista de inspección, y, formándolos en la plaza junto con la tropa veterana y parte del pueblo, se pidió que cesasen las sesiones del Congreso, cediéndole al Ejecutivo todos los poderes. Mostraron alguna repugnancia, pero al fin pasaron por todo y se retiraron a descansar a sus casas, algunos a sus haciendas, a ninguno se le hizo la menor extorsión. Los diputados de Concepción fueron detenidos hasta segunda orden, por sospechas que teníamos de aquella provincia, que había aumentado su odio por los continuos reclamos de las facciones de la capital.

Para formar un juicio más exacto de la justicia de este paso, véanse la causa de conspiración del 27 de noviembre, y las declaraciones de don Santiago Muñoz Bezanilla, de don José Vigil y del doctor Vélez, que están señaladas con el N° 5. [Gaspar] Marín renunció en la noche y se le admitió; luego se fue a Coquimbo. Quedé sólo con O'Higgins; se nombró una comisión compuesta del mismo Villalón, don Domingo Toro y don José Joaquín Rodríguez para la sustanciación de la causa hasta la definitiva, siendo asesores don Joaquín Gandarillas y don José Antonio Astorga; éstos dos fueron subrogados por don Manuel Fernández Burgos y don Pedro González Álamos. Después actuó como juez este último, y le reemplazó don Lorenzo Fuenzalida.

Estos jueces sentenciaron la causa del 27 de febrero en la forma siguiente: don José Antonio y don José Domingo Huici, prófugos, ocho años de destierro a Juan Fernández. Al negro Rafael Echeverría, cinco años al mismo destierro. Formas, dos años a Quillota. Al Capitán don Gabriel Larraín, dos años a Combarbalá. Al Coronel don Juan Mackenna tres años a San Juan, en la provincia de Cuyo, o a La Rioja. Don Francisco Vicuña dos años a La Ligua. Don José Gregorio Argomedo un año a San Felipe. Al Coronel Vial, al Doctor Vélez y a los capitanes Vigil y Muñoz Bezanilla se les declaró inocentes.

La Junta se conformó, pero reformó lo siguiente: [Juan] Mackenna dos años a la hacienda de su suegro. Vicuña a la misma hacienda, permitiéndole traficar por los pueblos de Petorca, Ligua y costa de Puchuncaví. A Formas y a Argomedo a doce leguas de la capital, en el

pueblo de San Francisco del Monte. Al liberto Rafael Echeverría a Coquimbo por dos años.

Don Juan Miguel Benavente, luego que fue separado del Gobierno en la revolución, obtuvo licencia para ir a Concepción. Don Francisco Calderón, la noche de la prisión de Mackenna, temió por él; seguramente tenía algún delito, lo cierto es que vivía en la misma casa y que al oír el ruido de algunos carros se descolgó precipitadamente por el balcón y se fugó para Concepción. Estos dos esparcieron en la provincia ideas poco favorables a nosotros. [Martínez de] Rozas no necesitaba de esto para sernos contrario.

Capítulo III

Enero de 1812 - 27 de Octubre de 1812

III. Desavenencias con la Junta de Concepción. Rivalidades con Juan José Carrera. Renuncia al Gobierno. Su reemplazo por Ignacio de la Carrera. Reglamento Constitucional Provisorio de 1812. Cambio de autoridad eclesiástica en Concepción. Nueva conspiración.

A principios de enero, cuando aún no se sabía en Concepción la [noticia de la] deposición del Congreso, se interceptaron pliegos de aquella Junta para el Congreso y sus diputados, mandándoles hacer protestas contra los acontecimientos de noviembre, ofreciendo las fuerzas de la provincia para sostener el Congreso, y mandando a los de Concepción que se retirasen. Ya [Martínez de] Rozas disponía en pie el ejército y hablaba con mucha energía.

De resultas de esto mandé a O'Higgins a Concepción, para hacer a [Martínez de] Rozas proposiciones amistosas y para asegurarle de mis buenos sentimientos hacia mi patria. No muchos días después mandé a mi padre, don Ignacio de Carrera, con doscientos veteranos a tomar posesión de Talca para evitar las intrigas de Concepción.

Solo en el Gobierno trabajaba con una actividad extremada, particularmente en la organización de la fuerza militar. La inspección de caballería recibía una buena organización; el batallón de Granaderos se elevó a la respetable fuerza de 1.200 hombres; se reformó el cuerpo de 300 Dragones por inútiles y se levantó el de Guardia Nacional de 500 plazas; la artillería se aumentó a 400. Se quitó a los frailes de San Diego el convento y se levantó en él un famoso cuartel de caballería; se hicieron 10.000 lanzas y 1.500 tiendas de campaña, vestuarios, monturas para todos los cuerpos, municiones de todas clases y, por último, cuanto se necesitaba para la defensa de un país, que hasta entonces estaba enteramente expuesto a ser presa de cualquier enemigo por falta de artículos de guerra y de organización en sus fuerzas. El pueblo no fue oprimido por [con] contribuciones, sólo se aumentaron los derechos en algunos ramos y con esto se veía atender a unos gastos de tanto bulto.

Don José Santiago Portales y don Nicolás Cerda ocuparon las dos vacantes del Gobierno; don Juan José Aldunate renunció a una.

Concepción seguía su apresto militar, los diputados del Congreso tuvieron licencia para regresar a su provincia y acabaron de alarmar los ánimos pintando [a] la capital capaz de recibir la ley de las tropas de Concepción: no reflexionaban aquellos ignorantes lo que puede un trabajo constante.

En principio de marzo llegó a manos del Gobierno una proclama del Comandante de infantería veterana de Concepción, don Francisco Calderón, anunciando a los pueblos que la resolución de aquella respetable fuerza era la de librarlos de la esclavitud y que se disponía a marchar sobre la capital; los cabildos de los pueblos le contestaron agriamente. La Junta de Concepción dirigió oficio a la de Santiago, incluyéndole la determinación de los militares de aquella provincia; la de Santiago contestó dignamente, despreciando tan miserables amenazas y criticando la poca subordinación y respeto de la tropa para con su Gobierno; este extraño acontecimiento obligó al Gobierno a reforzar el punto de Talca (Véase el manifiesto del Gobierno, del 4 de marzo, [documento N° 6]).

El 19 de marzo de 1812, en la tarde salió la división del centro del ejército observador de la frontera, compuesta de novecientos veteranos y doscientos caballos, a las órdenes del Comandante General, Brigadier don Juan José Carrera, con sólo el objeto de contener a los de Concepción que, confiados en nuestra anterior impotencia, querían darnos la ley.

El 1° de abril de 1812, se descubrió la conspiración que había organizado contra mi persona el Teniente de artillería don Nicolás García. Su objeto era asegurarme, alamar [a] las tropas y el [al] pueblo contra la división de Talca, para que triunfase [Martínez de] Rozas. Luis [Carrera] estaba convaleciente en Valparaíso. Todo se frustró y se siguió causa a los cómplices por el Juez de Policía don Manuel Fernández Burgos. El delator fue Domingo Mujica, Alférez de artillería, convidado para la revolución. Eran cómplices el Alférez del mismo cuerpo don Manuel Quezada, y no dudo que también lo eran Pedro Quiroga, don Juan Manuel Zevallos, un tal Espejo, Dragón de la Reina, el Sargento de artillería Ramón Picarte (éste se escapó) y no me acuerdo qué otros.

Cerda se retiró del Gobierno, y en su lugar entró don Manuel Manso: éste era godo y renunció muy breve, reemplazándolo don Pedro José Prado Jaraquemada.

A fines de abril del mismo año fui comisionado a Talca por el Gobierno, con plenos poderes para transar con [Martínez de] Rozas, jefe de las tropas enemigas, amistosamente todas las desavenencias.

Muy pronto llegué a aquel destino. [Martínez de] Rozas estaba del otro lado del Maule y yo lo provoqué a una entrevista que se verificó al sur del mismo río. Retiré a Talca todas mis guardias y lo esperé en la orilla del río con cuatro oficiales y tres ordenanzas. [Martínez de] Rozas llegó con grande acompañamiento y pasó el último brazo del río con la música de sus Dragones. Comimos juntos aquel día, y en la tarde se despidió, quedando de ir a Talca al día siguiente. No lo verificó, y me escribió diciéndome que sus oficiales no se lo permitían; nos entendimos oficialmente; convinimos en casi todas

nuestras diferencias, reservando algunas para que decidiesen por los gobiernos de ambas provincias. Lo que principalmente pedía [Martínez de] Rozas era un Gobierno representativo, lo que estaba concedido muy de antemano. Desde la revolución de diciembre protestó el Gobierno que sería representativo; en la de noviembre se hizo tal el Gobierno, como lo acredita el manifiesto N° 3 del Congreso.

Últimamente nos convinimos en retirar las fuerzas a las capitales de ambas provincias; el 1° de junio regresó a Santiago nuestra fuerza; véase mi oficio N° 7 al Gobierno.

Durante mi permanencia en Talca quisieron los facciosos introducir el desorden; corrieron la voz de que estábamos prisioneros de [Martínez de] Rozas, y que era ya todo acabado. Luis [Carrera] estaba en la capital y nada pudieron. En el ejército hicieron correr para desanimarlo que la división de Santiago no pasaría de la Angostura para Talca. Ocasiónó esta voz el oficio de los jefes de la división de Santiago y mi contestación que se ve con el N° 8.

Don Luis [de la] Cruz fue elegido representante por Concepción, como Vocal en el Gobierno superior, y don Juan [Martínez de] Rozas con don Pedro José Benavente se disponían para marchar a Santiago con plenos poderes, para concluir amistosamente nuestras negociaciones, cuando sucedió la revolución en Concepción.

El 25 de mayo de 1812 recibí en Talca el acta en que se ven los motivos por qué fue depuesta la Junta de Valdivia por la tropa. Se componía esta de los patriotas don Isidro Pineda, presbítero Doctor don Pedro José Eleizegui, el Coronel don Ventura Carvallo, Presidente, don Vicente Gómez y don Jaime de la Guarda. Véanse el acta y manifiesto de la Junta de Guerra que se creó en la revolución, señalados con los N°s 9 y 10; los oficios de la misma Junta de Guerra a mí, mi contestación y la contestación del Gobierno, señalados con el N° 10.

Apenas llegué a Santiago, se publicó el decreto del Gobierno, fecha 6 de junio, N° 11.

El 8 de julio de 1812 se hizo la revolución en Concepción y fue depuesta y presa la Junta de Guerra, de la que era Presidente don Pedro José Benavente. Véanse los oficios de la Junta de Guerra y del Obispo al Gobierno, y la contestación de éste, señalada con el N° 12.

En mi concepto, la intención de los revolucionarios fue la de acabar con el sistema, según se observaba en todas sus determinaciones; don Pedro José Benavente me aseguró lo mismo cuando estuve en Concepción. El Gobierno quería destruir la Junta de Guerra, pero no se atrevía a hacerlo por falta de relaciones en la provincia y porque temía algún esfuerzo de los comprometidos si llegaban a comprender sus intenciones.

En estas circunstancias llegó la fragata que había llevado los caudales a Valdivia, y trajo el acta que se señala con el N° 13. He aquí uno de los resultados de las desavenencias de Concepción con Santiago. No distó el Gobierno de presumir lo que hemos visto realizado después.

Para evitar los males con que nos amenazaban las juntas de guerra de Concepción y Valdivia, era preciso tomar medidas sagaces y activas; asegurada Concepción, nada costaba sujetar a Valdivia.

En agosto de 1812 fue mandado a Concepción don Juan Antonio Díaz Salcedo y Muñoz, como diputado del Gobierno cerca de la Junta de Guerra, para tratar y cortar toda desavenencia; su principal objeto era destruirla. Para aminorar la fuerza veterana de la provincia mandó el Gobierno que los vocales de la Junta de [Martínez de] Rozas fuesen conducidos con muy buena custodia; y posteriormente se pidió enviasen a varios patriotas con escoltas respetables y separadas, sólo por hacer menos difíciles los planes que meditaban. Puesto [Díaz de Salcedo y] Muñoz en Concepción, aunque no se portó con la dignidad que exigía su cargo y representación, logró por el influjo de don Pedro [José] Benavente, revolucionar la tropa, destruir la Junta de Guerra, apresarla, remitirla a Santiago con muchos de los sospechosos y dejar el mando seguro en manos de Benavente.

Logrado este paso vino [Díaz de Salcedo y] Muñoz a Santiago a ponerse a la cabeza de la Guardia Nacional, que mandaba, para que yo fuese a Concepción a acabar de arreglar los asuntos de aquella provincia.

Mi objeto en tal viaje era el de asegurar [a] los frailes de Chillán cuya conducta nos traía gran partido de descontentos contra el sistema, y la persona del Obispo [Diego Antonio Navarro Martín de] Villodres, tan perjudicial como veremos después. Los cuerpos militares habrían sido expurgados, y en toda la provincia no iba a quedar un sospechoso contra la causa.

Llegó de Valdivia la fragata Nueva Limeña, que llevó el situado. Se le pidió a la Junta de Guerra que viniese a la capital. A Berganza, que había sido aclamado Comandante General de artillería, se le pidió que mandase algunos cañones, fusiles, pistolas, etc., etc., etc., para hacerlos así menos fuertes en sus tentativas contra el sistema, cuya idea le conocíamos. El resultado de este paso se ve en el acta en que acordaron separarse del Gobierno de Chile y reconocer el del Virrey de Lima; [véase el N° 13]. Este acontecimiento redobló la vigilancia del Gobierno en aprontar su armamento, y en acordar el modo más pronto para reducir a los infames de Valdivia. Se acordó que cuanto antes marchase a Concepción a organizar y aumentar la fuerza para tomar a Valdivia y reducirla a la obediencia. Oficiamos por este suceso al Virrey de Lima. Véase el oficio N° 14, su contestación fue la del N° 15.

Los descontentos Larraines, parecía que no querían quitarnos el sosiego, y muchos de ellos se acercaban a ofrecer sus servicios; esto, y el oficio que pasaron al Gobierno después de la deposición de [Martínez de] Rozas [véase N° 16] nos persuadió de que, aunque enemigos y siempre vengativos, no querían en los momentos en que peligraba la patria ejercitar sus gracias acostumbradas.

Como era preciso que se interrumpiese la obra de nuestra libertad, sobrevino un acontecimiento bastante desagradable. Juan José [Carrera] se dejó sorprender por Manso y otros enemigos de la causa: le persuadieron de que mi conducta era loca, que con mejor política se

haría mucho más, que en lugar de un joven debía ponerse un hombre maduro, capaz de borrar las malas impresiones que yo había hecho, etc. Juan José nunca pudo llevar con paciencia verse mandado por mí, siendo menor que él; en junio había intentado trabar conmigo algún disgusto, pero supe evadirme y cortarlo.

Dos días antes del aniversario de la instalación de nuestro Gobierno, pasó Juan José a la Junta un oficio duro para que se le entregasen cantidades para seguir la obra de su cuartel. El Gobierno para empezarlo mandó a Goycolea que levantase un plano y el cálculo que formó de su costo ascendía de 80 a 100.000 pesos. Goycolea engañó al Gobierno, porque la obra costó como 400.000 pesos. Así es que por exigirlo las circunstancias, y no ser posible romper por entonces con Juan José, se decretó la entrega de 8.000 pesos mensuales. Juan José no se contentaba, y este disgusto, ayudado de los consejos de los godos, le hizo tentar el medio de aburrirme para que dejase el Gobierno: él estaba recién casado y toda la familia de su mujer y sus relaciones eran también de godos. Su insolente oficio me obligó a contestarle el N° 17 y a hacer la renuncia N° 18.

Aunque el 30 de septiembre se celebró con toda pompa el aniversario que debió celebrarse el 18, no asistió [asistieron] Juan José ni su oficialidad, sin duda para que temiendo el pueblo se encerrase en sus casas y todo fuese triste. Luis y yo pusimos sobre las armas los cuarteles de nuestro mando, y logramos que todo fuese completo.

El 1° de octubre de 1812, a las seis de la tarde retiró Juan José [Carrera] todas las guardias que guarnecían los puestos de la plaza, dejándolos abandonados. Ya yo estaba separado del Gobierno; pero Juan José creyó que así se vengaba de mí. El pueblo temió que el resultado fuese poco favorable a la causa, Juan José fue reconvenido por el Gobierno, y contestó que para instruir con perfección su cuerpo necesitaba que en seis meses no hiciese servicio alguno. [Pedro José] Prado, que era Presidente, me llamó para saber si podría llenar los puestos con la Guardia Nacional. Este naciente cuerpo era de Húsares; por moderno, nada sabía; en fuerza tenía una tercera parte del de Granaderos, y así es que no podía cubrir la guardia de la plaza. Díjele que, aunque no seguía el ejemplo del jefe de Granaderos en la

insubordinación, respecto a que destinando la guardia al servicio de la plaza jamás aprendería su obligación, dispusiese de mi empleo desde aquel momento; al día siguiente puse en sus manos el oficio N° 19. Prado hizo cubrir el servicio de la plaza con algunos Dragones y Asambleas.

Luego se citaron [citó a] las corporaciones y jefes militares para elegir el vocal que debía reemplazarme. Creyeron que el modo más seguro de subordinar a Juan José era el de elegir a mi padre, don Ignacio de Carrera. Luis y yo fuimos citados a la elección, y para entorpecer de algún modo el plan meditado por Juan José, dijimos que el Gobierno había declarado que no se eligiesen los gobernantes de otro modo que en Cabildo Abierto, y que así se nos permitiese retirarnos y se nos diese un certificado de nuestra protesta.

El 3 de octubre en la noche fue elegido mi padre vocal de la Junta; Juan José [Carrera] fue a verlo a su hacienda y en una sesión reservada lo persuadió a tomar el mando; vino mi padre y prestó juramento. Apenas ocupó la silla, cuando quiso seguir las máximas de Manso, no porque fuese sarraceno, sino porque le hacían comprender que era lo más acertado. Juan José le persuadió a que volviese la escarapela encarnada, por no llevar la tricolor que dos meses antes había yo puesto, y no estaba lejos de ayudar a colocar una porción de hombres que sin duda acababan con el sistema. Acordamos con Luis sostenerlo a fuerza de sangre si no podíamos con la razón, y para ello tomamos las medidas y precauciones necesarias. Algunas veces estuvieron los cuerpos sobre las armas con bala en boca.

Cuando Juan José vio que en manos de mi padre nada adelantaban sus proyectos, temió perderse y manifestó deseos de volver a nuestra amistad; el Cónsul [Joel Roberts] Poinsett con varios amigos de la causa de Larraín lo visitaron y lo persuadieron a ello. Nos juntamos en casa de Poinsett el padre Camilo Henríquez, el Doctor [Jaime] Zudáñez, don Francisco [Antonio] Pérez, Juan José, Luis y yo. Apenas nos vimos, volvimos a amistarnos, y ya no se acordó de otra cosa que de buscar los medios para reformar el Gobierno, y dar un nuevo ser a nuestra revolución.

Después de algunas noches que nos reunimos, presentaron la Constitución que debía darse al Gobierno. Accedimos gustosos a ella, y en materias políticas, cedíamos al dictamen de los señores Henríquez, Pérez, Zudáñez, Salas, Irisarri y otros de esta clase.

La Constitución se presentó al Gobierno a nombre del pueblo por una comisión compuesta de los señores Canónigo don Pedro Vivar, Decano de la Audiencia don Francisco [Antonio] Pérez y Coronel don Juan de Dios Vial. El Gobierno le mostró alguna repugnancia, pero las reflexiones de la comisión vencieron. [José Santiago] Portales estaba advertido y la sostenía. Todo esto fue obra exclusiva de los Larraines.

El 27 de octubre de 1812, se puso la Constitución en el Consulado para ver si la voluntad popular era por ella. Voluntariamente la suscribieron las personas que se ven en el N° 20, y quedó instalado el Senado, Gobierno y Cabildo, [documento N° 21]. El modo con que fue sancionada la Constitución por las provincias, fue igual al de la capital.

Seguíamos entregados a la organización de nuestra defensa, cuando la contestación del Virrey de Lima al oficio de que ya hemos hablado vino a turbar los ánimos. El 17 de noviembre en la tarde hubo Junta de Corporaciones, y se leyó la carta del Virrey. Todos convinieron en que aquellos insultos pedían la guerra; pero se tuvo presente que nuestro armamento no estaba en estado de empezar la campaña, y nos reservamos para cuando hubiésemos reducido a Valdivia, logrando todo aquel tiempo de las ventajas que nos dejaba el comercio con Lima. Ya la estación y el estado adelantado de todas mis obras me ofrecían verificar la de asegurar el sur del reino.

Para emprender mi viaje con toda seguridad, creí de primera necesidad poner a la cabeza de la Iglesia [a] un pastor de nuestras ideas; la mitra estaba vacante, y el vicario capitular era un enemigo acérrimo del sistema, lo mismo era todo el coro y todas las corporaciones. No había otro arbitrio que traer a la silla al Obispo auxiliar don Rafael Andreu y Guerrero, que estaba en Quillota; consulté esto con don Manuel [de] Salas, don Francisco Pérez, don Antonio Irisarri, Fray Camilo Henríquez y otros muchos que lo

conocían. Todos convinieron en que era el más a propósito, y me instaron con frecuencia para que lo efectuase. Acompañado del Cónsul Poinsett fui a Quillota, [y] lo hice ocupar su silla, después de muchas contestaciones, como Gobernador del obispado. El Provisor Rodríguez [Zorrilla] recibió despachos de Fernando [VII] para el obispado, y aunque hizo muchas tentativas no recibió más que desaires.

Al verificar mi viaje para emprender una campaña que era toda mi ambición, se descubrió otra conspiración contra nuestras personas. El 28 de enero de 1813 fueron sorprendidos en sus casas y presos los individuos que tenían meditada y acordada la horrorosa revolución. La denunciaron a mi hermano Juan José el Alférez de Granaderos don Toribio Torres y don Ramón Guzmán. La causa original existe en mi poder; pero para saber el objeto de la revolución basta leer la declaración de Torres, N° 23, y la de Guzmán, N° 24; resultaron cómplices y fueron convictos y confesos. En casa de don José Manuel Astorga fueron las sesiones para convenir en la revolución del 4 de septiembre de 1811; éste fue uno de los comprometidos en esta revolución; los otros fueron don José Gregorio Argomedo, el mismo que era amigo y secretario en la Junta del 4 de septiembre, en cuya revolución tomó una parte activa; don Ramón Argomedo, hijo del anterior; don Juan Álamos, escribano público; don Juan Lorenzo Vera, id; don Manuel Solís, id; don Tomás Urra, hijo de don Juan. Este joven me profesa en el día una estrecha amistad. Me acompañó en la última campaña en clase de Ayudante de Órdenes, y en Buenos Aires me ha asegurado que la revolución de enero era dirigida desde Mendoza por don Juan [Martínez de] Rozas, y que en las varias ocasiones en que se discutió si deberíamos o no morir, los más empeñados eran don Juan Álamos, don José Gregorio Argomedo, don Antonio Hermida y don Francisco [Antonio] Pérez; estos dos últimos no resultaron reos en la causa, pero ella da completa idea de lo que eran, y es consiguiente a este descubrimiento confesar que la revolución era de Larraines.

Don Manuel Rodríguez fue mi Secretario en el Gobierno hasta julio de 1812.

Don Carlos Rodríguez, hermano del anterior, y don Ambrosio, Capitán de la Guardia Nacional. No sé por qué se declararon mis enemigos; pero eran los más generosos. Querían mandarme en comisión al extranjero y separarme del mando; eran muy amigos de Urra. Después volvieron a ser mis amigos, como se verá en la última revolución.

Don Pedro Espejo. Este era Dragón de la Reina; hoy vive en casa del Director Álvarez [Jonte] y se ha fingido Capitán de las tropas de Chile. Don José María Fernandois, hoy es oficial del enemigo. Don Manuel O' Ryan. Don Ramón Picarte. Uno de los de la revolución anterior; hoy se dice y aparenta amigo. Fray José Funes. Fray Ignacio Mujica. Fray Juan Hernández.

La sentencia se firmó el 18 de marzo de 1813, en estos términos: don José Gregorio Argomedo, diez años a Juan Fernández; don Ramón Picarte, Sargento de artillería y Alférez graduado por haber ayudado a la revolución del 4 de septiembre, por ocho años a Juan Fernández y expatriación perpetua; don Juan Álamos, ocho años a la misma isla; don Manuel y don Ambrosio Rodríguez con don José Tomás Urra, un año a la isla y expatriación perpetua; al Regidor don José Manuel Astorga, a la pérdida de su empleo, y que eligiese entre dos años a la isla y [o] seis a cualquier otro punto fuera del reino; don Juan Lorenzo Urra, por tres años a la villa de Petorca; don José María Fernandois, por dos años a la casa de su padre; don Ramón Argomedo, por cuatro meses a la hacienda de su padre, sin ser separado de su empleo en la [Casa de] Moneda; don Manuel O' Ryan y don Pedro Esteban Espejo, por seis meses a Valparaíso; don Manuel Solís, por seis meses a la villa de Petorca, con retención de su empleo; don Carlos Rodríguez, libre y sin nota alguna; Fray José Funes, expatriación, remitiéndolo a la ciudad de San Juan, su patria, depuesto de los grados y distinciones que obtenía en su religión ; Fray Ignacio Mujica, en los mismos términos, a Mendoza; Fray Juan Hernández, al hospicio de Copiapó por dos años.

Esta sentencia y todas las amenazas que encierra y se ven en los autos, no lleva otro objeto que evitar de algún modo atentados que precisamente habían de envolvernos en sangre. Don Carlos

Rodríguez, padre de los tres que se ven en la causa, intercedió porque sus hijos no fuesen a Juan Fernández. Encargándole sigilo, le dije: “No disto de querer a los hijos de usted; es aparente su destierro, no pasarán de Valparaíso y volverán a su casa cuando yo vuelva de Concepción“.

Acabada aquella odiosa causa que se siguió con toda circunspección, tratando a los reos con toda consideración, me entregué a disponer mi viaje a Concepción. El Congreso debía reunirse para la convocatoria; pero temíamos que, siendo los pueblos tan escasos de hombres aptos, sería la reunión tan ridícula como la anterior y que jamás declararían la independencia. En compañía de los mismos que promovieron la constitución provisoria, acordamos que era de necesidad estimular a los pueblos a que terminantemente pidiesen la declaración de la independencia, que había de verificarse al momento mismo de reunirse el Congreso, sin lo que debía ser nulo. Yo iba a pasar por todos los pueblos del sur, y me era muy fácil el promover el proyecto. Para ello me dieron [Francisco Antonio] Pérez, [Antonio José de] Irisarri, [Bernardo de] Vera y todos los demás, una porción de representaciones, con distinto estilo, pero dirigidas todas al proyecto acordado. A don Gaspar Marín se le debía escribir para que procurase lo mismo en los pueblos del norte.

No tenía momento seguro para mi marcha en la que, por [para] tomar conocimiento del país, me acompañaba con el Cónsul de los Estados Unidos, Mr. Joel Roberts Poinsett, sujeto apreciableísimo y que tomaba un interés extremado por nuestra libertad; fue recibido en Junta de Corporaciones por el Gobierno de Chile el 24 de febrero de 1812.

Capítulo IV

31 de Marzo de 1813 - 15 de Mayo de 1813

IV. Proyectado viaje a Concepción. Desembarco del Brigadier Antonio Pareja en San Vicente e inicio de las hostilidades. Aprestos militares. Relación de Rafael Sotta relativa a la captura de Talcahuano por los realistas. Relación de Pedro Barnechea sobre la ocupación de Concepción. Arribo de Carrera a Talca. operaciones militares en abril de 1813. Relación del Teniente Zorrilla relativa a la ocupación de Concepción. Sorpresa de Yervas Buenas. Operaciones en la primera quincena de mayo. Pareja envía un parlamentario. Pareja se retira hacia Chillán. Combate de San Carlos.

El 31 de marzo de 1813, a las seis de la tarde llegó un extraordinario de Concepción, en tres días de camino, con pliegos del Intendente don Pedro José Benavente, avisando al Gobierno que el 26 de marzo había desembarcado en San Vicente una expedición enemiga que parecía fuerte. Que se tomaban las medidas de precaución, y se disponía a la defensa con las fuerzas de su mando, para lo que hacía reunir todas las milicias.

En el acto cité al Gobierno a su sala, se avisó al Senado y se citaron [citó a] los jefes militares. Se acordó poner en mis manos la defensa de Chile; y para ello dio el Gobierno un decreto, nombrándome General del Ejército de la Frontera. El Senado cedió al Gobierno sus facultades para que hiciese la guerra como le pareciese. El vocal [José Santiago] Portales estaba enfermo y [Pedro José] Prado, amistosamente, me dijo: “Haga usted cuanto guste, yo lo acompaño en todo“. Llamé a los secretarios y empezamos a trabajar.

Se convocó [a] toda la milicia del país; se mandó asegurar el puerto de Valparaíso; se embargaron los buques de Lima, tanto del Estado como de los particulares; se declaró la guerra a la hora de la retreta; se puso la horca en aquella hora y se doblaron las guardias protegidas por cuatro piezas volantes; se publicó bando con pena de muerte al que se opusiese a la justa defensa que emprendíamos, o procurase entibiar los ánimos con expresiones maliciosas o indiferentes. Se formó una lista de todos los sarracenos y se decretó su expatriación; se olvidaron los resentimientos; se empleaba al hombre útil y todos respiraban venganza. A la diez de la noche oficié a [Pedro José] Benavente,

avisándole que en la media noche marchaba en su auxilio. Cuando me retiré a casa a preparar mi viaje, quedaba todo hecho y los correos volaban en todas direcciones.

En casa del Obispo [Andreu y Guerrero] se reunieron muchos vecinos y respiraban temor e inacción. El pobre Obispo se fue a casa a decirme lo poco que esperaba de aquel pueblo lleno de temor y que sería mejor mandase otro en mi lugar; lo reanimé, haciéndole algunas reflexiones, para que las dijese a aquellos pobres hombres; de ellos la mayor parte eran Larraines, porque la tertulia era en casa de don Diego Larraín, en la que vivía el Obispo.

Con anuencia y por instancia del Senado, se nombró en mi lugar a Juan José; no querían los amantes de la libertad, digo los facciosos, que se comprometiesen otros; temían los resultados de la campaña. Se impuso por mí una contribución de 400.000 pesos a los godos, y mandé que entregasen todas sus armas en el término de tres días.

Me negué a fuertes empeños a [en] favor de los desterrados, y repetí al Gobierno que para nuestra seguridad era indispensable aquel paso; que creía traidor de lesa patria al que lo entorpeciese.

Abril 1° de 1813. A las seis de la tarde salí para Rancagua con Mr. [Joel R.] Poinsett, el Capitán don Diego José Benavente, algunos oficiales y una escolta de catorce nacionales. Dormimos en la hacienda de don José Agustín Jara, a ocho leguas de la capital.

El 2 de abril de 1813, a las nueve de la mañana, recibí parte de que el enemigo había tomado a Talcahuano, el 26 de marzo a las doce del día. Inmediatamente lo avisé al Gobierno por medio del Comandante de la Guardia Nacional don Juan Antonio Díaz Muñoz. Oficié pidiendo los cuerpos de Granaderos y Nacionales y doce piezas de artillería con la correspondiente dotación.

A las doce seguí mi viaje. Encontré en la Angostura al Asesor don Manuel Novoa, que había fugado de Concepción luego que en Cabildo Abierto, decidieron entregar la ciudad al jefe del ejército invasor, General [Antonio] Pareja; él me dio una idea del modo con

que fue tomado Talcahuano, de las intrigas que habían precedido a la capitulación, y de la fuga de algunos patriotas y tropa con los caudales de las cajas de Concepción.

Llegué a Rancagua a las cuatro de la tarde, y oficié a todos los jefes de los cuerpos de milicia, para que se replegaran a Talca donde hallarían una fuerza respetable, y la recompensa de su lealtad y servicios. Di las órdenes convenientes para proteger los caudales y [a] los emigrados. Todos mis pliegos fueron conducidos por correos muy bien pagados. Mandé a don Bartolo Araos para que pasase a Los Ángeles a hablar con don Bernardo O'Higgins, Teniente Coronel de uno de los cuerpos de la Frontera, para que se retirase a Talca con toda la gente que pudiese reunir, advirtiéndole que avanzaría un cuerpo a Chillán para protegerlo.

Nombré en Rancagua un comisionado para aprontar víveres y cabalgaduras para el transporte de las tropas de la capital. Activé la reunión del regimiento; oficié al Gobierno; di mis instrucciones a los jefes de los cuerpos que iban a marchar. A las dos de la mañana concluí mi correspondencia.

Averigüé por los patriotas [los nombres de] todos los sarracenos capaces de perjudicar, y mandé a la capital, en calidad de reos, a don Juan Carrasco, don Pablo Mendoza, don Baltasar Ramírez, al cura don Manuel Rodríguez y al padre Fray Tomás Martínez.

Abril 3 de 1813. Salí para San Fernando a las doce del día y llegué a aquella villa a las seis de la tarde; practiqué las mismas diligencias que en Rancagua; socorrí a varios oficiales emigrados; entre ellos se hallaba el Coronel don Rafael Sotta, que mandaba la plaza de Talcahuano cuando la atacó el enemigo; me hizo la siguiente relación del modo con que fue tomada.

“Tenía la plaza cien fusileros, pocos artilleros y dos lanchas cañoneras, cuando se avistaron los buques de la expedición, el 25 de marzo a las cuatro de la tarde; pedí auxilio a Concepción; fui reforzado con ochenta infantes y dos piezas de artillería volante. Coloqué sobre las alturas que dominan el campo de San Vicente

cuatro piezas, y tomé todas las medidas de precaución que juzgué oportunas. A las siete de aquella noche se presentó como parlamentario don Juan Tomás Vergara, y lo remití a Concepción con una partida a las órdenes de don Ramón Freire; el 26 por la mañana estuvo de vuelta y se fue a San Vicente. Fui atacado a las doce del día y después de tres horas de fuego me vi obligado a clavar la artillería, y a retirarme por Penco, para unirme a las tropas de Concepción; la tropa se portó con fidelidad. El Teniente Coronel don Manuel Serrano me ayudó con entusiasmo y valor, su hijo don Gregorio trabajó con actividad; don Vicente Romero fue hecho prisionero al pie de su cañón. Varios oficiales fugaron a Penco en una lancha cañonera. Cuando me presenté en Concepción fui nombrado para acompañarme con el jefe de las tropas de Concepción, don Ramón Jiménez Navia. Apenas llegué a la Alameda, donde se hallaban, se proclamó al Rey por la tropa advertida por Jiménez; se retiraron y patearon las escarapelas de la patria. Fui insultado y procuré escapar para no seguir la suerte del Capitán don Juan José Benavente, que al reconvenir a su compañía le dieron de culatazos, y le hicieron quitar la escarapela; el más insolente en este atentado fue un Granadero llamado N. Leiva, alias Trinquiloco”.

Averigüé de don José María Vivar, Subdelegado del partido, los [nombres de los] sarracenos perjudiciales que debían separarse, y por su informe mandé a disposición del Gobierno a don...

Abril 4 de 1813. Salí de San Fernando a las doce del día, y llegué a Curicó a las oraciones; allí encontré en casa del Subdelegado don José Antonio Mardones a los emigrados siguientes: Don José Jiménez Tendillo,

Tesorero de Concepción, con 36.000 pesos de aquellas cajas, escoltado de catorce Dragones y un Tambor. Don Marcelino Victoriano, Oficial de la tesorería. Don Manuel Serrano, Teniente Coronel de milicias. Don Pedro Arriagada, Teniente Coronel de milicias. Don Pedro José Eleizegui, Capellán de Dragones. Don Isidro Pineda, Cura de Valdivia. Don Laureano Díaz, Presbítero. Fray José Silva, Franciscano Don Rafael Anguita, Teniente y habilitado de Dragones. Don Pedro Trujillo, Teniente de Artillería. Don Lucas

Melo, Teniente de Asamblea. Don José María Manterola, Teniente de milicias. Don Fernando Vásquez, Alférez de Artillería. Don Francisco Javier Molina, Alférez de milicias. Don Enrique Lasales, Teniente de Infantería veterana. Don José Ignacio Manzano, Cadete de Dragones. Don Manuel Benavente, Cadete de Dragones. Don Juan Noya, Visitador de Tabacos. Don Francisco Noya, hijo de don Juan. Don Juan de Dios Garay, Capitán de milicias Don Pedro Barnechea, Capitán de milicias.

Este último me hizo la siguiente relación de lo ocurrido en Concepción y presenciado por él:

"Apenas se avistó la expedición enemiga el 25 de marzo, a las cuatro de la tarde, se tocó generala en Concepción y se pusieron sobre las armas todos los cuerpos de la guarnición. El Comandante del batallón de infantería veterana hacía dos días que se decía enfermo, fue llamado por el Gobernador y se presentó; a él se le dio el mando de toda la fuerza que debía oponerse al enemigo, que constaba de su cuerpo, del de Dragones y de una división de doce piezas de artillería con doscientos hombres del mismo cuerpo, incluso algunos milicianos; en la noche salió a la cabeza de su columna y llegó al cerro del Corral, distante una legua de la ciudad. Talcahuano había sido reforzado en la tarde por ochenta infantes, y aquella fuerza, situada en tan buenas posiciones con la de Jiménez, bastaba para haber acabado con los piratas si no hubiese obrado la traición. La tropa de Jiménez clamaba por avanzar, pero Jiménez se opuso diciendo que era muy superior la fuerza enemiga. Ofició al Gobernador avisando que el enemigo había desembarcado, ponderando la fuerza que traía, y proponiéndole retirarse sobre la ciudad cuya posición ofrecía mejor defensa. Accedió el Gobernador y la fuerza amaneció en la Alameda.

La noche del 25, vino de parlamentario don Juan Tomás Vergara, y fue recibido en el palacio por el Gobernador y su Secretario, don Santiago Fernández. Pedía Vergara que la plaza se rindiese, que recibirían los habitantes toda la consideración del General Pareja, respecto de propiedades, conservación de empleos, olvido de todo lo ocurrido en la revolución, etc., etc., etc., con cuanto acostumbra en tales casos los señores godos. Benavente pidió diez días para

contestar, pero el parlamentario se negó, diciendo que en tal caso se apelaría a la fuerza. El Gobernador dijo que era preciso avisar al Cabildo, y que en la mañana del 26 sería despachado. Se retiró a dormir en casa del Gobernador. Nosotros vimos perdida toda esperanza de defensa en la ciudad, y aquella noche procedimos a empaquetar los caudales para retirarnos, lo que verificamos al amanecer del 26; lo mismo que doce piezas volantes [de artillería] de a 4 y 6 con sus correspondientes municiones.

Quisimos tentar todos los medios de salvar aquel infeliz pueblo. Temíamos con fundamento de la lealtad de Jiménez y creímos que en Cabildo Abierto podíamos quitarle el mando, y ponerlo en manos más seguras. Se reunió [reunieron] el Cabildo, las corporaciones y el pueblo, y pedimos que para contestar a la intimación se nos manifestase la fuerza que nos atacaba y la que nos defendía. Resultó que el Gobierno y Jiménez aseguraron que los piratas traían 2.000 veteranos muy bien armados y equipados. Jiménez hizo ascender la fuerza de su mando a 870 y tantos hombres. Pedimos entonces los estados de los tres cuerpos veteranos y conocimos que era exacta; pero Jiménez quería minorarla y fue contradicho por su Ayudante don José María Manterola. Hicimos presente que los 870 unidos a 180 de la guarnición de Talcahuano, a 485 del Batallón de Milicias que yo mandaba y estaba formado en la plaza, con buen armamento y mejor disposición, componían una fuerza de 1.535 hombres con excelente tren, abundantes municiones, y por consiguiente, capaz de obtener una victoria completa, y cuando no se quisiese exponer la fuerza a una batalla decisiva, podía retirarse para esperar los refuerzos de Santiago, y engrosarla mientras con los regimientos de caballería, que en la provincia tan sólo presentarían más de 6.000 soldados disponibles.

El Cabildo Eclesiástico se componía del Deán don Mariano Roa, Canónigo don Bernardo Ruiz y el Arcedeán don Ramón Andrade; no asistieron a él ni el Canónigo don Juan de Dios Avoy, ni el Obispo [Diego Antonio Navarro Martín de] Villodres, ni el Canónigo Urrejola, que estaba en Lima. Todos eran opuestos al sistema a excepción del benemérito patriota Andrade; clamaba éste por la retirada, pero Roa y Ruiz, porque se entregase la plaza. Roa aseguraba que el Gobierno de la capital sería muy gustoso en la capitulación, y

particularmente los Carreras, quienes mandaban las fuerzas de Santiago. Don Juan de Dios Mendiburu se exaltó por la explicación, sacó el sable y le tiró un golpe que le habría sido muy desagradable, si no le hubiese impedido el Coronel Rafael Sotta, que acababa de llegar, perdido ya Talcahuano.

Por final de la sesión se ordenó la retirada, y a petición nuestra se nombró a Sotta segundo de Jiménez, para que estuviese a las miras de ese hombre sospechoso y cobarde. Los dos salieron juntos para la Alameda; al llegar hizo llamar Jiménez [a] un Sargento de cada compañía de su batallón, y les ordenó que proclamasen al Rey y tirasen la escarapela, negando desde aquel momento obediencia al Gobernador. Inmediatamente escapó Sotta, y don Juan José Benavente fue insultado y preso.

Yo caminaba a Puchacay con la tropa y recibí orden del señor Gobernador de volver a la plaza a defenderla de Jiménez; esta orden me la llevó don Esteban Manzano. Volví y aseguramos la plaza con cañones en las bocacalles. Tuve orden de mantenerme así mientras despachaba algunos asuntos precisos. Cuando ya montaba a caballo el Gobernador para retirarse, llegó [llegaron] Roa, don Javier Manzano y el Canónigo Ruiz a persuadirlo que no se expusiese con aquella poca fuerza, porque Pareja se uniría en pocas horas más con Jiménez. Le pregunté qué pensaba hacer, y como conocí que se quedaba por el temor que le hacían concebir los que he nombrado, le dije que yo me retiraba; me contestó que lo hiciese luego y que dijese a don José Miguel Carrera cuanto había sucedido.

Los godos hicieron de las suyas; el Tesorero don Pedro Lafita, se negó a entregar 6.000 pesos que el Gobernador ordenó se repartiesen en el batallón de mi mando.

Jiménez Tendillo caminaba con los caudales y Eleizegui lo protegía con los pocos Dragones que pudieron escapar. Arriagada sacó de Chillán los ciento veinte fusiles que tenía el batallón para su disciplina.

Jiménez escribió una carta a su mujer, para que le dijese a Pareja que lo llevaban por fuerza; lo supieron algunos patriotas, y vinieron don José Ignacio Manzano, don Manuel Benavente y don Juan de Dios Martínez, con orden fingida del Gobernador para que siguiese la marcha con los caudales, hasta ponerlos libres de todo riesgo. Pareja, según sé, arrancó al Gobernador una orden para detener y volver a Jiménez; el conductor era don Melchor Carvajal, a cuyas órdenes venían veintidós Dragones y las milicias de Quirihue. Hemos podido escapar por la mucha actividad de los que nos acompañaban. En Talca nos fortificamos, temerosos de los Dragones que han quedado del otro lado del Maule”.

Esta misma relación fue confirmada por todos los emigrados; y examinada posteriormente en Concepción, no discrepó en lo menor.

Abril 5 de 1813. En la mañana di las mismas órdenes que en los anteriores partidos, y por los informes del Subalterno don José Antonio Mardones, mandé a la capital por sarracenos a don...

A las once del día salí para Talca y llegué a aquella ciudad a las ocho de la noche. Observé que los principales vecinos, que me recibieron con el mayor cariño en la campaña con [en contra de Martínez de] Rozas, estaban muy tibios y prestaban pocos auxilios; los amonesté indirectamente y vivía cauteloso de su conducta.

Encontré a don Bernardo O’Higgins, que escapó solo de Los Ángeles, y me aseguró que lo habían seguido con empeño. Dijo: “Había reunido los regimientos en virtud de la circular de Benavente, y cuando marchaba con ellos en auxilio de la ciudad, recibió la noticia de la rendición. El obispo [Diego Antonio Navarro Martín de] Villodres estaba también en Los Ángeles, y aseguran que estaba de acuerdo con los invasores, dando desde aquel destino avisos por tierra a Valdivia”.

En la tarde del mismo día, al llegar al Camarico, recibí [los] pliegos de [que desde] Concepción del [remitía el] Gobernador Benavente, incluyéndome las capitulaciones que había celebrado aquella capital, en la que había entrado [el General] Pareja con sus tropas el 28 de

marzo; la columna de aquel bandido constaba de mil seiscientos a dos mil hombres, y se componía del Batallón Veterano de Valdivia, del Veterano de Chiloé y de milicias, con una brigada de Artillería de ambas plazas; al entrar Pareja en la ciudad formaron entre sus filas las fuerzas que teníamos para la defensa, y que dice Barnechea en su relación.

Según tengo presente, las capitulaciones contenían lo siguiente: la entrega de la ciudad, con toda su guarnición, pertrechos, almacenes completos, etc., etc., etc.; olvido de lo pasado y que nadie sería castigado por su anterior opinión o conducta. Que se jurase la Constitución española. Que permanecerían en sus empleos políticos o militares todos los que voluntariamente quisiesen servir. Que no se obligaría a los militares a tomar las armas contra la provincia de Santiago, a no ser que de ella se les provocase a la guerra. Que habría comercio con todo el reino sin cortar por un momento la comunicación; que así se avisase a la provincia de Santiago por su Gobernador.

Tomé en la noche medidas de seguridad muy necesarias en aquel pueblo que no tenía más de seis patriotas; mandé reunir las milicias y oficié a los partidos de la provincia de Concepción y a los jefes de los regimientos para que no tardasen en reunírseme; los animaba con grandes fuerzas y caudales.

Abril 6 de 1813. El enemigo tenía en Linares (dieciséis leguas de Talca) veintitrés Dragones a las órdenes del Sub Teniente don José María Rivera, que vino en persecución de los caudales; aquella poca fuerza impedía en gran parte la reunión de las milicias. Dispuse que O'Higgins con doce Nacionales, diecisiete Dragones y cincuenta milicianos, acompañado de ocho oficiales, los sorprendiese al amanecer del 7; salió de Talca a las siete de la noche.

Don Juan Felipe Cárdenas, acompañado de don José María Guzmán y de cuatro o seis soldados de Asamblea, fue destinado a Cauquenes a sorprender y apresar a varios individuos que descaradamente se habían declarado por el ejército real.

Escribí al Gobierno, asegurándole del buen éxito que debía esperar de la campaña, siempre que se decidiese a armar en guerra el [al] bergantín Potrillo y otro buque más respetable para destruir [a] los corsarios de Lima y tomar la boca de Talcahuano, a fin de llamar la atención del enemigo y no dejarle retirada.

Abril 7 de 1813. Al amanecer fueron sorprendidos y hechos prisioneros los veintitrés Dragones y el Sub Teniente Rivera, al que hice remachar una barra de grillos luego que me lo presentaron. (Véase el parte de O'Higgins [documento N° 26]). Se acopiaban víveres y disponían cuarteles para ocho mil hombres. Oficié a O'Higgins para que avanzase al Parral luego que hubiese reunido el [al] regimiento de Linares.

El objeto era sorprender a Chillán que se manifestaba decidido por Pareja.

Tuve aviso que Pareja se disponía a marchar al [río] Maule, y para ello mandó comprar caballos y monturas para toda la campaña. En Quirihue fue apresado por el Coronel don Antonio Merino y por el Subdelegado don Raimundo Prado, el Sargento Juan Félix Arriagada, del cuerpo de Dragones mandado con seis soldados y 600 pesos para la expresada compra en aquellos partidos.

Abril 8 de 1813. Trajo de Cauquenes, el Ayudante Mayor de Lautaro don Juan Felipe Cárdenas, [a] todos los enemigos del sistema que pudo apresar y fueron: don Alejandro Pinochet, Coronel del regimiento de Chanco; don José Verdugo, Coronel de otro de aquellos cuerpos; don Manuel Vallejos, don José Callejas, don Cruz y don Julián Montero.

Ya se había fijado en aquella villa el bando de Pareja para hacer reconocer su autoridad; lo quitó y puso en su lugar otro a mi nombre, imponiendo penas terribles al que obedeciese o ayudase a los piratas.

Se supo que en Chillán el Subdelegado nombrado por Pareja, don José María Arriagada, había dado a reconocer a éste; que aquellas milicias se reunían en contra del ejército restaurador y que ponían avanzadas

sobre el [río] Ñuble. Lo mismo había hecho don Francisco González, nombrado por Pareja Subdelegado por [de] Quirihue. Reunió este godo un escuadrón del regimiento que está ubicado al sur de [del río] Itata; lo tituló Húsares de Abascal, y cubrió de guardias el río. Merino las puso de su parte y reunió con empeño el regimiento para retirarse a Talca. González ofició a Pareja pidiéndole fuerzas veteranas y artillería para destruir a los insurgentes. El influjo de Carvajal ayudaba mucho a González.

No cesaban mis órdenes estrechas y enérgicas para replegar a Talca todas las fuerzas de milicias del norte de Itata, y se retiraban los ganados y todos los recursos.

Los sarracenos que se encontraban y conocían por su conducta anterior, eran presos y remitidos a Santiago.

Se decretó y puso en planta la organización de dos cuerpos de caballería, con el nombre de Guardia General, a las órdenes del Capitán de Húsares Nacionales, don Diego José Benavente. Se completó este cuerpo con los regimientos de Rancagua, San Fernando, Curicó y Talca.

Se supo que el enemigo había mandado disponer cuarteles en Chillán, y que tenía muy adelantadas las disposiciones de su viaje a la silla de Santiago.

Abril 9 de 1813. Llegó el Obispo de Santiago escoltado por ochenta Nacionales armados de fusil a las órdenes del Teniente don Manuel Cuevas; su Ilustrísima había exhortado a los pueblos del tránsito. Los Nacionales eran los primeros que daban alguna seguridad al Cuartel General establecido en Talca desde el 5.

Avanzó O'Higgins al Parral, doce leguas de Linares. Apresó al cura don José Urrutia. Trató de reunir el [al] regimiento de Caballería, pero los soldados estaban tan prevenidos que huyeron al monte. El Coronel don José María Vallejos se hizo enfermo de miedo, y su ejemplo desanimó a la tropa, y se dispersó. Don Juan Urrutia, hermano del cura, se pasó a los enemigos y les ayudó con mucha actividad; todo su

influjo, conocimientos y recursos los empleó aquel inicuo chileno en hacernos la guerra. Le acompañaban en su proyecto don Félix Ibáñez, su hermano don Julián y don Mateo Vallejos, hermano del Coronel; don Juan Urrutia recibió de Pareja el despacho de Coronel en el regimiento de Vallejos.

Abril 10 de 1813. Llegó el Teniente Coronel don Fernando de la Vega con mil ochocientos hombres de los regimientos de Cauquenes; lo había nombrado su segundo, el Coronel don Juan de Dios Puga. Peroró su Ilustrísima en la Iglesia Matriz; el entusiasmo de la tropa fue grande, a la que exhortó con el mayor patriotismo.

Continuaron las reconveniones a Merino para que no retardase su retirada a Talca.

El Alférez de caballería don Jerónimo Villalobos y el de igual clase don José Ignacio Manzano fueron a la hacienda de don Javier Manzano y a las inmediatas, de donde sacaron más de cuatro mil vacas. Se extraerían de la provincia cinco mil vacas, muchos caballos, mulas y carneros.

No había un momento de descanso: la instrucción de las milicias, la organización del ramo de hacienda, la creación de una provisión general y los acopios para ella, la colección [recolección] de caballos y de toda clase de bagajes, el reconocimiento de un campo del que no había ni croquis debiendo ser el teatro de la guerra, la correspondencia con los comisionados, jefes de partidos, [y el] Gobierno, la secreta para intrigar con el enemigo, y la persecución a los facinerosos que abundan en aquellos campos, ofrecía un trabajo muy pesado; mayormente no encontrando muchos auxiliares útiles.

Recibí aviso de que estaban de camino para Talca los cuerpos que debían formar el ejército. Todo se encontró hecho, y así se vio salir de Santiago antes del 9 de abril una fuerza capaz de contener los progresos del enemigo, con todos los útiles necesarios en campaña. Un año antes quisieron asesinar me mis enemigos por sarraceno, y lamentaban pública y amargamente los gastos que emprendía en la organización de fuerzas. Decían aquellos bárbaros ¿para qué tiendas

de campaña, cañones, tantas balas, etc., etc., etc.? No se vio antes de la guerra imponer contribuciones, ni gravamen al público en cosa alguna. La buena administración del tesoro y la actividad en el trabajo impidió que Pareja hubiese sido dueño de Chile en abril de 1813.

Abril 11 de 1813. Llegó [un] correo ordinario de Concepción. Quería Pareja reducir a burla su invasión y aprovecharse de nuestra credulidad. Toda la correspondencia se ocultó, [y] entre ella se encontró una carta del Conde de la Marquina a mi padre, aconsejándole siguiese a Pareja y persuadiese a sus hijos a lo mismo. Don Juan de Dios Tirapegui me escribió dos anónimos, dándome un aviso exacto del estado del enemigo y sus determinaciones.

Abril 12 de 1813. Llegó a Talca la Guardia Nacional, fuerte de 230 hombres armados de espada, que con los 80 de Cuevas y 14 de la Escolta, ascendían a 324. Su Comandante era don Juan Antonio Díaz Salcedo.

Abril 13 de 1813. Se alarmó toda la guarnición. Se tocó generala porque se me avisó que dos columnas enemigas se dirigían por el oeste del río Claro, a tomar la artillería que estaba en el Camarico. A pesar que los caballos estaban en potreros, no tardaron media hora en formarse los cuerpos de caballería, y buscaban al enemigo con entusiasmo. Las dos columnas eran de vacas, y volvieron nuestros soldados a descansar.

El Capitán Urra, Comandante ([nombrado]por don Juan [Martínez de] Rozas) de la infantería de Cauquenes, se me presentó con doscientos de sus soldados. Según dictamen del Coronel Vega (ascendió a esta graduación el día de su llegada) y otros oficiales de igual penetración, eran los doscientos bravos tan ladrones como su jefe; para todos había destinos en aquellos momentos.

Abril 14 de 1813. Llegó la artillería. El tren consistía en dieciséis piezas muy mal montadas para el servicio de campaña. Éstas, las municiones y demás pertrechos se condujeron en setenta carretas y cuatrocientas mulas. Su jefe era el Coronel don Luis de Carrera. Artilleros eran doscientos. Don Bartolo Araos y don Manuel Vega

fueron comisionados a prender una partida de asesinos que cruzaba las orillas del río Teno.

El Coronel O'Higgins (ascendió en aquellos días) se retiró a los altos de Bobadilla, en donde quise hacer una fortificación que nos asegurase del paso del [río] Maule, cuando estuviese retirada la fuerza. Mandé de auxilio los ochenta Nacionales fusileros.

No puedo menos que criticar la conducta del Gobierno; quitar los fusiles a los Nacionales, cuerpo que tenía instrucción, aunque poca fundada en los mejores principios, era subordinado como el mejor y estaba más adelantado en un año de disciplina que lo que podía estar cualquiera de los batallones de milicias. Los dejaron sin fusiles para darlos a los Voluntarios de la Patria (batallón de milicias de la capital); fue un mero pretexto para quitarme aquella fuerza que dirigía y educaba con esmero; había despertado ya la emulación de algunos ignorantes. Era dueño de la fuerza, pero sufrí en silencio aquel insulto, en los mismos momentos que parecía necesaria, y casi indispensable, mi asistencia para sacudir el yugo. Hasta el mejor servicio se perjudicaba; armé de lanzas a los doscientos treinta Nacionales y con ellas fueron más útiles que algunos fusileros.

Abril 15 de 1813. Avisos de este día confirmaron los que anteriormente había recibido y las cartas de Tirapegui. Pareja hizo salir su vanguardia de Concepción el 4, y con toda la fuerza disponible siguió el 8. Ascendía su ejército a tres mil treinta y cinco fusileros y artilleros, y se reforzaba con todas las milicias de caballería de la parte sur del [de los ríos] Ñuble e Itata. Toda esta gran fuerza estaba en Chillán, y yo no podía contar en mi Cuartel General más que con ciento once fusileros y doscientos artilleros. Por esta causa no salí para Chillán y ocupé la ribera del norte del Itata. Si no había de sostenerla, adelantaría solamente haber comprometido unos pueblos inermes, para entregarlos después al sacrificio. Mis soldados se hubieran desanimado.

Abril 16 de 1813. Mandé espías a los pueblos que ocupaba el enemigo y escribí a varios patriotas para revolucionar la provincia y tomar una idea del poder de Pareja. Hice salir a don Hipólito Oller, Sargento

Mayor de artillería, con tres piezas volantes, para fortificar las alturas de Bobadilla. El Comandante Urra lo acompañaba con sus honrados para emplearse en el trabajo.

Don Luis Carrera fue nombrado jefe de aquella división, quedando a sus órdenes el Coronel O'Higgins. A éste había mandado a don Nicolás y a don José María Carrera oficiándole para que los colocase en parte donde hubiese mayor peligro, para que pagasen con sus vidas un hecho atroz que habían cometido en Santiago: el Gobierno los mandó a Talca sin mi consentimiento, y seguramente muy a mi pesar.

Don Juan Esteban Manzano y don José Tadeo Benavente mandaron a O'Higgins avisos del estado del enemigo, que en número de doscientos fusileros, se dirigían de Coelemú a Cauquenes.

Abril 17 de 1813. Llegó al Parral la primera guerrilla enemiga en cuya observación había otra de la división de Bobadilla que se había situado en Las Trancas de Longaví.

Se me notició que Merino había sido sorprendido en su retirada por don Matías Alarcón y su Gobernador, quitaron los tabacos, el dinero y revolvieron la tropa.

Destiné al Capitán don Pedro Barnechea a que fuese a protegerlo con una partida de Nacionales; llegó hasta Villavicencio, y supo allí que era irremediable la prisión de Merino. Llegaron el Teniente Zorrilla y el Alférez don José Almanche, que habían fugado de Concepción. Zorrilla me hizo la siguiente relación:

“Añadió a la de Sotta la entrada de Pareja en la ciudad de Concepción, con general aplauso de los sarracenos, que hicieron demostraciones públicas, porque creyeron muy seguro el proyecto de subyugarnos. Se halló en el juramento prestado a Fernando y a la Constitución; para este acto formó el ejército en la plaza. Pareja hizo subir sobre un tabladillo al Gobernador Benavente con el escribano don Ignacio Herrera, para que prestase su juramento. Como observase Pareja que Benavente no había vitoreado al Rey, subió acompañándole e hizo que lo ejecutase. A la cabeza del batallón de infantería se presentó

Jiménez Navia; a la del cuerpo de Dragones don Pedro Lagos; a la de la Artillería, don Ramón Bek y a la de la infantería de Milicias, don Andrés [del] Alcázar, Conde de la Marquina.

Don Pedro José Benavente, que obligado por bayonetas hacía cuanto quería Pareja, tomó el partido de renunciar. Quedó en su lugar el Obispo don Diego Antonio Navarro [Martín] de Villodres. Se han formado compañías de infantería de milicias con el nombre de la Concordia; jefe de ellas es Pareja, Sargento Mayor, el Conde de la Marquina, Ayudante don Francisco Fajardo, [y] Capellán, el Obispo; encerrando estas compañías lo más escogido del sarracénismo.

Ha levantado un empréstito de 80.000 pesos y es el único dinero con que cuenta para la campaña que han emprendido, hasta que lleguen los auxilios de Lima.

Pareja tiene todo el orgullo e ignorancia de un buen marino; es dirigido por el Intendente don Juan Tomás Vergara, hombre de talento y empresa. Su Mayor General, don Ignacio Justis es también marino”.

Llegó [llegaron] Vega y Araos con cuatro o seis de los salteadores de Teno y se entregaron [fueron entregados] al Auditor de Guerra don Manuel Novoa para que les siguiese causa.

Abril 18 de 1813. Se retiró Barnechea de Villavicencio, y me confirmó con cuanto se ha dicho de la prisión de Merino, añadiendo que Alarcón había obrado con órdenes de Carvajal y de González.

Entró a las órdenes de su Sargento Mayor, don Carlos Spano, a las once del día, el batallón de Granaderos, fuerte de seiscientas plazas. Se mandó escoger doscientos soldados para reforzar el punto de Bobadilla.

Abril 19 de 1813. El Coronel don Fernando de la Vega, con algunos destacamentos de milicias, y con los doscientos Granaderos marchó a Bobadilla.

Abril 20 de 1813. Llegó el Brigadier don Juan José Carrera, a tomar el mando de los Granaderos, y el Coronel don Juan Mackenna con despacho de Cuartel Maestro del ejército. Era la primera vez que veía a Mackenna después de la conspiración de noviembre de 1811; lo recibí con un abrazo y, ni en mis hechos ni en mi modo, acredité otra cosa que un total olvido de lo pasado, y la mejor amistad.

Juan José renunció al Gobierno, porque vio que se realizaba la defensa de Chile. Quiso hacerse partícipe o dueño de las glorias del ejército restaurador. La facción en la capital se exaltaba, y como viese en Juan José un obstáculo a sus maquinaciones, procuraron electrizarlo para que eligiese el Campo de Marte para su engrandecimiento: le ofrecía el Gobierno hacerlo su Plenipotenciario cerca del General, para evitar de este modo que estuviese a las órdenes de un hermano menor. No admitió este partido, porque sabía que no me había de conformar con semejantes trabas, y que si me disgustaba, el resultado sería mi renuncia, en cuyo caso no se atrevía a tomar por sí la dirección y trabajo de aquel naciente ejército.

Se conformó con venir a mis órdenes sin conocer el objeto a donde se dirigía la intención del Gobierno. Como Mackenna lo acompañase, procuró este antiguo enemigo seducirlo con la más refinada intriga. Juan José llegó a entregarse a Mackenna antes de ocho días de trato, después de su llegada del destierro que sufrió porque trató de asesinarnos. En una de sus conversaciones dijo Juan José a Mackenna “José Miguel tiene ambición y es preciso contenerlo para que no se haga un déspota“.

Abril 21 de 1813. Avanzaba el enemigo sobre Linares, y como tuviese ya la fuerza de Granaderos, quise hacer resistencia a la vanguardia enemiga y posesionarme de Linares, antes que Elorreaga lo ocupase con su división. Para esto hice que O’Higgins avanzase con la división de Bobadilla (don Luis Carrera estaba en Talca arreglando el tren de artillería), y yo, acompañado del Coronel Mackenna, con la Guardia General y parte de la Nacional, me dirigí por el Duao (uno de los vados del [río] Maule) para proteger a O’Higgins, y, si me era posible, batir [a] la vanguardia enemiga, trasladar el Cuartel General a Yervas Buenas, o al mismo Linares. Esta noticia me comunicó la guerrilla de

observación cuando estaba yo tres leguas al sur del Maule. Mandé que O'Higgins se replegase sobre Bobadilla; en este momento se unió Luis [Carrera] a la división, reforcé algo más aquel punto y me replegué a Talca para seguir la organización del ejército. Sabedor de la mucha fuerza que traía el enemigo, mandé a Santiago al Coronel Mendiburu, para que representase al Gobierno la necesidad de mandar al Cuartel General el Batallón de Pardos y el de Voluntarios, sin los que me vería en la precisión de abandonar Talca.

Abril 22 de 1813. Llegó a Talca el Coronel don Estanislao Portales con los regimientos de caballería [del] Príncipe, [de la] Princesa y Maipú, fuertes de mil quinientos hombres. Se formó la segunda división, a las órdenes del Brigadier don Juan José Carrera. Se componía del batallón de Granaderos, del regimiento de Maipú y cuatro piezas volantes con su correspondiente dotación.

Abril 24 de 1813. Llegó [llegaron] Carvajal y González Palma a unirse a Pareja con la división de su mando.

Abril 25 de 1813. Mandé que la división de Bobadilla se replegase al norte del [río] Maule, y que tomase posesión del paso de Paredones, al este de Duao. Este punto fue ocupado en la tarde por la segunda división.

Abril 26 de 1813. En la noche quedaron ambas divisiones en sus respectivos destinos.

Abril 27 de 1813. La tercera división, compuesta de la Guardia Nacional, Guardia General y regimientos [del] Príncipe y [de la] Princesa, con cuatro piezas volantes, salió hacia el [río] Maule y se situó como cuerpo de reserva a una legua a retaguardia de la segunda división.

Abril 28 de 1813. El enemigo avanzó sobre el Maule una división con cuatrocientos hombres, a las órdenes de don Idelfonso Elorriaga, con el objeto de reconocer nuestra línea. Era imposible semejante reconocimiento sin que pasasen el río que está cubierto de bosques, entre los que se escondían nuestras tropas. Al mismo tiempo se

presentó el Sargento Mayor don Estanislao Varela, del regimiento de Rere, con un oficio de Pareja, intimándome la rendición y ofreciéndome a nombre del Virrey [Abascal] grandes ventajas. Cuando lo estaba leyendo, me avisaron que en el paso de Bobadilla las guerrillas enemigas me habían muerto dos centinelas del regimiento San Fernando. Me acaloró bastante este ruin procedimiento y determiné no contestar a Pareja hasta haberle vuelto la mano, pasándole a cuchillo la primera partida que pudiese sorprenderle o, si era posible ejecutar este castigo en la misma división que vino al reconocimiento. A Varela lo mandé a Talca donde dije le daría la respuesta.

Dispuse se aprontase una fuerza de trescientos milicianos, doscientos Granaderos y cien Nacionales, a las órdenes del Coronel Portales, que debía ser el jefe de la empresa. El objeto era sorprender y no dar cuartel a la división de Elorriaga, que debía dormir en unos cerrillos [a] una legua al sur del [río] Maule. Sabía que todo el ejército enemigo estaba en Yervas Buenas, siete leguas al sur del río, y bajo este concepto impartí mis órdenes. A las oraciones me fui a Talca.

Abril 29 de 1813. Antes de aclarar se ejecutó la sorpresa. No la presidió el Coronel Portales, y sí el de igual clase don Juan de Dios Puga. No entendió, o no supo, o no quiso obedecer lo que le mandó el Comandante General de la primera división. No habiendo encontrado Puga [a] la división de Elorriaga en los cerrillos, debió volverse; pero se avanzó hasta Yervas Buenas, a donde se había replegado Elorriaga, sospechoso de nuestro intento. Puga se echó sobre el ejército enemigo sin la menor disposición; se dispersó la milicia, y los que cuidaban los caballos de la infantería huyeron con ellos. Los mismos Granaderos se hirieron unos a otros porque el Comandante Bueras no supo dirigirlos. Sin embargo, el resultado fue ventajoso como se verá en el parte que di al Gobierno y está señalado con el [documento N° 27]... [sic] y es copia del que se publicó en el Monitor Extraordinario del 2 de mayo. El Coronel Puga fue herido y prisionero pero escapó y a los pocos días volvió a nuestro campo. El enemigo nos hizo prisioneros cien veteranos y algunos milicianos. Nuestra pérdida fue considerable por el saqueo a que se entregó la tropa escandalosamente. Los heridos que llegaron a Talca serían veinticinco. El enemigo se puso en retirada,

creído de que sería atacado por nuestro ejército. Para proteger la retirada de Puga, se presentó a la vista del enemigo el Coronel don Luis Carrera con alguna milicia, lo que fue bastante para imponerle; no se atrevió ni a avanzar.

Abril 30 de 1813. En la tarde se acercó el enemigo al [río] Maule, y amenazaba pasarlo por el andarivel. Se dieron órdenes para retirar todos los víveres, municiones y pertrechos de Talca, con dirección a San Fernando, a cuyo punto quería replegar las tropas para engrosar el ejército con las que esperaba de la capital.

Como conociese alguna intriga en el parlamentario Varela, lo mandé preso a la capital, y ésta fue la única respuesta que di a la intimación de Pareja. Para obrar así tuve los motivos siguientes: 1° que Varela, conociendo nuestra resolución de defendernos, pidió quedarse a mi lado; era oficial de las milicias de Concepción y protestaba que a la fuerza lo hacían venir; por consiguiente pude dejarlo; 2° Varela, de buena o mala fe, entretuvo con su comisión, para que Elorriaga se acercase al reconocimiento en el que me mataron dos soldados; 3° Varela en Talca se informaba con mucho interés de nuestra situación y difundía noticias perjudiciales con todo sigilo; 4° la opinión general y los informes reservados, me lo dieron a conocer por un hombre caviloso y de mala disposición por el sistema.

No pasó, ni intentó pasar el enemigo y durmió frente a los altos de Cueri. En la noche salió don Luis Carrera, con la primera división, para aquel paso, con el objeto de incomodar al enemigo en cuanto fuese posible, y retirarse a Talca si [así] lo exigían las circunstancias.

Mayo 1° de 1813. Pasó el [río] Maule una guerrilla de la primera división, mandada por el Teniente don Francisco Molina; sólo constaba de treinta Dragones y Nacionales; burló al enemigo, alarmó su línea y le quitó porción de vacas y caballos.

Los distintos movimientos del enemigo hacían trabajar demasiado [a] nuestra caballería en los pedregales del río, y la poca disciplina de mis tropas prometía mal éxito si se empeñaba acción. Lo boscoso del

terreno no dejaba maniobrar [a] la caballería, y si el enemigo quería, podía muy bien pasar el río y envolvemos.

Mandé en la tarde que se retirase el ejército al campo de la Rayada, una legua de Talca al [río] Maule, que ofrecía comodidad y ventajas.

Es necesario olvidar esta noche, porque el desorden con que se retiraron las tropas, por la mala disposición y abandono de muchos jefes, que nos expuso a ser víctimas del enemigo, si éste hubiese sido menos tímido, y no se le hubiese escarmentado en Yervas Buenas.

Mayo 2 de 1813. Al amanecer se reunieron las tropas, y se formó el campamento en la Rayada, cuya nueva y hermosa posición nos ofrecía ventaja. Se cubrieron los pasos del río con guerrillas de observación y la primera división se disponía para salir.

El enemigo creyó que nuestra retirada era para aprovechar [una] mejor posición y cortarle la retirada en caso de una derrota. Pareja no se prometía más que desgracias por el abatimiento de su tropa.

Mandé al Cuartel Maestro (único ingeniero en el ejército) que formase un croquis de nuestro campo. Por primera vez descubrí que no sabía agarrar el compás ni el lápiz. No supo hacerlo y fue necesario que Mr. [Joel R.] Poinsett se tomase este trabajo.

Mayo 3 de 1813. Salió la primera división a situarse dos leguas a vanguardia de la línea, en una posición que llaman el Fuerte. En la tarde se me presentó como parlamentario de Pareja don José Hurtado, Teniente Coronel del ejército real, conduciendo el oficio de su General. [Documento N° 28]. Comió Hurtado con nosotros y fue tratado con franqueza y generosidad. Procuró por todos medios imponerse de nuestro estado y de nuestras ideas: nada pudo sacar y sólo observaría en nuestros semblantes una decisión imponente. Yo supe por él la muerte del Intendente Vergara en la sorpresa del 29, y que el General de la segunda división, don José Berganza, que fue prisionero por los nuestros, se había podido escapar; no habría sucedido así si los oficiales del ejército restaurador hubiesen sido más precavidos y no tan generosos en momentos tan críticos.

Por la relación de Hurtado de cuanto pasó en la sorpresa y le convenía decir, conocí que don José María Benavente fue el oficial que ejecutó y vio con más serenidad lo sucedido en la madrugada del 29, día que pudo ser para Chile el más glorioso.

Mayo 4 de 1813. Regresó Hurtado con mi contestación [Documento N° 29]. Se observa en ella alguna suavidad, porque era preciso entretener y dar tiempo a que llegasen los cuerpos de fusileros que venían en marcha.

Supe que el ejército enemigo estaba muy descontento y lleno de necesidades; que la insubordinación era escandalosa.

Mayo 5 de 1813. Llegó el batallón de Infantes de la Patria, fuerte de doscientos cincuenta hombres a las órdenes del Teniente Coronel don Santiago Muñoz Bezanilla. Esta tropa y su oficialidad era muy recluta; los más apenas sabían hacer fuego.

Volvió el parlamentario Hurtado, con contestación a mi oficio, admitiendo o accediendo a nuestra entrevista en el [río] Maule, pero exigía en [calidad de] rehenes al Coronel don Luis Carrera. Me fue muy sospechosa esta elección; estaba ya más fuerte, y conocía la debilidad de Pareja. Hurtado vio mudado el semblante de las cosas, y no pudo ocultar el temor que le acompañaba.

En la noche se me avisó que el Capitán de Lautaro don José Cruz Villalobos, que con una guerrilla de veinticinco hombres guardaba el pueblo de la Nueva Bilbao, había sido sorprendido por los vecinos de orden [, según órdenes] de Pareja. Concurrieron a este atentado don Eugenio Verdugo y sus hermanos, un inglés vecindado en aquel pueblo, don Manuel Astaburuaga, Mardones y no recuerdo qué otros.

Mayo 6 de 1813. Contesté a Pareja el oficio número 30 que se publicó en el Monitor Araucano de 13 de mayo.

Mayo 7 de 1813. Se me avisó que Pareja se retiraba a Yervas Buenas, y esto era bastante para conocer el efecto que le había hecho mi último

oficio. Era seguro que abandonaba el proyecto de pasar a la capital; bastante dolor le causaría al marinerito volverse por los pueblos que le vieron pasar pocos días antes con la certeza de ir a ocupar la silla en la capital. A los vecinos del Parral se les dijo: “Parece que la Providencia detiene las aguas, para que con la comodidad de un paseo, y por medio de mis fieles pueblos, llegue a libertar a la capital de la opresión a que la han reducido algunos insurgentes infames. Tres horcas fijaré en Santiago para castigar a los autores de tantos males”.

Mayo 8 de 1813. Se activaban las disposiciones para que el ejército pasase el [río] Maule en seguimiento de Pareja.

Tuve nuevo aviso del estado del Capitán Villalobos. Don Eugenio Verdugo le había remachado una barra de grillos y lo tenía oculto en un bosque. Ordené al Ayudante don Juan Felipe Cárdenas que saliese con catorce fusileros a poner en libertad a Villalobos y castigar a los que lo oprimían.

Mayo 9 de 1813. Llegó el batallón de Voluntarios de la Patria, fuerte de doscientos hombres, a las órdenes del Teniente Coronel don José Antonio Cotapos. El desgüeño de este cuerpo, que jamás había hecho fuego y que estaba mandado por oficiales inexpertos, no ofrecía otra ventaja que la de abultar en la línea. En la noche les entregué los fusiles correspondientes en buen estado, todos corrientes.

Di nuevo arreglo al ejército, minoré la caballería, reduciéndola a cuatro brigadas de seiscientos hombres cada una, sin incluir en ellas la Guardia Nacional ni la General. Véase el estado del ejército [en el documento N° 31]. La caballería reunida en Talca, antes del último arreglo, incluso el regimiento de Melipilla que llegó pocos días antes de pasar el [río] Maule, ascendió a cerca de siete mil hombres, y fue pagada con exactitud. Era innecesaria en tanto número, y ocasionaba grandes gastos, por lo que la reduje a dos mil cuatrocientos hombres solamente.

Mayo 10 de 1813. Se me avisó que el 9 había salido de Linares con dirección a Chillán una división enemiga, y que este día seguía Pareja con todo el ejército. A sus tropas les dijo, para no desanimarlas, que se

retiraba por haberlo tratado así con el jefe del ejército restaurador. Tuvo consejo de guerra para acordar si convendría más la retirada a Chillán o a Cauquenes. Los frailes de Chillán le hicieron muchas ofertas y lo redujeron a cuidar el convento.

Recibí oficios del Gobierno, en que me anunciaba la pérdida de la Perla y el Potrillo, batidos ambos el 2 de mayo en la bahía de Valparaíso por la corsaria limeña Warren. Ya perdía toda esperanza de cerrar el puerto de Talcahuano. Era necesario que la actividad supliese aquella gran falta. Las iniquidades que cometieron los que entregaron nuestros buques debíamos vengarlas en el ejército real. Silencié este desagradable acontecimiento, y ordené la marcha del ejército para el día siguiente.

Mayo 11 de 1813. La primera división pasó el [río] Maule y llegó a Linares; la segunda y tercera durmieron en Duao y en Paredones.

Mayo 12 de 1813. La vanguardia llegó a Longaví, [distante] ocho leguas de Linares, y avanzó un cuerpo de doscientos cincuenta hombres a las órdenes del Capitán don Diego José Benavente, que alcanzó a tomar dos mil vacas que llevaba el enemigo y fueron devueltas a sus dueños, y además veinte prisioneros veteranos.

La segunda y tercera división pasó [pasaron] el [río] Maule y durmió [durmieron] en Linares; el día fue lluvioso y la tropa y el armamento sufrieron mucho. Los jefes de ambas divisiones se adelantaron en el camino, y al llegar éstas al pueblo iban enteramente dispersas; era menos temible Pareja que el desorden de la tropa, que no [se] podía contener por falta de auxiliares. Toda la noche la empleé en acuartelar, ordenar y proveer las divisiones. El General en Jefe pasó a caballo y en vela cuando los demás oficiales dormían a su placer.

Don Gaspar Montén, Zamora y Acevedo fueron apresados por sarracenos y remitidos a Talca; a Zamora se le pusieron grillos porque se fugó; el Capitán Barnechea lo apresó después.

Mayo 13 de 1813. La segunda y tercera división salieron en la tarde, para Longaví, donde pasaron la noche.

La vanguardia salió de Longaví, marchó todo el día y la noche, y amaneció el 14 sobre el estero de Bulí, en donde tomó al enemigo sesenta prisioneros y un carro de equipajes. El enemigo se encerró en San Carlos, [a] dos leguas y media de Bulí y [a] veinte de Longaví.

Recibí cartas de [del Cónsul] Mr. Poinsett, dándome noticias de todo y pidiéndome perdón para don Juan Urrutia, que con su hermano había sido tomado en el Parral por el Capitán Benavente; aseguraba Poinsett el arrepentimiento de Urrutia quien ofrecía sus servicios y que haría desertar del ejército enemigo a todos sus amigos. No pude negarme a la insinuación del mejor chileno (Mr. Poinsett) y ofrecí por mi honor que no se les seguiría perjuicio.

El día fue lluvioso y crecieron los ríos.

Mayo 14 de 1813. Salieron las divisiones de Longaví y caminaron todo el día para unirse a la vanguardia, que se mantuvo todo el día en Bulí.

Intimé a Pareja que se rindiese a discreción, ofreciéndole un trato generoso y que sería pasado a cuchillo si se tiraba un solo tiro.

El conductor de este oficio fue don Manuel Vega, Ayudante Mayor del jefe de la vanguardia. Fue recibido con agasajo y cariño: procuraban persuadirlo y se mostraban dispuestos a una composición. La respuesta no fue favorable, pero manifestaba temor.

Me adelanté a las divisiones y llegué a Bulí a las diez de la noche. Vega me dijo que el Intendente del ejército real, don Matías Lafuente, y muchos otros oficiales querían hablarme. Por esta razón mandé nuevamente a Vega, haciéndoles propuestas más razonables. Que entregaran las armas y serían embarcados para Lima. Estaban ya de otro semblante y a nada accedió Pareja.

Mayo 15 de 1813. A las cuatro de la mañana llegó la segunda división, que había sufrido bastante por el agua, y la rápida marcha de dieciocho leguas en menos de veinte horas. Si no hubiese tomado en

Linares la determinación de desmontar [a] las milicias para dar los caballos a la infantería, no habría andado con tanta rapidez.

A las nueve de la mañana llegó el Coronel [Juan] Mackenna con la tercera división.

Como supiese que el enemigo no tenía caballería, mandé que saliese la vanguardia a situarse entre San Carlos y el río Ñuble, para cortarle la comunicación con Chillán. Cuando llegó ésta a San Carlos, el enemigo se retiraba y siguió en su alcance. No había andado una legua el enemigo cuando fue alcanzado por la vanguardia, que, a pesar de su poca fuerza, no trepidó un momento en empeñar la acción. El enemigo estaba demasiado aterrado, y esto hizo que no continuase su retirada, como pudo hacerlo burlándose de la vanguardia. Formó su línea de batalla sobre una pequeña altura y colocó su artillería del modo que le pareció mejor. La vanguardia llevaba dos piezas de montaña de 4, que se desmontaron a los primeros tiros. A pesar de esto no se retiró y se mantuvo bajo los fuegos del cañón enemigo.

Antes [de] que se me hubiese prevenido, ya estaba avisado por los fuegos de la artillería; hice avanzar la segunda división y mandé que siguiese la tercera inmediatamente. El batallón de infantería salió a retaguardia de los Granaderos, por estar pronto. Me adelanté a observar los movimientos de la vanguardia, y la encontré en buena formación y llena de entusiasmo. La poca caballería que quedaba al enemigo se escapó a los primeros tiros; la victoria se brindaba al ejército restaurador.

Antes de entrar la columna de la segunda división bajo los fuegos del cañón, mandé personalmente a su jefe que echase pie a tierra, formase en batalla y diese de beber a la tropa. La brigada de caballería de la segunda división, por mi orden, fue a amenazar [a] la retaguardia del enemigo, impedirle la retirada y aumentar su confusión. Parte de la artillería fue destinada a sostener la vanguardia.

En este estado no necesitábamos de otro esfuerzo; la intimación bastaba para rendir al enemigo; pero aún no era tiempo, ni merecían los chilenos semejante triunfo. El Comandante General de la segunda

división era celoso de los honores de la vanguardia, y creyó que yo detenía su marcha para que triunfase la vanguardia sola.

Lleno de ignorancia e insubordinación, apenas formó en batalla y me separé de él, cuando mandó a los Granaderos cargar a la bayoneta a toda carrera; no habían corrido doscientos pasos y empezaron a revivir las descargas de la artillería, cuyo estruendo unido al cansancio, los dispersó en una quebrada que estaba al pie de la posición del enemigo.

Los Infantes de la Patria, que formaban la izquierda de la línea, hicieron lo mismo. La artillería de la segunda división, mandada por el Capitán Gamero y el Teniente García, se desmontó e inutilizó como la de la vanguardia; la acción presentaba en este momento un aspecto poco lisonjero. La infantería, aunque dispersa, mantenía sobre la fila enemiga un fuego arbitrario pero vivo. Gamero y García, sentados sobre sus inútiles cañones, miraban con serenidad el peligro. La vanguardia se mantenía con constancia y la brigada de milicias unida.

La tercera división marchaba con pies de plomo; repetidas órdenes daba a [Juan] Mackenna para que apresurase la marcha. El enemigo sostenía el fuego con veinticinco piezas de buena calidad y regularmente servidas. Llegó a las oraciones la tercera división. Mackenna, con los Voluntarios de la Patria, amenazaba el flanco derecho del enemigo, y la caballería, que ya era muy poca y venía dispersa, se acercó sin exponerse, sin recibir órdenes y, por consiguiente, sin provecho alguno. La Artillería sirvió con oportunidad a las órdenes de Gamero y García. Los Voluntarios se presentaron sin oficiales porque todos se habían enfermado, a excepción de Cotapos que seguía como máquina, y de Cruz que fue muerto por casualidad por uno de sus soldados. Aunque cinco días antes se les había dado en Talca todos los fusiles buenos, apenas pudieron servir aquel día dieciséis.

En vano se procuraba reunir [a] la infantería; los oficiales eran muy bisonños, y, si no me engaño, inútiles. Anocheció y cesaron los fuegos de una y otra parte. El aterrante desorden y el cansancio de una tropa que había caminado en tres días cuarenta leguas, atravesando ríos, esteros caudalosos, y sufriendo una lluvia continua y trabajo de todo el

día, me decidieron a retirarme a San Carlos para refrescarla, dejando sobre el enemigo [a] la Guardia Nacional y la General para que observasen sus movimientos.

La vanguardia y la caballería del centro hicieron doscientos prisioneros, que se pusieron aquella noche en la cárcel de San Carlos. Yo estaba satisfecho de la exactitud con que cumplían su encargo los dos cuerpos de observación.

Mandé retirar [a] los heridos, y se les atendió lo mejor posible; setenta entraron aquella noche en el hospital.

Se dispusieron los fusiles y se trabajó toda aquella noche en arreglar [a] la tropa, para atacar al amanecer. Nuestro armamento era tan malo que en pocas horas de fuego se inutilizaba; el del día 15 duró seis horas; así es que se inutilizó la mitad. La caballería quedó absolutamente cansada.

Los víveres y los forrajes eran escasísimos en aquel pueblo, que acababa de abandonar el enemigo; no había hospital ni casas acomodadas donde colocar [a] los enfermos. No había otro cirujano que don José Olea, de escasísimos conocimientos en la facultad.

Examinada la artillería, se conoció que no había más de cinco piezas de buen servicio, y tres para poco fuego, y que todas las municiones de fusil apenas alcanzaban para dos horas de fuego.

Capítulo V

16 de Mayo de 1813 - 9 de Agosto de 1813

V. Persecución de las tropas realistas. Movimientos de las fuerzas revolucionarias hacia Concepción. Rendición de esta ciudad. Reconquista de Talcahuano. Sitio de Chillán.

Mayo 16 de 1813. Al amanecer se dio orden de marchar. Salió la guerrilla de Molina destacada de la vanguardia, y siguió ésta a las ocho de la mañana. Poco había marchado cuando me dieron parte [de] que el enemigo se había marchado en la noche, burlando la vigilancia de la Guardia Nacional; su dirección era al [hacia el] Ñuble, río bastante crecido en la estación de invierno, a cuatro leguas de San Carlos, en el camino de Chillán. Se aceleró la marcha y se activó la salida de la segunda y tercera división. Pintar el desorden de aquella tropa al tiempo de su formación, el atolondramiento de la oficialidad, y la total confusión de todo y en todo, sería exponer la verdad; sólo diré que en aquel momento juzgué infalible la derrota de nuestro ejército, y por consiguiente la de Chile. Después de las diez de la mañana salió toda la fuerza.

Me adelanté a la vanguardia y supe que el enemigo se había retirado a las diez de la noche, dejando en el campo de batalla una pieza [de artillería] de a 4, y pocos pertrechos y que desde el amanecer estaba pasando el río. Avisó Molina lo mismo y que se defendía en posición. Se mandó a las divisiones que acelerasen la marcha para lograr la ocasión de acabar con el enemigo; mas acertaron el paso. Al incorporarse a la vanguardia el Comandante General de la segunda división, el Cuartel Maestre [Juan] Mackenna, el Coronel Mendiburu y otros muchos oficiales me pidieron con mucha instancia que me retirase al [río] Maule para reorganizar el ejército. Me aseguraban que la tropa estaba aterrada y minorada; el Brigadier don Juan José Carrera me dijo que se le había dispersado mucha tropa de Granaderos con los capitanes Portales y Tuñón; que la caballería tenía una baja escandalosa; que no había suficientes municiones y últimamente que no había de seguir un paso adelante sin hacer Junta de Guerra. Traté de convencerlos, haciéndoles entender que el enemigo se retiraba aterrado, porque se creía incapaz de contenernos; que se le había dispersado toda la caballería; que había mostrado su ineptitud, y que debíamos aprovecharnos de las circunstancias, ya que se presentaban favorables. Que mi plan era entretener al enemigo encerrado en Chillán y tomar con la vanguardia a Concepción dejando el centro al sur del [río] Itata y una división de observación en San Carlos. Concluí asegurando que mi plan lo llevaba adelante, y que no

importaba que me abandonasen algunos; que no hacía Junta de Guerra, y que echaba sobre mi toda la responsabilidad.

Seguí mi marcha con todo el ejército y llegué a las inmediaciones del [río] Ñuble a las cuatro de la tarde, y ya el enemigo había pasado el río.

Se alojó la vanguardia cerca del río, y las dos divisiones a una legua de distancia; la guerrilla de Molina se situó en el mismo paso por donde se había retirado el enemigo, y avisó que éste había dejado algunos pertrechos y cañones dentro del río, pero que se mantenían del otro lado en las casas de doña Tomasa Santa María. Dispuse que el oficial García fuese a hacer fuego con dos carronadas a las casas; así lo ejecutó, y resultó que el enemigo huyó a [hacia] Chillán perdiendo la esperanza de sacar su artillería.

Nuestras tropas dieron nuevas muestras de su mal estado. Sólo la vanguardia seguía contenta, resuelta y ansiosa de gloria. Cuando oyeron los Granaderos y las milicias los tiros de las carronadas, se desertaron una porción de ellos, creyendo que era un ataque del enemigo; tal era el terror que habían concebido por el mal ejemplo y mala comportación [mal comportamiento] de los oficiales.

Mayo 17 de 1813. Salió la vanguardia con dirección a Concepción aumentada con algunos fusileros y cuatro piezas de artillería; durmió en Changaral a cinco leguas del centro. Mandé que la caballería de milicias de los regimientos de la capital y Melipilla, se retirasen conduciendo los prisioneros, la artillería inútil y la tomada al enemigo, que eran cinco piezas de a 8.

El Coronel don Luis [de la] Cruz fue nombrado jefe de las tropas que debían formar la división de observación; en el cantón del Ñuble se le entregaron los Voluntarios de la Patria, algunos Pardos, la compañía de Voluntarios de Talca, y se le ordenó reuniese los regimientos de Linares, Parral, San Carlos y Quirihue.

Se escogieron y agregaron a los Granaderos algunos infantes y Voluntarios. Los oficiales de Voluntarios se retiraron a la capital por

inútiles. Propuse al Comandante Cotapos si quería permanecer en el ejército hasta concluir la campaña, para no exponerlo a la nota con que iban recomendados al Gobierno sus subalternos, que quedaría en calidad de Ayudante mío; no admitió y me dijo que quería ir a Santiago a cuidar a su madre. Así se lo avisé al Gobierno, quien [el que] me pidió que las tales acusaciones las hiciese en oficios reservados, y separados de otro cualquier asunto, para no descubrir las faltas de los oficiales. Así castigaba el Gobierno a los que vendían el [al] Estado por su bajo comportamiento.

Mayo 18 de 1813. Personalmente fui al [río] Ñuble a hacer sacar la artillería y los pertrechos que había dejado el enemigo y no se había conseguido lo hiciesen los que habían sido encargados de este miserable servicio. Protegía esta operación la guerrilla de Molina. Después de concluir, se unió Molina a la guerrilla del Capitán Prieto y fueron sobre Chillán para observar y distraer al enemigo, mientras la vanguardia seguía a su destino.

Me fui a San Carlos a disponer la organización de aquella división, y la retirada más ordenada de los heridos, artillería, milicias y algunas otras cosas de primera necesidad. No había andado dos leguas, cuando me alcanzó el Coronel Ureta, avisándome que la guerrilla de Molina y Prieto había sido derrotada por el enemigo que se acercaba con fuerzas sobre la segunda división; constaba esta guerrilla de cien hombres. Volví al campamento y tuve el gusto de ver falsificada la noticia. Nuestras guerrillas atrevidas y poco advertidas, se acercaron tanto al enemigo en Chillán que les persiguió con cuatrocientos hombres bien montados; pero nada consiguieron, porque dos prisioneros que nos hicieron escaparon la misma noche, y uno de ellos me dio la noticia de la grave enfermedad de Pareja.

La vanguardia durmió en el portezuelo de Durán, en la hacienda de don Felipe Lavanderos, [ubicada a] seis leguas de Changaral.

Mandé una guerrilla a las órdenes del Coronel Vega y de don Bartolo Araos, para tomar posesión de Cauquenes y apresar algunos malos vecinos que tenían aquel pueblo subordinado a Pareja.

Don Francisco Barrios, con otra guerrilla, fue destinado a Quirihue con el mismo objeto y oficié a ambos partidos anunciándoles los triunfos del ejército.

Mayo 19 de 1813. La vanguardia caminó cinco leguas y llegó al Membrillar, y empleó toda la noche en pasar la artillería el [río] Itata.

Seguíamos tomando las medidas de precaución y aumentando y reorganizando la segunda división y la del cantón del Ñuble.

Era tanta la escasez que casi no podíamos movemos por falta de víveres y bagajes. El día antes oficié al Gobierno en los términos que se ven en el [documento número 32]. Esperaba con impaciencia las municiones de fusil que había pedido a principios de abril para la guerra y ejercicios doctrinales. Todo se hacía muy despacio.

Mayo 20 de 1813. La vanguardia pasó el [río] Itata y durmió en lo de doña Mercedes Mardones, a cuatro leguas del Membrillar. Intimó rendición a Concepción el Comandante General don Luis Carrera, por medio de don Juan Esteban Manzano. Se presentaron porción de patriotas que estaban escondidos por las montañas.

La segunda división se puso en movimiento para pasar el [río] Itata y ocupar la posición que iba a dejar la vanguardia, para atacar o tomar a Concepción. Al marchar dejaba abandonados porción de pertrechos y hasta las carpas; fue necesaria mi presencia para salvar aquellos intereses; no sé en qué consistía el desgano o indolencia que reinaba en toda la división. Durmió en lo de Lavaderos.

La división de observación tenía orden de no empeñar acción y de replegarse a Talca si lo exigían las circunstancias. En esta ciudad mandaba el Coronel don Juan de Dios Vial, a quien oficié para que reforzase a Cruz y para que le mandase armamento recompuesto, municiones y toda clase de auxilios; debiendo entender que en caso de que el enemigo tomase el loco partido de irse sobre la capital, debía replegarse hasta el punto en donde el Gobierno dispusiese la defensa, en la firme inteligencia que el ejército se movería rápidamente sobre su retaguardia luego que tomase a Concepción y Talcahuano.

Llegó don Prudencio Riquelme a avisarme que las municiones de fusil venían en marcha de [desde] Santiago; me desesperaba esta culpable tardanza, que exponía al ejército y al Estado a su última ruina.

Me adelanté a [para] alcanzar [a] la vanguardia, y sólo llegué a dormir al Membrillar; el enemigo tenía guerrillas de la otra parte del [río] Itata, y aún no comprendía nuestro movimiento sobre Concepción.

Mayo 21 de 1813. Protegido por una guerrilla de la vanguardia, me uní a ella a las diez de la mañana. El entusiasmo de esta división, unido al patriotismo perseguido, es inexplicable.

Intimé a Pareja haciéndole entender que era la última insinuación. Que Concepción sería ocupada por mis tropas. Que nuevas fuerzas marchaban de [desde] la capital y que no tenía otro recurso que apelar a la generosidad americana. El parlamentario fue don Diego José Benavente, Capitán de Húsares Nacionales.

Se puso en marcha la vanguardia y durmió en lo de Ormeño, distante seis leguas. Dejé entre El Roble y la hacienda de la Mardones, una guerrilla de sesenta Granaderos para proteger el paso de la segunda división, y la comunicación de ambas. La segunda división llegó al Membrillar.

El Capitán Prieto con sesenta Nacionales marchó a tomar posesión de la Florida, acompañado de algunos patriotas para reunir el [al] regimiento de aquel partido y aprontar víveres.

Mayo 22 de 1813. Al amanecer llegó don Juan Esteban Manzano con contestación favorable. La plaza se entregó. Para saber los acontecimientos de este día véase mi oficio N° 33, copiado del Monitor [Araucano] del 29 de mayo.

El Capitán Benavente volvió sin respuesta. Fue recibido por Sánchez y lo despidió, diciéndole que se contestaría y que no se podía ver a su General Pareja. Supimos que estaba agonizante.

Siguió la vanguardia a la Florida, distante ocho leguas. La segunda división pasó el [río] Itata. El Coronel [Bernardo] O'Higgins con treinta veteranos fue destinado a Los Ángeles.

La vanguardia en Curapaligüe (seis leguas). En la noche durmió en El Troncón. La segunda división se situó en la hacienda de la Mardones.

Se me avisó por el Coronel Mendiburu que el enemigo que vino de [desde] Talcahuano a pretexto de retirar los cañones y pertrechos había saqueado algunas casas, y se había retirado con la noticia de la aproximación de nuestras tropas.

Contestó el Comandante de Talcahuano a mi intimación, que cuando se acercasen mis tropas determinaría. El Obispo estaba embarcado y contestó muy humilde y santamente, sin admitir el partido que le propuse de volver a su silla. Tenía muchas ganas de verlo en mis manos.

Mayo 25 de 1813. En la mañana tomó posesión de la plaza el Coronel Mendiburu con cien hombres. Si el 22 lo hubiese hecho el Capitán don Joaquín Prieto, que se hallaba con órdenes para ello, habría evitado el saqueo y hecho prisionero a aquellos piratas.

A las doce del día llegué a la plaza y empecé a tomar medidas para reunir [a] la milicia y alguna tropa veterana de la provincia, que se había dispersado y huido del ejército real. Examiné los almacenes y los encontré llenos de cuanto necesitaba.

Avancé una guerrilla sobre Talcahuano y publiqué un bando, ofreciendo diez pesos al soldado de infantería que se presentase armado, y dieciséis al de caballería. En la noche contaba ya con doscientos presentados y cuatrocientos fusiles corrientes. Llegó la vanguardia a la chacra de Novoa (seis leguas).

Mayo 26 de 1813. Al amanecer se me presentaron cien soldados penquista de los que tenía el enemigo en Talcahuano.

Intimé rendición al Coronel Tejeiro que mandaba en aquel puerto, por medio del parlamentario don José María Benavente, y contestó que para capitular necesitaba ver las tropas sobre Talcahuano. El Mayor General don Ignacio Justis, Monreal, el traidor Jiménez Navia y toda la oficialidad trataron cariñosamente a mi parlamentario, y hacían muchas protestas de amistad por si no podían escapar.

Llegó la vanguardia a Concepción (dos leguas) y se disponía para el ataque [en contra] de Talcahuano.

Mayo 27 de 1813. Se enarboló en la plaza mayor la bandera tricolor con salva de veintiún cañonazos. El digno patriota don Salvador Andrade celebró misa de gracias.

Mayo 28 de 1813. Fue a Talcahuano el Cónsul [Joel Roberts] Poinsett a reconocerlo, protegido de cuarenta fusileros a las órdenes del Capitán Prieto. El enemigo presentó sobre las alturas de la izquierda sesenta hombres que hicieron fuego con una pieza [de artillería] de a 2.

Cuando nos retirábamos, nos alcanzó en la plaza de San Vicente el Sargento de milicias Tadeo Vilugrón. Este buen chileno estaba preso a bordo de uno de los buques, y logró escaparse. Me informó del estado de Talcahuano y de ser la Bretaña (corsario limeño mandado por Pareja) la que se decía entre nosotros la Essex.

En la noche se puso en marcha la vanguardia fuerte de setecientos hombres de infantería, trescientos de caballería y cuatro piezas [de artillería].

Mayo 29 de 1813. Al amanecer estaba la división a la vista de Talcahuano. La Cometa, fragata inglesa, apenas nos descubrió hizo señal de dos cañonazos, lo mismo que ejecutó el día del reconocimiento. En el momento se vio que de todos los buques bajaba gente a tierra.

Formé la línea de batalla, avancé las guerrillas a las órdenes del Teniente don Ramón Freire e intimé a la plaza. Contestaron pidiendo

cuatro horas de término para resolver en junta de guerra. El objeto era ganar tiempo para embarcarse.

Mandé entonces que las guerrillas cargasen, y que por el camino de la izquierda subieran a tomar las alturas (que estaban defendidas por ciento cincuenta hombres y un cañón); el Teniente Coronel Muñoz Bezanilla con doscientos fusileros, el Capitán Gamero con una carronada y el Alférez Vidal con un cañón de a 4. En poco tiempo obligaron al enemigo a replegarse a la plaza. Doscientos de nuestros fusileros ocuparon las alturas de la derecha, y se colocó en ellas un cañón mandado por el Capitán Morla. La Guardia Nacional y la caballería formaban la reserva. El enemigo hacía un fuego vivísimo y era sostenido por las lanchas cañoneras. Nuestra artillería correspondía con ventaja. El Capitán Morla echó a pique un bote armado, y el Capitán Gamero hizo bastante estrago en una de las lanchas. Después de cuatro horas de fuego mandé atacar el pueblo, en el que estaba atrincherado el enemigo con bastante artillería, y fue tomado en el momento por nuestros bravos. Se distinguió en este ataque el padre fray Manuel Benavides, con algunos Granaderos que en aquel momento capitaneaba; se colgó de la bandera real y, no viéndose libres aún del peligro, emplearon un rato en despedazarla. Siguiéron sobre el enemigo que ya se embarcaba en los botes; pero se metieron los nuestros al mar con el agua al pescuezo y sacaron a todos los que huían, menos dos botes que pudieron escapar con varios oficiales y jefes de la plaza que se embarcaron a bordo de la Bretaña.

Como este pueblo se mostró tan poco adicto en la entrada de Pareja, y los intereses que encerraba eran de sarracenos [6], de los primeros que traidoramente entregaron la provincia, ofrecí y permití el saqueo a la tropa. Esta me entregó ciento cincuenta prisioneros, entre los que se hallaban siete oficiales. La generosidad de nuestros soldados llegó al extremo de no matar a uno solo de los rendidos, a pesar de la obstinada resistencia que tan injustamente hizo la guarnición.

Cuando vio el enemigo que era inútil la resistencia mandó de parlamentario al Alférez de las tropas de Concepción don Diego Baeza, pidiendo dos horas de término para capitular; el parlamentario no quiso volver con la respuesta, y cuando llegó el soldado de

caballería que la llevaba ya habían escapado los jefes. El Teniente don Nicolás García se embarcó en las lanchas, las disponía a gran prisa para atacar [a] la Bretaña. Los cañones de los fuertes los había quitado el enemigo, y la mayor parte estaban clavados y quemadas las cureñas. Por más esfuerzos que se hicieron no fue posible poner algunas piezas en el fuerte San Agustín, para batir [a] la Bretaña. Intimé a su Comandante para que se rindiese, y cuando llegó a bordo el parlamentario [se] dieron [a] la vela sin permitirle que entregara el oficio; el viento norte era muy duro y le obligó a anclar en la bahía fuera de tiro. Dispuestas las dos lanchas salieron a atacarla, pero nada hicieron de provecho en los dos días que se mantuvo anclado el buque, que encerraba a Jiménez Navia y otros de esta clase.

Los salitres que tomamos en la fábrica de Tumbes eran más de diez mil quintales y su valor no bajaba de 200.000 pesos. La fábrica era excelente.

Hice bajar a tierra [a] los prisioneros de Yervas Buenas que estaban a bordo del San José, eran 150; de ellos 60 Granaderos, 30 Nacionales y 30 Milicianos. Estaban aquellos infelices reducidos a un estado bastante miserable. Era imponderable la alegría de todos ellos; a sus jefes y oficiales los abrazaban, y hacían demostraciones del mayor contento. Véase mi parte al Gobierno, copiado del Monitor [Araucano] de 5 de junio, y señalado con el N° 36.

No se conoció una sola desgracia; el saqueo se limitó a las casas de los sarracenos, y los soldados lo repartieron a la plebe del mismo pueblo.

Mayo 30 de 1813. Se retiraron las tropas a Concepción y dejé el mando interino del puerto a don Santiago Muñoz Bezanilla, y di orden para que no se enarbolase en la costa otra bandera que la española, para que los buques de Lima entrasen sin recelo.

Fray Francisco García fue comisionado para formar el inventario de la fábrica de salitres, y don Manuel Vásquez Novoa, para el de los buques y su cargamento.

El Cónsul [Joel R.] Poinsett se encargó de establecer las baterías de San Vicente y de arreglar las de las fortificaciones de Talcahuano, fabricando las cureñas, etc., etc.

Yo me volví a Concepción a tratar de la organización de las fuerzas que debían atacar a Chillán. A excepción de esta ciudad, todos los pueblos de Chile reconocían al legítimo Gobierno y prestaban auxilio contra los piratas. La frontera estaba sumisa.

He aquí recuperada la hermosa y poblada provincia de Concepción en una campaña de veinte días y en jornadas de cien leguas por caminos trabajosos, cubiertos de ríos caudalosos, en la estación más rigurosa del invierno, y luchando con [contra] un enemigo muy superior en fuerzas.

Desde el 1º de junio se disponía la fuerza para atacar a Chillán. Artillería, municiones, víveres, monturas, recomposición del armamento, etc., eran ramos de toda nuestra atención.

El Coronel don José Samaniego, asociado de fray Francisco García, fueron comisionados para inventariar los bienes del Obispo [Diego Antonio Navarro Martín de] Villodres, con intervención de su mayordomo, don Pedro Rodríguez.

Se observaban algunas quejas contra varios comisionados que, olvidados del honor, robaban a los vecinos de los campos. Se publicó un bando para que ocurriesen a los jefes de los partidos, o al General mismo, para castigar a los culpados y satisfacer a los agraviados. Don Raimundo Prado, antiguo Subdelegado de Quirihue, fue preso en aquel partido y entregado al Coronel Merino para que le siguiese causa por queja de los señores Sumosas y otros, a quienes había despojado de varias prendas. Todo ladrón era castigado sin la menor indulgencia.

Ordené una recluta de seiscientos hombres para completar los cuerpos.

En las plazas de la frontera y en todos los partidos puse jefes de confianza; los mejores que pude encontrar. Véase la lista [en el documento N° 37].

Todos los que ayudaron con decisión a Pareja, fueron presos para formarles causa, luego que el tiempo lo permitiese. Véase la lista [en el documento N° 38].

Reconvenía constantemente al Gobierno, por auxilio de caballos, dinero, vestuarios, no menos que porque cooperase al aumento de la provisión general, que estaba en Talca y debía servirnos para el sitio. Sus contestaciones eran de llanto por la pobreza del país y por lo mucho que se gastaba. Hasta entonces no había mandado más que 200.000 pesos de los que 92.000 no llegaron a Concepción hasta mucho después.

Junio 7 de 1813. A las once de la noche recibí aviso del Gobernador de Talcahuano, avisándome que había desembarcado en Tumbes el oficial don Felipe Villavicencio, quien con toda su marinería y botes quedaba preso; y que había declarado que la fragata que estaba a la vista era la Thomas del dominio de don Javier Manzano, que traía a su bordo oficialidad y víveres para el ejército real. La presa se hizo en los términos que se ven en mi parte al Gobierno [documento N° 39], copiado del Monitor [Araucano] del 15 de junio. A continuación está la lista de los prisioneros. 50.000 pesos en efectos, y otros tantos en pesos fuertes fue el producto de la presa. Los prisioneros recibieron un trato generoso; sólo se les quitó [quitaron] libros y armas; todo lo demás fue respetado. Los oficiales de mayor graduación y aquellos que mostraron educación eran admitidos entre nosotros, fueron a la capital bajo su palabra, y recibieron auxilios pecuniarios según lo pidieron. Entre estos prisioneros se encontró don José Vildósola, Capitán del batallón de Voluntarios de la Patria, que fugó de Santiago, para venir a hacernos la guerra. Este traidor, su padre y su hermano han recibido en Chile un trato que no merecían, y han adquirido comodidades a que no estaban acostumbrados. Vildósola no fue remitido a Santiago porque lo destiné entre los reos de Estado que debían ser juzgados por la comisión.

[Bernardo] O'Higgins me ofició acompañándome un estado de mil cuatrocientos hombres de que se componía su división que yo había reforzado con cien Dragones a las órdenes de don Esteban Manzano, y con algunos artilleros para el servicio de una pieza y dos o tres pedreros.

La división del Ñuble se había aumentado considerablemente y el Teniente Coronel don Francisco Calderón había llegado a Talca con trescientos hombres de los diferentes cuerpos veteranos del ejército.

El Comandante del cantón del Ñuble me ofició quejándose de la deserción de los voluntarios, y pedí al Gobierno que los remitiese al ejército para castigarlos, advirtiéndole que si seguían tolerándolos en la capital se acabaría el ejército. Contestó ofreciendo hacerlo así, pero no mandó uno solo, y se aumentaban los desórdenes. Di a Cruz órdenes muy estrechas sobre el particular, y sentencié a muerte a uno de sus soldados que dirigió un motín contra los oficiales.

Dispuesto todo para continuar la guerra, mandé que la división de Talca saliera a reunirse con la de Cruz, tomando el mando en jefe el Coronel Vial; unidas estas fuerzas componían una división respetable; la de Cruz constaba de seiscientos milicianos y ciento cincuenta fusileros. Repetidos oficios dirigidos a Vial con órdenes terminantes para que verificara su marcha, no bastaron para que obedeciera este mal jefe. Toda la fuerza de Granaderos que se hallaba en Concepción salió a unirse a su cuerpo, que estaba sobre el [río] Itata.

Se sospechó que el enemigo trataba de atacar a O'Higgins y la segunda división le auxilió con algunos fusileros.

Salió la Guardia General a situarse en Coyanco, con orden de incorporarse a la primera división luego que llegase ésta a aquel punto.

Los prisioneros de la Thomas fueron mandados a la capital, a las órdenes de Vega y Araos, con su correspondiente escolta. Colmenares y Villavicencio, con el Coronel Samaniego; Olaguer Feliú, Rábago y Montuel a las órdenes de dos oficiales.

Nombré interinamente una Junta compuesta de tres individuos que mandase en la provincia durante mi ausencia. Se componía del Deán don Salvador Andrade, Gobernador del Obispado, el presbítero don Julián Uribe y de don Santiago Fernández. Se le[s] dieron instrucciones para su comportamiento.

Los reos de Estado se destinaron a la Florida con buena escolta. Don José María Victoriano, Subdelegado del partido, fue el encargado de su seguridad; no se presentaba otro punto más a propósito. En la frontera, era peligroso porque podían insurreccionarla y escaparse; en Concepción, era más expuesto porque tenían sus familias. Mandarlos a la capital era lo mismo que perdonarlos, y no podía conformarme con la libertad de hombres tan perjudiciales a la gran causa; elegí la Florida por tenerlos más cerca del ejército y ordené terminantemente a Victoriano que los pasase a cuchillo si se sublevaban, o por algún accidente intentaba quitarlos el enemigo; la orden fue oficial y quedó archivada en la secretaría de Concepción, porque estaba satisfecho de la necesidad y de la justicia.

O'Higgins se acercó al Diguillín con su división. La división de Concepción se puso en marcha el 20 de junio; anteriormente había salido la artillería de campaña y dos piezas de a 24. El 22 siguió el Comandante don Luis Carrera acompañado del Cónsul [Joel R.] Poinsett.

Junio 23 de 1813. Temiendo la falta de orden en la división de observación del Ñuble y en la de Talca, cuya tardanza se hacía sospechosa, me decidí a ir a Talca y ponerme a la cabeza de ella. Salí a las doce del día con el Capitán don José María Benavente, Barnechea, cuatro ayudantes y seis ordenanzas, por el camino de la costa; dormí en Rafael, catorce leguas de Concepción.

Recibí oficios del Gobierno, pidiéndome encarecidamente que acabe [acabara] con los de Chillán para acudir con mis tropas a la defensa de los pueblos del norte amenazados por Osorio, que había intimado al Huasco; y por Pezuela, que se esperaba por Valparaíso. Contesté ofreciendo concluir muy luego; hasta las tres de la mañana me llevé

escribiendo para explicar a S.E. las medidas de seguridad que debía tomar.

Entre algunas cartas que conducía el mismo propio, vi una para el Coronel [Juan] Mackenna, de letra de su primo don Francisco [Antonio] Pérez. Las sospechas y la curiosidad me movieron a abrirla en presencia de Benavente; el contenido se reducía a darle las gracias por el plan que había meditado. Mackenna era autor de los planes que antes le hemos visto poner en ejecución.

En otra carta me pide el mismo Pérez que mandase el armamento sobrante para organizar cuerpos. Sabía muy bien el destino de estos cuerpos y le contesté en términos que le hicieron comprender que estaba yo al cabo del plancito, por lo que daba las gracias. De aquí dimanó la renuncia que hizo de vocal de la Junta, que substituyó [siendo substituido por José Ignacio] Cienfuegos.

Junio 24 de 1813. Dormí en Quirihue (quince leguas de Rafael). Ordené a Merino que aprontase todo lo necesario para la división de Talca y para el ejército, etc., etc., etc.

Junio 25 de 1813. Llegué a Cauquenes (catorce leguas). Vial no pasaba aún el [río] Maule y mi desconfianza se aumentaba. Mi última orden desde Concepción fue extendida así: “En el momento de recibir esta orden, se pondrá V.S. en marcha con la división de su mando, y en el caso de no poder moverla toda, ni la artillería gruesa por falta de bagajes, lo verificará V.S. aunque sea con un solo hombre y se dirigirá a Longaví, etc.”. ¿Quién que conozca los recursos de Talca, Curicó y San Fernando no acusará a Vial de negligente, ignorante y cobarde, o de sospechoso [de ser] enemigo de la causa, cuando vea que con órdenes terminantes de quince días no pasó el [río] Maule, y miraba con serenidad que la división del Ñuble abandonaba continuamente sus posiciones, porque no podía oponerse a las fuerzas enemigas que la provocaban y perseguían?

Oficié a Cruz, avisándole mi destino, encargándole la vigilancia, y ofreciéndole auxilios para antes de seis días.

Recibí oficio de [Bernardo] O'Higgins, acompañándome parte de la acción que comprometió la guerrilla de Molina en la hacienda de San Javier, a ocho leguas de Chillán. Molina tenía treinta Dragones a sus órdenes, y sobre Larquí atacó a otra enemiga de más fuerza; la destruyó completamente haciéndole quince prisioneros. Molina salió herido en una mano y seguramente se comportó muy bien.

Nuevos oficios del Gobierno me hicieron conocer que no se realizaría la invasión del norte.

Junio 26 de 1813. Se quejaron los vecinos de Cauquenes de la conducta del Coronel Vega y [de] su hijo. Habían hecho robos de consideración al tiempo que ejecutaban sus comisiones. El Coronel había salido ya a incorporarse a la segunda división con alguna tropa; su hijo siguió a Santiago con los prisioneros. Procuré averiguar si había tenido el mismo comportamiento don Bartolo Araos, y me dijeron que no; ignoro si esta negativa dimanó de la consideración que en aquella época creían necesaria por un primo mío; bastante trabajé por darles confianza para que lo acusasen.

Salí para Talca (veintiséis leguas) y llegué a esta ciudad a las once de la noche. En el campo de la Ovejería encontré a la división de Vial. No había andado más que dos y media leguas en quince días. En época más o menos crítica habría sido puesto en el banquillo un jefe tan perjudicial.

Junio 27 de 1813. Ya no hubieron [hubo] más motivos de tardanza. Siguió su marcha la división y durmió en el paso del Barco de Maule, dejando la conducción de los cañones de a 18 encargada a don Hipólito Oller, Sargento Mayor de artillería; este oficial era europeo, y por no exponemos a una intriga se [le] dejó en Talca, para que construyese un barco para el paso del río; lo concluyó y fue muy útil. También dirigió el trabajo de puentes volantes, cureñajes, explanadas y cuanto se necesitaba para el ejército. Ojalá que hubiese estado en sus manos la división.

Junio 28 de 1813. Pasó el [río] Maule la división y alojó en la Vaquería.

Junio 29 de 1813. Llegó la división a los Carrisalillos.

Al Coronel don Rafael Sotta dejé de [lo nombré] Gobernador en [de] Talca. En este pueblo estaban de vuelta muchos de los que mandé a Santiago, presos por sospechosos, antes de la campaña.

Procuré arreglar todos los ramos de guerra y di providencias enérgicas para asegurar la tranquilidad y proveer el ejército en el tiempo que ocupase en el sitio de Chillán, que iba a ponerse en lo más rígido de la estación y en campos desamparados y sin recursos.

Le pedí al Gobierno con instancias las tropas de Concepción que habían llegado o estaban por llegar de Buenos Aires, y le manifesté que la campaña era cruel por la estación y que sólo los muchos auxilios podían asegurar el éxito.

Junio 30 de 1813. Salí a alcanzar la división a las doce del día. Dormí en la Vaquería, en casa de la Prado.

[Hipólito] Oller probó pasar los cañones en balsas, por las juntas de Longomilla, y le fue imposible por la mucha corriente. Este día pasaron por el barco [del Maule], y emprendió el camino para la Vaquería, obra bastante trabajosa.

Julio 1° de 1813. En el momento que oficiaba a Cruz, para contestar a algunas peticiones que me había hecho, recibí la noticia que había sido sorprendido con toda la división, y que era prisionero del enemigo. Golpe terrible, primer fruto de la criminal conducta de Vial.

Mandé al Ayudante don Juan Felipe Cárdenas con pocos soldados, para que avanzase velozmente y averiguase la verdad.

En la tarde alcancé [a] la división en los Carrisalillos. Por una corta lluvia [la división] estaba metida en sus carpas y los oficiales entregados al juego.

Hice separar [a] los Nacionales que llegaban (100) y los puse a las órdenes del Capitán don José María Benavente; marchó con ellos hasta Purapel en donde pasó la noche. Yo dormí en las casas de Barrera.

Vial quedó con orden de alcanzar al día siguiente, a lo de don Dámaso Vega, al otro lado del río Cauquenes.

Julio 2 de 1813. Llegué con toda la división a lo de Vega. Recibí aviso de Cárdenas confirmándome la derrota de Cruz. La división estaba expuestísima, porque la oficialidad era inútil y viciosa, y [esto] gracias a los oficiales que a prevención llevaba conmigo.

Julio 3 de 1813. La división durmió en casa de don Cristóbal Belmar. Encontramos aquí doce heridos que escaparon de la división de Cruz. Se acercaba el peligro y era preciso redoblar el cuidado. Todas las grandes guardias se encargaron a los oficiales que parecían mejores; uno pedía carpa para la tropa, otro encendía fuego, y todos se dormían; lo vi en repetidas rondas que hacía, y me vi obligado a dar una orden del día bastante dura para evitar los progresos de la mala disciplina de los oficiales.

Julio 4 de 1813. Llegó la división a Huillipatagua, hacienda de don Ramón Merino. Cárdenas me contó el modo como fue sorprendido Cruz. Don Matías Alarcón, el que sublevó el [al] regimiento de Quirihue en tiempo de Pareja, fue el que logrando la confianza de Cruz, pudo entregarlo a Elorriaga, que mandaba la fuerza enemiga que verificó la sorpresa del 30 de junio al amanecer. Se ejecutó de modo que no escapó ninguno, a excepción de los heridos que no quiso el enemigo llevar a Chillán. Acompañaron a Alarcón en esta empresa don Juan Manuel Arriagada, Coronel de San Carlos, su Capellán Fray Francisco Serrano, don Juan Acuña, don José Bustos, don Ramón Moreno y don Julián Cerda.

Victoriano, que se portó con honor y valor, y Cruz, fueron llevados [por el enemigo] a Chillán desnudos, llenándolos de insultos en el camino; luego que llegaron los encerraron en calabozos; la tropa en la cárcel sufría martirios.

Formé el campamento en una pequeña altura, que dominaba las avenidas del enemigo. Destiné dos guerrillas a las órdenes de Cárdenas y del Capitán don Ignacio Quesada, para recorrer la campaña, recoger víveres y apresar [a] los enemigos de la causa.

Apresaron al Capellán de Arriagada, a un tal Monroy y tres hijos suyos y a un tal Fuentes: los remití a Talca después de formado el correspondiente sumario. A Fuentes se le dieron antes cien azotes a un cañón.

Se presentó Lopetegui, fugado de Chillán, y lo remití al Coronel Merino para que estuviese a la mira de su conducta, encargándole al mismo tiempo que lo auxiliase con lo necesario.

Se me olvidaba decir que don José Ignacio Quezada y su guerrilla era parte de la división de Cruz; escapó esta pequeña fuerza que no pasaba de treinta hombres, porque al tiempo de la sorpresa se hallaba de servicio en el campamento. Se retiró a Quirihue y se incorporó a nuestra división en Huillipatagua.

Recibí noticias del ejército después de muchos correos que hice para conseguirlo. El Coronel [Juan] Mackenna me ofició, acompañándome un croquis de los terrenos que hay entre el [río] Ñuble y el [río] Itata hasta la cordillera, copia mal sacada del que formó [el Cónsul Joel Roberts] Poinsett. Me decía en su oficio que le parecía que mi división, fuerte de 250 hombres, y 4 malas piezas [de artillería] de a 4 y de a 2, debía situarse sobre el [río] Ñuble, para que el ejército pasase el [río] Itata. No sé si atribuir a ignorancia o mala fe este desatinado consejo. [El río] Ñuble dista dos leguas de Chillán, por la parte que debía pasarlo y en Chillán estaba todo el ejército enemigo, que podía en una noche caer sobre la división, destruirla y volver a encerrarse. El ejército tenía 2.500 soldados, famoso tren y distaba 9 leguas de Chillán; así quería Mackenna que protegiese con mis bisoños al ejército, y no éste a mi. Siento que esta obra de Mackenna, la única hasta esta fecha, la tomase el enemigo cuando fui prisionero; la guardaba con esmero para presentarla al Gobierno que lo mandó de Cuartel Maestre.

Julio 5 de 1813. Pasó el ejército el [río] Itata por el Roble, según mis órdenes.

Julio 6 de 1813. Llegó a Larquí, distante tres leguas de Chillán.

El Capitán Quezada alarmó nuestro campo con la noticia de estar el enemigo muy cerca. Una espesísima niebla que hubo aquella noche nos impedía observarlo; era muy expuesto esperarlo en un campo del que debían estar enterados, y mis soldados no eran aguerridos, ni habían visto las balas. Una altura que dominaba nuestro campamento, por la parte del oeste, nos ofrecía el mejor asilo y ventajas para sorprender al enemigo si nos atacaba. Abandoné el campamento, dejando en él los fuegos y centinelas para aparentar que lo poseíamos toda la división. Se colocó silenciosamente toda la división en la altura y pasó así la noche sin que ocurriese novedad.

Julio 7 de 1813. El ejército caminó una legua y acampó en las casas de Fonseca. José M. Bravo (alias Bocanegra), que me acompañaba desde Talcahuano con recomendación de pariente, hizo un robo de 40 pesos a una infeliz mujer. Pagué el robo, y el señor Bravo pagó cien azotes al cañón.

Julio 8 de 1813. El Cónsul [Joel Roberts] Poinsett, los coroneles [Luis] Carrera y [Juan] Mackenna, con una escolta de 180 fusileros, reconocieron a Chillán desde una altura que domina el pueblo al sur del río. El enemigo hizo salida y perdió 4 hombres: dos muertos y dos prisioneros; uno de ellos era un armero que vino de España con Medina.

El Capitán Benavente con 100 fusileros salió para San Carlos, con orden de poner el mando de aquella villa en manos de un sujeto patriota, para que reuniese las milicias y acopiase víveres; no se nombró por mí porque ignoraba quién lo fuese en aquel partido. Arriagada y Moreno habían extendido su doctrina con empeño. Ojalá que estos infames pudiesen algún día responder con sus pescuezos.

Julio 9 de 1813. Se hizo segundo reconocimiento sobre Chillán por el Brigadier don Juan José Carrera.

Salió la división de la Huillipatagua y durmió en Collipeumo.

El Capitán don Juan Silva, que estaba agregado a los Granaderos, y que formó cuadro en 1811 cuando se reformó el cuerpo que llamaban Húsares-Dragones, fue separado de la división y remitido a Talca porque en repetidas ocasiones lo encontré dormido en las guardias de campo; era ya viejo, inútil y abandonadísimo.

Los cañones de a 18 quedaron una jornada atrás, y se les auxilió con víveres y bueyes.

La división llegó a Changaral el 10, y el Capitán Benavente pasó la noche sobre el paso de Cocharcas.

Julio 11 de 1813. Dispuse que la división se situase en las casas de Ortega, citas al norte del [río] Ñuble, y me adelanté por este mismo vado, para llegar al ejército que estaba acampado desde temprano en las alturas de Coyanco. El Capitán Prieto, con una guerrilla de Dragones, me esperaba de la parte del sur. El Teniente Coronel don Manuel Serrano, con pocos soldados, vino a encontrarme. El Coronel [Luis] Carrera mandó al Coronel [Bernardo] O'Higgins con alguna caballería y dos piezas para formarse en batalla a media legua de la ciudad para protegerme. No hizo movimiento el enemigo sobre nuestra línea, y llegué al campamento general a las once del día. De allí me dirigí a ver a O'Higgins y a todos los jefes que estaban con él observando la ciudad; el enemigo presentó una fuerza de 300 hombres en el camino, pero a las pocas cuadras hizo alto. O'Higgins retiró sus tropas a descansar.

Julio 12 de 1813. En la tarde llegó la división de Talca, saludó al campamento y fue correspondida; la tropa fue destinada a sus respectivos cuerpos, y los oficiales agregados a los mismos o al Estado Mayor.

Julio 15 de 1813. Llegó el Sargento Mayor [Hipólito] Oller con los cañones de a 18, escoltados por alguna caballería.

Diariamente había escaramuzas de nuestras guerrillas. El Teniente Molina trabajaba empeñosamente en este destino. Solía comprometerse demasiado, y era protegido por otros cuerpos que siempre estaban prontos con este objeto.

Ningún auxilio recibíamos de [desde] Talca; Concepción únicamente nos auxiliaba, pero no en cabalgaduras y granos porque no los había en la provincia. De Los Ángeles solíamos recibir estos renglones.

Esperaba los cañones de a 24 para acercar mis tropas a la plaza. La intemperie y la escasez eran iguales, tanto que estaba arrepentido de haber emprendido el sitio en esta estación. Las lluvias no cesaban y los fuertes vientos no dejaban una tienda en pie.

Supe que el Gobierno no pensaba mandar más tropas; la caballería se minoraba muchísimo por la desertión y por la falta de forrajes. Se observaba que la frontera se disponía a favor del enemigo, particularmente por Tucapel, Yumbel, etc., etc. Espinosa, su hermano y otros, sorprendieron a unos Dragones que buscaban caballos. Se los llevaban amarrados para Chillán, y fueron libertados por una partida que trajo a los Espinosas presos. Inmediatamente se les siguió causa; el uno fue pasado por las armas, el otro llevó 200 azotes y prisión durante la guerra.

No quise esperar por más tiempo los cañones de a 24, y determiné acercarme a la plaza para bloquear y fatigar su guarnición.

Julio 22 de 1813. Verificamos nuestro movimiento de Coyanco (estas alturas distan como una legua de la plaza y corren como dos millas de oriente a poniente). Considerando como frente a Chillán, está cubierta su retaguardia por el río de esta ciudad y por una fuerte posición en las márgenes del Este. Entre ésta y las alturas de nuestro campo, hay una llanada en esta forma. Las guerrillas y la división de [Bernardo] O' Higgins con dos piezas [de artillería] presentaron su línea de batalla sobre el Maipón a 20 cuadras de la plaza. La primera división, a las

órdenes del Coronel [Luis] Carrera, siguió en columna, en el centro el parque, cubriendo la retaguardia la segunda división. Nos alcanzaba la noche y no alcanzábamos a tomar las alturas que están al... de Chillán y a tiro de cañón, porque los barriales hacían muy pesado el camino. Retrocedimos un cuarto de legua y acampamos en el llano en dos líneas, cuya derecha estaba protegida por una altura que ocupamos con un cuerpo, y la izquierda y retaguardia por la caballería. Al sur del río sobre Chillán, se mantenía una guerrilla de observación. En las alturas de Coyanco manteníamos siempre nuestros pobres almacenes.

En la noche, que era oscura, ventosa y lluviosa, se alarmó nuestro campo por el Alférez de caballería en Asamblea don Domingo Álvarez: estaba este oficial de gran guardia, y al ruido del viento se le antojó que venían enemigos, y corrió con su gente a dar parte al Comandante de la primera división. Se tiró un cañonazo y se puso el ejército sobre las armas; al poco rato se mandó retirar.

Julio 24 de 1813. La guerrilla de observación avisó que el enemigo en número de 100 hombres había escapado en la noche para el [río] Itata, y un espía confirmó esta noticia, añadiendo que se dirigían a sorprender y tomar los cañones de a 24, que estaban en Larquí. El Coronel Carrera con alguna fuerza salió a protegerlos.

Julio 25 de 1813. Llegaron al campamento los cañones. Esta obra es de bastante consideración. Caminar 30 leguas, en el rigor del invierno, por una montaña que ofrece dificultades aún para la artillería volante, y atravesar el [río] Itata sin más auxilios que unos carretones cuyas ruedas no tienen más de una vara de alto, y con sólo balsas de pequeños palos, es debido solamente a la actividad de sus conductores, la robustez de nuestros chilenos, y al interés con que se manifestaban todos entonces. El Teniente don Bernardo Barrueta fue el conductor.

Julio 26 de 1813. Se puso en movimiento nuestro ejército y se formó sobre el Maipón. Reconocimos las alturas que debíamos ocupar, y fue tomada por las guerrillas. En la media noche se situaron en ella las divisiones y la artillería gruesa, para la que se empezó a trabajar una batería con salchichones.

Por medio del Teniente Coronel Calderón, intimé al Cabildo [de Chillán] para que cooperase a entablar las capitulaciones. Como [Juan Francisco] Sánchez no contestase la última intimación que hice a [al Brigadier Antonio] Pareja, y que él recibió por estar expirando su General, no quise intimarlo, y sí al Cabildo, anunciándole que destruiría la ciudad si se mantenía en ella por más tiempo el ejército real, que no tenía otro arbitrio que rendirse. A Sánchez le decía únicamente que fuese humano.

Julio 27 de 1813. A las tres de la mañana empezó una fuerte lluvia y aún no habíamos podido pasar a la altura toda la artillería.

Volvió Calderón sin respuesta, que ofreció Sánchez mandar después. La tropa sufrió mucho este día y a pesar del agua adelantó bastante la batería, y quedó al concluirse.

Julio 28 de 1813. Contestó [contestaron] Sánchez y el Cabildo. No accedieron a mi intimación; pero el parlamentario me provocó disimuladamente a una compostura. Estaba demasiado satisfecho del poder de mi ejército, y dije que no admitía otra composición que a discreción.

Trajo el mismo parlamentario don Antonio Adriaola, un oficio para el Cónsul [Joel Roberts] Poinsett, en el que le reconvenía Sánchez por la parte que tomaba a nuestro favor. Nada le contestó y se volvió a la plaza.

Al poco tiempo rompió la batería los fuegos que cubrían y pasaban el pueblo. El 26 se tiraron dos cañonazos desde el Maipón, uno de ellos se llevó el rollo y el otro quitó el brazo a un carretero que trabajaba en la plaza.

Julio 29 de 1813. Seguían los fuegos sin ningún provecho; nuestros artilleros eran muy bisoños, y el servicio del tren estaba desarreglado.

Julio 30 de 1813. Se observó algún daño en un fuerte (San Bartolomé) que había construido el enemigo al sur de la ciudad. En la noche debía

ser asaltado y se dieron órdenes para el intento; pero me arrepentí luego porque conocía que las tropas no servían aún para esta clase de servicio.

Julio 31 de 1813. No ocurrió cosa particular. En la noche mandé al Coronel [Bernardo] O'Higgins con 300 hombres, dos piezas volantes, y al Capitán don José María Benavente con 80 fusileros a que incendiasen el pueblo por la parte del sur y del norte. Benavente hizo arder algunas casas y lo mismo O'Higgins.

Agosto 1° de 1813. Cuando se retiraba, [el Coronel Bernardo] O'Higgins cargó sobre el enemigo, y hubo un tiroteo muy mal dirigido. Se me avisó que la guerrilla de Molina estaba envuelta por fuerzas muy superiores. Mandé salir algunos cuerpos para auxiliarla y fui a examinar la verdad. Vi que todo era obra de abandono y poca inteligencia; Molina no estaba envuelto ni en peligro, y la tropa de O'Higgins se batía en una parte cuando él estaba en otra, mirando con la boca abierta, los subalternos donde querían, y todo en el mayor desorden. Se retiraron sin novedad.

Agosto 2 de 1813. En la noche mandé avanzar un cuerpo de 500 fusileros y cuatro piezas a tomar posesión de una altura que estaba al norte de la que ocupábamos, y sobre la misma ciudad. La infantería era mandada por el Coronel [Carlos] Spano; la artillería por Oller y Gamero, y todos a las órdenes del Coronel [Juan] Mackenna.

Agosto 3 de 1813. Al amanecer estaba ya en nuestro poder la altura, y defendida por una batería construida de sacos de cuero, saquillos y salchichones. La batería fue mal situada.

A las siete de la mañana se vio venir sobre la batería [a] una columna enemiga corriendo y con los fusiles a la espalda. Creyeron algunos de los nuestros que era tropa que desertaba para entregarse, y vacilaban para hacer fuego. El Coronel [Juan] Mackenna se había vuelto al campamento y mandaba [Carlos] Spano, quien mandó hacer fuego y se trabó una acción viva. Mandé inmediatamente parte de la caballería que cargara por El Tejar, en ademán de tomar la retaguardia del enemigo, y al Coronel Carrera con 400 infantes para que flanquease y

destruyese la columna. Todo se verificó en el mejor orden. La infantería cargó con mucha arrogancia, se unió a ella Mackenna y pasó el Maipón con el agua a medio muslo y a tiro del enemigo. Este se retiró precipitadamente sobre la plaza, y los que defendían la batería siguieron en su alcance hasta ponerse sobre los fosos de la bocacalle de la plaza. El Coronel [Luis] Carrera se posesionó de la batería y mandó en orden algún auxilio a los que por ignorancia perseguían desordenadamente al enemigo. Había sido un momento favorable para tomar la plaza, pero ¿cómo hacerlo en medio de la confusión y la inobediencia [desobediencia]? Hice tocar llamada y mandé incendiar todos los ranchos que estorbaban nuestros fuegos en frente de la batería y las primeras casas del pueblo.

El Brigadier [Juan José] Carrera, con alguna caballería, infantería y cuatro piezas [de artillería], formaba el cuerpo de reserva a una milla al oeste de la plaza.

La guerrilla de Molina y la caballería batían sobre El Tejar. La derecha de nuestra posición era cubierta por el Capitán Benavente. El fuego duró tres horas.

Murió el Sargento Mayor [Hipólito] Oller, el Capitán don Joaquín Alonso Gamero, de artillería, y el de milicias don J. J. Ureta. De todos los cuerpos entre heridos y muertos fueron...

Pensé descansar este día la tropa y prepararlo todo para atacar al amanecer, después de haber tomado en la noche algunos puntos necesarios a nuestro plan.

Se enterraron los muertos, y los heridos fueron conducidos al hospital de sangre que estaba al sur del río Chillán, y al cargo y dirección del cirujano don Manuel Grajales, hecho prisionero en la fragata Thomas. Jamás olvidaré la humanidad y cariño con que este buen español atendía a nuestros heridos. Posteriormente dio pruebas de sus buenos sentimientos.

La reserva se situó sobre el Maipón, entre El Tejar y la batería, por si el enemigo intentaba [una] nueva salida. Las guerrillas de Benavente

hicieron algunos prisioneros por la parte del este. Estaba tomándoles algunas declaraciones e intimando a [Juan Francisco] Sánchez, que sabía estaba muy consternado, cuando me avisan que el enemigo se presentaba con toda su infantería y caballería. Monté a caballo y vi que pequeños cuerpos de caballería avanzaban lentamente, y que la infantería, formada en línea sobre El Tejar, tendría 600 hombres. La reserva nuestra, apenas vio que avanzaba hacia ella un pequeño número de caballería, abandonó los cañones y se refugió a la batería, por lo que se habría apoderado de ellos el enemigo si el constante y valiente Barrueta no lo hubiese defendido con unos pocos soldados. El Capitán Morla, con dos cañones y cien fusileros, fue encargado de la posición que tenía la famosa reserva.

El fuego de San Bartolomé sobre nuestra batería, reforzado con dos cañones de a 18, no cesaba. El enemigo no quería pelear. En estas circunstancias una gran desgracia puso fin a nuestra campaña. Se incendiaron todas las municiones que encerraba la batería; tocó una bala en un armazón y el fuego de éste originó toda la pérdida. El enemigo, que sintió el gran estruendo y veía las espesas y altas humaredas, se reanimó y puso en movimiento sobre nuestra batería. En medio de la confusión y espanto que causaba aquel horroroso suceso, nuestros valientes salvaron el [al] ejército, [a] su patria y se cubrieron de gloria. La artillería, a las órdenes de Morla, hacía un fuego vivísimo y bien dirigido; los oficiales artilleros Millán, Laforest, Cabrera, Vásquez y Zorrilla, en medio de la quema hacían un fuego terrible. El Teniente Barrueta, con los pocos soldados a quienes no se les quemaron los cartuchos, corrió al enemigo hasta las mismas calles. En mucha parte de la oficialidad se notó una [sic] alma superior a estos golpes.

La caballería de nuestra derecha se puso a cubierto por los tiros de la artillería de 24 que estaba aún en la primera batería, y no dejó de aterrar a la enemiga que se retiró a la ligera.

En la quema perecieron cien hombres, incluso el Coronel [Carlos] Spano, Teniente Rencoret y el Alférez Currel. Esta desgracia causó bastante desorden en los más tímidos; huyeron algunos de la batería y se desertaron.

En la tarde murió el Alférez Zorrilla y el Cadete Fernández de la Guardia Nacional.

Anocheció, y no tanto nos incomodaba la poca gente dispersa y la que en este día quedó inutilizada, cuanto la falta de municiones. Examinadas las que salvaron, resultaron 11.000 cartuchos de fusil, poquisimos de cañón, y los más de grueso calibre; de éstos se hicieron para la artillería volante. Al ver el entusiasmo de la tropa, aunque escaso de víveres, determiné hacer un ataque de sorpresa para tomar la plaza, o retirarme en el momento si no lo conseguía. Por otra parte, esperaba auxilios de Talca y Concepción, y en tal caso podíamos continuar la obra, esperando en las mismas posiciones o replegándonos a las alturas de Coyanco. No era poco inconveniente para hacer cualquier movimiento la escasez de caballos y bagajes. La caballería de milicia había desertado en mucho número, o estaba desmontada por la mucha mortandad que ocasionó la falta de forrajes.

El proveedor don Domingo Pérez se portó muy mal, y se encargó [su labor] a don Ramón Lantaño, creyendo sería más útil por los muchos conocimientos que tenía en aquella campaña; si aquél fue malo, éste era pésimo. La necesidad era intolerable.

Agosto 4 de 1813. No me atreví a nada por la escasez de municiones y caballos. Mandé a Concepción a mi Mayor de Órdenes para que trajese 200 fusileros, 100 artilleros y muchos renglones de que carecíamos. Con el mismo objeto fue a Talca el Coronel Mendiburu.

Desde el [río] Itata me avisó Calderón que Esteban Carrasco con una partida habían tomado, al pasar aquel río, las municiones y víveres que traían de Concepción para el ejército. Yo no podía proteger nuestros convoyes por falta de caballería.

Agosto 5 de 1813. A las dos de la tarde atacó a nuestra batería, mandada por el Coronel [Luis] Carrera, una columna enemiga como de 400 hombres. Toda la caballería salió por El Tejar y atacó a la guerrilla de Molina que se hallaba por aquella parte. Nuestra artillería en muy breve tiempo hizo entender al enemigo que no podía asaltarla,

y nuestra caballería encerró a la enemiga escarmentándola regularmente. Duró la acción cuatro horas.

No puede haber acierto donde no hay subordinación; aquel nuevo choque presentaba ventajas que desaparecieron porque nuestros soldados se metieron al pueblo en seguimiento de los que huían. No atacaban o perseguían en orden. Cada oficial, cada soldado hacía su antojo; unos entraban a pelear, otros a robar (hablo de [los] soldados). El enemigo asegura que mataron a uno estando en la calle en acto con una mujer; no obedecían las órdenes de mis ayudantes; la llamada era inútil y, como entraron por diferentes puntos y no se conocían, se hacían fuego unos a otros. Gritaban “a tomar la plaza”, y no advertían que era imposible en aquel desorden. La batería quedó casi sola y fue preciso que el Capitán Benavente desmontase su gente y fuese a recibir órdenes del Comandante. Lo mismo hice con 100 infantes de Concepción, que había situado frente a la calle de Santo Domingo.

La caballería de milicias, a las órdenes de Vega, siguió imprudentemente a una partida enemiga que huía hacia la cordillera. En este momento el enemigo, reanimado con la prisión de algunos bisoños que se avanzaban hasta sus fosos, salió y tomó veinte milicianos.

El enemigo tuvo mucha pérdida y se habría aterrado del todo si no toma los prisioneros. De nuestra parte fue poca la pérdida. A la oración estaba todo tranquilo. Véanse mis oficios al Gobierno fecha 6 de agosto, insertos en el Monitor [documento N° 40].

Agosto 6 de 1813. Intimé últimamente a [Juan Francisco] Sánchez por medio de mi parlamentario don Raimundo Sessé, ofreciéndole que le dejaría embarcar [a] todas las tropas de Chiloé y Valdivia, proporcionándoles transportes, con la condición de entregar las armas en el campo de Chillán. La contestación, después de un buen recibimiento, y de haberle mostrado 2.000 hombres (reunió para esto indios de Guambalí, huasos y vecinos a los que ponían gorras, único distintivo de sus soldados) fue mandarme a su Secretario, Fray Juan Almirall, para que me propusiese retirarme con todas mis fuerzas al [río] Maule, dejándole la posesión de la provincia de Concepción por

seis meses, en cuyo tiempo el Gobierno de Chile trataría con el Virrey de Lima para concluir la guerra, debiendo conducirnos durante los seis meses con la mayor amistad, y sin interrumpir el libre comercio entre ambas provincias. Fray Juan procuró halagarme y persuadirme de lo ventajoso de su proposición. Yo le contesté asegurándole que debíamos desprestigiar toda amistad con el Virrey y con Sánchez, si se fundaba en sostener los derechos de Fernando [VII]; que los pueblos de Chile trabajaban por su independencia, y que, lejos de acceder a la entrega de la provincia, no perderíamos un palmo del terreno restaurado por las bayonetas; que ellas solamente podían allanar los obstáculos que se presentaban a nuestra justa empresa. Se volvió el fraile y quedó de contestarme si accedía Sánchez a mi propuesta de embarcarse para Lima con tropas de Chiloé y Valdivia cuyas plazas debían ocupar las mías.

Antes de las doce de la noche trajo la respuesta el Teniente Coronel Carvallo en oficio de Sánchez. No pasa por mi propuesta y me amenaza, diciendo que me aprovechara del parlamento para adelantar el atrincheramiento de mi campo. Díjele a Carvallo que su General estaba loco y que no había más que hacer.

Agosto 7 de 1813. Las municiones eran ya tan pocas que, a comprometer una acción que pasase de dos horas, se concluían y con ellas el ejército. No tenía recursos para continuar por más tiempo el sitio de Chillán, a pesar de la constancia y valor de mis oficiales y tropa. Mandé que en el momento se replegase la división y la artillería de la batería avanzada a nuestro campamento que la dominaba.

Toda la mañana de este día se presentaron guerrillas por El Tejar y otros puntos, mas no hicieron el menor ataque.

Agosto 8 de 1813. A las ocho de la mañana se acabó de retirar la división avanzada, dejando tirada en el Maipón una pieza [de artillería] de 6 de fierro, porque no tenía municiones y sólo servía de estorbo.

Se presentó el enemigo, en gruesas partidas, para quitarnos los caballos y mulas que pacían en el campo por falta de forrajes. La

artillería gruesa dirigida por Morla les acertó algunos tiros; no podía oponérseles fuerza montada por falta de caballos y los pocos que quedaban se caían solos; los soldados preferían andar a pie. El enemigo tomó la altura que ocupaba nuestra batería; pero la dejó a los primeros cañonazos.

Di orden para retirarnos en la noche de nuestro campamento a las alturas de Coyanco, y se principió a conducir pertrechos.

Agosto 9 de 1813. Al amanecer estaba la mayor parte de la artillería en las orillas del Maipón, camino de Coyanco. Toda la caballería útil a las órdenes del Capitán don José María Benavente, con una pieza [de artillería] de a 4, protegía nuestra retirada. Nuestra infantería desfiló, formó en batalla a retaguardia de la artillería, armó pabellones y descansó; apenas se atrevió el enemigo a acercarse a la caballería de Benavente, pero fue rechazado y burlado. Todo el día [lo] pasamos en aquel lugar, porque era preciso retirar sucesivamente la artillería y pertrechos por falta de bagajes que no alcanzaban a la cuarta parte de los precisos.

El Mayor General Vial fue destinado a [para] llevar [a] los heridos a Quirihue o Cauquenes. Toda la Asamblea tuvo este destino. La milicia desmontada los conducía en custodia. Vial por temor no alcanzó a sacarlos todos del hospital. Los que dejó los llevé en el ejército.

Se dispersaron en la noche del 8 algunos soldados que, creyendo que la retirada del ejército era [hacia] San Carlos, tomaron aquel camino; los que caían en manos de los huasos eran degollados.

En la noche se acabó de pasar todo a las alturas de Coyanco mediante el entusiasmo de la tropa, que tiraba las piezas de calibre al brazo.

Capítulo VI

10 de Agosto de 1813 - 27 de Noviembre de 1813

VI. Acciones posteriores al sitio de Chillán. Toma de Santa Juana. Preparativos para una nueva campaña. Combate de El Roble. Viaje de la Junta de Gobierno a Talca. Deja el mando del ejército.

Agosto 10 de 1813. A las siete de la mañana salió el enemigo de la plaza, presentó sobre el Maipón una línea como de 800 fusileros, y al sur del estero, como de 400 de caballería. El parlamentario don José Hurtado se adelantó con el oficio de intimación N° 41. [Juan Francisco] Sánchez había llegado a saber que no teníamos municiones, según pude comprender de algunas expresiones de Hurtado; por eso cobró tanto ánimo en circunstancias que me consta estaban muy satisfechos con sólo mi retirada; retirada que los alejaba de un peligro del que no habrían escapado a no ser [por] tantas casualidades que acudieron en su favor.

Como era tan insolente la intimación del gallego [1], conocí que no había otro arbitrio que la decisión. Contesté [con] el oficio N° 42. En presencia del parlamentario di la orden de no dar cuartel, y presencié él mismo el entusiasmo con que se disponía el ejército a la defensa. Le advertí que cualquier otro enviado del jefe realista sería ahorcado. Tardó un poco Hurtado en volver, y fue el Capitán Pasquel a exigir la respuesta; ambos se la llevaron al señor General.

Inmediatamente se formó el ejército, se enarboló el pabellón tricolor y se hizo salva de veintiún cañonazos a bala.

Cuando se trató de que bebiese la tropa, no quiso admitir, a causa de la insubordinación que decía hubo en otra ocasión dimanada del aguardiente, y que no lo necesitaban para batirse con soldados tan ridículos. La posición, como he dicho anteriormente, era fuertísima, y nos aseguraba la victoria, sobre todo cuando el entusiasmo de la tropa era extraordinario. Nuestros flancos estaban sostenidos por la artillería gruesa, y alcanzaban a dieciocho las piezas que defendían la línea.

Sánchez mudó de dictamen y apeló a la prudencia, encerrándose con su ejército en la plaza. Algunos oficiales fueron a burlar al enemigo tirándole voladores, pero ni sus guerrillas se movían. Mi Ayudante, don Juan de Dios Martínez, tomó prisionero a un soldado de milicias,

natural del Parral, del modo más gracioso. El Brigadier [Juan José] Carrera le dio libertad sin mi conocimiento, para que en su nombre fuese a decir a Sánchez que saliese a batirse. El Teniente don Juan Nicolás Carrera, cuya alma feroz se complace en la destrucción de sus semejantes, estaba avanzando con una guerrilla, encontró al infeliz miliciano que acababa de mandarse y le cortó la cabeza; como por triunfo le cortó las orejas, según supe después.

En la tarde fui con Mr. [Joel Roberts] Poinsett a reconocer el paso del río Chillán cerca de dos leguas hacia el Ñuble. En la noche nos retiramos al mismo punto. Cuatro o seis viajes hicieron los bueyes y las mulas para conducirlo todo; la noche fue lluviosa.

Agosto 11 de 1813. De 10 a 11 de la mañana llegó el ejército a orillas del río y empezó a pasarlo. El jefe de la segunda división fue el primero para esperar a sus Granaderos. Creció el río antes de anochecer, y ocurrimos [recurrimos] a las balsas. La luna nos favoreció, y en toda la noche trabajé sin cesar.

El cañón de a 24 que nos quedaba se atajó en un pantano y no se pudo sacar; lo hice reventar, sacar los herrajes de la cureña y se le dio fuego. Lo mismo se hizo con los palos de las carpas y algunas otras cosas que no se pudieron transportar. Nada le quedaba al enemigo.

Agosto 12 de 1813. Con gran trabajo alcanzó el ejército a pasar el río cerca de las tres de la tarde. No ha [no habiendo transcurrido] mucho tiempo se presentó una guerrilla enemiga, que se retiró a los primeros tiros. Pasamos la noche acampados en casa de la Ormeño. Se recogían algunos bueyes que nos facilitaban algo más el transporte

Mandé de espía a Chillán a... [2] a quien le di 100 pesos para sus gastos y 25 para que le llevase a un soldado herido que se quedó en un rancho y me mandó pedir auxilios para curarse. El espía llevaba encargo de hacer quemar los almacenes de pólvora, por lo que le di 60 pesos.

Agosto 13 de 1813. Al marchar el ejército, y cuando yo había montado a caballo, vi arder las casas de la Ormeño y que la tropa

corría a saquearlas. Mandé al Coronel [Juan] Mackenna para que contuviese aquel desorden, y lo consiguió, volviendo la tropa a su formación y evitando que acabase de incendiar el caserío; me informó Mackenna que había sido obra del Comandante General de la segunda división, por no sé qué expresiones sarracénicas [3] de la Ormeño. Le mandé a la infeliz 200 pesos para que remediase el daño, diciéndole me avisase si alcanzaba a más.

El ejército durmió en las orillas del [río] Itata, casas de Fontalba y de Arias. El Teniente don Juan Calderón, con cien fusileros y dos cañones volantes, recibió orden de situarse en las orillas del Itata para proteger los pertrechos y equipajes. Calderón, por no mojarse y poder beber con abrigo, se alojó a media legua del río. En la noche una pequeña guerrilla sorprendió a los arrieros y se llevó más de cien carpas.

Agosto 14 de 1813. Luego que supe este robo mandé una guerrilla montada en nuestros caballos para que lo recobrasen, mas no fue posible porque habían andado ligero.

Llegué a [al río] Itata y el ejército empezó a pasarlo por Quinelamali. Aquí supe que otra guerrilla se había sacado el 12 [a] los reos de la Florida. Mi Mayor de Órdenes Calderón, encargado de llevar de Concepción los auxilios a Chillán, llegó con ellos al Troncón, y lejos de avanzar, cuando supo el suceso de la Florida, se volvió a Concepción y tras él su desordenada división; así me protegió este buen oficial en el paso del río. Qué bien me habría sucedido si me resuelvo a esperar los refuerzos en las alturas de Coyanco. El señor Mendiburu aún no resollaba y llevaba diez días en su comisión. Observen con atención los imparciales, quiénes trabajaban entonces.

Agosto 15 de 1813. Se acercó todo el ejército al [río] Itata. Los cañones de a 18 se conducían a brazo. Barrueta admiraba por su empeño.

Agosto 16 de 1813. Don Bartolo Araos llegó con oficios del Gobierno y con órdenes de llevar noticias de nuestra situación. Me avisó que el

Capitán Prieto con los caudales estaba en Quirihue con una guerrilla que alcanzaría a 60 hombres. Mandé cien fusileros en su auxilio.

Oficié al Gobierno, dándole confianza en nuestro buen estado y pidiéndole los 400 hombres que tantas veces le había suplicado me mandase.

Cuando estaba casi todo el ejército al sur del [río] Itata, tuve aviso del Coronel [Carlos] Spano desde Caimaco, asegurándome que aquella noche sería atacado. Siguiéron trabajando las balsas, y tomamos posesión con las pocas fuerzas que quedaban al norte. Se tocó generala y se puso sobre las armas; así pasamos hasta el amanecer. El Coronel [Bernardo] O'Higgins y el Capitán don José María Benavente salieron a reconocer con sus guerrillas; no hubo novedad.

Agosto 17 de 1813. Acabamos de pasar el río. Dispuse que 400 hombres marchasen a Concepción a las órdenes de O'Higgins, y el resto del ejército a Quirihue con el objeto de defender la capital y los auxilios que debían venir a Concepción.

El Cónsul [Joel Roberts] Poinsett y el Coronel [Luis] Carrera pasaron a Santiago a manifestar al Gobierno el estado del ejército y lo que necesitábamos para volver en octubre a Chillán.

Atacó el enemigo con más de cien hombres al Capitán Prieto. Olate era el Comandante que fue rechazado vergonzosamente. El americano Benítez manifestó su valor y entusiasmo. Antes de empezar el ataque, la tropa fue a la cárcel y pasó por las armas a Mariano Alarcón, sobrino de don Matías. Estaba preso porque con una partida enemiga había aprisionado a don Manuel Díaz que de mi orden andaba buscando bueyes y víveres. Díaz con sus compañeros en un momento de descuido, se echaron sobre las armas y bien amarrados los llevaron a Quirihue.

Prieto temió que el enemigo volviese con fuerzas superiores. Se retiró a Cauquenes donde se incorporó al [a la partida del] Coronel Vial y [de] Mendiburu que traían poquísimos auxilios de Talca. Atrincheraron la plaza, y asistieron perfectamente [a] los enfermos.

La división de O'Higgins durmió en casa de doña Victoria Vargas, y yo con una corta guerrilla en el campo de Coyanco.

Agosto 18 de 1813. La división durmió en Coyanco, hacienda de Manzano. Llegué a Concepción a las once de la noche. Encontré la plaza cubierta de artillería, por los fundados recelos de una conspiración de sarracenos [4] ; al ejecutarse fue descubierta por el Capitán Vidal, pero, como huyeron los cómplices, nada pudo averiguarse. Se redobló la vigilancia y se evitó todo mal [5] . La Junta había hecho [mandado a hacer] fosos en las bocacalles, porque una partida enemiga se había acercado hasta Hualqui, y tenía muy poca confianza en la guarnición.

Se movió la fuerza del Itata, y llegó a las alturas del Ñuble. La división de O'Higgins alcanzó a la Florida. El Capitán don José María Benavente con su guerrilla, se dirigió a Pichaco en persecución de otra enemiga que se decía estar en aquel lugar. Eran huasos que habían tomado aquella investidura por robar.

Entró en Hualqui la guerrilla enemiga a las órdenes del cura que fue de aquella villa, don Gregorio Valle; este sacerdote es uno de los que merecen la horca con preferencia. Hice [envié un] propio a O'Higgins, para que dejando la división a las órdenes del Teniente Coronel don Juan Antonio Díaz, viniese a tomar el mando de la fuerza destinada a destruir al cura, quien venía con el objeto de proteger la revolución de Concepción; así lo supe por los espías, y posteriormente por una carta interceptada a García Molino, en la que habla, entre otras muchas cosas, lo siguiente: "Para su satisfacción le digo que a esta hora se trata de aprehender a [en] Concepción, a la Junta y a don Francisco Calderón que fue a traer 200 hombres de refuerzo para el ejército exterminador, que se le sublevaron antes de llegar a la Florida, con la noticia de haber sido derrotado el ejército chileno y de que ya estaban en ésta los prisioneros que allí había entre ellos 19 sacerdotes", etc., etc. La carta es de Chillán fecha 19 de agosto, anónima.

Hice sacar [a] todos los sarracenos presos, para que llenasen los fosos. Después del susto los mandé retirar, pero se llenaron en el día. Esta

determinación persuadió al enemigo de que contaba [contábamos] con mucha fuerza, y renunció al proyecto de atacar [a] la [ciudad de] Concepción como lo había pensado. Si lo hace entonces el señor [Juan Francisco] Sánchez, ciertamente habría triunfado. No tenía más que 6.000 cartuchos de fusil, y no había pólvora, ni balero en que hacer las balas.

La artillería y los fusiles, destruidos; todo en un estado lamentable.

Agosto 20 de 1813. La división del Brigadier [Juan José] Carrera pasó el [río] Itata. El Coronel O'Higgins con 60 hombres montados en caballos de la oficialidad salieron para Hualqui.

El Teniente don Juan Felipe Cárdenas, con 20 Dragones quedó sobre el Itata y Coyanco, para observar al enemigo, reunir milicias y proteger los correos.

Agosto 21 de 1813. El Capitán don José María Benavente llegó con su guerrilla. La división de Díaz Muñoz pasó la noche en el Troncón.

Agosto 22 de 1813. La división llegó a Concepción. La del centro marchaba para Quirihue y dejó en clase de destacamento en el barco del Itata al Capitán Calderón con los 60 infantes de Concepción.

O'Higgins persiguió al enemigo hasta Paso Hondo, y como había ganado mucho terreno, desesperado de alcanzarlo, regresó a Yumbel y pasó la noche en la hacienda de don Juan Ramos.

Agosto 23 de 1813. O'Higgins se acuarteló en Yumbel. En la noche salió de Yumbel el Teniente Coronel don José Antonio Fernández con veinte fusileros para Tucapel.

El Coronel Vial reunía en Cauquenes ciento cincuenta fusileros y fue atacado por Olate, que mandaba 400 hombres entre fusileros y milicianos de lanza, y dos piezas [de artillería] de a 4. La acción duró siete horas, pero fue tan desordenado el ataque como la defensa. Olate se retiró sin ningún provecho a pesar de su insolente intimación.

Agosto 24 de 1813. Llegó a Quirihue la segunda división. Arauco se sublevó y se declaró por [Juan Francisco] Sánchez. Mandé salir al Coronel Urizar con veinticinco hombres para que lo contuviese y tomase el mando de la plaza; ésta no tenía armas ningunas y bastaba aquella fuerza. Se hallaba en ella el parlamentario don Jaime Guarda y su compañero Rengifo; ambos fueron presos por los insurgentes.

Agosto 25 de 1813. La segunda división se fortificaba en Quirihue. El Coronel Urizar, receloso de las fuerzas de los araucanos, se retiró de Coronel a San Pedro y pidió refuerzos.

En la noche salió de Yumbel el Coronel O'Higgins, con el objeto de proteger al Teniente Coronel Fernández, que se retiraba de Tucapele con su familia, amenazado por la milicia que se había sublevado por el influjo de Padilla, Juez de aquel lugar. Doscientos [hombres] perseguían a Fernández, de los que siete murieron. De los nuestros fue prisionero un negro llamado Juan, criado del canónigo Andrade, a quien llevaron a Chillán y le remacharon dos barras de grillos. Unido O'Higgins a Fernández volvieron a Yumbel. Padilla fue remitido a Concepción y ahorcado a los pocos días.

Agosto 26 de 1813. O'Higgins se puso en marcha para castigar a los insurgentes de Tucapele. Noticioso de que el enemigo ocupaba a Yumbel, volvió sobre él. Era guerrilla nuestra a la que se unió, y pasaron a Huilquilemu, donde fueron bien recibidos. O'Higgins tenía orden de reclutar cuanta gente pudiese y de aumentar su división con las milicias, mientras se reorganizaban los veteranos que lo reforzaban.

Agosto 27 de 1813. Mandé 40 Húsares Nacionales y 9 artilleros con 2 pedreros, a reforzar a Urizar. Con 64 hombres no podía recelar el señor Coronel de Húsares de Arauco. El Comandante de este refuerzo fue don Gregorio Allende.

La segunda división se reponía en Quirihue, y se aumentaba considerablemente.

Vial se retiró a Talca con sus enfermos, y los fusileros se reunieron a la segunda división, o siguieron con el Coronel Mendiburu, escoltando los auxilios de pólvora y dinero para Concepción por el camino de la costa.

Agosto 28 de 1813. O'Higgins se dirigió a Talcamávida, sabedor de haberse insurreccionado Santa Juana, e intentar los insurgentes pasar el río; llegó a ella en la noche. Yo había mandado doce fusileros a las órdenes del Ayudante don Félix Antonio Novoa.

Agosto 29 de 1813. Se presentó el enemigo a la vista de Huilquilemu. Su partida avanzada fue batida por el Teniente don Ramón Freire con sólo seis Dragones y le mató un oficial y dos soldados [6] . Descubrió el enemigo 300 hombres, y no siendo prudente comprometer acción con fuerza tan superior determinó O'Higgins retirarse. Se dispersó parte de nuestra tropa, pero los pocos valientes que quedaron sostuvieron la retirada ordenadamente. La cincha del caballo de O'Higgins se reventó, y [él] habría [hubiese] sido presa del enemigo si no lo salva, dándole su caballo, el artillero Gabino González, que escapó dentro del monte.

El Coronel Urizar alcanzó a Coronel y repetía sus peticiones de nuevo auxilio. Conocí que no era el hombre que necesitaba para el efecto. Como me constase que en Arauco sólo había catorce malos fusileros, y sin municiones, le di orden terminante para que tomase la plaza.

Mandé al Capitán don Juan Luna con cuarenta Granaderos a las órdenes del Alférez don Pablo Vargas, para que tomase el mando de toda la fuerza, haciendo volver a Urizar.

Ya habían salido para la costa dos lanchones, y el bote del resguardo con un cañón para proteger el paso del Carampangue, a las órdenes del Alférez don Rafael Freire.

Agosto 30 de 1813. Llegó Urizar a Colcura. El Capitán don José María Benavente [7] se incorporó a [las fuerzas de] O'Higgins en los altos de Tubunquén y le entregó ochenta fusileros y dos cañones. O'

Higgins fue perseguido por el enemigo hasta Gomero, y se replegó aquella noche hasta las Barrancas Juntas.

Agosto 31 de 1813. O'Higgins salió para Hualqui y acampó en la entrada de las Angosturas, por la parte de esta villa. La posición ofrecía ventajas para la defensa.

Septiembre 1º de 1813. Luna, con el refuerzo, se incorporó a Urizar en Colcura. Este nuevo jefe era tan maula como el anterior. Se avinieron y ambos quedaron como jefes sin subordinarse uno al otro. ¿Quién no estaría cierto de que Arauco sería reducido por 114 buenos soldados y valientes subalternos?

No recuerdo si este día llegó Mendiburu con los auxilios de Talca. El Brigadier [Juan José] Carrera, usando de aquella autoridad e insubordinación acostumbradas, tomó la mitad de los caballos que mandaba Vial, siendo constante que en la Concepción eran mucho más crecidos los gastos.

Septiembre 2 de 1813. Repetía mis órdenes por la pronta toma de Arauco, que tanto interesaba a los progresos del ejército; pero los jefes unidos caminaban con pies de plomo. Todo era consultas y nada obedecían. En aquellas circunstancias era indispensable el disimulo.

Septiembre 3 de 1813. Se acercaron los jefes al Carampangue, y de la parte del sur de este río se presentaron los insurgentes, sin otra defensa que un cañón de a 4 empotrado, 14 fusileros y como 200 huasos. Los subalternos y la tropa hicieron completa burla del ridículo fuego de los enemigos; pero los jefes le dieron toda la importancia de modo que satisficiese su temor. Olvidaron las órdenes del General, para correr precipitadamente en la plaza, y la arrogante intimación que había hecho el señor Urizar a unos miserables indefensos. Se retiraron vergonzosamente, dejando al Teniente Allende con pocos soldados para que detuviese al enemigo, sin decirle que se retiraban a Santa Juana, ni lo que debía practicar. Allende persiguió cuanto quiso al enemigo con doce hombres, y a su vuelta, como no encontrase a la división, tomó el partido de buscarla, hasta que la pudo hallar, marchando para Laraquete.

Septiembre 4 de 1813. En la noche dispusieron los jefes el ataque a la plaza de Santa Juana. Se verificó a discreción, y la tomaron los subalternos y la tropa, de los que murieron un Granadero y un Nacional. Cuando entraron los jefes estaban nuestros soldados cansados de saquear y de cometer excesos; muy a tiempo para acabar de hacer enemigos todos los pueblos. Cuando esperaba el parte de la rendición de Arauco, recibí el de la toma de Santa Juana. Yo mandé a Arauco un correo y un Sargento para que comprase caballos; apenas llegaron a San Pedro, los araucanos sorprenden este pueblo; tomaron y rompieron el barco del Biobío y se retiraron sin haber tomado a los que llevaban mi comisión, porque pasaron escondidos en una casa.

El Alférez Freire se volvió porque no encontró a los nuestros en el río Carampangue.

Murieron en Santa Juana catorce enemigos, y fueron prisioneros siete soldados de nuestro ejército que habían desertado y tomado parte con los insurgentes.

Septiembre 5 de 1813. Mandé a O'Higgins refuerzo de 25 veteranos y carpas para su división.

Septiembre 6 de 1813. Los jefes unidos mandaron al Teniente Allende a reconocer el campo por el camino del Barco de Nacimiento, por el que se avisó intentaba pasar el enemigo; no ocurrió novedad.

Septiembre 7 de 1813. Se aumentaron los recelos de los jefes y determinaron retirarse a San Pedro. Para verificarlo, dispusieron que Allende saliese a entretener al enemigo con doce fusileros, mientras ellos embarcaban. El enemigo era imaginario. Allende y Vargas no quisieron obedecer, Urízar se embarcó en la noche y Luna siguió por tierra a San Pedro. Urízar, que no tenía el menor peligro, se llevó los pedreros y alguna gente. Dejaron los jefes en la cárcel los 5 prisioneros, 4 cañones de a 4 y 2 de a 2, con un barril de municiones. Para no dejar estos auxilios al enemigo que estaba muy lejos, bastaba que lo hubiesen tirado al río, que pasa junto a la plaza. De todos modos quisieron lucir su disposición y talentos militares estos

indecentísimos jefes. ¡Cuántos al verlos impunes me acusan de tolerante! Los amigos de la justicia me defenderán. Después los hemos visto empleados por O'Higgins con preferencia y como para humillar a los que habían dado gloria a su patria.

O'Higgins con 100 fusileros salió a la media noche con el objeto de sorprender al traidor Fernando Cruz, que estaba por las orillas de Quilacoya con una guerrilla.

Septiembre 8 de 1813. Nada consiguió O'Higgins, porque Cruz tomó con tiempo su camino. Se dio sí su casa al saqueo, y se volvieron a Hualqui, situando su campo en el camino real, porque llegó el refuerzo de 50 Nacionales y otros tantos Granaderos que mandé con el Capitán don Diego Benavente.

Urizar llegó a Concepción y Luna a San Pedro, dando las disculpas más descabelladas y con tanto despejo, como si viniesen de ganar una campaña con brillantes acciones.

La tropa de San Pedro pasó a Concepción con el destino de atender a puntos más interesantes ocupados por el enemigo.

Le llegaron a O'Higgins 2 cañones de a 4 y 8 artilleros que le mandé por el río. Ya tenía bastante fuerza y le ordené atacase al enemigo.

Oficié al Comandante General de la segunda división, para que desamparase a Quirihue y viniese a Bulluquín, dejando una partida de 150 fusileros para que, en la parte del norte del [río] Itata, protegiese los convoyes de Talca y los pueblos. Ejecutado este movimiento, [Ildefonso] Elorriaga, que observaba a O'Higgins, o perecía con su división que había sido atacada por su frente y retaguardia, o huía a Chillán, dejando libre la frontera toda y a mí tranquilo para tomar a Arauco, Santa Juana y Nacimiento; esta última plaza, mandada por don José Alcázar, fue tomada junto con los rebeldes de Arauco, luego que vieron la conducta de Urizar, que les dio campo para seguir en la insurrección. El jefe de la segunda división, siempre amigo de [Juan] Mackenna, no quiso moverse, como le ordené; todo era disculpa y enmendarme los planes.

Septiembre 13 de 1813. Los araucanos se presentaron en San Pedro, y, a nuestra vista, se llevaron gran rato en formación y revolviendo los caballos, como para burlarnos, confiados sin duda en que no teníamos barco.

En la noche embarqué 100 hombres en botes de Talcahuano y en los que vinieron de Santa Juana, a las órdenes del Teniente Allende y del Alférez Vargas. Fueron sorprendidos los araucanos, que escaparon en sus buenos caballos, dejando 12 compañeros en el campo. De nuestra parte no hubo pérdidas.

Septiembre 14 de 1813. Se volvió a abandonar a San Pedro, pero se aprontaba desde este día una fuerza de 300 hombres para aquietar las plazas del sur del Biobío.

Septiembre 16 de 1813. O'Higgins había marchado el 14 a Barrancas Juntas, y el 15 a Quilacoja. Salió este día a reconocer el campo con 50 hombres. Los batidores encontraron cerca de Gomero al enemigo con el que rompieron el fuego; huyó la partida enemiga y fue socorrida muy luego por el grueso de su fuerza, que estaba en Huilquilemu. Trató de cortar a los nuestros acometiéndolos en tres trozos; pero no lo consiguieron porque se retiraron como por escalones, y con algún orden, hasta cerca de nuestro campamento, del que salió auxilio y deshizo al enemigo que huyó precipitadamente, con pérdida de 15 a 20 muertos. De nuestra parte murieron 2, uno de ellos degollado por el infame Quintanilla después de prisionero, porque no andaba a pie como ellos a caballo. Tengamos muy presentes estos servicios para corresponderlos.

Septiembre 17 de 1813. Don Fernando Urizar y Luna habían ido a Rere después de su brillante campaña, para reclutar gente y llevar sus familias a Concepción. Todo salió falso. Sin embargo, mandé un refuerzo de 46 Nacionales. O'Higgins se retiró a Hualqui por escasez de municiones, de las que fue provisto.

Septiembre 18 de 1813. Celebramos con todo el aparato posible el aniversario de nuestra regeneración. Misa de gracia en la Catedral, y

en la noche baile y cena en casa del General, donde concurrió un número considerable de patriotas. Las señoras manifestaron un verdadero contento, y mantuvieron la diversión hasta las 8 de la mañana siguiente.

El Teniente Barrueta con 40 fusileros salió a reforzar a Cárdenas, que se había retirado a Dihueno, porque el enemigo se posesionó de la Florida. Cárdenas me había mandado 2 prisioneros, uno chilote y otro penquista, que tomó con su guerrilla en una carrera que dio a otra enemiga.

Septiembre 19 de 1813. Salió el Capitán don José María Benavente con 130 infantes y un cañón, con orden de poner bajo su mando las guerrillas de Barrueta y Cárdenas, para atacar la Florida.

Septiembre 20 de 1813. Situado Benavente en la quebrada de los Rifés, mandó a Barrueta y a Vargas con 53 hombres a reconocer la Florida, para caer al anochecer sobre el enemigo. Barrueta, poco militar [8], se entretuvo en sacar caballos de un potrero inmediato a la población, con tal despacio [lentitud] y seguridad, que dio lugar a que el enemigo lo observase; y viendo la poca fuerza de los nuestros, los atacó con toda la suya, que constaba de 300 hombres, y les cortó la retirada. Los nuestros atacaron valerosamente y se abrieron camino. Los bravos Barrueta y Vargas se hicieron respetar, escarmentaron a algunos de sus enemigos, y salvaron el todo de sus fuerzas con pérdida de 17 muertos y un herido. El intrépido Cárdenas llegó a tiempo de proteger a sus compañeros que se hallaban heridos: Barrueta en una nalga, de cuya herida padece aún, y Vargas en una pierna. Se retiró el enemigo, y no volvió a salir, hasta que se retiró a Chillán, sabedor de la fuerza de Benavente, que no avanzó porque esperaba el reemplazo del cañón que se había descompuesto.

Septiembre 22 de 1813. Se retiró Benavente a Dihueno, para buscar comodidad para los caballos. El Coronel O'Higgins seguía su posición, y la tropa se disciplinaba diariamente.

La segunda división llegó al barco del Itata, y pasó a situarse al Membrillar, donde se fortificó.

Cuando llegué a Concepción el 28 de agosto, he dicho el mal estado en que se hallaba aquella plaza, y por mi diario hasta el 22, se conoce el estado de insurrección en que estaba toda la provincia. Acudí a todos los puntos insurreccionados oportunamente, y si en todos no fue sofocada, es constante que los oficiales comisionados causaron este mal por su poca pericia e insubordinación, particularmente en el sur del Biobío. Contesté a este cargo el señor Urizar, y cuando quiera disculparse, con la insolencia que le es característica, escuche a Vargas y Allende, que sirvieron a sus órdenes en la vergonzosa jornada de Arauco y Santa Juana.

Las pocas fuerzas que llevé de Chillán a Concepción iban rendidas del trabajo, desnudas y enfermas. No podía volverlas a las fatigas sin atender a estas faltas; por eso se ve que salían sucesivamente en partidas de tanta fuerza cuanto alcanzaba a disponer; regularmente me detenía más la recomposición del armamento, cuyo estado era pésimo por los muchos años de servicio.

El enemigo se creía victorioso porque nos vieron retirar de Chillán, obligados por la estación y por la necesidad, pero en orden y con una energía que nos hizo mirar aquel servicio como preferente al de toda la campaña. Fuimos dueños de retirarnos, a vista del enemigo, a pie, sin municiones y conduciendo nuestros pertrechos y equipajes en diferentes viajes y con los mismos bagajes. Nunca fue osado el enemigo de atacarnos, bien lo acreditan la intimación del 10 de agosto y nuestra contestación. Nuestro Gobierno y nuestros pueblos, que por primera vez veían la guerra, ayudados de la seducción de los facciosos, creyeron que el ejército debía siempre y de todos modos vencer. El Gobierno, desde ese momento, formó plan de ataque contra mí, para quitarme el mando y sostener la facción que estaba abatida desde la conspiración de noviembre y enero. Lejos S.E. de mandar los auxilios necesarios al ejército, ofició a Vial a Talca para que detuviese los que allí había; por fortuna el Obispo [José Ignacio Cienfuegos] con 100 Dragones, salió con ellos para Concepción, acompañado del Coronel Sotta. Nada de esto me quitaba el tiempo ni minoraba mi entusiasmo.

Apenas llegué de Chillán a Concepción, puse en obra cuanto necesitaba para la campaña de octubre.

Se reclutaba gente y se completaban los cuerpos. Carecía absolutamente de pólvora, pero se compró alguna a particulares. No había plomo para balas, ni balero en que hacerlas; lo primero se remedió sacando de los buques las bombas, escandallos [9] y varios aforros; lo segundo, obligando al Maltés, con terribles penas, para que hiciese cuatro baleros, como lo ejecutó. Las primeras balas, mientras se hacían los baleros, se trabajaban en moldes de barro, comprando la munición de caza y cuanto pieza de plomo había en la provincia. Se hicieron 900 vestuarios, y gran número de camisas, zapatos y hojotas para todo el ejército. Se construyeron con perfección 17 cureñas para artillería volante con sus correspondientes armazones. Se hicieron municiones de cañón y de fusil en abundancia. Se recompusieron más de 1.000 fusiles y todas las tiendas de campaña. Se levantó el nuevo cuerpo de Húsares de la Victoria, bajo el mismo pie y fuerza que el de la Guardia Nacional, con el objeto de reformar el de Dragones, absolutamente corrompido. Se organizaron, y se dio [dieron] reglamentos para la buena administración de hospitales y provisiones.

Para los hospitales se hizo cuanto exige la comodidad del soldado, y desde el cuartel de la sangre hasta Concepción (el de la sangre debía situarse en las lomas de Coyanco) habían de ser tres, situados en puntos proporcionados y con suficiente escolta a las órdenes de buenos oficiales, con el doble objeto de correr [recorrer] las inmediaciones de sus puestos para evitar los robos en la campaña. Varias otras partidas estaban dispuestas para esto mismo en diferentes puntos de la provincia, porque así solamente podía haberse contenido la insurrección.

Estaba dispuesta la división que había de pacificar el [territorio ubicado al] sur del Biobío hasta Nacimiento y después caer sobre el Diguillín, para comenzar el sitio de Chillán. Para esto se habían apretado buques menores con artillería para proteger el paso del [río] Carampangue. Se construyó un barco para el Biobío capaz de un cañón, 100 hombres, 100 balsas de [confeccionadas con cuero de] lobo y víveres. La división estaba en el mejor orden, y no había duda

del buen éxito; pero no podía marchar sin que llegase el Obispo [Cienfuegos] con los auxilios que traía de Talca y sin que pasase la segunda división el [río] Itata para contener al enemigo que a cada momento se acercaba hasta la Florida (doce leguas de Concepción) y corría [recorría] la campaña a su placer, sin poderlo evitar por falta de caballos, porque los que habían servido en el invierno estaban reponiéndose en diferentes potreros y en la [isla] Quiriquina, o eran destinados a la expedición de Arauco.

Por otra parte, la [ciudad de] Concepción y todos los pueblos de la provincia, encerraban mucho sarracénismo y era preciso una guarnición de confianza. No bastó [bastaron] para tranquilizar [a] aquel pueblo las muchas prisiones, hasta de señoras. Continuamente se tomaban espías y correspondencia con el enemigo, a pesar de que pagaban en la horca este delito. Para que se conozca la imparcialidad con que se procedía en la persecución de los enemigos de la causa, véase la lista de sus nombres, delitos y castigos señalados con el documento N° 43.

Octubre 5 de 1813. Llegó el Obispo [Cienfuegos] con los auxilios, protegido por el Capitán Prieto con una guerrilla de 40 Nacionales. Una división enemiga de 400 hombres montados, a las órdenes del traidor Clemente Lantaño, llegó a las vegas del [río] Itata con ánimo de tomarse el convoy, pero temió a la escolta y a la división de Dihueno, que estaba dispuesta para tomarle los puntos de la retirada.

El Coronel Sotta me dio parte de que al pasar el [río] Itata le había obligado el Brigadier don Juan José Carrera a dejarle 14.000 pesos, vestuario, tiendas y cuanto quiso pedir; no era éste el primer atentado. Recibí al mismo tiempo oficios y cartas del mismo jefe quejándose de Sotta porque no le había dejado todo el convoy o poco menos. En la carta me insulta y me amenaza con retirarse a Curicó con toda la división, pidiéndome que no volviese a escribirle confidencialmente. Todo esto lo hacía en los momentos en que el enemigo aprovechaba para atacarlo, le contesté en el instante que recibí sus oficios diciéndole que pasase luego el [río] Itata para evitar que el enemigo lo destruyese, o que hiciese lo que se le antojase si no quería obedecer. Al día siguiente volvió el correo avisándome que el enemigo tenía

sitiado el Membrillar. El Coronel Merino me ofició lo mismo desde Quirihue, y que el Comandante de la división había escrito a Talca para que le auxiliasen las fuerzas de aquel cantón, a las órdenes de Alcázar y Garretón. Estos jefes, demasiado conocidos en Chile y Buenos Aires, no se movieron y miraban tranquilos la destrucción de las principales fuerzas del Estado. Se disculparon con que no tenían orden del Gobierno para pasar el [río] Maule, procedimiento muy propio de semejantes cabezas. Es la primera vez que se ha visto sacrificar por capricho, temor, ignorancia o intriga, la principal parte de un ejército, sin que se hubiere dado ni una pequeña reprensión por el Gobierno a semejantes criminales; bien es que escuchando a los acusados tal vez resulten reos los señores gobernantes.

Determiné auxiliar la división sitiada y atacar al mismo tiempo [a] la división de [comandada por Ildefonso] Elorriaga que estaba en Rere. Para sacrificarlo con toda seguridad, encargué esta empresa al Coronel O'Higgins y lo reforcé con 150 fusileros y un cañón. Con esto la división era fuerte de 500 fusileros, 5 cañones muy bien servidos y alguna caballería. Para proteger la división sitiada se destinó una fuerza de 300 hombres, compuesta de los 100 Dragones que acompañaron al Obispo, de 130 fusileros de la división de Dihueno y de la Guardia General con 2 pedreros. Esta fuerza debía atacar al enemigo situado al sur del [río] Itata, al mismo tiempo que O'Higgins destrozase a Elorriaga para reunir las fuerzas en las orillas de aquel río, dejarlas allí para el sitio mientras se pacificaba Arauco.

Octubre 7 de 1813. Nombré Gobernador de Concepción y Talcahuano al Coronel [Carlos] Spano, y le dejé instrucciones reservadas y cerradas para los diferentes casos que podían ocurrir. Véanse las instrucciones reservadas que remití a O'Higgins, [en el documento N° 44]. Estas mismas instrucciones, que dijo O'Higgins las había quemado en la acción del Roble, [a]parecieron en su equipaje, que tomamos el 26 de agosto [de 1814], en los llanos de Maipo.

En la noche salió Muñoz con el refuerzo para O'Higgins; los dos capitanes Benaventes con la división para Ranquíl.

Octubre 8 de 1813. Al amanecer salí a alcanzar la división de Benavente, con la que dormí en Granerillo. En aquella noche avanzó la guerrilla de Cárdenas hasta los altos de Ranquíl, en donde fue sorprendida por el enemigo, superior en número, pero no sacó la menor ventaja porque Cárdenas se portó con arrogancia. Esta sorpresa fue antes del amanecer del 9.

Octubre 9 de 1813. Avanzó la división hasta los altos del Quilo, y las guerrillas hasta las casas de Basso; el enemigo, que ocupaba el sur del [río] Itata, en las juntas del Ñuble, se retiró y, según las noticias de los espías, se unió con otra fuerza que estaba al norte del río para repararlo por Quinchamáli, y cortar nuestra división, que constaba solamente de 230 hombres. Tomé el partido de retirarme a la Florida, seguro de que ya no corría riesgo la segunda división de Benavente, y de hacer traer artillería para ella. Se ejecutó la retirada a las diez de la noche. Este día, según mis órdenes y combinaciones, debía haber atacado a Elorriaga el Coronel O'Higgins; pero apenas salió, durmió en Barrancas Juntas. Semejante abandono pudo muy bien haber causado la ruina de la división de Benavente, que a las 36 horas de haber salido de Concepción estaba sobre el Itata.

Octubre 10 de 1813. Al amanecer llegamos a la Florida, y en la tarde me fui a Concepción a disponer la artillería y cuanto necesitaba en las divisiones que habían dando principio a la campaña.

El Coronel O'Higgins llegó a Gomero, sin otra novedad que un corto tiroteo de la guerrilla de Allende con otra enemiga que huyó precipitadamente. A las 10 de la noche se presentó a O'Higgins con Pablo de la Cruz que fugó de la prisión en que le tenía el enemigo en Huilquilemu. El enemigo corrió la voz de que se emboscaba en la Quebrada Honda para sorprender la división; pero sólo pensó en la fuga que siguió hasta Chillán.

Octubre 11 de 1813. O'Higgins salió en seguimiento del enemigo y se dirigió a Yumbel, a cuya plaza decían se retiraba. No habiéndolo encontrado, salió el mismo O'Higgins con 20 fusileros a quitar las cargas del enemigo que había seguido su retirada a Chillán. Cerca del Itata tuvo un corto tiroteo y se volvió a Yumbel.

Octubre 12 de 1813. Permaneció O'Higgins en Yumbel y Benavente en la Florida. La detención de O'Higgins era contraria a mis órdenes, y exponía a las divisiones de Benavente y del Membrillar.

Octubre 13 de 1813. Alcanzó O'Higgins cerca [las cercanías] de Paso Hondo. La segunda división se mantenía en su posición del Membrillar sin ser incomodada por el enemigo, que tenía las trincheras y los dos cañones de a 18.

Octubre 14 de 1813. La división de O'Higgins llegó a Cerro Negro. Yo salí de Concepción después de haber mandado la artillería, municiones y caballos que necesitaba la división de Benavente. Dormí en la Florida. Este día recibió Benavente [un] aviso del Comandante de la segunda división, encargándole viviese [estuviese] cauteloso porque creía que el enemigo trataba de sorprenderlo.

Oficié a O'Higgins para que se me uniese al día siguiente; ignoraba su situación y todo era incertidumbre y peligros.

Octubre 15 de 1813. Se incorporó O'Higgins a mi división en los Pantanillos y acampamos en aquellas inmediaciones. Tenía 800 hombres y no había ya que temer de los enemigos. El Teniente Cárdenas quedó en la Florida, para proteger con su guerrilla la artillería que venía de Concepción para la división.

O'Higgins se disculpó por su tardanza de modo que no satisfizo. Callar era el único recurso.

Octubre 16 de 1813. Las dos divisiones componían una sola con el título de Observadora. Con ella llegué al paso del Roble en el [río] Itata, a las 4 de la tarde. Las guerrillas avanzadas se batieron con las enemigas en el vado de las Piedras, y tomaron un espía de Lantaño que buscaba la guerrilla de Barril para que se retirase.

[A]campamos en las alturas que dominan el paso del río. Un cañón de a 4 y cuarenta fusileros guardaban el paso, y eran sostenidos por un retén de 150 Granaderos y voluntarios. La Guardia Nacional, que

hacia servicio de infantería, ocupaba la izquierda de la línea y era sostenida por la caballería del Capitán Benavente, que se situó en la arboleda que está al pie de la altura. La artillería se situó en el centro de la infantería. Todo el campo se rodeó de guardias, y se apostaron muchas partidas desde la hacienda de Mardones hasta el vado del Peñasco, que distaba una legua de nuestro campamento. El enemigo pasó el río legua y media más arriba.

El Teniente don Ramón Freire condujo aquella noche a mi alojamiento a un espía de los enemigos, que creyéndolo de los suyos le contestó que había estado otras ocasiones en Concepción, y conducido cartas de [desde] Chillán, escritas por [Juan Francisco] Sánchez y [Matías de] Lafuente a las señoras Reyes y don Julián Urmeneta. Una soba de azotes que llevó, atado a un árbol, le hizo confesar que era sirviente de don José Ormeño, y que de sus órdenes había desempeñado varias ocasiones el espionaje. En Concepción se careó después con los cómplices y quedaron convictos.

Octubre 17 de 1813. A las tres de la mañana recibí oficio del Comandante de la segunda división, avisándome que había pasado el [río] Itata y que se hallaba en... [10] sobre el vado de Quinchamalí.

Al rayar el alba sentí que se hacían descargas y oí que se alarmaba el campo. Salí de mi carpa que distaría seis cuadras de la línea, y empezaron las descargas sobre nosotros. Al Capitán don Diego Benavente, que estaba junto a mí, le mataron su caballo y se fue a pie a la altura; lo mismo hicieron algunos Dragones que no tenían ensillados los caballos. Rompió el fuego la artillería y aún no aprontaba el asistente mi caballo. Tomé el partido de irme a pie, cuando llegó el Capitán Barnechea advirtiéndome que me tomaban los enemigos si no montaba a caballo. Volví, tomé mi caballo y subí a la altura acompañado del Capitán don José María Benavente. Al llegar al cañón que mandaba el Capitán Morla, me hirieron el caballo; dispuse que Morla, despreciando el fuego de 2 cañones que tenía el enemigo al norte del río, se avanzase a proteger nuestra línea que había sido sorprendida por retaguardia. Marchando hacia ella, encontré al Capitán Bustamante, que [quien] huía con los Granaderos, lo exhorté y le hice volver. En medio de aquella confusión ignoraba qué clase de

enemigo atacaba y dónde se hallaba. El Capitán Barnechea me dijo que bajásemos la altura, por la parte de la Florida, para reconocer el campo enemigo que allí estaba. Bajé efectivamente, acompañado del Mayor de Órdenes don Francisco Calderón y de un Ordenanza; no bien habíamos bajado divisamos al enemigo. El Mayor Calderón me pedía con instancia que me ocultase, porque de lo contrario nos perseguirían. No lo hice y tomé el antejo para reconocer. En el instante cargó sobre nosotros una partida de caballería y nos obligó a huir. Como el camino por donde habíamos bajado tuviese varias vueltas y cercos, nos vimos en la precisión de saltar uno, porque el enemigo estaba sobre nosotros. Barnechea lo hizo primero y cayó con su caballo; lo pasé yo felizmente y esperé que montase Barnechea; así que [tan pronto] lo hizo, me dijo por dónde debíamos seguir; mas como yo no sabía el camino, apenas había andado cuarenta varas sujeté mi caballo para esperar a Barnechea que creí venía, porque oía ruido de carrera: me estorbaban la vista unos pequeños árboles, y al llegar a mi los que corrían, conocí que había esperado a mis enemigos. Se me presentó una partida como de 50 fusileros y lanceros y a su frente uno que por su traje parecía el jefe. Mi caballo herido no permitía una fuga segura. Determiné atacar al jefe y me resolví a la muerte, prefiriéndola a mi prisión. La agitación acompañada del susto, o el andar la tropa de caballería de uno y otro ejército vestida del mismo traje, o quizás el deseo de ser auxiliado, me persuadió de que la partida podría ser de nuestro ejército. Le pregunté al jefe quién era y en tres ocasiones no me contestó; él aprontaba el fusil y sus soldados estaban como en expectación; entonces desarrajé mi caballo y le di un tiro de pistola en la cara; le vi soltar el fusil y torcerse, por lo que le juzgué muerto; al revolver mi caballo sobre los soldados que me atacaban, llevé un atroz golpe en la pierna y no aproveché el otro tiro de mi pistola porque erró el fuego. Entonces tomé el partido de huir, porque me vi muy oprimido por algunos lanceros, dándome uno de ellos un golpe de lanza en el costado izquierdo, que habría sido mortal si no es tan ligero mi caballo y mi brazo para evitarlo en parte. Aquel campo debió ser mi sepulcro, pero me salvó la cobardía de mis enemigos y los esfuerzos de dos que me acompañaban: el Nacional Uribe y un miliciano del regimiento de Talca, José Antonio Oróstica. Veía el terrible fuego con que se defendían los valientes de nuestra división, a pesar de la completa sorpresa; pero veía también con dolor

que no podía unirme a ellos porque el enemigo tenía el paso y yo no era capaz de abrirlo. Me tenía cercado y no había otra fuga que atravesar el [río] Itata; pero, ¿cómo hacerlo cuando de la banda del norte tenía el enemigo dos cañones y mucha gente? Me decidí a ahogarme en las corrientes de aquel caudaloso río, o a escapar por el otro lado si podía. Me entré en el río y el enemigo me hacía fuego desde la orilla sin atreverse a perseguirme; no fui visto de los del otro lado, porque me cubría la vuelta de la barranca y el humo de sus fuegos. A nado pasé al norte y me fui por la orilla del río abajo, al paso del caballo, porque, con haberse mojado las heridas, se imposibilitó. A las cuatro cuadras repasé el río y me incorporé a la segunda división que estaba en Bulluquín.

Continuaba el fuego de la resuelta división, y dispuse que saliese la segunda en su auxilio; ésta había adelantado 200 hombres del regimiento de Granaderos a las órdenes del digno Capitán Valenzuela [11]; luego que me mudé ropa monté otro caballo y marché con la segunda división. Me adelanté y no habría andado una legua cuando encontré al Capitán Barnechea que me buscaba y llevaba noticia de la completa victoria que habíamos obtenido. Como los vencedores ignoraban mi suerte, me hicieron el honor de sofocar el júbilo hasta saber mi paradero. Diferentes partidas salieron en mi busca y, por aquietarlos, mandé [que] un correo avisase había escapado. Al recibir la noticia, llenaron los oficiales al correo de dinero, y toda la división hizo demostraciones de la mayor alegría. Llegué muy luego a la división y me impuse de todo el suceso. El enemigo, dando una vuelta extraordinaria, nos sorprendió la retaguardia por el abandono del Teniente de Húsares Nacionales don Manuel Valenzuela, que estando de gran guardia se desnudó y echó a dormir con todos sus soldados, de los que murieron casi todos, escapando los demás con Valenzuela. El valor y vigilancia de los centinelas de nuestro campo evitaron que la sorpresa hubiese sido más completa: entre éstos se cuenta el soldado Nacional Miguel Bravo, que no perdió un palmo de terreno, y defendió su puesto valerosamente hasta que con cuatro o cinco heridas que recibió cayó como muerto y por tal fue tenido hasta la noche que volviendo en sí salió de entre los demás muertos, y se presentó desnudo a su jefe pidiéndole vestuario. Véase el parte N° 45 copiado del Monitor [Araucano] del 30 de octubre. Al pie de él añado algunas

notas que esclarecen más las verdaderas ocurrencias de aquel día y particularmente el mérito de algunos oficiales.

La segunda división se acercó a una legua y pasamos la noche en nuestra posición.

Octubre 18 de 1813. Dispuse que la división de observación, a las órdenes de O'Higgins, se situase en las juntas del Diguillín y la segunda en Bulluquín.

Llegó el Teniente Cárdenas con la artillería y los palos para [las] balsas. En la tarde me marché a Concepción, acompañado del Capitán don José María Benavente y de una guerrilla a las órdenes del Teniente Cárdenas, quien había apresado a un hijo del traidor Martín Reyes, que se había pasado al enemigo. Me acompañaba también el Mayor de Órdenes don Francisco Calderón. Este hombre, que se tenía a caballo menos que nosotros, se escondió en el lance apurado del 17 entre unos peñascos o árboles. Dice que el enemigo lo tomó prisionero y lo amarró. Alguno me aseguró que por librarse dijo al enemigo: “El que corre adelante es el General en Jefe”, y que lo dejaron libre para agarrarme; lo cierto es que el pobrecito sacó muestra de los aprietos en que se vio. Don José María Benavente es testigo ocular de este suceso.

Dormimos en la Florida.

Octubre 19 de 1813. Llegué a Concepción y también llegaron los prisioneros hechos en el Roble.

Se situaron las divisiones en las posiciones de Bulluquín y juntas de Diguillín (6 leguas distantes) y fortificaron su campo por [bajo la] dirección de [Juan] Mackenna. Se puede decir que se encerraron en corrales.

Octubre 22 de 1813. Una guerrilla de 100 Granaderos, a las órdenes del Capitán Valenzuela, salió a reconocer la ribera norte del [río] Ñuble para evitar que el enemigo se posesionase libremente de los partidos de San Carlos y Parral, y para proteger los convoyes de víveres que se esperaban de Talca. Cuando regresaba con uno de estos

convoyes, la segunda división, a la que pertenecía dicha guerrilla, alojó en Trocoyán cerca del barco del Itata. Inmediatamente fue atacada por fuerzas superiores en número a las órdenes del huacho Olate. La defensa fue heroica; duró cuatro horas la acción. El enemigo se vio precisado a retirarse, y los nuestros abandonaron el campo por habérseles concluido las municiones. Tuvimos el dolor de perder al Capitán Valenzuela[,] don Pedro, joven digno por su honor y valor y otras muy recomendables cualidades, al Alférez Valverde y al honrado Ortiz, 10 soldados muertos y 23 heridos. El enemigo dejó en el campo 27 muertos. Estoy persuadido de que si no hubiesen muerto los dignos Valenzuela y Valverde, hubieran obtenido una victoria completa. Quedó con el mando de la guerrilla el Alférez Manterola, y se retiró a Cauquenes. Posteriormente recibió órdenes del Gobierno, y siguió hasta Talca, dejando [a] los heridos en Quirihue al cuidado del Coronel Merino.

El 20 de este mes llegó el Gobierno superior a Talca. No llevaba otro objeto que el de obligarme a dejar el mando del ejército y separar de él a mis hermanos y aún a mis amigos. Prueba era para mí la renuncia que había hecho en junta de corporaciones el 6 del mismo mes a S.E. para que el Senado y corporaciones los confirmasen en sus empleos y, si era posible me desnudasen a mí del de vocal para evitar que en el caso de que dejase el ejército fuese a acompañarlos en la silla [12] . Véanse el acta de ese día extractada del Semanario [Republicano] del 16 de octubre, señalada con el N° 46 y el voto del Senador fray Camilo Henríquez, que lo publicó en el Monitor [Araucano] del 21 de octubre.

Estos acontecimientos bastaban para conocer a fondo las ideas de un Gobierno que, olvidado de sus deberes y activo por su engrandecimiento, trataba de atacarme con perjuicio de la libertad del Estado, para que no repitiese algún día los golpes del 4 de septiembre, 16 de noviembre y 2 de diciembre de 1811. Cuando yo fui nombrado vocal del Gobierno en noviembre de 1812, lo fui por los mismos y con la misma legitimidad que el Senado y [el] Cabildo. Estos cuerpos, que se confesaron ilegítimos, crearon otro más ilegítimo, en circunstancias las más críticas y sin más intereses que el de entronizar [a] la familia

de los Larraines, en los únicos momentos en que creyeron que podían realizarlo con ventajas. En otra parte probaré esta verdad.

El Gobierno, durante toda la campaña, lejos de atender [a] las necesidades del ejército, gastaba el tiempo en formalizar el plan de la destrucción de los Carreras, y de cuantos estaban comprometidos con ellos en la empresa de salvar a la patria, amenazada de un modo terrible. Llenaron los papeles públicos para prevenir a los pueblos en contra nuestra. Pusieron en libertad a todos los que yo había mandado a la capital por enemigos declarados del sistema, publicando por este paso el decreto de 7 de septiembre en el Monitor [Araucano] del 9, señalado con el N° 47. Este papel encierra mucho veneno en mi contra; pero me consuela saber que los verdaderos patriotas, y aún los mismos perseguidos, conocen la buena fe y justicia con que oprimía a los enemigos de la causa; enemigos que lo han sido después y lo serán hasta que paguen en un cadalso los grandes males que han causado a Chile; aún más criminal es el que por fines particulares supo tolerarlos. Léanse las listas de los presos desterrados y muertos de mi orden, y los que los conozcan decidan, si el Gobierno o yo procedieron de buena fe.

En la sorpresa de los Dragones, el 7 de abril por O'Higgins en Linares, se ve que los comandaba don José María Rivera, oficial de las tropas de Concepción. Este vino a seguir los caudales que traían los patriotas de aquella ciudad; distaba 16 leguas de Talca, y sabiendo que yo estaba en aquel punto como jefe del ejército que había de oponerse al invasor, se retiraba para Concepción el mismo día que lo sorprendieron. ¿Debía yo considerar a este chileno como enemigo de la causa o no? Lo remití preso a la capital. El Gobierno, siguiendo la máxima de formar partido con los mismos que yo perseguía por contrarios al sistema, lo puso en libertad, publicando en el Monitor [Araucano] de 23 de septiembre el decreto del 14, N° 48; hace honor al delincuente y desacredita al General del ejército que supo salvar a la patria.

¡Pago de Chile!

Cuando ocurrió la revolución de los Andes [liderada] por [José Antonio] Ezeiza, revolución que debía estar combinada con la de Concepción, que en agosto evitó el Capitán Vidal, [el Gobierno] apenas tuvo energía para colgar a dos personas, perdonando a porción de reos convictos. Uno de ellos fue el cirujano Zapata, a quien yo había mandado con un grillete desde el ejército, porque seducía con sus conversaciones contrarias al sistema, y a éste se le mandó a Mendoza, perdonándole la vida porque asistía a la mujer del vocal Pérez.

Todo lo que S.E. mandó al ejército quedó hecho por mí cuando salí a campaña, y por más que griten en sus Monitores grandes remesas, Instituto Nacional, etc., etc., todo es obra mía, y no de aquellos ineptos pelucones. Son tan insolentes que se atrevieron a apropiarse la obra de los obuses al Capitán Blanco, siendo público que cuando salí de Santiago quedaron los moldes hechos por dirección de Goycolea, y sólo se esperaba la estación del verano para fundir los metales. Así era todo.

Confiado el Gobierno en la absoluta libertad que le dio el Senado, emprendió su marcha con grande aparato de escolta, coches, edecanes y cuanto podía proporcionarles el respeto de los pueblos por la exterioridad. La hipocresía era la máxima favorita. Con este mismo plan se dirigió S.E. a [Juan Francisco] Sánchez, intimándole rendición, sin contar con el General para lo menor, y sin averiguar siquiera antes el estado de las respetables divisiones de Concepción. La corta división que había llevado de Santiago, en la que estaba incluida [incluida] la auxiliar de Milicianos de Mendoza, armados de viejas carabinas y de 150 hombres de fuerza; éste era todo el escudo de S.E. para rendir a Sánchez y para exigir dejase el mando.

Por el 24 de octubre me ofició S.E., por el Capitán Letelier, acompañándome copia del oficio de intimación hecha a Sánchez. Era este oficio muy disparatado, tanto por el modo como lo remitieron, como por su contenido. Amenazaban al enemigo con 100 vestuarios remitidos a la compañía de artillería de Valparaíso, con 6.000 salchichones para trincheras y le detallaban la fuerza repartida en las guarniciones del norte de Talca, hasta Copiapó. Le pronostiqué a S.E.

en contestación, que la de Sánchez sería una burla completa. Efectivamente sucedió así. Despreció Sánchez a S.E., poco caso hizo de las precisas guarniciones que distaban de 100 a 300 leguas; no le importaba estuviesen bien o mal vestidas. Admiró sí el proyecto de conducir 6.000 salchichones desde Santiago, habiendo en los campos inmediatos a Chillán, fajina suficiente para sitiar todas las plazas del mundo. No fue Sánchez tan torpe, que no conociese el objeto principal de la ida del Gobierno a Talca; apercibió la oportunidad, para atizar el fuego de la discordia. En la contestación que dio a S.E. vibraba su lengua contra mí, como persuadiendo de que yo causaba su obstinación, para decidir mejor a S.E. a mi separación. Decía que yo era inmoral, que quería entregar el reino a los franceses, como constaba de documentos que me había [habían] interceptado, y podía manifestar cuando gustase S.E. mandar una persona que los examinase. Que sería Chile desgraciado si tenía yo la fortuna de vencerlo, y que no dudase que mis primeros tiros debían dirigirse contra el Gobierno, como le era constante, etc., etc.

El Gobierno manifestó despreciar cuanto le decía Sánchez; pero como todo estuviese en favor de su proyecto, no dejó de lisonjearlo cuanto decía en mi contra. No así la negativa de rendirse, pues creía que no podía haber llegado este caso. Me atrevería a jurar lo que el Gobierno encerraba en sus huecas cabezas. Vamos a Talca, dirían, a nuestra intimación se rinde el enemigo, y como en el mismo momento quitamos el mando a Carrera, resulta nuestra toda la obra de la libertad de Chile. Pobres tontos, no advertían lo que fraguaba la Casa Otomana [13] .

Me remitió el Gobierno la contestación de Sánchez, asegurándome que le exaltaba en la parte que se expresaba en mi contra, y que todos los hombres sensatos despreciaban aquellas invectivas [14] . Yo supliqué a S.E. que, por su honor y el mío, admitiese la oferta del infame Sánchez, haciendo que un oficial de su confianza fuese a Chillán a sacar copia de los documentos interceptados. S.E. conocía la falsedad de la acusación y no quiso mandar [hacerlo], porque así dejaba campo para opinar mal de nuestro patriotismo.

Noviembre 9 de 1813. Este día me ofició S.E. aconsejándome que dejase el mando del ejército porque los pueblos vivían celosos de ver todas las armas en manos de una sola familia [15] . Yo estaba cansado de sufrir atentados de diferentes clases contra una familia que no tenía otras miras que salvar a la patria; no ignoraba yo que en recompensa de mis fatigas debía esperar una traición o cosa que se le pareciese [16] ; así se lo dije al Capitán don Diego Benavente la noche [en] que salimos de Santiago para Talca, el 1º de abril. Sin embargo, creí que dejar el mando en manos de unos intrusos e ignorantes gobernantes, era lo mismo que entregar el ejército y el sistema al sacrificio. Resolví en mi interior no ceder sin asegurar antes las fuerzas; trabajando para que recayese el mando del ejército en una persona que, al mismo tiempo que fuese capaz de continuar sus progresos, nos pusiese a cubierto de las bajezas e infamias de la facción que volvía a entronizarse.

Pasé oficio a la Junta de Concepción, acompañándole el del Gobierno, para que en unión del ejército, libremente expusiese su dictamen. Contestó acompañando el de todos los jefes y el del ejército entero. Decididamente me piden no deje el mando, y que remita al Gobierno todos aquellos documentos para persuadirlo a desistir de un proyecto que presentaba los peores resultados.

Noviembre 11 de 1813. El Capitán Freire con una guerrilla de 90 hombres, destinada a proteger la conducción de vinos de varias haciendas inmediatas al [río] Itata, se batió en el vado de Cuca, con otra enemiga de igual fuerza. Pasó el río y le persiguió hasta cerca de Larquí. El resultado fue hacer 3 prisioneros, matar 3, pasarse otros 3 a nosotros; estos últimos eran soldados de nuestro ejército, que tomaron partido con el enemigo por salir de la prisión.

No cesaba de activar las disposiciones necesarias para efectuar la expedición de Arauco, que era de absoluta necesidad para evitar que el enemigo introdujese sus auxilios por aquella parte; sólo me faltaban [los] caballos que esperaba de Talca, con otros muchos auxilios que había pedido.

Mandé al Coronel Urizar a Rere, para que, tomando el mando de 100 fusileros, pasase la Laja y se apoderase de Los Ángeles. Esta expedición fue muy parecida a la de Arauco; hizo marchas y contramarchas tan innecesarias, como perjudiciales; se acercó a la Laja y no la pasó, porque hasta los árboles se volvían a sus ojos cañones. Últimamente hasta sus soldados lo abandonaron, a pretexto de que su jefe era un traidor que quería rendirlos.

Los prisioneros que tenía Sánchez en Chillán fueron mandados a Arauco por Los Ángeles, y aunque la división de Diguillín pudo haberlos quitado, no lo hizo por falta de caballos, y el Coronel Cruz [17], con diez oficiales más, fueron embarcados en el Potrillo y remitidos a Lima. Allí gimieron en [las] casamatas, y aunque el Monitor [Araucano] del 13 de noviembre publica el maltrato de nuestros prisioneros, no por eso dejaban de disfrutar en Santiago de las primeras atenciones los de la fragata Thomas: ya se ve que había patriotas de primer orden que pedían a Rábago cartas de recomendación para el caso de vencer el enemigo. ¿Qué podíamos esperar de estas gentes?

El Teniente de Dragones don Esteban Manzano con una guerrilla de 25 hombres, hizo prisioneros [a] 30 milicianos que a las órdenes de don Dámaso Fontalba corrían [recorrían] la campiña, y mataban cuantos correos y soldados sueltos encontraban pertenecientes al ejército restaurador. En días anteriores habían degollado algunos, y cometido toda clase de atentados. Hice diezmar a estos perversos, y al día siguiente murieron en el banquillo don Dámaso Fontalba, su yerno y su sobrino. Los demás llevaron 200 azotes cada uno y se destinaron con grilletes al presidio durante la guerra.

Viendo que el Gobierno demoraba los auxilios y que estaba decidido porque [yo] dejase el ejército, dispuse que la división de observación y la segunda abandonasen sus posiciones y se replegasen a la Florida y a Curapalihue; porque, estando absolutamente sin caballería, podía muy bien el enemigo atacar a Concepción, sin que pudiesen las divisiones proteger aquella ciudad por la distancia a que se hallaban.

Cuando el Coronel O'Higgins llegó a Concepción, fue citado por el Gobierno de la provincia para que expusiese su dictamen sobre la tentativa que había hecho el Gobierno para separarme del mando. O'Higgins protestó que de ningún modo debía consentirse, y que en tal caso, se separaría él también porque conocía la injusticia y veía la destrucción del ejército.

El Cuartel Maestro don Juan Mackenna estaba entonces en Concepción, haciendo algunos reductos en las alturas que dominan la ciudad y fortificando a Talcahuano, cuya obra la hacía con la ventaja de sus grandes conocimientos. ¡Malditos sean ellos! No hay uno que haya visto sus obras sin risa. Este intrigante y sanguinario extranjero estaba enterado de los proyectos del Gobierno, como que el plan que ejecutaba era el mismo que él había mandado a su primo don Francisco [Antonio] Pérez, vocal de la Junta, en junio; así es que mostraba un interés decidido porque accediese a la insinuación de S. E., insinuación muy extraña, porque teniendo la calidad de reservada y amigable, concluía con terribles amenazas si no ponía en ejecución sus consejos, reducidos, en sustancia, a la renuncia del mando. Cosa graciosa ¡querer hacer forzoso un acto tan voluntario! Mackenna, asociado de los Mediburus y del cura don Isidro Pineda, ex vocal de la Junta de Valdivia, esparcieron en el pueblo y en el ejército la doctrina que les convenía, y últimamente, Mackenna, seduciendo al Capitán García, se desertó del ejército, embarcándose en Talcahuano en la falúa del resguardo, protegido por don Juan Pablo Ramírez, encargado de todos los buques de aquella bahía. García, que posee grandes conocimientos náuticos, muy pronto lo puso en la boca del [río] Maule.

La llegada de este señor Coronel a Talca se elogió en el Monitor [Araucano] del 30 de noviembre, en estos términos: “Han aportado a la boca del [río] Maule y han entrado en Talca, el Coronel don Juan Mackenna y el oficial de artillería don Nicolás García, hombres incomparables por su lealtad, valor y talentos, y tan amados del pueblo”. Este discurso de Cayo Horacio [18], amigo de Terraza (Terraza es [Antonio José de] Irisarri, primo de Mackenna), fue un verdadero manifiesto para excitar el [al] ejército a la desertión. Efectivamente surtió buen efecto, como veremos después. Mackenna

agitó con su llegada al Gobierno para que no perdiese momento en mandarme expresamente que dejase el mando y que, para que no hubiese resistencia, nombrase de General en Jefe a O'Higgins, y le dio una idea de todos los sujetos que debía elegir para reemplazar los empleos de todos los separados. El Gobierno que, tocando los inconvenientes que ofrecía la mudanza de General, había oficiado a O'Higgins reservadamente el 22 de noviembre para oír su dictamen en el particular, reanimado con las promesas y falsedades de Mackenna, sin esperar contestación, siguió la obra de destrucción.

Noviembre 27 de 1813. S.E., por sus comisionados Echagüe y Teniente Gaona, me pasó el oficio N° 49, para que entregase el mando del ejército a O'Higgins, y a éste, para que se recibiese de él, le remitió los dos oficios y el decreto N° 50. Contento convine en obedecer y como en la actualidad estuviese O'Higgins alojado en casa, le propuse que en el día sería dado a reconocer. No quiso admitir de ningún modo, y a fuerza de repetidas instancias se resolvió, con la precisa condición que antes había de ir a Talca para enterar al Gobierno de la verdad, desengañándolo así para que no expusiese la causa; que a su vuelta tomaría el mando, pero que estuviese seguro de que si se hacía de las armas, era por mi resolución a dejarlas, y para evitar que puestas en otras manos sirviesen para nuestra ruina.

Con los mismos comisionados [, el gobierno] ofició al Cabildo secular, al Obispo [Andreu y] Guerrero y a todos los jefes de los cuerpos y demás oficiales de graduación que había en el ejército, para que cooperasen a aquel paso; les habla en los mismos términos que al Coronel don Estanislao Portales, cuyo oficio se señala con el N° 51. Este lenguaje prueba que S.E. estaba penetrado del disgusto que causaba mi separación a todo el ejército, y que sabía la determinación de la Junta de Concepción y de todos los jefes. Más claramente lo habría conocido si yo hubiese mandado las enérgicas representaciones de los jefes y los acuerdos de todos los cuerpos para que de ningún modo accediese. Estaba cansado de ingratitudes y no quería más disgustos, disgustos que no podía evitar sin tomar ciertas medidas o providencias a [las] que no se resolvía mi corazón sensible, porque pedían la sangre de mis compatriotas, sangre que quizás se habría multiplicado envolviendo el [al] Estado en una guerra desoladora. Con

todo mi corazón abracé el plan de separarme de Chile, acabada que fuese la guerra, alejándome por algunos años a los Estados Unidos. Durante la guerra pensaba permanecer al lado de O'Higgins, porque juzgué que mi ayuda le era necesaria. Conservé sí todas las representaciones para que en algún tiempo me sirviesen de escudo contra los tiros de mis enemigos. Estos documentos y 2.500 guerreros que me amaban, era bastante para haber acabado a los asesinos y a los intrusos, si, más reflexivo y verdadero amante de mi patria, no hubiese temido funestas consecuencias. Creí que O'Higgins salvaría a la patria y pondría freno a los sediciosos; si hubiese previsto que este hombre era cual se ha manifestado posteriormente, estoy muy cierto que las bayonetas habrían puesto silencio, a poca costa, a la Casa Otomana [19]. Ella sola y sus secuaces eran los que ocasionaban tales movimientos, y en prueba de ello, examinemos cuáles eran sus autores. [José Miguel] Infante y [Agustín de] Eyzaguirre, aunque enemigos declarados de los Larraines, fueron puestos por ellos y formaron su liga con [Francisco Antonio] Pérez mientras estuvo en el Gobierno; verdad es que Infante, autor de una facción media, esperaba el momento favorable para destruir el poder de la gran familia; pero también es verdad que la gran familia, aprovechándose de la ignorancia de estos dos pelucones, los sufría mientras los juzgaba precisos para persuadir al pueblo de su desinterés, y por si eran malos los resultados del proyecto, sacar libre su bulto como lo tienen de costumbre; y no menos porque se diese ascenso a los Semanarios Republicanos que empezaron a publicarse el 7 de agosto por fray Camilo Henríquez e Irisarri. Mostraba en este período el tal Irisarri ideas muy liberales para que no temiesen a su familia y por esto mismo separaron a Pérez del Gobierno. Irisarri dijo en su Semanario [Republicano] de 16 de octubre de 1813, después de hacerse un elogio muy regular: "Juro desde ahora, por lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra, no admitir jamás destino público de honor, ni de renta"; él ha renunciado los que tenía y sólo pretende escribir, bien o mal, como Dios le ayude, sus pobrecillos Semanarios, que no dejan de hacer alguna mella en su labor. No pasaron cuatro meses de este juramento cuando vimos al tal Irisarri de Director Supremo interino, Gobernador, Intendente y Comandante de cívicos. El Coronel Mackenna, Comandante de la división del Membrillar, don Francisco Vicuña, miembro del Senado; Fray Joaquín Larraín, nombrado por

Coquimbo para lo mismo; don Joaquín Echeverría, Gobernador Intendente de Santiago, con la misma autoridad del Gobierno Supremo. A esto se agregaba que los Huicis y Pérez, individuos de la familia y cómplices en la conspiración de noviembre, se paseaban en Santiago y eran empleados lo mismo que los de la de enero de 1813. ¿Qué más se necesita para probar hasta la evidencia que todo era obra de la Casa Otomana?

Aunque Irisarri, en su Semanario [Republicano], elogiaba a don Juan José Carrera, y aunque ese fuese quizás el apoyo sobre el que fundaron su proyecto, no por eso se escapó de ser separado del mando de su batallón de Granaderos; como se ve en el oficio del Gobierno, [documento N° 52], don Juan José sintió entonces sus locuras antiguas, y por su voluntad había empleado la fuerza para contener a los mismos que se atrevieron por sus promesas. El Coronel Mackenna luego que supo (estando él en Talcahuano) [20] que había llegado a mis manos la insinuación del Gobierno, escribió a don Juan José una carta reservada, diciéndole era llegado el tiempo de cumplir con su palabra, y de sostener con energía los derechos de los pueblos. Cuando Mackenna se atrevió a este paso, es prueba de que don Juan [José Carrera] le había dado confianza para ello; pero don Juan, que vio cerca el golpe le contestó, tratándolo de embustero y negándose a ceder. Este acontecimiento hizo que el Gobierno, al tiempo de separarme a mí, separase a don Juan; sin esto lo habrían tolerado algún tiempo más.

Como don Juan Antonio Díaz Salcedo fuese amigo nuestro, fue igualmente separado del mando de los escuadrones de Húsares Nacionales, y don Luis Carrera de la Artillería, a pretexto de necesitarlo S.E. cerca de su persona. Díaz Salcedo tenía sobre sí el gran delito de no haber permitido la conspiración de enero, para la que lo convidaron. Su honor y la amistad lo obligaron a delatármelo.

O'Higgins, escoltado de una guerrilla a las órdenes del Teniente Molina, y de otra a las de Serrano y Manzano, salió para Talca a tratar con el Gobierno, con promesa de volver a los ocho días. Salió a principios de diciembre.

Ninguna de estas ocurrencias minoró [aminoró] el entusiasmo ni atrasó el buen servicio de las divisiones de mi mando. Situadas éstas en las inmediaciones de Concepción, se mantuvieron en un orden que no correspondía a la conducta escandalosa con que el intruso Gobierno procuraba introducir una completa anarquía.

El Teniente don Juan Felipe Cárdenas, con una corta guerrilla, mantenía en tranquilidad y por nuestros los campos de Hualqui y Rere. En los choques que tuvo con el enemigo, siempre muy superior en número, acreditó su valor poco común y escarmentó a los que sabían burlarse de Urizar. Díganlo las acciones de los altos de los Robles, Tarpellanca y Hualqui. En la primera tenía el enemigo 80 fusileros y algunos milicianos, y Cárdenas sólo 35 fusileros y 6 milicianos, de los que le mataron 2 y le hirieron igual número; el enemigo perdió 7 hombres y abandonó el campo de batalla.

Los enemigos del sistema, que no perdonaban ocasión para perjudicarlo o destruirlo, creyeron que la persecución del Gobierno les daba campo para cometer crímenes sin temor del castigo. Don Santiago Tirapegui, Capitán retirado de Dragones de la Frontera, aunque fue conducido a Talcahuano y puesto a bordo de un buque por sospechoso, a instancias de su familia obtuvo la gracia de seguir arrestado en su casa, para curarse de una enfermedad de consideración. Este obstinado sarraceno fraguaba una horrorosa conspiración, para sorprender mi persona, al Gobierno de Concepción, Cabildo, jefes militares y a otros patriotas, para asegurar las divisiones y entregarlo todo al ejército enemigo. Contaba para esto con las fuerzas de San Pedro y con una división que debía mandar [Juan Francisco] Sánchez, de [desde] Chillán. Parte de la milicia de infantería estaba corrompida, y la guardia de aquel cuartel debía servir para la ejecución. Don Javier Solar, Teniente Coronel de milicias de caballería, a quien hasta entonces reputábamos [por] sarraceno, habiéndose encontrado en una ocurrencia el 21 de diciembre, me citó por recado, que allí mismo dio a don Manuel Novoa, para que nos viésemos, tarde de la noche, detrás de la iglesia de San Agustín. Lo verifiqué a las dos de la mañana del 22, y me descubrió que había sido convidado por su bodegonero, para la conspiración, nombrándome todas las personas con que decía contaba. A las once de la mañana y, a

un mismo tiempo, fueron todos apresados y se dio principio a la causa. Nombré para seguirla tres asesores, a don Manuel Novoa, don Juan Esteban Manzano y don José Vicente Aguirre. Nuevas delaciones de un miliciano llamado Narciso Sigarra, confirmaron la revolución, y cómo fue agente de ella Juan Alvarado, se le ofreció no quitarle la vida si decía con verdad cuanto supiese. Quiso conservarse y explicó por menor todo el plan. Concluida la causa resultó que fueron pasados por las armas don Santiago Tirapegui [21], don José María Reyes, don Tadeo Rebolledo, Mateo Carrillo, Antonio Lobato, Hilario Vallejos, y se escaparon de igual suerte José María Carreño y otro más, por haberse fugado de la prisión Juan Alvarado que fue condenado a expatriación perpetua. La misma pena salió para doña Dolores San Martín, mujer de don Francisco Fajardo; para doña Catalina Sepúlveda y un señor Melo; doña Aurelia San Martín, por 2 años a la [isla] Quiriquina. Los expatriados fueron remitidos a Valparaíso a disposición del Gobierno, quien muy luego les dio completa libertad. [A] Don José Zapatero y don Manuel Zañartu, iniciados en la causa, aunque en la sentencia se les declaró inocentes, por las vehementes sospechas que resultaron contra ambos, se les destinó a bordo de un buque. Todo fue aprobado por S.E. El General enemigo don Francisco Sánchez, luego que supo que se ejecutaba la sentencia, pasó oficio al Gobierno, diciendo que si se verificaba, usaría de represalias en la familia de O'Higgins, Alcázar y cuantos patriotas tenía en su poder. El Gobierno le contestó enérgicamente que estaba cierto que el General Carrera obraría con arreglo a las leyes.

La mujer de Sánchez y sus hijos estaban en mi poder; hice saber a la señora que si Sánchez no entraba por el partido de canjearla por las familias patriotas, la embarcaría en Talcahuano, en un falucho que daría muy luego a la vela para Valparaíso; que le daba 6 días de término para resolverse y un correo para que llevase a su marido la carta que debía escribirle en el momento. Todo lo hizo con prontitud.

Las señoras que fueron indultadas el 18 de septiembre, dieron nuevos motivos para castigarlas. Volvieron a ser presas y las remití a Tumbes, de donde no salieron hasta que yo dejé el mando.

El Teniente Coronel Serrano y el Teniente Manzano, que acompañaron a O'Higgins hasta Talca, fueron apresados por el [por orden del] Gobierno porque no sufrían los insultos de la oficialidad de aquella división; pero O'Higgins lo impidió haciendo que ambos volviesen a Concepción con su guerrilla. Al pasar el [río] Itata, y cuando Serrano con parte de la fuerza estaba al sur del río, atacó el enemigo con fuerza muy superior al Teniente Manzano; hizo este oficial una defensa obstinada con 16 Dragones, y, cuando se vio derrotado, se metió a pie en el río, a pesar de estar muy crecido y no saber nadar; lo persiguieron y le dieron dos balazos en el muslo, haciéndolo prisionero con diez soldados y un Sargento. Ni Serrano ni Molina, que estaban con él, pudieron auxiliarlo.

Apenas llegó Serrano a Concepción, me entregó cartas de O'Higgins, y me dijo a su nombre que el Gobierno era compuesto de unos bárbaros sarracenos; que luego que se recibiese del mando de la división, los había de acabar, que guardase silencio y que no tuviese cuidado.

Contestó Sánchez a su mujer, y me pasó oficio conviniendo en el canje, que se verificó en las Juntas del Diguillín. Yo mandé a la mujer de Sánchez y sus tres hijos, y él me dio [a] la mujer del Coronel Alcázar, la madre y dos hermanas del General O'Higgins, dos hijos y dos hijas de don José Alcázar, don Cirilo Cárdenas, al Alférez don José Almanche y al Sargento Sánchez. Luego que llegaron a Concepción, se les dio casa a las señoras y 500 pesos a cada una de las familias.

El obispo [Andreu y] Guerrero se embarcó en una lancha y se fue a San Antonio, de [desde] donde se dirigió a Quillota. Conocía, el inocente, el mal estado del país; se fue a Santiago y renunció del obispado para marcharse a Inglaterra.

Seguía la escasez de víveres y dinero para socorrer [a] las tropas; O'Higgins no aparecía, y la división de Talca no avanzaba; y algunos oficiales, seducidos por los facciosos, seguían el ejemplo de [Juan] Mackenna. Me vi precisado a hacer una Junta de varias de las principales personas de aquella ciudad para pedirles que me auxiliasen

con dinero y víveres, o que tuviesen entendido que de no hacerlo, formaría mi columna y marcharía con ella a Talca, abandonando la provincia antes que pereciese el ejército. Para que discurriesen libremente los arbitrios de que podían valerse, me retiré, dejando la Junta para que procediese. Al poco tiempo me llamaron, diciéndome que el pueblo quería representar. Luego que tomé mi asiento, se me presentó don Miguel Zañartu como su representante. El soberano pueblo, que llamaban ellos, se componía de doce individuos de los que concurrieron por mi llamado. Tomó, pues, la palabra el señor representante, y me dijo: “Es voluntad del pueblo soberano que US. deponga el mando en manos de la Junta de esta provincia, y para alejar los recelos que tiene el Supremo Gobierno de que US. no le entregará el mando al nuevo general nombrado, por cuya razón no recibe los auxilios de que carecemos”. No bien había dicho estas palabras, se adelantan una porción de concurrentes que le dicen, que no había tal, que aquélla era una suposición, y que tal lo probarían examinando la voluntad de los concurrentes. En verdad era así, y a esto se agregaba que, el supuesto representante, era hermano de don Manuel Zañartu, condenado sarraceno, hijo y sobrino de las señoras Santa María [22] , preso en Yumbel, por la misma razón que don Manuel a bordo. Contesté a don Miguel en estos términos: “Mi empleo y autoridad, como jefe que soy de un ejército reconquistador de esta provincia, no puede someterse sino al Gobierno superior del Estado. La Junta de esta provincia y los pueblos, han de sujetarse a mis órdenes en la parte que corresponde. Yo sólo soy responsable del ejército y sería criminal si, por debilidad, accediese a tan locas pretensiones. Si mando aún el [al] ejército, es a solicitud del nuevo general y con la voluntad del Supremo Gobierno. Si es usted, señor don Miguel, tan celoso del bien de su patria, vaya usted a emplear el tiempo en persuadir a su numerosa familia a que deje de ser enemiga de la santa causa que defendemos, para que, siendo menos los enemigos, podamos concluir más pronto nuestra empresa”. Se retiró Zañartu muy avergonzado y uno de sus representados, don Fernando Urizar, trató de introducir desorden y se expresaba con insolencia. Impuse silencio, diciéndoles que las bayonetas contendrían a los discolos. Llamados todos a juicio, acordaron darme algún dinero, mientras que un vocal de la Junta pasaba a Talca a representar al Gobierno el estado de escasez a que se veía reducido el ejército. Al

día siguiente volvió Urízar a verme sólo para decirme que la noche antes no se había contenido por mi amenaza, que la reunión que había hecho era de facciosos, y no tengo presente qué otras insolencias. En el instante llamé [a] un Ayudante, le hice poner preso y lo remití al castillo de Penco, en el que estuvo un mes.

O'Higgins ni escribía, ni sabíamos cuándo debíamos esperarlo. Todo era disgusto, escasez y trabajo. No cesaba la disciplina de la tropa, y se aprontaba todo en disposición de que, al llegar el nuevo General, no tuviese que hacer otra cosa que abrir la campaña para concluirla.

Mandé cargar los buques mercantes que tomé en Talcahuano con todo el salitre que pudiesen llevar a Valparaíso, y oficié al Gobierno, pidiéndole algunos marineros, de los que absolutamente carecía. Para que esta vez no se extraviase mi correspondencia, la tripliqué, mandando una por mar; toda llegó a manos de S.E.

Sabía yo que mi hermano don Luis estaba como detenido en Talca, y este proceder me daba a conocer las malas intenciones del Gobierno, aún en el caso de dejar el mando, y por esto no pocas veces, interiormente, estuve resuelto a ponerlos en sosiego.

Recibí avisos de O'Higgins, prometiéndome su pronta ida a Concepción, y asegurándome que el señor [José Ignacio] Cienfuegos había sido nombrado Plenipotenciario para Concepción e [y José Miguel] Infante para la división auxiliar, para conferenciar ambos con los jefes militares, y dirigir las operaciones de la guerra; que muy pronto tendría el gusto de ver a Luis que acompañaba al señor Cienfuegos; que se embarcaba en la boca del [río] Maule en un falucho para Talcahuano. Viendo yo la imposibilidad que tenían para llegar y que iban expuestos, hice salir botes ingleses bien tripulados a recibirlos. Cienfuegos no se atrevió a embarcarse y siguió su camino por la costa [23] ; llegó a Concepción el 24 de enero de 1814. Para que pasase con seguridad el General en Jefe y este señor Cienfuegos, situé sobre el Itata una división de 300 y más fusileros, a las órdenes del Capitán don Diego Benavente. Cienfuegos experimentó un recibimiento generoso; en la noche lo visité y hablamos sobre el estado de nuestras fuerzas. Extrañando yo la tardanza de O'Higgins,

me aseguró que era originada de la necesidad de su presencia en la división auxiliadora; que quedaba en Quirihue esperando los víveres que estaban en camino de Talca.

Convidé a comer a S.E, el padre, y se le trató con el mayor cariño. Al otro día mandó llamar [a] los habilitados de los cuerpos para que le presentasen un estado o, como él decía, “una razoncita”, para darles algún dinero: había llevado como 20 mil pesos. Fueron los habilitados a casa a preguntarme si irían, y dispuse que no. Entré en contestaciones oficiales con aquel santo, y vi que jamás nos entenderíamos. Estaba en Chile próximo a entregar el mando y no quise mortificarme. Pasé en la noche a su casa y me enseñó el nombramiento de su comisión, [documento N° 53]. Díjele, señor Plenipotenciario: “Mi honor se compromete con el ridículo manejo que quiere usted entablar en el ejército que aún mando. Supuesto que usted trae tan amplios poderes, disponga que otro se reciba el [del] mando mientras llega O’Higgins”. Díjome que él mandaría mientras y que desde luego podía proceder a la entrega. Me retiré a disponerla [24] ; y, a poco tiempo, me vuelve a llamar para pedirme que siga con el mando “porque el enemigo estaba muy cerca, porque no entendía aquellas cosas[25] y porque no tenía a quién confiarlo”. Que añadiese aquel sacrificio a los muchos que había hecho, y que escribiésemos a O’Higgins para que no tardase más tiempo. Así se hizo; el doctor don Julián Uribe fue el conductor de las cartas para agitar a O’Higgins todo lo posible. Me propuso después Cienfuegos que se pusiese en libertad [a] las mujeres presas en Tumbes y los 150 presos a bordo de los buques, haciéndoles prestar juramento de fidelidad, porque estaba cierto que se adelantaría más con la dulzura. Respondí que para eso era necesario que yo no tuviese la fuerza, y que estaba seguro de los gravísimos males que causarían a la patria si se les ponía en libertad, en circunstancia de hallarse el enemigo a una legua de la ciudad. Tuvo que callar.

Supe, a poco tiempo de haber dejado la casa aquel señor, que Campino, Urízar (éste había sido puesto en libertad por petición que me hizo el Coronel Alcázar, por mi hermano Luis [26]), Vargas, sobrino de Cienfuegos, Bezanilla y algún otro, intentaban echarse sobre las armas y apresarnos. Campino estuvo en casa, averiguando

del Sargento la fuerza que tenía mi guardia. Mandé tocar generala, a pretexto de recelos del enemigo, y di orden para que se apresase a los revoltosos. Cienfuegos, sobrino del Plenipotenciario, a quien de conductor de equipajes, elevaron a Teniente Coronel, se fugó a Quirihue, conduciendo cartas de su tío llenas de temor por el movimiento que vio la noche antes. O'Higgins creyó mucho y lo ofició al Gobierno, que contestó en los términos que manifiesta el oficio N° 55.

Capítulo VII

1° de Febrero de 1814 - 27 de Febrero de 1814

VII. defensa de su actuación como comandante en jefe. Nueva conspiración en su contra. Arribo de gabino gaínza. Preparativos de su viaje a santiago. Finanzas del ejército bajo su mando. Crítica diversas actuaciones del gobierno y de O'Higgins.

Febrero 1° de 1814. La llegada de Uribe a la división fue poco después, y desengañó a O'Higgins de las muchas falsedades que había contado el sobrino de [José Ignacio] Cienfuegos. Se puso en camino O'Higgins y llegó a Penco Viejo el 1° de febrero. Allí recibió mi oficio, incluyéndole la orden del día en que le daba a reconocer [como] General en Jefe; la orden estaba extendida en términos que manifestaba mi buena fe. Una de las causas porque [por las que] recelaban algunos tontos que yo no quería entregar el mando, era porque no había hecho reconocer a O'Higgins desde el instante en que se entregó la división auxiliadora en Talca; pero, ¿cómo hacerlo reconocer cuando no venía a relevarme ni quería que dejase el [al]

ejército en otras manos que las suyas? El mismo Gobierno es testigo de que en mis oficios se lo decía con la misma claridad.

Si mi intención hubiese sido otra, habría limpiado el [al] ejército de cuantos me eran inadictos, y no se me hubieran ocultado otras medidas que nadie vio.

Mientras más conocía la infamia de mis enemigos, más deseos tenía de abandonar a Chile. Mi hermano Luis, que había presenciado cuanto proyectaban en Santiago y en la división auxiliadora [argentina], me hizo conocer a fondo todas las maquinaciones y lo que debíamos esperar después que dejásemos las armas. Me entregó un oficio de Balcarce, Comandante de los auxiliares de Buenos Aires; su contenido era reducido a decirme que tenía orden de su Gobierno para no mezclarse en las disensiones del país y que, en el momento de ver que las desavenencias llegaban al caso de derramar sangre, se retiraría a las Provincias Unidas. Yo no sé por qué este señor no dijo lo mismo en noviembre, cuando el Gobierno me pidió que dejase el mando; muy lejos de eso, mandando la división hasta la Vaquería, desde donde ofició a un jefe subalterno mío, combinando con él sus movimientos, en circunstancias de estar la división dependiente de mi mando a cinco leguas del cuartel general, amenazado por el enemigo que sólo distaba una legua. La combinación era para que, en el caso [de] que [Juan Francisco] Sánchez atacase [a] la división auxiliadora, lo protegiese por su retaguardia, o cayese sobre los atrincheramientos de Chillán. No atino con la idea que concibió Balcarce; pudo querer probar las disposiciones de aquel jefe, a quien creían protector de los planes del Gobierno; pudo creer fácilmente [en] la derrota del enemigo y querer apropiarse aquella gloria; pudo hacerlo por desairarme; pudo obrar por temor a Sánchez y entenderse con mi subalterno por no conocer nuestro territorio, y juzgar fuesen las fuerzas más inmediatas a las suyas. Sea lo que quiera, o fue por ignorancia o por una malicia consumada. Me remitió el jefe de la división el oficio, y contesté al señor Balcarce extrañando su conducta, y prometiéndole que una división de caballería avanzaría hasta las inmediaciones de Chillán, de cuya ciudad no se atrevería a salir el enemigo, si no era a la parte de la Frontera; porque sabía [acerca de] la escasez de caballos que había en el ejército, por cuya razón y la de estar protegidos por los de la

campana, no se les había echado de ella. No me contestó, y el único oficio que tuve de su señoría es el que me entregó Luis.

No me causó poca incomodidad saber que en el sermón que el 18 de septiembre predicó el padre Arce (exhortando a la división que salía para Talca) dijo con la mayor injusticia y falsedad las palabras siguientes: “No hagáis lo que vuestros hermanos del sur que, en los campos de la justicia, han quebrantado las leyes de la religión y la humanidad”. Rara insolencia; atreverse a insultar [a] un ejército que en todas sus partes había llenado sus obligaciones, salvando el [al] Estado, dando gloria a sus armas y dando [un] ejemplo poco común de virtud y humanidad. Quizás el padre (como debemos creer) habló así por encargo del Gobierno. Pero qué importa, cuando la provincia de Concepción sabe que el ejército a mis órdenes no mereció la infame nota que supone el padre, y que con palabras más moderadas ha sabido el intruso Gobierno de [José Miguel] Infante acusarlo. Me detendré en hacer algunas reflexiones para ponerme a cubierto de la principal imputación con que procuraban los facciosos destruir mi reputación y la del ejército. Decían aquellos malvados, que los muchos robos hechos por el ejército y tolerados por los jefes habían causado el descontento de los pueblos, obligándolos a abrazar el partido realista. ¡Arbitrio propio de mis enemigos! Destruir el buen nombre del ejército, únicas fuerzas que debían y podían salvar el [al] Estado de la dominación española, con el solo fin de que recayese sobre mí la indignación de los más crédulos, ¡es cosa que desespera! ¿Qué dirían los enemigos de la causa, cuando en el aniversario de nuestra revolución oyeron, por nuestra misma boca, un conjunto de crímenes cometidos por los que se decían defensores de la libertad? Nadie podía poner en duda una confesión hecha sobre [desde] el púlpito, a presencia del Supremo Gobierno, cuando era sobre hechos que, para recordarlos de este modo terrible, debían constar a la autoridad. No es extraño; necesitan los miserables de estos últimos recursos para desnudarme de la buena opinión general que había adquirido por mi amor a Chile, manifestado de un modo evidente. Si tenían estos destructores de nuestra felicidad la voluntad general, como a cada paso lo vociferaban en los papeles públicos, ¿por qué llenaban estos mismos de invectivo[a]s degradantes, y colmaban de elogios indebidos a los que querían elevar? Si yo me sostenía por las

bayonetas “únicamente”, ¿por qué trabajar tanto con los pueblos? Robos verdaderos son los que hicieron al ejército ocultando sus glorias y negándole la gratitud a que se había hecho acreedor. Una carta que don Matías Lafuente, Intendente del ejército real, escribió a Santiago, después del sitio de Chillán, fue interceptada por el Gobierno; éste fue el primer documento con que acreditaban los robos, porque Lafuente decía que habían sido excesivos, particularmente en la Frontera y en las inmediaciones de Chillán. Se reducían estos robos a ganados, caballos y víveres; de este modo, cuando nos acercamos al sitio, se refugiaron a [en] Chillán todos los enemigos de la causa, dejando abandonadas sus haciendas, de las que disponía para el servicio y consumo del ejército, hasta acabarlas. Yo no tenía caballos ni víveres; las haciendas de los patriotas habían sido destruidas por los realistas, y las habían repartido entre ellos. No podía guardar orden en el secuestro, si tal podía llamarse.

No había tiempo para inventarios, ni quien hiciese entrega de los bienes de los traidores a su patria, y, muchas veces, los mayordomos se hacían dueños de los intereses de sus amos y se ocultaban. ¿Es esto robo? ¿Y es extraño que el enemigo se quejase? Lo que es extraño y criminal es que el Gobierno insultase al ejército, por la relación del enemigo. En la provincia de Concepción se dividieron los vecinos, abrazando unos el partido realista y otros el de la patria. Cuando nuestras armas, destruyendo a los piratas [1], ocuparon la tercera parte del territorio chileno que habían ocupado, se vengaron los patriotas de los muchos robos que habían sufrido de los realistas, y así sucedió alternativamente, según las ventajas o desventajas de ambas fuerzas. ¿Estaba al alcance del general remediar en el todo estos excesos? ¿Y podría yo hacer, sin perjuicio de nuestra defensa, que los patriotas respetasen los intereses de los sarracenos, cuando por éstos fueron perseguidos desde que Pareja invadió nuestro Chile? ¿Qué pueblo, de los que pisó el ejército de mi mando, fue saqueado o vejado, y qué pequeño exceso, que llegó a mis oídos, no fue castigado? Dígalo el bando que publiqué en Concepción. La prisión de don Raimundo Prado, Manuel Castillo, ahorcado en Talca, y José Antonio Donoso con Rafael Bañares, en Concepción, José María Bravo y José Fuentes, azotados en la Huillipatagua y remitidos a Talca con grillos. Díganlo los calabozos de Concepción y el Auditor de Guerra, don Manuel

Novoa, que un día me vio firmar las sentencias contra 30 delincuentes de esta clase; y últimamente, que diga alguno que se haya quejado de haber sido robado, sin ver castigado o perseguido al que le robó, y las más veces, satisfecho por mí el daño. Los robos de la Frontera son los más graciosos; mis tropas no la pisaron sino en la expedición de Urizar y Luna a Arauco; ¿y si la insurrección de la Frontera fue ocasionada por los excesos del ejército, cómo pudo suceder en el sur del Biobío, sin que hubiesen pisado mis soldados aquellos campos, antes de ir a ellos a contenerlos con las bayonetas? La parte de Los Ángeles no vio más que 130 soldados a las órdenes de O'Higgins; nunca tuve quejas de robos, ni O'Higgins me dio parte de ellos: ¿Dónde está la insurrección dimanada de robos? ¡Maldita la lengua que lo dice! En Cauquenes hubo robos entre los vecinos, hechos por ellos mismos. ¿Tendré yo que responder de esta falta, cometida por dos o más oficiales de aquel partido, que no volví a ver hasta que salí de la prisión de Chillán? Robos de Talca, San Fernando y Curicó. Cuando se estableció el cuartel general en Talca y cuando estaba Chile al parecer por falta de medios para la organización de un ejército que debía pelear contra el invasor que, a marchas forzadas, se dirigía sobre la capital, siendo uno de los mejores recursos oponerles numerosa caballería, ya que faltaban fusiles, ocurri al Gobierno y a los partidos para que me mandasen caballos, en cuanto número fuese posible. Todo era inacción: el enemigo se acercaba y veía vacilar nuestra suerte. Tomé el partido de comisionar algunos individuos para que los sacasen a la fuerza. Como los tuviesen escondidos por las cordilleras y montañas, mandé hombres inteligentes y quizás ladrones de profesión para que no se escapasen. Era consiguiente algún desorden por la clase de comisionados, pero este desorden no pasaba de cuatro a seis caballos que robaban para su uso y de algunos insultos de palabra, a los que tal vez los provocaban, por el sentimiento que les causaba ver que los despojaban de lo que más defienden y quieren nuestros huasos. ¿No habrá alguno que conozca el carácter de aquella gente? ¿Y quién dicta un arbitrio para evitar estos males? Las guerrillas hacían robos, decían los que estaban en Santiago, gritando patriotismo y robando en la quietud. El Capitán... [2] es uno de los que más se habla, y estoy cierto de que hizo pequeños robos que disimulé, ya porque recaían sobre los sarracenos o porque, siendo un oficial de valor, actividad y conocimientos, me hacía notable falta. Y después

que dejé el mando, ¿por qué O'Higgins echó mano de él y el Gobierno lo ascendió a Capitán? Si no hubiese sido por don Bartolo Araos, en la retirada de O'Higgins a Maule, ¿quién hubiese dado de comer al ejército? O'Higgins lo recomendó al Gobierno y éste quiso premiarlo con dinero. Cuando eran menos los apuros, les fue preciso apelar a los hombres conocidos que yo había empleado, en los momentos más críticos, sin conocer sus buenas o malas costumbres.

He visto hacer la guerra en campaña, y he observado la conducta del ejército español, del francés, del inglés y del portugués; y puedo asegurar que todos ellos pueden aprender moralidad y humanidad de las tropas chilenas, que manifestaron una conducta ejemplar mientras mandé el ejército.

Volvamos a cuanto observó Luis [Carrera]. La división auxiliadora reunía [a] todos nuestros enemigos, y en plaza y cafés eran pregoneros de cuantos delitos nos suponían. Cuando se le decía al Gobierno, contestaba que se remediaría, pero los insultos seguían. El Tribunal del Consulado, compuesto de don Nicolás Valdés, de Astaburuaga y de don Agustín Gana, aliado y relacionado con los Larraines, publicó en La Gaceta o Monitor del 12 de enero de 1814 el insolente oficio que pasó al Gobierno [3], señalado con el [documento N° 56]; ésta fue obrita de [Antonio José de] Irisarri. Al Cónsul [Joel R.] Poinsett, hombre digno de nuestra eterna gratitud por los servicios que prestó a Chile, propusieron en junta de corporaciones conducirlo a la capital con grillos, porque tenía amistad con los Carreras. El señor don Pedro Nolasco Valdés dijo estas palabras: “Quiero tener la gloria de remachar a ese indecente extranjero una barra de grillos, para entrarlo por la plaza a las doce del día”.

Así eran las cabezas que buscaban los Larraines para que les ayudasen en sus iniquidades y no entendiesen sus diabólicos planes. Mi familia era insultada, y llegó la grosería al extremo de publicar pasquines en el café (don José Joaquín Luco, hermano del Coronel Comandante del Batallón Voluntarios) contra el honor de mi hermana. Luis no despreció esta provocación, y con una conducta militar entró en el café y se expresó contra los indecentes que habían acordado tan ridícula venganza. Luco se refugió al cuartel de su hermano, que se

puso sobre las armas para ponerlo a cubierto de la venganza de Luis; este José Luco, era Teniente de los Voluntarios que fueron a la acción de San Carlos, y uno de los que eché del ejército por inútiles. Don Santiago Bueras, en Rancagua, entró acompañado de tres oficiales a insultar a mi mujer [4] con expresiones las más infames y muy propias para prostitutas. Estas y otras infinitas pruebas de bajeza con que procedían mis enemigos, me provocaban a la venganza, y me habría sido muy dulce destruir unos hombres tan perjudiciales; pero temí que el enemigo, aprovechando los momentos de discordia, hubiese triunfado. Nada era el sacrificio de nuestras personas por la salud de la Patria.

Febrero 2 de 1814. O'Higgins entró en Concepción y lo recibí con todas las formalidades de ordenanza; lo convidé a cenar y me dejó esperándolo, con protesta de comer conmigo al día siguiente, que también faltó. En esto y en sus conversaciones, conocí que venía de mala fe. El Plenipotenciario [José Ignacio Cienfuegos] dio orden de que se pusiese en libertad a Urizar y sus compañeros en la conspiración, acreditando así que todo lo que habían intentado las noches anteriores era de su orden o con su consentimiento. No pasaron dos días sin que fuese a Talcahuano y pusiese en libertad a los presos por sarracenos y a las mujeres que estaban en Tumbes. Les tomó juramento de fidelidad y todos volvieron a sus casas y a seguir en la intriga. Tuve el dolor de ver que se paseaban en [por] las calles de Concepción [los] reos que estaban condenados a muerte, y a otros que por conclusión de sus causas eran acreedores a igual castigo. Acompañaron a este paso, que destruía mucha parte de nuestra obra, porción de los que se decían patriotas. Al pasar aquella chusma por el cerro de Chepe, en donde estaba situada la división destinada a la toma de Arauco, insultaron a la tropa, y el hipócrita Cienfuegos, ministro de la Inquisición y Plenipotenciario del Gobierno, se acercó al campamento, y dio un peso para que refrescasen 500 hombres.

A la vuelta de Cienfuegos, el señor Bezanilla quiso aprovechar la libertad que había obtenido del Plenipotenciario, empleándola en una revolución contra los Carreras, para embarcarlos en una fragata que estaba cargada con salitre, y remitirlos en ella a Santiago, junto con sus adictos. Interinamente mandaba la división de Chepe el Capitán

don Juan Esteban Reyes, porque su Comandante propietario, don José María Benavente, había ido a Concepción a asuntos del servicio. Bezanilla, aprovechando esta ocasión, convidó al mal oficial Reyes para el proyecto, y en el momento [éste] lo abrazó, mandando poner sobre las armas la división y apresando a todos los sospechosos; entre éstos se ve al hermano del Comandante de la división, don Manuel Benavente, y a don Gregorio Serrano. El Alférez don José Ignacio Manzano, que se escapó del campamento, me dio parte de este acontecimiento. Conocí al objeto [a] que se dirigía y avisé al General O'Higgins, quien montó a caballo acompañado del Comandante de Granaderos, don Juan José Carrera, y ambos se dirigieron a Chepe a contener una revolución cuyos resultados debían ser muy funestos. Mientras O'Higgins fue a Chepe, mandé un oficio a don J. Antonio Díaz Salcedo, para que se acercase con la división de su mando, que estaba en el Troncón, y mi hermano Luis puso sobre las armas la tropa que O'Higgins había llevado de su escolta; ésta obedeció gustosa y todos recibían nuestras órdenes, como si no hubiese sido reconocido O'Higgins como Jefe del ejército. La presencia de Juan José Carrera contuvo a los Granaderos de la división de Chepe, y como todos los cuerpos nos eran adictos, se acabó la revolución en el momento, y los revolucionarios escaparon. Eran éstos los mismos que mandó poner en libertad Cienfuegos, y no hay la menor duda que aquel hipocritonazo promovía todas aquellas disensiones. Al retirarse Bezanilla a la ciudad, fue apresado por el Teniente Novoa, que estaba con una partida en la Casa de Ejercicios. Bezanilla anduvo tan insolente que, en compañía de Reyes, se atrevió a sujetar y abrir un oficio que el Comandante de Talcahuano remitía al General O'Higgins, avisando que uno de los corsarios que estaban en la boca del puerto se acercaba a tierra. Toleró O'Higgins esta falta como muy leve, y se contentó con dar pasaporte a Bezanilla para Talca [5] .

Apenas llegó O'Higgins de [desde] Chepe le dije que la conducta de nuestros enemigos nos obligaba a vivir recelosos, y tal vez nos estrecharían algunos casos violentos aunque involuntarios. O'Higgins nos confesó que la extravagante conducta del clérigo [Cienfuegos] nos llevaría a un precipicio, y que para evitarlo le pasaría un oficio para que se retirase a Talca. El clérigo que veía [a] los carrerinos, y temía el refuerzo que se anunciaba por Arauco, no retardó su salida y la

verificó al amanecer del siguiente día, escoltado de [por] 40 Nacionales, a las órdenes de don Gregorio Allendes. Concluyó, pues, el señor Cienfuegos su pomposa comisión, habiendo hecho, durante su permanencia en Concepción, los relevantes servicios de desunir más los ánimos, poner en libertad [a] los enemigos del sistema, en número de 200 de ambos sexos, para que ayudasen a los corsarios y al refuerzo de Arauco, y de haber intentado dos revoluciones que no tuvieron efecto por lo disparatado del plan, porque no tenían la voluntad del pueblo, ni la del ejército, y por los ridículos sujetos encargados de la ejecución. Si hay justicia, se debe confesar que el señor Plenipotenciario se hizo un delincuente.

Mi hermano Juan José, escoltado de 25 Granaderos, siguió, poco después de la salida de Cienfuegos, su marcha para Talca. Al llegar a Penco, don José Torres, Comandante de aquella fortaleza, puso su guarnición sobre las armas para decirle que no podía entrar a ella. Atribuyo este proceder a una tropelía que Juan José cometió con él, cuando mandaba la segunda división. Estaba Torres sujeto a mis órdenes y Juan José lo sacó preso de Penco con una partida de 80 fusileros, porque las cumplía con exactitud.

Necesitando yo mandar algunas cartas a Santiago, mandé un propio para que alcanzase a Juan José y se las entregase. En Penco fue el propio detenido y preso [apresado]. Torres abandonó su tropa y fortaleza y se fue a Talca a entregar mis cartas al Gobierno. Torres era uno de los prisioneros de la Thomas, a quien dejé en el ejército con su grado de Capitán, porque manifestó grandes deseos de servir a Chile, y pudo obtener la recomendación de Mr. Poinsett; así pagó el infame andaluz mi generosidad y confianza. O'Higgins no hizo caso de este exceso.

Entregó Luis Carrera la artillería al nuevo Comandante nombrado por el Gobierno, don Domingo Valdés. Desde este momento empezaron, los enemigos de nuestras personas, a ejercer toda clase de insultos y el General O'Higgins a destrozar el ejército para ponerlo a su gusto. La división de 300 hombres a las órdenes de Benavente, que lo protegió en el paso del Itata, fue destrozada y repartida en todo el ejército. Benavente tuvo el destino de mandar 25 fusileros en el alto de la

Toma; esta brillante disposición dimanó de la bribonada que hizo O'Higgins con los patriotas. Solicitaban éstos reunir el [al] pueblo de Concepción para pedirle estorbare la libertad que Cienfuegos iba a dar a los 200 presos sarracenos. Accedió O'Higgins a este justo paso; y como supiese que se ejecutaba a las tres de la tarde, para evitarlo, fingió recelos de enemigos y mandó tocar generala, burlando de este modo la confianza que le habían dispensado sus compatriotas. La división de Chepe sufrió la misma suerte, y aquella posición quedó enteramente abandonada. El Coronel de Lautaro fue nombrado Comandante General de una división que se situó al este de la puntilla de la Toma. El cuerpo de Dragones se puso a las órdenes de don Rafael Anguita. El de Granaderos, a las de don Enrique Campino. La Guardia Nacional, a las del Capitán don José María Benavente; es lo único en que mostró [O'Higgins] algún acierto porque consintió en que tuviese efecto el despacho que le remitió el Gobierno, de Comandante de los Escuadrones. Destruyó el Cuerpo de Húsares de la Victoria, agregando la tropa a los Dragones, cuya corrupción y clase de oficialidad la hacía inútil. Don Miguel Zañartu, el presbítero don Isidro Pineda, don Fernando Urizar, don Antonio Mendiburu y don Santiago Fernández, eran los primeros hombres que rodeaban al nuevo General, ayudándole en la dirección de las operaciones del ejército. La guerrilla del Teniente don Luis Ríos tomó, cerca de Hualqui, a don Vicente Vocardo y a un hijo del General Sánchez, que de Concepción huían al campo enemigo. Vocardo es primo hermano de los Zañartu; y en la hacienda de éstos, y antes en Talcahuano en casa de una señora, había estado escondido, sin poderlo encontrar, a pesar de mis terminantes órdenes para que entregasen al tal hijo de Sánchez llamado Manuel. O'Higgins los dejó libres, y no desmereció ni la casa de Zañartu, ni muchos de los que los rodeaban que, siendo sabedores del lugar donde estaban escondidos, nada avisaban y procuraban ocultarlos. Una de las disculpas que dio Vocardo fue que Urizar le había escrito que se mantuviese oculto, porque si lo merecía a sus manos don José Miguel Carrera había de mandarlo ahorcar. Más se insolentaban los sarracenos con esta brutal indulgencia. En la hacienda de los Zañartu, llamada Hualpén, tenía yo 400 caballos y porción de mulas pertenecientes al ejército. Un destacamento de la división de Chepe cubría aquel punto para evitar que las tropas enemigas del sur del [río] Biobío se los llevasen. O'Higgins quitó la

división de Chepe y el destacamento; no pasaron seis días sin que se los llevasen con un Sargento y dos Dragones que los custodiaban. Cuando avisaron al señor General, estaban los enemigos riéndose en San Pedro de la buena presa que habían hecho sin ningún trabajo.

Renunció el señor O'Higgins a la expedición de [a] Arauco, y por consiguiente se hicieron inútiles todos los preparativos. Aunque le insté para que hiciese atacar a San Pedro, en donde apenas había 50 fusileros, no fue posible conseguirlo; una noche que intentó sorprender [a] las guardias enemigas que cubrían la ribera del [río] Biobío, no se consiguió por su desgreño en cuanto disponía; los Granaderos no quisieron obedecer; don Manuel Vega, Ayudante de artillería, obtuvo toda la confianza de O'Higgins y al mismo tiempo profesaba íntima amistad con la familia de los Reyes, recién llegados de [desde] Tumbes, hermano de don José María Reyes, ahorcado con Tirapegui, hijos y mujer de don Martín Reyes, uno de los reos que el enemigo sacó de la Florida en agosto de 1813. Vega descubría por este conducto al enemigo los más secretos planes de O'Higgins. Doña Dolores Reyes, hija de don Martín, se presentó en visita que hizo a la madre de don Bernardo O'Higgins [6], con un hermoso retrato de Fernando VII colgado al pecho; así me lo contó la hermana de O'Higgins [7], quien me dijo haberlo visto. El señor O'Higgins tuvo paciencia para tolerarlo.

Oficios del Gobierno del 1º de febrero que llegaron a O'Higgins, acompañaban relación de la clase de auxilios que de [desde] Chiloé se dirigían a Arauco en las fragatas Dolores y Trinidad, en cuyos dos buques podían transportarse hasta 800 hombres. El Cónsul Poinsett lo escribe al Intendente Echeverría, por noticias que tuvo del Comandante de la Essex, que encontró una goleta procedente de San Carlos de Chiloé, y su Comandante lo impulsó de todo.

En otro oficio de la misma fecha, se conoce el cuidado con que quedaba S.E. por las noticias que comunicó el sobrino de Cienfuegos a O'Higgins y éste al Gobierno que temió que, por las pequeñas ocurrencias con su Plenipotenciario, no quería yo entregar el mando. Por esto decía a O'Higgins que lo dejaba todo a su cuidado y arbitrio, y que le parecía conveniente me llamase a la división auxiliadora,

ofreciéndome su garantía y la inmunidad de mi persona, o que me pintase la situación tan funesta a que nos reducían aquellos acontecimientos, siendo yo y mis hermanos los primeros que debíamos perecer en caso de perdersos, cayendo el reino en manos de los enemigos.

Febrero 3 de 1814. Con esta fecha ofició a O'Higgins el Coronel [Juan] Mackenna, jefe de la división auxiliadora, despreciando los refuerzos que anunciaba el Gobierno, y ofreciendo mandar a Concepción 600 fusileros de los 1.300 que tenía en su división, situada en Quirihue; quizá[s] esta oferta fue con el objeto de intimidar a los Carreras por si no habían entregado aún el mando.

Febrero 5 de 1814. Don Francisco Vicuña escribe una carta a su cuñado Mackenna, pintándole el estado de languidez en que se hallaba la capital. Teme que los carrerinos, a la llegada de los Carreras, que supone en camino, hiciesen una revolución que dejase sin auxilios al ejército. Contemplaba las armas del reino en manos de los mejores ciudadanos, y así, decía, podían hablar sin opresión cuanto se dirigiese a afianzar el sistema. Añade que los buenos patriotas de la capital deseaban que cuanto conviniese reclamar ante el Gobierno, se hiciese por el General y oficiales del ejército; porque sus insinuaciones serían mejor atendidas que las voces de los ciudadanos desarmados.

Febrero 6 de 1814. El Gobierno avisa a O'Higgins [respecto de] los auxilios que conducía de [desde] Lima a Arauco el nuevo General don Gabino Gaínza, reducido a cien hombres, 100.000 pesos, algunos efectos, pertrechos de guerra y algunos cañones de montaña.

Febrero 9 de 1814. Salió [Juan] Mackenna con la división para el Membrillar. El Gobierno anuncia que la fragata Minerva saldría, de Valparaíso para Concepción, con víveres, para de algún modo socorrer las grandes escaseces que sufría aquella provincia.

En el [documento N° 57] se verán los oficios del mismo Gobierno, en que confirman más lo que yo podría decir sobre el particular. Con la misma fecha elogia el amor público de los que tuvieron parte en la tranquilidad con que O'Higgins se recibió del mando.

Febrero 11 de 1814. Graciosa acción de la Quinquina. Tres días de disposiciones hubo para sorprender, en la isla de este nombre, [a la] escolta y marinería que hacían aguada para los corsarios. Borrachera, inacción, atolondramiento y nada, fue el resultado del primer paso militar de O'Higgins. Este día muy temprano se pronosticaban grandes triunfos, y hasta la toma de los corsarios. Los héroes de la expedición, que fue mandada por el Capitán Juan Calderón, contaron muchos muertos y más heridos, ventajas que obtuvieron con el pensamiento. Si no hubiesen procedido tan bárbaramente, habrían tomado los botes y gentes.

Febrero 12 de 1814. El Gobierno deja al arbitrio de O'Higgins adoptar el plan de operaciones que más convenga. Encargaba sólo la brevedad, ya en la expedición de Arauco, ya en atacar a Elorriaga, o bien interceptar los auxilios que se dirigían a Chillán. Resaltaba en todos los oficios el cuidadito que les causaba Gaínza. Remite S.E. abierto un oficio para mí, a O'Higgins, en el que me nombra su diputado cerca del Gobierno de Buenos Aires, y le dice que si no admito, me haga salir en el término de tres días con destino a mi hacienda. Ya empezaba S.E. a cumplir su palabra que empeñó por su honor, para tratarnos con toda consideración. En otro oficio avisa a O'Higgins que se había presentado Torres con las cartas que quitó a mi correo. Arrestó a Torres en apariencia, y me devolvieron las cartas cerradas.

Febrero 14 de 1814. Tomó el Gobierno la determinación de llamar [a] todos los oficiales que nos fueran adictos, a [bajo el] pretexto de necesitarlos para la organización de un cuerpo de reserva.

[Juan] Mackenna elogia el plan de operaciones de O'Higgins y le pide no se tarde en desalojar al enemigo de Chillán, porque reduciéndolo a un extremo, hay después más medidas que tomar. No atino el cómo, a no ser por capitulación. Si lo intentaban con las armas, una vez desalojados, era más fácil y probable destruirlos que dejarlos retirar[se] a un extremo del país.

Yo pedía a O'Higgins la guerrilla que debía escoltarme en mi marcha a Santiago y le encargué que fuese sigilosamente, para que el enemigo no lo supiese.

Mi viaje se había detenido hasta esta época porque me era preciso arreglar mi correspondencia, exigir un extracto de los gastos de la Tesorería del ejército y entregar a O'Higgins cuanto debía, con la formalidad necesaria. Tenía que dar cuenta de mi comisión ante un Gobierno enemigo, y era preciso no me faltasen los documentos necesarios.

Se quejaba el Gobierno del mucho caudal remitido al ejército, y examinadas las remesas que constan de los estados mensuales que se publicaban en los Monitores, resultó que en los diez meses que mandé el ejército, sólo se recibieron en su tesorería 307.300 pesos. Agreguemos a esta cantidad 35.000 que los patriotas retiraron de Concepción; 12.000 pesos que puse de contribución a don Vicente Cruz en Talca; 15.000 embargados allí al traidor Elorriaga. En Concepción, 15.000 embargados a Castillo; 600 a Maza; 12.000 a Jara; 1.200 a Hernández; 3.000 que se encontraron en la Administración de Tabaco a mi llegada a Concepción; 1.600 de la testamentaría de Delfin; 4.000 de una letra que Carrasco mandaba contra Urmeneta, de dinero entregado a Rozas; esta cantidad era de 5.200 pesos, pero se le dieron 1.200 a don Ramón Freire, que recogió la libranza del agua, cuando los prisioneros de la Thomas tiraron toda la correspondencia al tiempo de ser presos; 70.000 pesos que se tomarían en libranzas contra la Tesorería de Santiago, los mismos que el Gobierno no quiso cubrir porque llevaban mi visto bueno; 51.000 pesos fuertes que se tomaron en la Thomas; 30.000 a que ascendería la venta de tabaco, azúcar y demás efectos que conducía la misma fragata. En varias ventas que corrieron por mano del Administrador de la Aduana, y en todo lo que producían algunos otros ramos, supongo que entrarían en Tesorería, poco más o menos, 25.000 pesos. Estas son todas las cantidades que entraron en la Tesorería del ejército y de Concepción; con ellas se pagaba el [al] ejército, se mantenía la provisión general, porque el soldado, a más de su sueldo, recibía pan y comida sin el menor cargo; se pagaban los sueldos a los empleados en hacienda, se asistía a todos los emigrados que carecían de

subsistencia. A las viudas y a las mujeres de los prisioneros se les dio el medio sueldo de sus maridos, se cubrían los gastos extraordinarios de la guerra, que fueron de gran consideración. Nunca bajó el ejército, guarniciones de Concepción y Talcahuano, y milicias empleadas en trabajos necesarios, de 3.000 hombres, y en Talca alcanzó a tener 8.000. La oficialidad era numerosa, y las obras militares que relacioné anteriormente se habían hecho en Concepción, fueron de consideración.

Sumadas las cantidades resultan: De Santiago, 307.300 pesos De Talca, 13.500 pesos De Concepción, 199.900 pesos [Total:] 520.700 pesos

¿A quién parecerá excesivo este gasto, cuando, tomando la pluma, examine lo que importa el pago de una tropa a razón de 10 pesos cada soldado, y de 15 contando con su mantención? [8] . Si confesamos lo menos 3.000 soldados, en un mes con otro, veremos que en este solo ramo debían gastarse 450.000 pesos. Últimamente, yo no quiero cansarme con reflexiones, cuando todo el ejército, el Gobierno que entonces había y los tesoreros, saben que yo no manejaba arbitrariamente los caudales; que todo era pagado por los trámites de reglamento y que para los gastos de mi mesa no me dieron más que 3.000 y más pesos, a pesar de que tenía amplias facultades para tomar lo que gustase. Que el ejército no estuviese pagado completamente no es extraño, porque en la entrada se encuentra un déficit de 400.000 pesos, como puede manifestarlo el Tesorero del ejército don José Jiménez Tendillo, existente hoy en Mendoza [9] . Sin embargo, vamos a examinar en qué ocasión estuvo el ejército tan bien pagado y asistido como cuando yo lo mandé. Dejo yo esto a la reflexión de los militares chilenos, y, si alguno no me hace la justicia que debe en esta parte, lo convenceré con mucha facilidad.

Entregué a O'Higgins el estado general de las divisiones de mi mando con la fuerza de 2.200 a 2.300 hombres, acompañándole extracto de la revista de comisario y los estados particulares de los cuerpos. Igualmente un inventario de los pertrechos, útiles, artillería y demás perteneciente al ejército. Otro de la plaza de Talcahuano que comprendía todos los buques de la bahía. Otro de la fábrica de salitres

de Tumbes, y así, de cuanto estaba en servicio de la división en campaña, y de lo que contenían los almacenes de Concepción. También le noticié de los efectos embargados y puestos en Aduana, incluso los tomados en la fragata Dos Hermanos, que estaban a cargo de don Vicente Novoa. Todos estos documentos eran pasados al señor General con sus respectivos oficios; por mucho que hice, jamás pude conseguir que acusase recibo de ninguno de ellos; ignoro la causa, aunque supongo sería prevenido para ocultar el brillante estado del ejército a fin de continuar con más ventaja la persecución que empezaban. Es verdad que en algunas cosas me mostré pesado; estaba empeñado en que el señor General me dijese el destino que había dado a 50 carpas que tenía en la división cuando estuvo en Diguillín, y el pobre señor no sabía de ellas, aunque era público que el Comandante Muñoz y el Capitán Prieto, permitieron que las tropas las despedazasen para hacer pantalones, reduciendo las 50 a 16. Con poca diferencia dio la misma cuenta el Sargento Mayor y Comandante de Granaderos don Enrique Campino.

Febrero 15 de 1814. El Gobierno oficia a O'Higgins para que no permita a [que] los oficiales de [del] ejército pasasen a Santiago ni en el caso de enfermedad. Dice S.E. en el propio oficio: "Por lo que hace a la numerosa desertión de tropa que me indica, US. procurará averiguar el origen y, valiéndose de todos los medios que dicte su prudencia, aplicará el remedio, imponiendo a los delincuentes las penas de ordenanza, las que tenga dictadas en los bandos del ejército de su mando y todo aquel rigor que le parezca conciliable con las presentes circunstancias". Vamos, señor General, acredite usted su justificación. Aplique usted la ley a los delincuentes; que se cuelgue en el momento a los que, desde el principio de la campaña, toleraron en Santiago [a] los desertores del ejército, volviéndoles a destinar al servicio de los cuerpos de aquella guarnición, a pesar [de] que el General no se cansaba de repetir sus oficios para que se los remitiesen presos con el objeto de hacer un escarmiento. Que se cuelgue al que admitió con toda distinción en Talca al Coronel [Juan] Mackenna, desertado de Concepción, en los momentos más críticos, en que el enemigo amenazaba por todas partes. Que se cuelgue al que puso en el Monitor [Araucano], y a los que permitieron poner un elogio a Mackenna por haberse desertado. Que se cuelgue al que facilitó el

bote a Mackenna y al que sorprendió a un valiente oficial para que lo llevase a la boca del Maule y se quedó en Concepción fomentando la discordia. Que se cuelgue a los de las conspiraciones en el ejército, según comprendo dirigidas por el Plenipotenciario [José Ignacio Cienfuegos], éste y ellos enseñaron a la tropa la insubordinación y le dieron campo a toda clase de delitos. La noche de la revolución en Chepe se vio castigar a un fiel Cabo llamado Bartolo Domínguez, porque no obedecía a los desconocidos que revolucionaban la división, y el señor O'Higgins permitió que continuase arrestado algunos días más; no podía el tonto ocultar sus intenciones. Que se cuelgue al que vio llegar a Talca al Teniente Zevallos, desertado con 60 Granaderos, y lo premió con el grado de Capitán; y que sufra la misma suerte el que impidió que el Capitán don Diego Benavente detuviese al Teniente Benavides, que se desertaba con 60 Granaderos. Los que promovieron y enseñaron estos desórdenes son dignos del rigor de la ordenanza, y no los infelices soldados, mucho más útiles a su patria que el infame Gobierno que dictaba castigos a los inocentes para asegurarse en sus progresos personales.

Febrero 16 de 1814. El Gobierno ordena que don Francisco Calderón reorganice el Batallón de Infantería de Concepción. Por cierto que es brillante la elección, y que debía esperarse grandes adelantos.

Llama el Gobierno a don José Antonio Fernández, vocal de la Junta de Concepción, para emplearlo en importantes comisiones. No era otro el objeto que destruir aquel Gobierno subalterno creado por el pueblo. Quería el Supremo que todo fuera hechura suya: así lo logró, pero poco le duró [10] .

El Gobierno me separó del empleo de Inspector General de Caballería, que recayó en el Ministerio de la Guerra. No hay duda que S.E. conocía las obligaciones de este laborioso empleo; así tuvo de adelantamiento la principal fuerza de Chile.

Llegó a Talca el señor [José Ignacio] Cienfuegos de vuelta de su memorable expedición a Concepción.

Febrero 19 de 1814. Se descubre claramente el fin con que fue llamado Fernández el 16. Oficia el Gobierno a O'Higgins, nombrándole Gobernador Intendente de Concepción, con todas las atribuciones y prerrogativas anexas a aquel empleo, y conforme lo habían ejercido sus anteriores. Se llevaron los diablos al Gobierno federativo, y quedó suspendida hasta segunda orden la voluntad de los pueblos, a excepción de los electos de la capital. No se atribuya a exageración este relato. Véase el oficio del Gobierno N° 59.

Con fecha del día anterior publicó el Gobierno el decreto N° 60 inserto en el Monitor [Araucano] del 28 de febrero. Sin la menor duda me creo por él autorizado para asesinar a cualquiera que tenga el Gobierno y las armas, antes que les sean dados sus empleos por un legítimo Congreso. Ojalá que por escarmentar tales brutos, hubiese tenido lugar en sus personas todo el sentido del decreto.

Febrero 20 de 1814. Decretó el Gobierno que se devolviese a los frailes recoletos el convento que en 1812 tomó [el ejército], después de un detenido acuerdo en junta de corporaciones, en la que todos los que la componían expusieron libremente su dictamen, y unánimemente (expuestas las poderosas razones con que el Gobierno apoyó su resolución) convinieron en que era de necesidad usar de dicho convento que no hacía falta a cuatro frailes que vivían en él, pudiendo trasladarse, ya a otro conventillo llamado de la Viña, que distaba seis cuadras y estaba aún en mejor proporción para seguir su vida solitaria, ya a su hacienda de Apoquindo, tres leguas de la capital, o a la casa grande. Cuando se quitó a aquellos holgazanes el convento no había una casa más acomodada, ni de ninguna clase donde colocar el parque de artillería. Antes estaba frente a la Casa de Moneda, y en disposición de destruir gran parte del pueblo en caso de un incendio, y posteriormente en el cuartel de Asamblea, que forma parte de la manzana que contiene el palacio de Gobierno, Tesorería principal, todos los archivos de Chile, las salas de despacho del Gobierno y otras corporaciones, y para complemento de todo, está junto a la cárcel que es muy poco segura. Ambos cuarteles apenas admitían 200 hombres, y de ningún modo [a] la artillería, y las muchas piezas para oficinas, que todo el que no sea absolutamente ignorante, sabe son indispensables. La Recolectión [Recoleta] Dominica, es el único cuartel que ofrece

comodidades, y está situado con ventaja para el destino: allí había pabellón para oficiales, y la distancia de la ciudad ofrecía menos distracción a unos jóvenes que, para hacerse útiles a su patria, necesitaban dedicarse con esmero; allí se colocó la sala de armas, cuadras para caballos, etc., etc., etc.; no podía causar mal a la población si se incendiaba; tenía a la misma puerta el campo para los ejercicios doctrinales; no podía ser sorprendido con mucha facilidad; estaba más sujeta la tropa, y protegía la casa de pólvora, que estaba a poca distancia. Excuso mil motivos más por no llenar papel inútilmente. El hipócrita Gobierno no publicó en el Monitor [Araucano] del 25 de febrero su falsísimo decreto con otro objeto que el de llevar sobre mí el odio de todos los que miran como sagrado el asilo de los frailes. Prefería la comodidad de siete ociosos, que únicamente ocupaban aquellos claustros, a la seguridad de una gran parte de la ciudad de Santiago, que pudo haber perecido infinitas ocasiones. Véase el decreto N° 61, y a continuación, el oficio que S.E. pasó a los frailes, y la contestación de éstos, fechas 20 y 23 de febrero, extractada del Monitor [Araucano] del 10 de marzo.

Febrero 22 de 1814. El Gobierno sabedor de que el refuerzo del enemigo, llegado de [desde] Lima y Chiloé, ascendía a 800 hombres, temía del éxito de las operaciones de O'Higgins y le ofició, como se verá en el [documento N° 62].

Ciertamente que el plan que proponía S.E. era el único que podía adoptarse en aquellas circunstancias para salvar el [al] Estado y asegurar la gloria de sus armas. Después que dejé el mando propuse a O'Higgins lo mismo, y procuré persuadir a sus grandes hombres para que se lo aconsejasen; pero no adelanté otra cosa que oír que se me llamaba intrigante y aún traidor, porque opinaba racionalmente y porque quería el bien de mi patria.

Don José Torres, Comandante de Penco, fue puesto en libertad por el Gobierno y condujo un oficio para O'Higgins, enterándolo de su contenido y encargándolo de algunas noticias concernientes a las intenciones del enemigo. El Gobierno se confiaba de un español europeo, que acababa de cometer un delito digno del mayor castigo abandonando el puesto militar que se le tenía encargado, tan sólo por

hacer el infame papel de delator en perjuicio de quien lo había sacado de la clase de prisionero, y O'Higgins por premio de tanta heroicidad, lo volvió a su empleo.

El traidor Andrés Ramos tuvo libertad para escribir a doña Rosa Rodríguez [11] una carta, persuadiéndola a que cooperase, para que su hermano don Bernardo O'Higgins se amistase con el General Gáinza.

Con fecha del día anterior, recibió O'Higgins el parte de acción de guerra, que había comprometido el Comandante de la división auxiliadora, al mando de 340 fusileros y dos piezas de artillería, con las fuerzas enemigas que estaban posesionadas de las casas de Cuchacucha. Véase el oficio N° 63.

Por estos días desembarcaron en Coliumo algunos hombres armados del Potrillo. El Teniente Freire, con 80 Dragones, salió a atacarlos porque se habían apoderado de un convoy de víveres que pasaba para Concepción; quitó parte de él sin otra ventaja.

El Gobierno mandó que se retirasen a sus casas los individuos que pudiesen venir a Santiago con destino al Congreso, cuya convocatoria se hizo en los términos que manifiesta el documento N° 64. Ya S.E. había tomado gusto al bastoncito.

Febrero 25 de 1814. El Coronel don Andrés Alcázar, con 100 Dragones recuperó los víveres que marchando [siendo conducidos] de[desde] Talca al Membrillar, había tomado el enemigo la noche antes; hizo doce prisioneros y tomó bastante ganado. En esta vez fue bautizado valeroso por el señor Mackenna.

Un impreso de Santiago publicado este día para desimpresionar a los que opinaban funestamente de Talca se señala con el [documento N° 65], porque después se vio verificado el pronóstico del pueblo.

Febrero 26 de 1814. Oficié al General O'Higgins incluyéndole un extracto de las correspondencias que se habían encontrado a varios sarracenos, una lista de las mujeres que habían estado presas y desterradas, con los motivos que habían ocasionado su prisión, otra de

las casas embargadas en Concepción y Talcahuano, copia del decreto porque [debido al que] salieron desterrados don Manuel Zañartu y don José Zapatero, y la carta del Supremo Gobierno en que aprueba aquella determinación. Véase el [documento N° 66]. [Le remití] otro oficio acompañándole las causas pendientes de doce reos, cuando entregué el mando; otro en que acompañaba un inventario de algunos útiles del ejército; en otro le advertía que los vecinos de Palomares habían muerto y enterrado al Cabo Pino, de Nacionales, cuyo delito [delito que] estaba impune; en otro le acompañaba un oficio contestación a Sánchez de resultas del canje que yo había alcanzado a mandar, y aunque era asunto en que me mezclé por salvar a su familia, no lo remitió a Chillán, y me dejó en aquel descubierto. Todo era honor en O'Higgins.

Febrero 27 de 1814. [Juan] Mackenna avisa a O'Higgins de los movimientos del enemigo sobre su campamento, con fuerza de 300 a 400 hombres.

O'Higgins que veía cerca el peligro, por los refuerzos del enemigo, hizo una junta de oficiales a la que me pidió asistiese porque quería que yo les hablase, para ver si se podía conseguir una completa reconciliación. No es posible explicar lo que sucedió en aquella reunión. Los subalternos de última clase, los hombres más soeces, tomaron la palabra atropellando a los jefes y mirando a su General con un desprecio intolerable; al poco rato la reunión de oficiales parecía de muchachos de escuela que ponían quejas a su maestro. O'Higgins se mantuvo imperturbable, y fue la primera vez que se presentó a mis ojos tan despreciable. [Un] Hombre que invadió a Concepción bajo las banderas de Pareja, el Sub Teniente don Pablo Vargas, tuvo [el] valor de tratarme con menos consideración que a un Sargento; a éste y a otros varios que me atacaban, llenos de venganza, les contesté con el desprecio que merecían, y concluyó la sesión como promovida por O'Higgins.

No deseaba yo otra cosa que alejarme de aquellos feroces, y por eso no perdonaba arbitrio para conseguirlo.

Don Antonio Mendiburu fue a visitarme y a contarme sigilosamente que le constaba que muchos enemigos de nuestras personas se habían acordado para asaltarnos, y que Urizar andaba armado por cierta cuenta que yo quería ajustarle. Este mismo día creo que fue cuando nos pusieron un pasquín lleno de insultos y amenazas, que no surtió otro efecto en nosotros que aumentar el desprecio que teníamos a tales personas.

Don Domingo Valdés, Comandante de Artillería, acompañado de su Ayudante o compañero, don José Santiago Aldunate, Teniente de Granaderos, y de dos ordenanzas, quisieron burlarse de mí, mandándome reconocer en una noche de luna que me paseaba en mi traje; este insulto me provocó a tratarlos como merecían. Valdés que tenía un genio muy moderado por temor de exponer su persona, disimuló y se propuso acusarme al maestro O'Higgins.

Capítulo VIII

1º de Marzo de 1814 - 11 de Mayo de 1814

VIII. Prisión en Chillán. Tratado de Lircay. Fuga.

Marzo 1º de 1814. Unido Valdés a Urizar y a los demás de la facción, se quejaron al General [O'Higgins], por el suceso de la noche anterior, y el señor General tomó el partido de escribirme la carta N° 67. Le contesté la del N° 68. Al día siguiente era nuestra partida, y los equipajes habían salido en la tarde. Nos despedimos de todos, y en la noche fuimos a recibir órdenes del General; le pedí que la guerrilla se municionase bien, y se negó a esto con pretextos ridículos; ella salió con poquísimos cartuchos, con sólo veintitrés hombres de fuerza y en caballos que apenas se movían.

Estando en la noche en casa de la señora doña María Luisa Benavente, de tertulia con todos nuestros amigos, se presentó a la puerta de calle

el Capitán don José Manuel Astorga, con treinta fusileros, a apresarse a don Juan de Dios Martínez, lo que verificó llevándolo al cuartel de artillería. Al poco tiempo me presentó el Capitán don Venancio Escanilla el oficio N° 69. No pude sufrir la espera consiguiente a una contestación por escrito, y fui a verlo en el momento; le hablé [a O' Higgins] con una impaciencia que pocas veces he tenido, y me separé apretándole un brazo y diciéndole que me retiraba porque mientras estuviese a su lado no habría de oír otra cosa que mis insultos; nada hizo y se quedó tan sereno como si le hubiese hecho un grande obsequio. El pecado le acusaba a aquel ingrato, y no había modo de que satisficiera a ningún cargo. Examinada la representación de las tropas y [del] pueblo, de [la] que me hablaba en su oficio, se ve que el pueblo y [la] tropa eran el criminal don Fernando Urizar, el Comandante Valdés, don Juan Luna, compañero de Urizar en la expedición de [a] Arauco, don Antonio Urrutia, don José Manuel Astorga y el Teniente Anguita. Estos seis tunantes, de los que tres están con [el General Mariano] Osorio [1], fueron los que firmaron la representación, que está escrita por el traidor Manuel Vega, Ayudante de Artillería: es papel tan indecente como sus autores; está señalado con el [documento N° 70].

Marzo 2 de 1814. [Juan] Mackenna avisa a O'Higgins que una división enemiga había tomado en la boca del [río] Itata las vacas que se mandaban a Concepción; que otra fuerza había entrado en Cauquenes y otra estaba situada en la hacienda de don Manuel Rencoret. Exigía que O'Higgins verificase prontamente la salida de Concepción, con las divisiones, para contener los progresos del enemigo y para abrir la comunicación con Talca, único punto de donde podían esperar auxilios. Ejemplo de lo incapaces que eran aquellos pelucones gobernantes, siendo dueños de la abundantísima provincia de Santiago y de parte de la de Concepción, no podían proveer de víveres y caballos al ejército, y el enemigo se paseaba por todas partes, con sus fuerzas montadas en excelentes caballos. Podría probarse, y es evidente que esta falta causó la pérdida de Chile en gran parte. No se pudieron batir las divisiones que pasaban la Frontera, la que conducía [a] los prisioneros para embarcarlos en el Potrillo, las fuerzas de San Pedro y, últimamente, no pudo interceptarse el refuerzo a las órdenes de Gaínza, porque no había un caballo.

Los que yo tenía al servicio de la división estaban muy destruidos; los que estaban en Hualpén los entregaron los Zañartu, y O'Higgins vio con frialdad que se los llevase el enemigo. Cuando el señor plenipotenciario [José Ignacio Cienfuegos] fue a Concepción, llevó por primera vez 100 caballos de repuesto; pero al echar yo mano de ellos, no hallé ninguno, porque el señor clérigo salió mal campañaista. He aquí lo que debió sucederme al principio de la campaña, si no hubiese tomado el partido de comisionar hombres activos e inteligentes aunque algo rateros. El Gobierno no pudo evitar los robos ni auxiliar el [al] ejército. No cansemos: el señor Cienfuegos nació para su iglesia de Talca, el señor [Agustín de] Eyzaguirre para su tienda y el señor [José Miguel] Infante para abogado de pobres.

[Juan] Mackenna decía que estos tres señores se habían marchado ya para Santiago, y que les clamaba porque remitiesen provisiones y auxilios, escoltados por la división de reserva que vociferaban tener en Talca.

S.E., engreído con sus grandes recursos, hizo a Talca el nunca bien ponderado viaje para rendir a Chillán, y volvió a Santiago calladito y ligero porque no padeciesen detrimento sus personitas. Observo que cuando fueron a abrir la campaña se hablaba mucho en los Monitores de que S.E. había asistido a bailes, había visitado las iglesias y cantado Te Deums y de otras muchas cosas propias de monarcas. Quiso S.E. imitar al gran Alejandro; pero a su vuelta ni una palabra hablaron los pueblos que decían amarlos a primera vista, y que tanto elogiaban sus virtudes que supondrían sin duda por el sacrificio que hacían aquellos héroes, en abandonar sus comodidades y moverse en su coche (tal vez nunca habían disfrutado de carruaje, si en esta clase no incluimos las carretas) a la inmensa distancia de ochenta leguas, ¿será posible creer que al tiempo que se retiraron de Talca, cuyo pueblo debía ser atacado de un momento a otro, se llevaron cuarenta fusileros para escolta de sus personas, dejando solamente 110 a las órdenes del Gobernador [Carlos] Spano? Ellos no ignoraban que aquel pueblo encerraba intereses del Estado que pasaban de 800.000 pesos; no ignoraban que los enemigos estaban cerca del [río] Maule, con fuerzas para atacar a Talca; prueba esto claramente el papel que se

publicó en Santiago el 25 de febrero, y S.E. sabía que los pueblos por donde iba a pasar estaban libres de enemigos, y no ofrecían el menor riesgo. Si no hubiesen quitado a Spano los cuarenta fusileros, es muy probable que Talca no habría [hubiera] sucumbido a la división de [Ildefonso] Elorriaga; prefirió S.E. la ostentación a la seguridad de un pueblo que tanto interesaba a la defensa de Chile.

Salí para Santiago, acompañado de Luis mi hermano y de los siguientes: don Estanislao Portales, don Diego José Benavente, don Juan Morla, don Vicente Garretón, don Toribio Rivera, don Rafael Freire, don Servando Jordán, don Manuel Jordán, don Manuel Lastra, don Bernardino Pradel, don Bonifacio Victoriano, don Mariano Benavente, don Cirilo Cárdenas, don Bartolo Araos, don Juan José Fontecilla; capellanes: Fray Juan Pablo Michilot, Fray Francisco Solano García; don Vicente Aguirre, don Hipólito Toro, don José Hurtado, don José Gaete y su hijo, don Calixto Gaete, don Marcos Trigueros; ordenanzas: José Conde, José Antonio Uribe, Jerónimo Peredo, Pedro Valencia, José Miguel Cornejo, Juan Antonio Araya, Nicolás Santana, Benito Vial y José Luis.

Acompañaban [nos acompañaba también una] porción de criados, asistentes de los oficiales y arrieros; no bajaba la comitiva de cien hombres.

Dormimos en casa de los Nogueiras, y las cargas se alojaron junto a la capilla, en la población de Penco Viejo. No quisimos ir a la fortaleza porque la mandaba el andaluz Torres.

El General O'Higgins dispuso mandar atacar [a] una división enemiga que estaba en Rere. Para verificarlo confió, al acreditado Urizar, el mando de 250 Dragones y Nacionales con dos piezas de artillería de campaña.

Marzo 3 de 1814. Tuvimos noticia [de] que el enemigo, sabedor de nuestra marcha para Santiago, había cubierto la ribera sur del [río] Itata para hacernos prisioneros. Los avisos de los juramentados por Cienfuegos eran muy exactos, y los que firmaron la representación del día 1º se interesaban en nuestra ruina; el que la escribió no permitía

que las Reyes ignorasen cosa alguna; y ellas, con gusto participaban a su padre, a su hermano y a su sobrino, destinados o empleados en el ejército realista, para que tomasen sus providencias. Oficié a O' Higgins en los términos que se ve en el [documento N° 71].

Mandé nuevos espías al [río] Itata, y en la noche varios de la comitiva fuimos a divertirnos a Concepción. Luis visitó a O'Higgins y le dijo que al siguiente día pensábamos volvernos a la chacra de don Pedro José Benavente porque estábamos expuestos en Penco. Accedió y dijo que si queríamos podíamos volvernos a la ciudad. No dejamos de admirarnos de esta franqueza después de sus cartas y oficios del 1°. ¿Quién podría augurar que estaba inocente de lo que nos sucedió a las pocas horas? Pasamos en tertulia en casa de unos amigos, y a las tres de la mañana volvimos a Penco para, después de dormir un poco [2], mudar nuestro alojamiento. Cerca del amanecer llegamos a casa de los Nogueiras; muy de inmediato a ella encontré un roto a pie que se dirigía a la fortaleza; creyéndolo espía lo hice detener [3], y como no le descubriese cosa alguna, a pesar de amenazas, lo dejé libre.

Marzo 4 de 1814. Al romper el alba, y cuando empezábamos a tomar el sueño, fuimos sorprendidos por el enemigo. Las descargas de fusiles y los gritos de "Viva el Rey" nos despertaron; pero no era posible huir porque el pequeño cuarto donde dormíamos estaba rodeado de tropas, y por la parte donde había un tabique de tablas nos hacían un fuego vivísimo. No teníamos armas, ni los ordenanzas pudieron hacer uso de las suyas porque antes de moverse de sus camas fueron muertos o prisioneros. En el momento fuimos nosotros, y aunque algunos intentaron matarnos, lo impidió un voluntario... [4] y el Cabo chilote llamado Marzán, cuyo empeño por defendernos llegó al extremo de ponerse delante de Luis cuando un hijo de Dámaso Fontalva quiso darle un tiro, creyendo era el que había firmado la sentencia de muerte contra su padre. Luego después [sic] se presentó don Clemente Lantaño y el hermano de las Reyes que [quien], con Pasquel mandaba la fuerza realista que nos sorprendió. Pusieron orden en la tropa y nos dejaron vestir para que marchásemos. Nos hicieron montar en unos malos caballos; al salir tuve que volver la cara para no ver una porción de cadáveres de mis compañeros. A poco andar vi al Alférez don José Ignacio Manzano herido y como agonizante; me

despedí de aquel buen joven con un sentimiento imponderable, y seguimos el camino por los altos de Penco hasta llegar a Rafael. Allí llegó el Coronel Portales, el Secretario don Vicente Aguirre, Marcos Trigueros, mi asistente José Conde, el Sargento Yacotar, José Miguel Cornejo, un negro cocinero y dos más. El Teniente don Servando Jordán había ido con nosotros. Nunca olvidaré los extremos con que se significó Portales por mi situación.

El castillo de Penco hizo un fuego muy mal dirigido, pero bastante para contener el [al] enemigo que estaba muy aterrado, [y] que a [de] no haber dejado Manzano su guerrilla a alguna distancia, por aprovechar pasto para los caballos, habría sido rechazado.

Cuarenta o cincuenta Infantes de la Patria se habían desertado el día anterior de [desde] Concepción, con el fin de unirse a mí al pasar el [río] Itata, y les escribí diciéndoles que serían víctimas del enemigo si no se volvían, debiendo estar seguros de que no se les seguiría perjuicio ninguno. Se volvían ya cuando encontraron [a] la misma división que nos acababa de sorprender, y en el momento trabaron una acción vivísima que, según sus resultados, es de creer habría sido favorable para los nuestros, si no se le hubiesen acabado las municiones que en poca cantidad pudieron llevar en sus cartucheras al tiempo de desertarse; al verse sin recursos para su defensa se retiraron por la montaña, dejando burlado a un enemigo tan superior en número.

Todo lo ocurrido en Penco y Concepción, después [a partir] de mi prisión, se ve en el diario N° 72, el que comprende hasta el 15 de mayo, día en que, de resultas de las capitulaciones [5], fueron puestos en libertad los prisioneros nuestros, rendidos en aquella ciudad. La jornada de O'Higgins, hasta que se incorporó a la división auxiliadora, consta del [en el] diario N° 73, y las operaciones militares y demás ocurrencias de la división, desde que salió de Talca en 19 de diciembre de 1813 hasta el 10 de mayo de 1814, día en que retrocedió el enemigo del campo de Quechereguas, están relacionados [relatadas] en el diario N° 74. Yo seguiré el de mi prisión, y el extracto de algunos oficios que llegaron a mi poder y lo que pueda sacar de los

papeles públicos y de otras noticias que me han suministrado algunos amigos.

Pasamos la noche en Rafael y nuestro sentimiento se aumentaba con la incertidumbre de la suerte de mis compañeros. Don Tomás Plac mandaba en aquel puesto; recibimos de él un regular trato, aunque anduvo un poco ridículo en negarnos sacásemos de nuestros baúles un poco de ropa, viendo que nos habían dejado desnudos.

Marzo 5 de 1814. Al amanecer se puso la división sobre las armas, y al marchar para su cuartel general nos entregó Plac a un oficial limeño, don N. Estrella, para que con una escolta cuidase de nuestra seguridad; apenas se lo dijo, echó pie a tierra y mandó que se nos amarrase en los caballos. Dijele a Plac que más valía morir que sufrir aquellos insultos. Plac nos entregó a otro que, aunque español europeo, fue más humano y más generoso. Estando ya cerca del [río] Itata, llegó del cuartel general una división de 200 hombres, a las órdenes del Teniente Coronel Asenjo y de un hijo de Pinuel, para llevarnos a la presencia de [del General Gabino] Gaínza, que estaba en Quinchamalí. Todas las fuerzas enemigas que estaban al sur del [río] Itata formaron una línea, como en disposición de impedir que fuésemos liberados por la división auxiliadora situada en el Membrillar. Estaba muy lejos de pensar en tal desatino. De noche, y a muy poca distancia del campamento chileno, nos pasaron los enemigos, burlándose de la división. Todas las tropas enemigas hacían descargas desordenadas, y atronaban con los gritos de ¡“Viva el Rey!” y “¡Mueran los Carreras!””. Luego que pasamos el río salieron a recibirnos muchos oficiales, vecinos y frailes de Chillán. Al entrar en el campamento pusieron [a] las tropas sobre las armas y repitieron las mismas demostraciones de alegría. Se nos hizo desmontar y se nos presentó a Gaínza; nos recibió este pillo, sentado y con un sombrero de paja muy grande calado hasta los ojos; delante de él estaba una pequeña mesita ¡y la vela puesta en una cáscara de sandía! Tomamos de su orden asiento sobre unas petacas y apuntó nuestros nombres. Al preguntar él por los prisioneros, le contesté que nosotros éramos unos pasajeros que nos dirigíamos a Santiago; y que sus tropas no habían hecho más que asesinar en sus camas [a] una porción de nuestros compañeros. Contestó con mucha gravedad: “Ellos son reatos de

aquellos delitos”; repúsele: “Jamás he sido delincuente” y él como enfadado continuó diciendo: “Ya es tiempo de conocerlo”. Mandó que con una escolta de infantería se nos condujese, a los oficiales, a la prevención del regimiento de Luna, y a los soldados a la de los chilotes. Con nosotros fue un Ayudante de Gaínza, hermano del traidor Santiago Tirapegui, ahorcado de mi orden en Concepción, y nos entregó al Comandante de la guardia que era un N. Cueto, Alférez a los 50 años de edad. Nos colocó en una carpa que había abierto por mitad, quitándole todas las estacas, del frente, y recogióndola a los lados. La noche era de luna y serena; puso cuatro centinelas que rodeaban la tienda y uno más al frente. Pidió don Estanislao Portales permiso para salir, y Cueto contestó que amarrado solamente; ¿Qué podía temer de un viejo achacoso y en noche tan clara como el día? No salió por no experimentar tal bochorno. Antes de media hora se gritó “a las armas” y Cueto puso su guardia formando un semicírculo sobre nuestra tienda, y con él frente a ella. Se acercó a nosotros, y, preguntándole yo si éramos nosotros los enemigos que pensaba batir, respondió que tenía orden de pasarnos por las armas si los del Membrillar intentaban pasar el río y que, como había aviso que lo querían verificar, estaba dispuesto para cumplirla. Díjele que me parecía orden muy bien dada, y no dejé de comprender que querían divertirse, y confirmé esta sospecha cuando vi a Gaínza que, disfrazado con sus ayudantes, se acercaba a participar de la chanza. Uno de sus ayudantes fue a preguntarme, a nombre de Tirapegui, por su hermano, y le dije que estaba ahorcado en Concepción. Se descubrió Gaínza; llamó a Luis [Carrera], que estaba de pie en la puerta de la tienda; le dio un cigarro, y le estuvo mostrando su línea como para imponernos. A mí quiso mostrármela Cueto y no quise verla, diciéndole sabía alcanzaría a tener 400 hombres. Tuve algunas contestaciones pesadas con el tal Cueto, que era italiano y ascendió de [desde] la clase de Sargento.

Supimos que Talca había sido tomada este día, y que el grande Urízar había sido derrotado completamente.

Marzo 6 de 1814. Exigí de Gaínza que me oyese un rato, y me lo concedió; Luis habló primero y le dijo que me escuchase a mí. Era reducido mi plan a que me pusiese en libertad, con mi hermano y

demás compañeros, y que oficiase conmigo al Gobierno de la capital, convidándolo a una composición amistosa, en la que no había duda si yo influía como se lo prometía, porque veía que ni los chilenos éramos capaces de hacer nuestra felicidad, ni era posible evitar la guerra civil, en caso de vencer[,] porque las facciones habían tomado un aspecto horroroso. Parecía consentir, pero el tunante me pidió que hiciese por escrito mi proposición, para lo que mandó a Tirapegui con tintero y papel; no tuve inconveniente para repetir lo antedicho, y la contestación fue negarse, a pretexto que los papeles públicos de Santiago manifestaban el odio con que me miraría el Gobierno sin que pudiese sacar partido; que en caso de intimarlo, valía más hacerlo por cualquier otro.

[Juan] Mackenna ofició a O'Higgins con fecha de ayer en la tarde. Se lamentaba por la tardanza en salir de [desde] Concepción las divisiones [, lo] que le ocasionaba incalculables males. Los enemigos corrían libremente [por] la campaña. Habían pasado tres divisiones pequeñas, al mando de Olate, Lantaño, y Barrera, con dirección al [río] Maule; temía que intentasen algo contra Talca, pero cuando se acordaba que había 400 o 500 fusileros a las órdenes del digno Spano, quedaba muy seguro. Mackenna estaba engañado sin duda. Véase todo lo ocurrido en la toma de Talca en el [documento N° 75]. Es increíble que este día ignorasen, aún en el Membrillar, los auxilios llegados de [desde] Chiloé; verdad es que no pagaban un espía. Mackenna quedó muy satisfecho de la seguridad con que quedaba Concepción, respecto a la guarnición fija, que decía O'Higgins, dejaría en fuerza de 800 hombres; esta guarnición bastaba para destruir a Gaínza. Avisaba que una guerrilla de su división había sorprendido una avanzada enemiga, tomándole siete prisioneros, quince bueyes, veinte caballos y algunas mulas.

Hablando con Gaínza de la toma de Talca por [Ildefonso] Elorriaga, se expresó duramente contra Spano, que afirmó había muerto en la acción. Hizo también un discurso sobre el entusiasmo y valor de sus tropas, al paso que se disminuía en el ejército restaurador. “Tenga usted, me dijo, el ejemplo en la derrota que ha sufrido Urizar, perdiendo su artillería y mucha gente. Esta victoria la ha obtenido un muchacho, paisano, que mandaba 130 hombres, la mayor parte de los

huasos de Lantaño”. Me preguntó la fuerza efectiva con que podía contar Chile, y le dije que reuniendo sus guarniciones podía presentar 5.000 fusileros en línea. Se rió y me dijo: “En acabando la división del Membrillar, que es obra de poco trabajo, están acabadas las 5.000 bayonetas”; sin embargo, la firmeza con que lo aseguré lo hacía vacilar; sobre esto habló Gaínza a O’Higgins cuando acordaban las capitulaciones [6] .

El Gobierno entró en la tarde en la capital, y se le recibió con toda la magnificencia posible. Sabía S.E. y era sabido en el pueblo desde ayer, que había sido tomada Talca, pero se negaba por no interrumpir el recibimiento, que ordenó fuese con toda ostentación.

Reconviniendo algunos al Intendente Echeverría por aquellas alegres demostraciones en los momentos en que se aproximaba la ruina del país, satisfizo con manifestar que era orden terminante del Gobierno. Por ella y por lo que dijo S.E. a muchos que lo visitaron en la casa de campo que se le tuvo preparada, no creían fuese efectiva la toma de aquella ciudad importante. En la noche, al tiempo del gran refresco, confesó S.E. la pérdida de Talca; la admiración y espanto de los santiaguinos fueron extraordinarios, y más el odio que concibieron contra los plenipotenciarios, que en buena ley debían haber sido ahorcados. Sin más que probarles que ocultaron cerca de dos días la toma de una plaza, que está a ochenta leguas de la capital, basta para que nadie ignore el punto a que llega este crimen. Tuvieron tranquilidad para recibir obsequios todo este día y parte del anterior, sin dar una disposición para contener al enemigo, que con cincuenta fusileros pudo haber llegado hasta los arrabales de Santiago; todo lo pospusieron a su pomposa entrada en un pueblo que precisamente había de conocer su inicuo procedimiento. Se disculpaban diciendo que desde Maipo habían impartido sus órdenes a los coroneles de milicias para que pusiesen sus regimientos sobre las armas; pero ¿de qué servían estas providencias dirigidas a reunir hombres inermes, si no se extendían a Santiago, centro de las únicas fuerzas que podían rechazar a Elorriaga? Estos no fueron delitos, porque los juzgaban los que con ellos habían cometido toda clase de desaciertos y de bajas intrigas. Algún día habrá quien manifieste con imparcialidad la conducta de este ridículo Gobierno.

Marzo 7 de 1814. Don Antonio Bulnes, con una escolta de cuatro fusileros y algunos lanceros, fue nombrado por Gaínza para que nos condujese a Chillán. Nada sentimos dejar aquel alojamiento en el que, a pesar de la abundancia, no se nos daba de comer, y si una vez mandó Gaínza un pedazo de asado y fruta, no permitió que nos diesen una gota de vino. A mi antiguo sirviente, José Conde, me lo quitó Gaínza, creyendo le serviría a él con la misma voluntad que a mí. El padre Fray José Antonio Mollar me dio una letra de 50 pesos que debían pagarme en Chillán. Vildósola dio a Luis 4 pesos. El Ayudante Tavira, oficial de marina, fue el único que mostró buenos sentimientos en nuestro favor; éste desimpresionó a su General de una acusación que el oficial de guardia hizo contra Luis, porque al entrarnos un poco de comida dijo “Viva la Patria”. Llegamos con Bulnes al río de Chillán, y en una de aquellas casas nos dio de comer. Habíamos acordado el modo de sorprender a Bulnes y escaparnos; pero frustró el plan la llegada de un oficial que conducía a Chillán porción de enfermos y todos armados. En la tarde entramos en aquella ciudad que poco antes habíamos atacado y destruido en mucha parte. A un cuarto de legua nos recibieron todos los que tenían caballos. El ex General [Juan Francisco] Sánchez, con su mujer, detuvieron nuestra marcha; aquel bruto gallego, poniéndoseme delante, y con un tono chocantísimo, me dijo: “Aquí tiene usted aquel hombre que tantas veces se le presentó a usted en el campo de batalla”. Le respondí que jamás lo había visto, y como continuase con expresiones groseras, lo traté agriamente y seguimos el camino. Los muchachos, soldados y mujeres[,] nos rodeaban y formaban un numeroso acompañamiento; las piedras y terrones eran tantos como los insultos; las calles y los tejados estaban llenos de gente; pero no podían distinguirmos entre la escolta de huasos, porque los trajes eran iguales. Al pasar un puente levadizo cerca de la plaza, nos recibió una escolta de infantería y nos presentó (en casa del Intendente Lafuente) al Comandante General, don José Berganza; este señor se expresó con mucha política, prometiéndonos le era muy sensible conocernos en tales circunstancias. Correspondí sus expresiones, y le pedí que me dejasen con Luis en una misma prisión; me ofreció que así sería después que prestásemos algunas declaraciones que encargaba Gaínza. Se acercó a mí el traidor Antonio Salcedo, con insignias de Coronel, y me insultó con ridículas expresiones que desprecié. El Coronel Pinuel, puesto de gala, y con

espada en mano, a la cabeza de una partida de infantería, nos llevó a los calabozos destinados para los dos Carrera. Un estrecho abrazo y un adiós el más tierno precedió a la separación; los calabozos estaban separados por una pared no muy doble; eran cuadrados, como de cinco varas por costado, oscuros, húmedos y fétidos; media puerta estaba clavada de firme, y la otra se cerraba con llave y candado. No pasó media hora cuando se presentó don Domingo Luco, hermano del Comandante de Voluntarios de Santiago, con un verdugo y una barra de grillos para que se me pusiese. Lleno de cólera, le pregunté si así se trataban [trataba a] los prisioneros, y respondió aquel traidor: “Esto causan las locuras de usted”. Nos hizo poner grillos a los dos, y nos dieron unas camas de hospital bastante incómodas. La mujer del Intendente nos mandó almohadas y cena.

Mientras pasábamos estos trabajos y el mismo día que nos cargaban de prisiones, recibía el intruso, el infame Gobierno de [José Miguel] Infante, los respetos y veneración de un pueblo sorprendido y engañado. Todo era obra de los Larraines y a éstos se les presentó la ocasión más favorable para echar por tierra a los que habían tolerado en el Gobierno mientras eran necesarios para encubrir su ambición y diabólicos planes.

En la mañana ganó [Antonio José de] Irisarri al Comandante de artillería, don Manuel Blanco, y al de infantería don José Antonio Cotapos y Aldunate; con esta seguridad se fue al Cabildo, del que era miembro, y se reunieron para acordar, según dijeron, los medios de defensa de Santiago a causa de haberse apoderado el enemigo de la ciudad de Talca. En estas circunstancias, figuraron que se reunía el pueblo para manifestar su decidida voluntad en concentrar el poder supremo en una sola persona. Porción de borrachos, de locos y de Larraines, dieron nuevo aspecto a las cosas por medio de su representante don Mariano Vidal, natural de Buenos Aires; no ha habido revolución de Larraines en que no hayan tenido parte los cuyanos, a quienes siempre han lisonjeado tanto, cuanto los aborrecen. La elección del Supremo Director fue de las más ilegítimas de la revolución; y los muchachos echaron de la sala a la Junta con ignominia, a gritos decían: “Que salgan luego para afuera”, porque [José Miguel] Infante trataba de sostenerse; mas el señor [Agustín de]

Eyzaguirre, empuñando su gordo bastón, dijo a sus compañeros: “Salgamos si lo mandan, qué hemos de hacer”. Así concluyeron los que se titulaban legítimos gobernantes, y los que con sólo su presencia creyeron sujetar tal vez la dos Américas. El Monitor [Araucano] del 9 de marzo, [documento N° 76], demuestra los acontecimientos de esta revolución, con un colorido cual quiso darle Terraza y Rejón [7] . Se acabó el juramento, que lo hizo por cuatro meses y no más. Desde hoy [Irisarri] es Director Supremo interino del Estado el que pudo y supo serlo de la revolución. Observemos, en los elogios que presta a los que acabaron su Gobierno, y veremos que devuelve con generosidad aquel oficito de gracias, que en igual caso regalaron al señor don Francisco [Antonio] Pérez, parientito del señor Terraza. Mientras ellos vivan no faltará quien los elogie: en la mutua correspondencia está la ventaja.

Marzo 8 de 1814. Gaínza mandó poner en remate nuestros equipajes, y dejó para cada uno de nosotros cinco camisas, una levita y un pantalón. Esta correspondencia es propia de españoles; así me pagaron el buen trato que recibieron los de la Thomas. No se portó mejor O’ Higgins, quien escogió en Penco, la parte de equipaje que no alcanzó a llevarse el enemigo, para depositarlo en la Tesorería [8] . Don Miguel Zañartu y Torres formaron el inventario, y con don Juan Luna no lo hicieron mal en el saqueo de los libros. Con ansia buscaban, en Concepción y en Chillán, las onzas que suponían llevábamos, pero nada encontraron los hambrientos. Mi sobrino, don Manuel Lastra, hizo reclamos a O’Higgins para que se le entregase cuanto nos pertenecía, y últimamente clamó porque se le entregase alguna ropa para vestirse, pues había quedado enteramente desnudo; a todo se negó, y sólo pudo disponer la que necesitó para sí. El Comandante de Penco robó, a vista de todos, lo que quiso.

Marzo 9 de 1814. El cura [José Ignacio] Cienfuegos, ex Vocal del Gobierno, recibe en decreto de este día un gran elogio del Supremo Director interino [Antonio José de Irisarri] y es nombrado Canónigo de la Catedral de Santiago.

[Un] Bando que se publicó ayer indultando a los desertores, manifiesta que es escandalosa la dirección en el día: todo es fruto de la

protección que dispensó el Gobierno de [José Miguel] Infante a los que, durante mi mando en el ejército, cometieron este delito.

[Se publicaron] Muchos decretos con el objeto de reprimir a los españoles europeos, que a la verdad estaban muy insolentados; es lo único bueno que ha hecho [Antonio José de] Irisarri en su vida.

Marzo 11 de 1814. En el Monitor [Araucano] de este día, publica el Supremo [Director] la muerte de [Carlos] Spano, de un modo falsísimo: no se copia aquí porque ya hemos visto una relación verídica, que únicamente conviene con la del Director, en la guarnición que defendió a Talca; por esto se confirma el delito de la Junta en haberse llevado cuarenta fusileros de escolta, dejando la plaza con veinte.

Marzo 12 de 1814. El Intendente que era de Santiago, con la misma representación y facultades de la Junta, don Joaquín Echeverría, es nombrado Intendente General del ejército por Irisarri.

Está ya en movimiento (dice el Director Irisarri) el cuerpo de reserva que debe obrar sobre Talca, al mando del Teniente Coronel de Artillería y Comandante de esta brigada, don Manuel Blanco Encalada. Dicho cuerpo se compone de 600 infantes, 70 artilleros, cuatro piezas de artillería con la dotación de 400 tiros cada una, y un cuerpo escogido de caballería a las órdenes de don José Antonio Mardones. La infantería va al mando del Teniente Coronel don Fernando Márquez de la Plata. Don Hipólito Villegas es nombrado Ministro Tesorero de Santiago. Comandante de Armas es ya don Santiago Carrera [9], y Jefe de Estado Mayor, don Marcos Balcarce; representante del pueblo en la revolución, don Mariano Vidal: ¿no hay más cuyanos que acomodar? Seguramente que son buenos sujetos.

Llegó ayer el Director Supremo del Estado, don Francisco [de la] Lastra, dejando el Gobierno de Valparaíso en manos del asesino don Francisco Formas. Trajo trescientos infantes y catorce cañones.

El Director interino es nombrado Comandante de los cívicos de Santiago. Juró, etc.

Marzo 14 de 1814. Se celebró junta plena de corporaciones para el recibimiento del Supremo Director, quien prestó el juramento de estilo. Nombró enseguida, por su Secretario de Gobierno a don José María Villarreal, de Guerra, a don Andrés Nicolás Orjera, y de Hacienda, a don Juan José Echeverría. Por previa moción del Senador [Camilo] Henríquez, se discutió acerca de la duración del mando del Director, y por las reflexiones de don Isidoro Errázuriz y don José María Rozas, se convino en que se formara un reglamento para el Directorio. Henríquez instó se nombrase de pronto una comisión para formar el reglamento; cada corporación nombró un individuo de este modo: Fray Camilo Henríquez, por el Senado, don Francisco Antonio Pérez, por la Audiencia [10] , don José María Rozas, por el Consulado, [Tribunal de] Minería y Cabildo, don Andrés Nicolás Orjera, por el cuerpo militar, y por los preladados regulares, don José Antonio Errázuriz, Canónigo de la Catedral de Santiago. Sigue la danza. Se declaró por distintivo del Director una banda roja cruzada. Por último, uno de los concurrentes recomendó el mérito de don Silvestre Lazo, y el Supremo lo nombró Secretario del Intendente de la provincia.

Marzo 15 de 1814. La comisión presentó el reglamento [documento N° 77], y el 17 fue aprobado por el [Director] Supremo, nombrando el Senado. Lo compusieron don José Antonio Errázuriz, don José Ignacio Cienfuegos, Fray Camilo Henríquez, y van tres eclesiásticos, don José Miguel Infante, don Manuel Salas, don Gabriel Tocornal y don Francisco Ramón Vicuña. Mientras se entronizaron nuestros enemigos, nos apretaban la mano en Chillán. El Coronel don José Ballesteros fue nombrado por Gaínza para que sirviese de Fiscal en la causa que se nos seguía como traidores al Rey. Luego que tomaron declaraciones a todos los prisioneros y a Luis [Carrera] su confesión, juntando a las peticiones que contra mí hicieron las familias de los que habían sido ejecutados o castigados de mi orden, las correspondencias que me habían interceptado, y el oficio original que pasé al Virrey de Lima, en 29 de agosto de 1812, formaron con estos documentos el proceso contra mí, y procedió a tomarme la confesión.

Fijó el Fiscal su atención en el contenido de mi correspondencia por las expresiones duras y sanguinarias que manifestaba en mi contestación a [Antonio] Pareja del 6 de mayo de 1813; en la que di a [Juan Francisco] Sánchez el 10 de agosto del mismo año; en el oficio a [al Virrey Fernando de] Abascal; en los diecinueve ahorcados en Concepción y en cuanto providencia había tomado con los enemigos de la causa de la libertad. A todo satisfice sin disculparme, y confesando que había obrado así porque era justo y necesario para sostener la libertad; siguió preguntándome el Fiscal ¿por qué me había perseguido tan tenazmente el Gobierno? Respondí que yo había desempeñado fielmente las comisiones que se me habían confiado, pero que componiéndose el Gobierno de individuos unidos a una facción que varias veces había empuñado puñales para asesinarlos, había encontrado, en los apuros de defender a Chile de los invasores, una ocasión favorable para destruirnos. Instó por averiguar las fuerzas con que podía contar el reino para su defensa, y me mantuve firme en cuanto sobre el particular había dicho a Gaínza. Acabada la confesión me hicieron que nombrase un defensor entre los oficiales de la guarnición y elegí al Capitán don Juan de Dios Campillo. Seis u ocho días empleó Ballesteros en esta confesión; se comportó durante ellos como un caballero, y me hizo ofertas que, si eran de corazón, no hay duda que era digno de no estar entre aquella canalla. Mi defensor tuvo que sentir por haberme mandado de obsequio un poco de dulce, algunos panecillos y unos frascos de aloja; y el oficial de guardia, que permitió entrasen esta ridícula expresión, estuvo arrestado y expuesto a perder su empleo. A este extremo llegaba la rigidez con que se nos trataba; una vez en la media noche y tres o cuatro en el día, se nos registraban los grillos por el Mayor General, por el oficial de guardia y un armero. Para abrir nuestros calabozos ponían la guardia en armas y calaban bayonetas asestándolas contra la puerta. La comida era registrada y [esto lo] presenciaba el oficial, un Sargento y un Cabo. Se fijó orden facultando al último soldado para avisar al General o tomar por sí providencias cuando el Comandante de la guardia se separase de las instrucciones comunicadas en ella.

Marzo 20 de 1814. Oímos en nuestra prisión un fuego vivísimo, que aunque ignorábamos dónde fuese, suponíamos era en ataque con los nuestros; duró hasta la noche, en la que sentimos gran conmoción en

la guarnición. Se destinaron muchas patrullas a contener desertores del ejército que, en partidas y desarmados, entraban en la plaza a la media noche. Por la conversación de la guardia, que relataba la acción sucedida durante la tarde en el Membrillar, no había duda de la victoria que obtuvo la división nuestra, y si la hubiesen sabido aprovechar, ciertamente que ellos solos habrían salvado a Chile [11] . Mi Asistente José Conde me ha contado después el miserable estado a que se vio reducido Gaínza, y que en toda la noche no alcanzaron a ver reunidos doce hombres. Gaínza al día siguiente, a las 10 de la mañana, no sabía de su división, y se retiró a Cuchacucha donde dijo los esperaba. La carta N° 78 que escribió [Juan] Mackenna a O' Higgins, da idea de esta acción.

Ayer empeñó el General en Jefe la [acción] que consta de su oficio N° 79, pasado a la Junta de comisión que dejó en Concepción a su salida. Es solamente extraño que pretenda hacer subir la división atacada a 500 hombres, siendo constante que no tenía más que la mitad. Muchas victorias se proporcionaban pero ninguna se aprovechaba, porque el señor don Bernardo [O'Higgins] y otros, se distraían demasiado.

Marzo 21 de 1814. Gaínza reunió en Cuchacucha ([a] una legua del Membrillar) poco más de 500 hombres. La milicia de caballería de la campaña robó el campamento durante la acción de ayer y se desertó casi toda, dejando a los veteranos llenos de furor porque les llevaban hasta las mochilas y los dejaban desnudos, mojados y apaleados. A las dos de la tarde emprendió su marcha para Chillán el pobre Gaínza, bastante desengañado de su poder; durmió a la vista de la ciudad.

Marzo 22 de 1814. Gaínza entró en Chillán, encubriendo su descalabro cuanto le fue posible. En la noche llegó el Capitán don Venancio Escanilla, Ayudante del General O'Higgins, con oficio de éste preguntando en él si era cierto que estaban con grillos los oficiales prisioneros. Gaínza contestó con toda la falsedad de su carácter, asegurándole que no había tal y que sabía el modo como se trataban [trataba a] los oficiales prisioneros. Quedó muy satisfecho O' Higgins, a pesar [de] que todos los soldados pasados y prisioneros juraban y afirmaban que estábamos cargados de grillos. Como no los sufría el majadero, creyó con facilidad.

Marzo 23 de 1814. En la tarde me visitó [visitaron] el Secretario Fray Juan Almirall y el Ayudante Tavira. No me causó admiración esta visita porque conocí el objeto a que se dirigía. El padre procuró endulzar mis trabajos con expresiones lisonjeras, atribuyendo mis grillos y la demasiada estrictez de [José] Berganza, a que era un mal educado y un bárbaro.

No con mucho rodeo cayeron sobre la conversación que deseaban; me preguntaron qué juzgaba del movimiento que se observaba en el ejército restaurador; díjeles que, ignorando el resultado de la acción, que sabía había sucedido, no podía calcular. Les persuadí a creer que O'Higgins no abandonaría la provincia de Concepción de ningún modo y que, después de haber obtenido ventajas sobre el ejército real, era muy puesto en orden que, reuniendo todas sus fuerzas, sitiase a Chillán. Se retiraron mis dos examinadores no muy contentos aunque aparentando confianza.

Marzo 24 de 1814. El ejército restaurador se movió del Membrillar sobre Talca y Gaínza hizo lo mismo por el camino de San Carlos. Los movimientos de ambas fuerzas se ven en el diario de la división auxiliadora, por lo que sería inútil repetirlos.

Marzo 25 de 1814. Este día estaba ya sobre las Quechereguas el cuerpo de reserva, a las órdenes de [Manuel] Blanco [Encalada] (dista catorce leguas de Talca). Las operaciones militares de esta brillante división, que debió haber dado muchas glorias a Chile, están detalladas en el diario N° 80. No muchos días después de la salida de Gaínza, me llevó el Mayor General de la división de Chillán, don N. Carvallo, el regalo de otro par de grillos más pesados que los que tenía puestos. Diciéndole yo que si no había modo mejor de quitar la vida, contestó que era mandado; lo mismo hicieron con Luis [Carrera] a pretexto (según supe después) de ser necesario para asegurar nuestras personas. El pícaro de Berganza quería acabarnos al rigor de las prisiones.

A las pocas horas de habernos puesto la segunda barra de grillos, como a las doce de la noche, llegó para aumentar nuestra

desesperación la infausta noticia de haber sido derrotada la división de reserva por una pequeña fuerza a las órdenes de Olate, Coronel del ejército realista. Salvas de artillería, repiques y vivas al Rey anunciaron esta nueva desgracia, tanto más satisfactoria para los piratas, porque creían que, correspondiendo al buen éxito sobre el todo del ejército restaurador [12], bastaban 400 hombres para acabarlo, puesto que 200 habían destruido [a] más de 1.000.

Ya perdíamos toda esperanza de libertad, y se nos insinuó que muy pronto seríamos remitidos a Lima. El Ayudante Tavira salió para aquel destino con pliegos de Gaínza, anunciando triunfo, que probaba en haber avanzado a Talca; no dejaba de temer los ulteriores progresos del ejército restaurador, pero él era demasiado advertido para aprovecharse, con esta sorpresa, del grado de Mariscal de Campo [13].

La retirada de O'Higgins a las Quechereguas, dejando la Concepción con escasa guarnición, a 100 leguas de distancia, y con fuerzas enemigas intermedias, me hizo sentir su pérdida antes de suceder. Cuando O'Higgins vio que debía abandonar la provincia, por necesidad o capricho, ¿qué se figuraría en su cabeza que adelantaba con deshacerse de hombres aguerridos para dejarlos guarneciendo una ciudad pobre, sin víveres, sin armamento y sin cosa alguna que pudiese interesarle? Todo lo atribuyo a precisión de nuestro desgraciado destino. Es constante, y a nadie se oculta, que unida al ejército aquella valiente y entusiasta división, el enemigo habría sido destrozado en todas partes, al momento de alcanzarlo. Concepción fue rendida el 17 de abril, en los términos que se ve en el diario de aquella ciudad, desde el 4 de marzo. Nuevos repiques, salvas y vivas al Rey, anunciaron en Chillán el nuevo triunfo. Según veía las cosas, no dudaba que, en poco tiempo más se aparecería O'Higgins y todo el ejército restaurador, prisionero; lo menos que esperábamos era morir ahorcados en la plaza, y según supe después de las capitulaciones, no se nos habría remitido a Lima para hacer un escarmiento imponente, para el caso que hubiesen prosperado y triunfado las armas del Rey; no he podido hasta hoy satisfacer la curiosidad que me causó ver en la causa que me siguieron el oficio original que pasé al Virrey en 1812.

Para mí, las órdenes que trajo Gaínza fue [fueron] de horca, y no lo ejecutó de [por] miedo.

Abril 14 de 1814. [Juan] Mackenna escribe y dice a O'Higgins, que Juan José Carrera había desafiado a [Francisco de la] Lastra, porque no había mostrado interés en el canje de sus hermanos.

Lastra hizo, por esta causa, poner cañones en la plaza e iluminar la ciudad por algunas noches [14] . Salieron partidas de tropas a apresar a Carrera, y como no pudieron conseguirlo, se valió el Director de mi padre [15] para que lo obligue a pasar a Mendoza, lo que verificó don Juan inmediatamente.

Abril 16 de 1814. En carta que de [desde] Santiago escribe [Juan] Mackenna a O'Higgins, habla contra el Comandante interino de Granaderos, don Enrique Campino, tratándolo de insolente e ingrato. Recomienda para Comandante a don Rafael Bascuñán.

El Director Lastra oficia a O'Higgins, admirando su paciencia y mansedumbre en tolerar a don Marcos Balcarce y al Comandante Campino. El primero trató de retirarse con los auxiliares de Buenos Aires, dejando [a] nuestro ejército al frente del enemigo, y el segundo cometió todos los excesos que manifiesta el parte de O'Higgins a Lastra, [documento N° 82]. Balcarce obtuvo permiso para retirarse solo, dejando el mando de los auxiliares a su Sargento Mayor don Juan Gregorio Las Heras, y lo verificó muy de prisa hasta Mendoza. Campino fue juzgado en un consejo de guerra y remitido a un castillo por seis meses. Lastra aconsejaba a O'Higgins que en tales casos no se detuviese en el último castigo, hasta en los jefes de mayor graduación; el oficio tiene la calidad de reservado.

Abril 19 de 1814. Carta de [Juan] Mackenna a O'Higgins anuncia la llegada del Comodoro inglés [James] Hilliar y dice que las primeras proposiciones que hizo a nombre del Virrey fueron inadmisibles; pero que en vista [de] que el ejército restaurador estaba en caso de dar y no recibir la ley, había admitido otras a nombre del mismo Virrey, de quien traía poderes para ello. La base del tratado era que Gaínza y sus tropas evacuaran el reino, 2ª, que el Gobierno, en cuanto a su poder y

facultades, se pondría bajo el pie que estaba cuando fue reconocido por la Regencia, nombrando diputados que fuesen a España a componer las diferencias. Seguía su cartita Mackenna así: “Refuerzo viene a Lima. España está libre de los franceses, como también la Holanda, y Bonaparte, derrotado, está ceñido a la antigua Francia. Amigo, es preciso obrar según las circunstancias, y mayormente en vista de la ninguna protección que nos dispensa la Inglaterra; todo es preciso reservarlo y sólo decir al ejército que el inglés de quien se ha valido el Virrey nos ruega a su nombre con la paz”.

Abril 20 de 1814. El Director [Lastra] dice a O’Higgins [que] no le parece a propósito Bascuñán para Comandante de Granaderos. Le pide destruya el cuerpo y embeba [distribuya] la tropa en todo el ejército.

Con fecha de ayer 19 oficia el Director, unido al Senado, a O’Higgins, en los términos que manifiesta el [documento N° 83]. No hacía mucho tiempo que los Carreras eran tenidos por sarracenos, y en esta ocasión se disculpan con nosotros por los pasos que habíamos dado hacia la libertad e independencia de Chile.

O’Higgins y [Juan] Mackenna son agraciados con los despachos de brigadieres.

Abril 28 de 1814. Salió el ejército de Quechereguas, con ánimo de empezar las hostilidades.

Abril 29 de 1814. Estuvo [el ejército] en los montes de Guajardo.

Abril 30 de 1814. Se puso [el ejército] sobre Pelarco, a unas cinco leguas de Talca.

Mayo 5 de 1814. El Supremo Director convocó a su sala de despacho al Senado [16] , e hizo leer a su presencia los pliegos de [los] tratados hechos a consecuencia del acuerdo del 19 del anterior, por el General del ejército realista, don Gabino Gaínza, y el General en Jefe del de Chile, don Bernardo O’Higgins, y Cuartel Maestre Brigadier don Juan Mackenna, plenipotenciarios nombrados para este efecto en dicho acuerdo, y el contexto de aquellos pliegos es el que se señala con el

[documento N° 85]. En el mismo número está la ratificación del Gobierno y la aprobación de Gaínza.

Gaínza en carta de este día, dice a O'Higgins, vamos a hablar y a entendernos reservadamente para que todo se allane [17] . Se niega a dar en [como] rehenes a Pinal y a Montoya, ofreciendo que escogiesen entre Lantaño, Olate, Díaz, Vargas y Hurtado. Cinco preciosos bultos de los que el que no era traidor a su patria, le servía de embarazo a Gaínza. Véanse su carta señalada con el [documento N° 86] y la contestación de O'Higgins, entregándose a su buena fe y dejando la elección de los rehenes a su arbitrio.

Se queja Gaínza a O'Higgins por el abandono en que lo habían dejado todos desde el día en que se anunció su retirada a Talca [18] . Véase su carta [documento N° 87].

Si no me engaño, la carta de Lastra a O'Higgins, [documento N° 88], que tiene la calidad de reservada, contiene la orden de asesinarlos a los dos hermanos presos en Chillán.

O'Higgins, que no estaba distante de arruinar a los que le habían sido fieles amigos, y a los que le dieron más crédito del que merecía, ofició a Lastra como consta del [documento N° 89].

Mayo 10 de 1814. A las siete de la mañana mandó el Gobernador a Chillán a don Luis Urrejola [para] que se nos quitasen los grillos, y nos manifestó una orden de Gaínza para que continuásemos arrestados para ser conducidos a Talcahuano [19] . Todos los demás prisioneros fueron puestos en libertad, y se publicaron las capitulaciones. Los prisioneros, los vecinos de Chillán y muchos oficiales del ejército real, pasaron a visitarnos. Entre éstos se presentó un italiano, a quien persuadí para que convenciese a Urrejola de que debía dejarnos salir a casa de la intendenta, bajo nuestra palabra de honor.

No tardó el italiano en conseguir lo que pidió. Una orden por escrito de Urrejola nos dio puerta franca, y la guardia quedó para cuidar nuestros aposentos. Más de 300 de los soldados prisioneros del ejército restaurador salieron de la cárcel de Chillán, desnudos y sin un

real para comer; aquel Gobernador no quiso socorrerlos; nuestros plenipotenciarios O'Higgins y [Juan] Mackenna no se acordaron de tantos beneméritos de la patria, que sabían estaban reducidos a toda clase de necesidad. Algunos oficiales prisioneros, contenidos [individualizados] en el [documento N° 90], salieron para Talca en este mismo día; yo y mi hermano pasamos casi toda la noche en casa de la intendenta. Es imponderable lo que debí durante mi prisión a esta buena señora y a su generosa hija. Nos auxilió con dinero, con ropa y cooperó en gran parte a nuestra libertad, de lo que trataba aún antes de la capitulación.

Mayo 11 de 1814. Mi defensor, don Juan de Dios Campillo, me prestó 50 pesos y el patriota don Salvador Contreras, 200 pesos. Junté 500 pesos, y con este dinero me resolví a reunir todos los soldados prisioneros para mandarlos a Talca, a las órdenes de oficiales que los socorriesen y protegiesen, evitando de este modo los excesos que hubieran cometido si hubiesen verificado su camino solos y sin diarios. Los entregué por lista al Teniente de Dragones don Judas Contreras, dándole por su segundo al Sargento Jacotar y les mandé que los socorriesen con dos pesos a cada uno, haciéndolos caminar rápidamente hasta ponerlos a las órdenes de O'Higgins. Causó recelos al Gobernador esta conducta, y en la noche puso sobre las armas [a] la guarnición. El Subdelegado, don José María Arriagada, hizo cuanto pudo para que nos apresasen otra vez, pero la intendenta lo estorbó. Esta me proporcionó [facilitó] que hablase con el Auditor de Guerra don José Antonio Rodríguez [Aldea], quien me dijo que, si no lográbamos escapar, seríamos remitidos a Lima, y que viese [cuidase] de no pasar por Talca porque peligraban nuestras vidas; me contó cuanto había oído en mi contra durante las capitulaciones, y añadió que [Juan] Mackenna era el peor. Tal relación me decidió que fuésemos, para lo que don José Riquelme, marido de doña Dolores Lantaño, fue advertido de aprontar caballos y mozos para el día siguiente.

El Director [Lastra] veía ya el desagrado que causaban las capitulaciones, y, por choques escandalosos de los patriotas con los realistas que sucedieron en la capital, se vio en la necesidad de publicar el bando N° 91. En la retreta hubo un tumulto y se batieron

algunos a palos. Unos victoreaban al Rey, otros, a la patria. Lastra vivía contento y no pensaba más que en disfrutar el empleo y lucir la banda.

El Director mandó por su decreto de este día, [documento N° 92], quitar la escarapela tricolor y reponer la encarnada. No se acordaba este miserable que, siendo Gobernador de Valparaíso, cuando recibió la noticia de la victoria de San Carlos, mandó arrastrar a su antojo la bandera real, sustituyendo la tricolor. El Gobierno, en tiempo de mi mando, cambió la escarapela; pero el de [José Miguel] Infante fue el que mandó la bandera [20] como lo manifiesta su decreto de 13 de junio de 1813, publicado en el Monitor [Araucano] del 15. Algunos días antes mandó él [Lastra] arrastrar la bandera del castillo de Valparaíso, él que me dice arbitrario y autor de la guerra.

Para descuidar al Gobernador, y para escapar con más facilidad en la noche, fuimos a visitarlo como a los demás jefes; esta atención los obligó a disimular el que hubiésemos adelantado nuestra libertad más de lo que se nos permitía. En la tarde salimos a visitar, con permiso del Mayor General, a doña Mercedes Mardones, de [desde] cuya casa se nos asistió, [durante] parte de nuestra [permanencia en] prisión. Con esta proporción nos pasamos a casa de Riquelme, de [desde] la que, estando todo dispuesto, nos escapamos a las ocho de la noche, mediante la buena diversión que hizo al Mayor General la señora intendenta, quien me proporcionó un par de pistolas. Presenciaron nuestra fuga porción de patriotas que se reunieron en casa de Riquelme, para figurar una diversión o baile, a fin de hacer más segura la salida. A las ocho de la noche montamos a caballo, acompañados del Teniente don Manuel Jordán, del Sargento de Dragones, Pedro López, de un soldado artillero y de un huaso para guiarnos. La noche era oscura y lluviosa; perdimos muy luego el camino y nos costó bastante encontrar el vado del [río] Ñuble, por donde pasamos. A poco andar, el ruido de unos arrieros que cuidaban sus mulas, obligaron [impulsó] a arrancar al guía que creyó era el enemigo; nos dejó aquel maldito huaso perdidos y sin saber por dónde podíamos seguir para siquiera alejarnos de peligros. Una vieja nos mostró donde podíamos encontrar quien nos guiase. Sacamos de allí [a] un muchacho que nos condujo a Panguilemu, hacienda de don Pedro Benavente.

Capítulo IX

13 de Mayo de 1814 - 22 de Julio de 1814

IX. Reencuentro con el ejército. Apreciaciones políticas. Diversas opiniones y diferencias con el gobierno de Francisco de la Lastra. Preparativos del tercer golpe de Estado.

Mayo 13 de 1814. Al amanecer pasamos a Coronci, y el mayordomo nos dio para [como] guía [a] un famoso ladrón, a quién por sobrenombre llamaban Chingue. Ofrecimos a éste 100 pesos porque [para que] nos pusiese en Talca por los caminos más ocultos; lo ejecutó muy a nuestra satisfacción.

Gáinza ofició a O'Higgins, avisándole [de] nuestra fuga. Véase el [documento N° 93]. Dentro de este oficio le escribió una esquelita que se copia a continuación; es muy graciosa y reducida a arrancarle una proclama para publicarla en la provincia de Concepción. Veía el muy pillo que aquellos pueblos, creídos en las capitulaciones, procuraban acreditarse con los patriotas y que a él lo abandonaban y vendían. No era tiempo de declararles que no habían de cumplirse los tratados; a no contenerlos de algún modo, podían muy bien haberlo obligado a reembarcarse, y hasta las mismas tropas oficiales no distaban de separárseles. ¿Qué mejor arbitrio ni más sabio pudo haber probado Gáinza? O'Higgins proclamó a los pueblos, y las cosas cambiaron de aspecto. No es extraño en O'Higgins este procedimiento, cuando tuvo decisión para [de]volver a Gáinza algunos soldados que del ejército real se pasaron al nuestro. Si O'Higgins no procede tan bestialmente, pudo haber acabado de todos modos a Gáinza, y amarrarlo por sus mismos oficiales y tropa [1] .

Con fecha de ayer escribió, desde Longaví, Gáinza a O'Higgins dándole las gracias por unas mulas que le mandó de auxilio con el

Alfárez Silva. Recomienda también a Mariano Ginorés, español europeo, para que siguiese en su empleo de carcelero en Talca.

Dormimos en un cerro boscoso para descansar los caballos.

Mayo 14 de 1814. Llegamos a Talca a las ocho de la noche; nos presentamos a O'Higgins, que no se sorprendió poco. Un estrecho abrazo fue su mayor expresión, pero su semblante decía su pecado. Todos los oficiales que le acompañaban procuraban halagarnos, y casi todos de buena gana. Cuando nos despedimos, se empeñó fuertemente en que nos alojásemos en su casa, y como conociese la intención con que lo hacía, accedí para no tenerlo cuidadoso.

A poco rato empezaron los secretos, y los señores Urizar, Vega y Valdés se presentaron ocultamente a O'Higgins para que se nos pusiese presos y remitiese escoltados a Santiago. O'Higgins lo deseaba más que ellos, pero nos escudaba nuestra inocencia y nuestros sacrificios por la libertad; temió el ingrato insultarnos a la presencia de un ejército cuya mayor parte era adicta a la justicia.

Mayo 15 de 1814. No me había levantado de la cama cuando se presentó el Mayor General, don Francisco Calderón, a pedirnos amistosamente que no saliese [saliésemos] a la calle porque la oficialidad estaba incómoda y recelosa; contesté que no saldría si me sujetaban con bayonetas. A presencia del Capitán don Nicolás García y de otros varios oficiales que nos visitaron, me quejé altamente de la conducta de mis paisanos, haciendo una corta relación de nuestros sacrificios y la infamia con que nos correspondían. Protesté que cuanto había dicho a O'Higgins en Concepción la noche [en] que seis tunantes fingieron representación del pueblo, lo repetía en aquel momento y que no tenía dificultad de gritarlo en la plaza. Luego que me levanté me dijo O'Higgins: “Deba a usted, mi amigo, entre tantos favores que me ha dispensado, el de no salir usted ni su hermano a la calle; los oficiales enemigos de usted pueden cometer algún atentado, porque con la venida de ustedes están medio locos”. Le respondí: “Amigo, no haré jamás favores que me degraden; si me mantengo en casa de usted crearán, con justicia, que tengo motivos para ocultarme, y mis amigos extrañarán que no los visite. Si es indispensable mi

sujeción, sea por un arresto o por las bayonetas: los oficiales enemigos que quieran ofendernos corren de cuenta nuestra”. O’Higgins se calló y después de comer nos fuimos a visitar a nuestros amigos. Estando en casa de los Serranos supimos que las tropas estaban sobre las armas por recelo a nosotros, y que desde la mañana se había ordenado a los oficiales que no saliesen de sus cuarteles, para impedir de este modo que nos visitasen los amigos. Inmediatamente fue Luis [Carrera] a [reunirse con] O’Higgins, ofreciéndose y ofreciéndome a sus órdenes si, como era de creer, había peligro de enemigos. Contestó lleno de rubor que no era cosa de cuidado.

¡Qué tímido es el delincuente!

Mayo 16 de 1814. Tuve con O’Higgins algunas conversaciones que me dieron mucha más idea que la que tenía de su mal carácter. Le rogué por último favor, favor que recompensaría cuantos yo pudiese haberle hecho y hacerle, que le pidiese a Gaínza la causa que me habían seguido en Chillán, y la remitiese al Director [Lastra]; me ofreció por su honor hacerlo así. El interés que yo tenía en que llegase a manos del Director la causa no era infundado. Ella manifestaba los documentos que Sánchez dijo al Gobierno en noviembre de 1813 tenía en su poder y que contenían planes para entregar el reino a los franceses; daba a conocer que la cercanía de mi muerte no me había hecho degradar mi carácter, ni mi empleo; que había sostenido con honor cuanto dije a los jefes enemigos en defensa de mi patria, en las diferentes sesiones y correspondencias que se ofrecieron durante mi mando, y cuando tenía las bayonetas. Últimamente, en la confesión de que debía resultar mi muerte dije, clara y enérgicamente, que había trabajado por mi voluntad para sostener una causa justa. Siento no poder presentar aquella causa, pero desafío a Gaínza y a todo el ejército real de Chile para que digan si faltó en lo menor, y si no me oyeron varios jefes realistas, entre ellos don Luis Urrejola y don N. Carvalho, sostener en mi prisión, con descaro y constancia, lo que había hecho en tiempos de prosperidad. O’Higgins, que no ignoraba estas verdades por relación de Gaínza, no quiso pedir la causa, por no proporcionarme tan honroso documento. He traído a la memoria este acontecimiento porque algunos perversos corrieron la voz de que en mi prisión había jurado la ruina de Chile. Don Pedro María Trujillo y

López, sobrino de don Antonio Alcázar, oyeron en el cuarto de mi prisión el día de su libertad, que dije a [una] porción de oficiales del ejército realista que proclamaban la unión y eterna amistad: “Donde existan vasallos de Fernando [VII] y defensores de los españoles, allí emplearemos nuestras espadas; nuestro odio a esas fieras es eterno”.

Salimos para Santiago en la tarde; no pude conseguir que O’Higgins me prestase un par de pistolas que le pedí, porque en el camino habían [sic] oficiales de los que en otra vez quisieron asesinarlos; pero me dio dos Dragones armados para que nos acompañasen. El Alférez de Dragones don Atanasio Yáñez fue comisionado para seguir nuestros pasos con disimulo. Dormimos en las Quechereguas, donde se hallaba la división que mandaba don Santiago Carrera; nos recibió este jefe atentamente, y el Comandante Cotapos y el oficial don N. Mena procuraron obsequiarnos. Muñoz Bezanilla, Pérez y los dos Huici, que eran oficiales de la división, procuraron ocultarse en los cuartos interiores; al acostarme no dejé de acordarme de lo que eran capaces de hacer y dispuse mis pistolas.

Mayo 17 de 1814. Pasamos la noche en San Fernando, en casa de don Rafael Muñoz, quien, inalterable en su amistad, nos obsequió con todo interés.

Mayo 18 de 1814. Leímos algunas cartas de nuestra casa que conducía Araos a Chillán. Dormimos en Mostazal.

Mayo 19 de 1814. Llegamos a nuestra hacienda ([distante] doce leguas de Santiago), tuvimos el pesar de encontrar a nuestro padre convaleciente de una grave enfermedad, y a nuestra hermana [Javier] agonizante.

Enterado ya de las intenciones de nuestros enemigos no dudé que me darían que hacer. Oficié al Director [Lastra], avisándole que habíamos llegado, y que no nos presentábamos porque estábamos enteramente desnudos, pero que lo verificaríamos luego que se nos hiciese alguna ropa. En carta separada y amistosa le pedí que contuviese la persecución mientras se mejoraba mi hermana.

Mayo 20 de 1814. Contestó el Supremo Director [mediante] la carta N° 94 y aunque en ella dice que contestaba el oficio, por su Secretario, no llegó tal respuesta.

Se me olvidaba que cuando llegamos a Curicó, supe por don José Antonio Mardones, que O'Higgins anticipaba un correo al Director, avisándole que íbamos en camino para que nos asegurasen. Procuramos por esta causa abreviar el camino todo lo posible. El Director, con fecha del 18 dirigió a O'Higgins el oficio reservado N° 95. Comprueba este documento mis sospechas por la carta del 9 de este mes.

La nueva persecución que se nos esperaba era más terrible que la del mismo Gáinza. Me informaron con datos positivos de que Hillyard había sido hablado por el Director, para conducirnos como reos y entregarnos al Embajador español en el [Río de] Janeiro. Hillyard dijo que franquearía gustoso su buque para nosotros si voluntariamente queríamos admitirlo. Para que no distase yo en creer que eran tales las intenciones del Director, me mandó un amigo el Monitor [Araucano] del 6 de este mes; es todo él un manifiesto de don José Bernardo Gutiérrez, Comandante en jefe del ejército del norte de México, a los amigos de la causa patriótica y hombres libres de todas las naciones. Relata los grandes sucesos de sus armas, y seguramente es capaz de entusiasmar al más indolente. El redactor de el Monitor [Araucano], Fray Camilo Henríquez, uno de los miembros del Senado chileno, estampó en su periódico el discurso siguiente: “Según las noticias contenidas en el precedente papel de México, y otras que tenemos, la revolución sigue allí con suceso vario, y apenas hay esperanzas que cese[n] la efusión de sangre y la devastación del país hasta que el Gobierno de España y revolucionarios de México animados de miras más pacíficas entren en tratados conciliatorios. Es de esperar que la próxima restitución del Rey a su trono, las ideas liberales que por todas partes respira la monarquía española, y, en fin, los gravísimos sucesos de Europa, que publicaré cuando haya oportunidad, restauren el orden y la paz en aquella región deliciosa. Entre tanto, Chile, protegido por la Providencia y dirigido por superior prudencia y moderación, está a cubierto de futuras calamidades”.

¿Quién, en vista de estas reflexiones, manifestadas en un papel ministerial y dictadas por un Senador, podría dudar por un momento de que el Gobierno era uno con Fernando [VII]? Cayito [2] y Terraza [3] se habían olvidado del lenguaje del Semanario [Republicano], y habían descubierto otro enteramente nuevo. Se irritaron tanto los buenos patriotas por estas reflexiones, que tomaron porción de los Monitores, y por sus manos los quemaron al pie de la horca.

Mayo 21 de 1814. Al amanecer nos avisaron que estaba a la vista y que avanzaba a toda prisa, una partida de fusileros; bastaba para saber que era para asegurarnos, y ejecutar en nuestras personas la orden de la carta de O'Higgins o para embarcarnos en cualquier buque. Huímos y nos escondimos en un monte inmediato en donde esperamos que los criados nos llevasen los caballos. Don Miguel Ureta nos llevó recado de don Pablo Vargas, quien quería hablar con nosotros para entregarnos un oficio del Director [Lastra]; le contestamos que fuese solo, y lo esperaríamos. Como Vargas, por esta contestación, comprendió que no estábamos distantes, mandó avanzar [a] su gente para rodear las casas; pero todo fue inútil, porque quitando nosotros los caballos a unos leñateros, nos pasamos a los montes de la hacienda de los Uretas. Vargas era aquel oficial chilote que tuvo parte en las revoluciones de Concepción, y el mismo a quien O'Higgins mandó arrestado a la capital con el honroso oficio N° 81. Corrió durante cuatro días las casas de campo de todos mis parientes y amigos, y apresaba, quitaba caballos e insultaba a quien quería, y provocaba nuestra paciencia hasta el extremo. No era esta la primera visita que hacían a nuestras casas las tropas del Gobierno; antes que llegásemos de Chillán habían sido continuas, y no menos las prisiones de criados, etc., etc. Al Cónsul Poinsett lo quisieron prender estando en San Miguel, y de allí verificó su viaje a Mendoza por caminos ocultos.

Pasamos la noche en lo de Ureta, y Vargas se alojó en nuestra hacienda. Mi padre aprontaba todo lo necesario para que hiciésemos viaje a Mendoza.

Mayo 22 de 1814. En la noche nos acercamos a nuestra casa, para sacar lo que nos era preciso, y dormimos en el bosque.

Mayo 23 de 1814. Volvió la partida a buscarnos, pero sin provecho hacía el pobre [Vargas] sus viajecitos. Todos los vivientes de aquella campaña nos amaban y velaban por nuestra seguridad.

Determinamos emprender aquella noche nuestro viaje a Mendoza, y lo verificamos por el camino de Melipilla para pasar la cordillera por el [paso del] Planchón.

Escribí varias cartas despidiéndome de los amigos, y entre ellas, una a O'Higgins, pidiéndole no se olvidase de pedir a Gaínza mi causa.

Mayo 24 de 1814. Amanecemos al otro lado del río Maipú [Maipo], en la hacienda de Chocalán. Cerca de[l] amanecer llegamos a la hacienda de Valdebenito ([distante] veinticinco leguas de San Miguel). El día fue muy lluvioso.

Mayo 25 de 1814. A las doce del día seguimos el camino, y dormimos en la hacienda de Cocalán en casa de un inquilino. Día de lluvia.

Mayo 26 de 1814. Llegamos a la hacienda de don Bernardo Cuevas (veintitrés leguas de [desde la hacienda de] Valdebenito). Día de fuerte lluvia. Hice un correo a Santiago con cartas para don Manuel Muñoz Urzúa, quien nos mandó dos baulitos con alguna ropa para pasar la cordillera. La gran nevada de todos aquellos días cerró los pasos de la cordillera, y no era posible pasarla. Nos manteníamos por los montes y pasamos unos días sobresaltados y penosos. Apareció un bando del Director [Lastra] para que se nos entregase bajo gravísimas penas; se nos trataba como a enemigos de la patria, y manifestaban en él, nuestros enemigos, todo el veneno de sus almas. Ya nos comprometían a trabajar por asegurar nuestras vidas, y, si hablo verdad, por salvar [a] la patria.

Mayo 30 de 1814. [Antonio José de] Irisarri, en carta amistosa, satisface a O'Higgins por no haber colocado aún al español europeo don Juan Noya, respecto a que sólo se contentaba con la administración de tabaco o iguales empleos. Noya amenazaba al señor Intendente y a Lastra con pedir su pasaporte, y ambos lo detenían y ofrecían colocación. En la misma carta habla extensamente sobre

establecer un Gobierno legítimo, para lo que explica el modo como debe elegirse. Me parece conveniente copiar esta carta en el [documento N° 96], para cuando se trate de elegir un Gobierno legítimo y de mandar diputados a España.

Mayo 31 de 1814. [Francisco de la] Lastra temió que nuestro viaje al [paso del] Planchón fuese al [fuese para reunirnos con el] ejército, y lo avisó a O'Higgins con precisión. No sé a qué carta de O'Higgins se refería Lastra que concluía la suya así: "Me ha causado asombro el proceder del jefe de la tercera división, don Santiago Carrera. Conozco muy bien que los genios revoltosos, que residen aquí, se han valido de su carácter y credulidad, escribiéndole precisamente un tropel de mentiras, para ver si por medio de esto consiguen llevar adelante sus perversas intenciones y sus miras diabólicas. Cada día los hombres de bien están más contentos de la paz celebrada, y sólo los espíritus inquietos de uno y otro partido se resienten de ella, porque los unos fundan sus esperanzas en la revolución, y los otros quisieran degollarnos y sacrificarnos". El sentido de esto es muy claro para los chilenos. Si los dos partidos eran malos para Lastra, el partido medio, que él dirigía, se componía de realistas.

El aviso de Lastra a O'Higgins, de que nos dirigíamos al ejército, fue bastante para que el muy infame publicase en las villas de Rancagua, San Fernando, Curicó y en Talca un bando el más temible y falso que se podía fraguar. O'Higgins ofrecía premios al que [a quien] nos entregase, muertos o vivos, y castigos imponentes al que nos ocultase. Fundaba esta persecución en que éramos traidores a la patria, y para irritar a los pueblos contra nosotros, decía, en el mismo bando, que era tan sangrienta la revolución que habíamos acordado, que, horrorizado nuestro mismo padre [4], nos había delatado al Gobierno. Mi padre, poco menos que desesperado, no cesó hasta que pudo tener en sus manos uno de los bandos originales, para publicar un manifiesto contra el impostor e inicuo O'Higgins; no tuvo al fin efecto porque faltó tiempo y lo impidieron las circunstancias, pero no hay ningún chileno a quien no le conste que O'Higgins hizo publicar el bando, y que ni habíamos intentado tal revolución sangrienta, ni mi honrado padre nos delató. Muy claramente lo prueban los hechos que referiré posteriormente.

Junio 2 de 1814. [Juan] Mackenna dice en carta particular a O' Higgins: "Los dichosos Carreras parece que se dirigían al ejército, en vista de no tener ningún partido en la ciudad. Cuidado, cuidado con esos intrigantes que están llegando de Concepción, mandadlos por acá", etc., etc., etc. Dejando a Luis [Carrera] en Parral, pasé a Santiago (veintiocho leguas). Cuando volví a la hacienda de Jara, al poco rato llegó Luis en mi busca. En la noche pasamos a San Miguel.

Algunos patriotas me visitaron, y todos clamaban porque se separase al Gobierno, porque precisamente conducía al país a su ruina. La persecución a nosotros era empeñosa y no debíamos contar nuestras cabezas seguras, desde el momento que fuésemos presos por el Gobierno y su facción. Me resolví a acabar con la arbitrariedad de unos hombres que no tenían otra representación que la que les daban las bayonetas; y que, conocidamente, entregaban a Chile al sacrificio. Los amigos de Concepción, tan conocedores como yo del lamentable estado a que nos reducían la ambición y la ignorancia, se decidieron conmigo a la empresa.

Mandé a Santiago un mozo con cartas para algunos sujetos, y a examinar el estado de aquel pueblo para pasar a él. El mozo, que se llamaba Francisco Urbina, fue sorprendido por una partida y conducido a presencia del Gobierno y del Director.

Nada confesó Urbina y le pusieron, en el momento, grillos y esposas. Tomó Urbina el partido de confesar dónde me hallaba porque sabía que no me habían de tomar. [Antonio José de] Irisarri, que creía por su corazón que todos eran fácilmente ganados por el dinero, celebró la oportunidad de granjearse la voluntad de Urbina por la oferta de 500 a 1.000 pesos que le prometió entregar si hacía de modo que me pudiesen agarrar.

[El Director] Lastra sacó seis onzas que dijo serían de yapa. Acordaron que el mejor modo para asegurarme era poner a Urbina en libertad para que me citase, a nombre de mi padre, para hablarme en las carretas de la Cañada, y desde el momento pusieron el plan en ejecución, y a Urbina libre a pretexto que nada habían descubierto.

Estaba yo cenando en compañía de mi padre, en la hacienda del Bajo, que había salido aquella noche de Santiago, cuando llegó don Servando Jordán a avisarme todo lo ocurrido; me fui a dormir al campo para no ser sorprendido. Al día siguiente llegó Urbina y me hizo una relación. Para no comprometer a Urbina, fingí que le había creído todo y escribí a mi padre una esquela en la que decía que fuese al Bajo, aunque le costase algún trabajo, para evitar que me sorprendiesen en las carretas donde me citaba. Urbina y mi padre salieron juntos para Santiago, y Urbina fue inmediatamente a mostrarle mi esquela a Irisarri; le dijo éste a Urbina que se la entregase a mi padre, diciéndole (para que no extrañase la contestación a cita que él no había hecho) que me había citado a su nombre a aquel punto, porque yo no quería ir sin su prevención. Mi padre fingiéndose ignorante de toda la trama, y con bastante inocencia contestó ofreciéndome ir al Bajo a las doce de la noche. Irisarri, que tenía espías apostados, tomó la carta, arrestó a mi padre en su casa con guardia y mandó 50 fusileros para sorprenderme. Yo sabía a la hora que llegarían; escribí una burlesca esquela a mi padre y se la entregué al mayordomo con orden que, al oprimirlo el oficial para que dijese mi paradero, le entregase la esquela como de sigilo. Galoparon, los pobres tontos oficiales y soldados de la deseada prisión, inútilmente, y yo me retiré a San Miguel. Irisarri encontró esta ocasión para insultar a mi padre, en cuya casa, a más [además] de la guardia, puso un escribiente para que apuntase a todas las personas que entrasen a visitarlo; así creyó que no serían muchos los que lo vieran, pero se engañó, porque tuvo el sentimiento de saber que era tan querido del pueblo, como él aborrecido.

Esta tropelía la ejecutó Irisarri en la persona de un oficial de graduación, sin otra autoridad que su capricho. Mi padre pasó una representación al Director [Lastra], pero nada hizo en contra del insolente Irisarri, contentándose con darle libertad a los ocho días, sin otra satisfacción.

Junio 18 de 1814. Carta de [Juan] Mackenna a O'Higgins dice que Lastra estaba tan incómodo por un oficio de O'Higgins, que el día antes trató [había tratado] de juntar [a] las corporaciones para entregar

el mando, pero que se le persuadió a que esperase la reunión del Congreso. El enfado dimanó de un insolente papel que O'Higgins le pasó, dictándole cuanto se le antojó al señor Director. Seguramente que sería el resultado de aquella carta de don Francisco Vicuña a Mackenna, para que el ejército hiciese las peticiones por el pueblo, porque así serían atendidas. Continuaba la carta de Mackenna de que [señalando que] acusan a Lastra de poca actividad y energía. Que [Juan] Noya no había sido colocado porque no había aún vacante de los principales empleos que necesitaban para darle. Da contra el pabellón y la escarapela tricolor, signos que pusieron los Carreras a sus esclavos [5] . Que había meditado bien en poner gorras al ejército, para hacer menos estrepitosa la mudanza de escarapela. Concluye diciendo que las partidas que buscaban a los Carreras no podían encontrarlos. Que el viejo [Ignacio de la Carrera] estaba arrestado y se le habían encontrado documentos que justificaban el plan acordado con sus hijos, de destruir [a] la Junta, [a] desarmar los patriotas, reponer el [al] Gobierno antiguo y colocarse él de Presidente etc., etc. Véase el [documento N° 97]. Es hasta donde puede llegar el descaró de esta canalla larrainista. Mackenna, como persona tan inmediata al Director, no podía hablar sin datos positivos. Papeles de él mismo, probaron la falsedad del plan que dice descubierto. ¡Pícaro! Creía indispensable, para desconceptuarnos, tan infame intriga y para comprometer hombres por sorpresa. Esto prueba que no éramos tan odiados como decían.

Junio 22 de 1814. Si los Carreras solamente inquietaban al pueblo, si el ejército era subordinado al legítimo Gobierno que ellos llamaban, si había orden y tranquilidad y si no se trataba (durante la prisión y persecución de los Carreras) de otra cosa que de la libertad y felicidad de Chile, ¿por qué escribirle Lastra a O'Higgins su carta N° 88?

La prisión y la viva persecución de las partidas que nos buscaban, no menos que la opresión de mis amigos y los excesos de [Antonio José de] Irisarri y de la gran Casa [6] que se aumentaban por momentos, me obligaron a no retardar la revolución, único arbitrio para sacudirnos de la tiranía.

Julio 1º de 1814. Me marché a [hacia] Santiago, y en pocos días, ayudado por mis amigos, vi el plan de la deseada revolución en estado de ejecutarse [7] .

Julio 2 de 1814. En casa de don Pedro Villar me reuní con don Diego J[osé] Benavente, don Julián Uribe, don Juan Esteban Manzano, don Manuel Novoa y don Marcelino Victoriano.

Julio 3 de 1814. [¿Estuve?] En casa de don Manuel Muñoz Urzúa, don Manuel y don Ambrosio Rodríguez, don Miguel Ureta, don Diego Benavente, don Manuel Novoa y don Julián Uribe.

Julio 4 de 1814. En casa de una joven amiga de don Manuel Muñoz, nos juntamos los mismos y concurrió Arenas, a explicar el estado de descontento en que se hallaba la tropa, y que podíamos contar con el cuartel. Don Carlos Rodríguez también concurrió. Estuve de visita en casa de las señoras Gamero, y aunque la noche era de luna y me encontré con una patrulla, no hubo novedad.

Julio 5 de 1814. Pasé el día en lo de Muñoz y me visitó don Manuel Araos; los Rodríguez y Ureta también me vieron.

Julio 6 de 1814. Me mudé a casa de don Juan Francisco Montaner. Esta noche hablé, junto a [la Casa de] las Recogidas, con el Teniente de artillería don Eugenio Cabrera.

Julio 7 de 1814. Comimos los amigos juntos, y las muchachas me divertieron con la guitarra.

Mandé llamar a Luis [Carrera], a San Miguel, y que viniese con los 10 o 12 muchachos que teníamos armados de fusil.

Julio 8 de 1814. Luis dejó [a] los fusileros en la hacienda de Espejo y se vino solo a la capital. Don Manuel Muñoz Urzúa lo entró en calesa a la ciudad, y se alojó en casa de las señoras Gamero.

La poca precaución y la franqueza con la casa de doña Mercedes Toro, hizo que llegase a oídos de don Manuel Valdés, la llegada de Luis.

Valdés, enemigo declarado de los Carreras, fue inmediatamente a avisarlo a Mackenna, quien lo notificó a [al Director] Lastra. A las once de la noche pusieron una guardia en observación de la casa; pero, poco después la retiraron, sin duda porque creyeron equivocado el aviso. Muñoz y Luis, confiados en que no había de volver la tropa, se entregaron a la quietud y a la sociedad. Yo mudé mi cuartel a la chacra de doña Rosario Valdivieso.

Decretó ayer el Director que todos los oficiales del ejército se restituyesen a él dentro de tres días, en inteligencia [de] que pasado dicho término, se declararían vacantes los empleos. Todo fue obra del temor que tenían a la revolución.

Es digno de admirar que a un tiempo estaban acordándose porción de revoluciones. Una dirigida por el chilote don Pablo Vargas, para hacer Director [Supremo] a [Juan] Mackenna, otra por don Pedro Aldunate, para colocar a don Silvestre Lazo, y otras cinco o seis para [por] porción de muchachos que habían tomado afición a la banda roja.

En la noche debíamos haber verificado nuestra revolución, pero el Teniente Contreras fue arrestado a las doce del día, por aviso que dieron al Director [Supremo] de estar acordado con nosotros.

Julio 9 de 1814. Temprano [las tropas del gobierno] rodearon la manzana de la casa de las Gamero, y pusieron centinelas en la torre de la [iglesia de la] Merced. Empezaron escrupulosos registros en la casa; pero Luis estaba muy bien escondido entre los colchones de [la cama de] una de las niñas que estaba gravemente enferma. Desesperaban ya de encontrarlo, y, creyendo el Director [Lastra], falso o equivocado el aviso, mandaba ya retirar la tropa; pero [Juan] Mackenna le aseguró nuevamente que estaba Luis adentro y que era preciso tomarlo. Así se verifico, mediante la actividad de [Antonio José de] Irisarri y Mackenna. A las tres de la tarde viendo yo que, por alguna casualidad podía ser descubierto, tomé mi caballo, y acompañado de don Manuel Jordán me fui a la hacienda de Espejo ([distante] tres leguas). Hice montar [a] la partida, y volví a Santiago por ver si podía sacar a Luis. A las ocho de la noche llegué al Conventillo, donde supe que ya lo habían tomado y llevado al cuartel de Nacionales, en medio de 50

bayonetas. No se sintió en el pueblo la menor alegría, un profundo silencio reinaba en todos, y la tropa manifestaba gran sentimiento. Solamente los larrainistas andaban celebrando el triunfo por los cafés. Me volví a lo de Espejo.

Julio 10 de 1814. En la noche, y con una fuerte lluvia, fui a los arrabales de Santiago, al llano de Portales; allí hablé con algunos amigos que había citado y me volví a Espejo.

Julio 11 de 1814. [Juan] Mackenna escribe a O'Higgins. Le participa la toma de Montevideo y la prisión de Luis Carrera. Dice [que] se va a principiar la causa a la execrable familia; y en su informe ofrece poner un catálogo de crímenes y una serie de nuestras ingratitudes. O'Higgins le pide haga lo mismo en informe que se debe pedir al Director, cargando la mano en las ocurrencias de Concepción, etc., etc. Véase el [documento N° 98].

El inglés Withaker almorzó ayer conmigo, y llevó encargo de decir a Lastra, de mi parte, que su autoridad no era otra que la que le daban las bayonetas y una infame facción que desea asegurar su progreso con nuestro exterminio; pero que yo estaba aún libre, y que si mi hermano sufría algo, no estaban muy seguras las cabezas de los facciosos. Así se lo dijo, y no dudo surtiría algún efecto esta insinuación.

Otra carta de Mackenna a O'Higgins descubre claramente que don Juan Pablo Ramírez le proporcionó a Mackenna el bote en que se escapó de Talcahuano.

Julio 12 de 1814. Me retiré a San Miguel en donde encontré a mi padre y [a] Javiera [Carrera] muy consternados por la prisión de Luis, y no sin fundamento temían que fuese envenenado.

Algunos soldados intentaron robarse [liberar] a Luis por el techo de la prisión, pero fueron descubiertos y presos; ésta fue obra de ellos únicamente.

Se dio principio a la causa de Luis, para la que nombró [el Director] Lastra una comisión compuesta de don Lorenzo Villalón, de don Silvestre Lazo y de don Juan de Dios Vial del Río. La causa era célebre. Luis era inocente de los cargos que se le hacían, y mejor le sentaban al mismo Director.

Julio 15 de 1814. Marché a Espejo para escribir a mis amigos, examinar el estado de Luis y agitar la revolución.

Julio 17 de 1814. Don Diego Benavente, don Pedro Villar, don Miguel Pinto, don Carlos Rodríguez y don Julián Uribe fueron a Espejo, los tres primeros con intención de seguir al ejército, para cumplir el decreto del Director [Lastra], en el caso que no se verificase la revolución.

José Bravo nos avisó, a las nueve de la noche, que el panadero Vera aprontaba caballos para una partida que debía salir aquella misma noche a sorprenderme. Luego que cenamos y con fuerte aguacero nos marchamos todos para San Miguel.

Julio 19 de 1814. Salí para Santiago y perdido en el camino no puede llegar al Conventillo (lugar de la cita) hasta más de las dos de la mañana. Los amigos se habían vuelto.

Julio 20 de 1814. Antes de amanecer me volví a los molinos de la hacienda de Espejo, porque la partida del Director [Lastra], a las órdenes de don Flavio Vidal, estaba en las casas, sacando caballos, destruyendo víveres y haciendo riguroso servicio de campaña, porque se les había antojado que yo tenía mucha tropa.

Carta de [Bernardo] O'Higgins a [Juan] Mackenna. Dice este liberal, que es de dictamen que se restablezca al Congreso que revolucionariamente suspendieron los Carreras por la fuerza, pues aunque hay algunos carrerinos entre ellos, es fácil separarlos por sus genios díscolos y revolucionarios.

Habla contra García [8] hasta ponerlo por los suelos. Parece conveniente copiar el 1º, en que habla del Congreso. Véase el

[documento N° 99]. A Lastra escribe en los mismos términos, por [en] lo respectivo [relativo] al Congreso.

Don Juan Mackenna pasó al Director un informe contra los Carreras. Lo señalo con el [documento N° 100] para que, examinado por los imparciales, hagan el juicio que corresponda.

En la noche me fui al llano de Portales y hablé con don Julián Uribe y con don Manuel Rodríguez. Era ya llegado el tiempo de la ejecución [de la revolución] y preciso que entrase a la ciudad; lo verifiqué y me alojé en casa de Rodríguez.

Julio 21 de 1814. En la noche fui a casa de mi padre, porque siendo el cuarto que me había destinado Rodríguez muy húmedo y frío, me sentía enfermo.

Julio 22 de 1814. Este era el día destinado para sacudir el yugo de la Casa Otomana [9] . No había otro arbitrio y esperábamos con ansia el momento. La mala fe de [del Director] Lastra llegó al caso de valerse de su Secretario, don Juan José Echeverría, para que ofreciese a mi padre pasaportes con nombres extraños, para que pasásemos la cordillera, habiendo de antemano dispuesto y acordado el modo de asegurarnos. Mejor era la que a ellos se les esperaba.

Me vi atacado de un fortísimo cólico, y hubo necesidad de llamar al médico don José Ríos que me asistió. Este acontecimiento y la tardanza de mi partida, que estaba en los molinos de Espejo y debió haber llegado al oscurecer, retardó la ejecución hasta las tres de la mañana del 23. Benavente, Pinto y Villar, que se habían pasado a la hacienda de don Estanislao Portales, para no ser vistos de [por] la partida de Vidal, también habían sido llamados. La llegada de las tropas auxiliares de Buenos Aires que se habían retirado a Aconcagua, nos ofreció alguna duda sobre el objeto de su venida, mas no entorpeció la obra.

Capítulo X

23 de Julio de 1814 - 4 de Septiembre de 1814

X. Golpe de Estado. Enfrentamiento militar y reconciliación con O'Higgins ante la llegada de una nueva fuerza realista.

Julio 23 de 1814. A las tres de la mañana se resolvió, debía ejecutarse la revolución [1]. Arenas franqueaba el cuartel de Artillería, el Alférez Toledo el de Granaderos y el Teniente don Toribio Rivera el de Dragones. Para posesionarse de ellos se encargaron los sujetos siguientes: el cura Uribe, con mi partida, a la Artillería; don Miguel Ureta a los Granaderos; para los Dragones, el mismo don Toribio Rivera, de acuerdo con su hermano don Juan de Dios, que los mandaba. Todo se ejecutó completamente; la actividad y decisión de Uribe lo allanaba todo. Se sacaron cañones a la plaza y se colocaron en las bocacalles sostenidos por infantería. Se pusieron en arresto: al Comandante Ugarte, de Artillería, a Picarte y a uno que otro sospechoso. La tropa estaba descontenta porque no me presentaba, y fue de necesidad que, sin atender a mi salud, me marchase al momento a [hacia] la plaza. Rivera, el Comandante, rehusaba, por temor o por política, que saliesen los Dragones a la plaza; pero a un fuerte recado mío, accedió. Al presentarme en la plaza, la tropa manifestó el mayor regocijo. El Director [Lastra] fue conducido al cuerpo de guardia con una escolta a las órdenes de don Francisco Cuevas. Don Manuel Cuevas y don Juan de Dios Ureta con 25 fusileros fueron a asegurar a [Antonio José de] Irisarri y [a Juan] Mackenna; el primero apareció en un albañal y el segundo en un pajar; al presentar [presentarse a] los reos, la tropa y la concurrencia manifestaba[n] el mayor entusiasmo y algunos menos generosos pedían sus cabezas. Mandé al cuartel de Voluntarios para que se pusiese en libertad a Luis [Carrera]; no obedeció el Comandante Plata y apresó al oficial conductor de la orden. Para evitar toda efusión de sangre, hice que el mismo Lastra firmase la orden, y con este frívolo pretexto quedaron libres Luis, don Manuel Muñoz y varios subalternos de este cuartel y del de los auxiliares de Buenos Aires. Luego que Luis estuvo libre, le di orden para que fuese a traer el

batallón de Voluntarios, orden que admitió gustosísimo aquel cuerpo que poco antes lo custodiaba como reo. Don Domingo Arteaga se empleó en reunir el batallón de Infantes de la Patria, y en la noche estuvo acuartelado. Luego que se juntó el pueblo, se trató de la reelección [elección] de [del nuevo] Gobierno, adoptando el de la Junta. Eligió para ella a don Julián Uribe, a don Manuel Muñoz y a mí. A las doce del día prestamos el juramento ante todas las corporaciones. Ellas nos felicitaron y aparentaron contento, sin duda porque fui obediente al llamado que el día 22 me hizo la comisión de la causa de Luis a edictos y pregones. Mackenna, [Antonio José de] Irisarri, Vargas y todos los presos, recibieron un trato generoso, no estuvieron incomunicados y se les hizo entender que aquella prisión era por mera seguridad.

Concluyó el trabajo de este día con la satisfacción de ver restablecida la tranquilidad, aumentada la fuerza y al pueblo muy satisfecho de cuanto se había practicado. El Director [Lastra] quedó arrestado en su casa, bajo su palabra de honor, para que cuidase a su mujer que estaba indispuesta. ¿Qué habría hecho Lastra conmigo si hubiese sucedido lo contrario?

Encontramos al erario con sólo 1.000 pesos, las tropas desnudas, sin pagar; el armamento enteramente destruido, la artillería abandonada, los cuarteles inmundos y destruidos, la subordinación por los suelos y todo al igual.

La fuerza que encontré en los cuarteles no pasaba de 600 hombres en todo, y el armamento bueno no pasaba de 200 fusiles.

Julio 24 de 1814. Situé guardias en las angosturas de Paine y de Chada, relevando [a] las que había anteriormente.

La partida de Vidal, que empleó toda la mañana de ayer en buscarme en San Miguel, y en sacarme de las haciendas todos los caballos y quitar hasta las escopetas de caza, me dio a mí parte de que no se me había podido encontrar, y me entregó el oficio-orden de Lastra, que le dio al tiempo de salir en mi busca. Muerto o vivo debía tomarme. No

importa, ya los tenía a todos en mis manos, enseñándoles a tratar hombres y no a sacrificarles cuando no había justicia.

Se nombró Gobernador de Valparaíso al Coronel don Javier Videla, y para secretarios del Gobierno superior a don Bernardo [de] Vera y a don Carlos Rodríguez. Videla salió inmediatamente a tomar posesión de su empleo.

Julio 25 de 1814. El Teniente Coronel don Diego J[osé] Benavente salió con pliegos para el ejército y para Gaínza; los primeros contenían la orden para que se reconociese al nuevo Gobierno, y protestas de unión y amistad, ofreciendo refuerzos de consideración a O'Higgins para empezar las hostilidades en el caso de que Gaínza no se retirase inmediatamente; los segundos a Gaínza eran terminantísimos para que eligiese entre la pronta evacuación de Chile o la más sangrienta guerra.

Se circuló a los pueblos el manifiesto N° 101, y el reconocimiento del nuevo Gobierno fue tan libre como completo. Talca, ese pueblo centro del sarracénismo, se negó por esta razón o porque el ejército, o más bien O'Higgins, lo dispuso así.

Irisarri me mandó desde su arresto la carta más graciosa que se puede ver. Se acabó el orgullo del Gobernador Intendente; sólo pensaba en confesarse y en pedirme perdón. ¡Infame! Creyó que yo era capaz de ejecutar con él lo que quiso hacer con los Carreras.

Julio 26 de 1814. Ignorante O'Higgins de la mutación de Gobierno en la capital, pasó a Lastra el oficio N° 102. Éste es el mejor documento para hacerle a O'Higgins cargos incontestables por su posterior conducta. Sabía ya a esta fecha [de] las intenciones de Gaínza, la hostilidad que hacía a los patriotas, y miraba con sangre fría la devastación de la provincia de Concepción. ¡Con qué furia clama en su oficio por la destrucción de los enemigos de América! Veremos si corresponden los hechos.

Julio 27 de 1814. Se presentaban desertores en partidas, y la fuerza tomaba un aumento considerable.

Julio 28 de 1814. Se difundió la noticia en Santiago de haberse negado Valparaíso al reconocimiento del nuevo Gobierno, y no era de extrañar siendo don Francisco Formas el Gobernador, y teniendo a su lado a don Fernando Urizar, a Campino y a Prats. En el momento se le pasó a Formas el oficio N° 103, y don Luis Carrera fue nombrado Comandante General de la división que debía sujetar a aquellos locos. Constaba de 900 hombres y su marcha iba a verificarse el 29. Las instrucciones dadas a este jefe son las del [documento N° 104]. Felizmente concluyó todo. El pueblo de Valparaíso se opuso decididamente a la descabellada empresa de Formas, y recibió al nuevo Gobernador con demostraciones de alegría y reconoció gustosísimo al nuevo Gobierno superior. Formas, [y los] señores Urizar, Prats y Campino se escaparon con el ánimo de unirse a O'Higgins o de pasar la cordillera. Al marcharse robaron las alhajas de la iglesia de Juan Fernández, las herramientas de aquella plaza [2], los fondos de las tropas y alguna porción de pesos de la tesorería. Se alojaron estos buenos muchachos cerca de Santiago, en la chacra de Prats, a donde mandé a sorprenderlos [a] una partida de Dragones a las órdenes de don Toribio Rivera. Les quitó este oficial los caballos, sus armas y ropa; pero ellos escaparon por las paredes. Persuadidos de que serían tratados sin rigor y temerosos de ser apresados por las partidas si seguían la fuga, se presentaron todos ellos y fueron arrestados.

Llegó a Talca don Diego Benavente y entregó a O'Higgins los pliegos. O'Higgins tenía alguna noticia, porque al llegar Benavente encontró a una guardia que detenía a todos los que iban de [desde] Santiago. Se citó en el instante a la Junta de Guerra, a todos los jefes y capitanes de todos los cuerpos del ejército. Reunida la Junta, determinó no reconocer al nuevo Gobierno, y lo menos que se oyó de aquellos vocales fue que yo era un traidor a la patria, como lo había manifestado por bando el Director [Lastra]. Llamaron después a [Diego] Benavente y le hicieron entregar, por fuerza, los pliegos que conducía para Gaínza. Benavente declaró ante aquella asamblea que sólo por la fuerza los entregaba. O'Higgins le dijo que se había acordado no reconocer al nuevo Gobierno y que podía volverse. Benavente les advirtió el modo legítimo con que había sido elegido el

Gobierno, para que no alegasen después ignorancia. Se le contestó que todo estaba bueno, y que podía marcharse. Salía Benavente cuando se le acercó el Capitán don Pedro Nolasco Astorga a intimarle arresto a nombre de O'Higgins. Obedeció y fue puesto preso con centinela de vista en uno de los cuartos de la casa de O'Higgins, temiendo mandarlo a un cuartel, porque las tropas no eran de su devoción.

El Gobierno mandó construir [confeccionar] 4.000 mil vestuarios e igual número de fornituras, porque las tropas estaban enteramente desnudas, y cargaban las municiones en los bolsillos o en el seno. Se dio orden para alistar [enlistar a] los inválidos, socorrerlos y vestirlos.

La memoria del estado miserable a que se veían reducidos aquellos mártires de la patria, manifiesta la indolencia de los jefes que acabaron [que habían sido cesados en sus cargos].

Julio 29 de 1814. Hubo en Talca Cabildo abierto, compuesto de don Vicente Cruz y toda su familia, de los Zapatas, Concha, etc., etc. De los mismos a quienes mandé presos a Santiago por sarracenos, cuando organicé el ejército para resistir a Pareja; de los mismos que, habiendo sido puestos en libertad por el Gobierno de [José Miguel] Infante, ayudaron [a] que Gaínza se posesionase de Talca con la división de Elorriaga. Se vieron en aquella época hechos de esta malvada familia, que no podían pagarlos ni en la horca. Don Vicente Cruz publicó una proclama enérgica en favor de los tiranos, y un hijo de éste atacó la plaza unido a la división de Elorriaga, matando o haciendo matar al inmortal oficial de artillería don Marcos Gamero, hermano del digno Gamero que murió en Chillán el 3 de agosto [de 1813]. A estos hombres, que debían estar olvidados tiempo ha, se les oyó dictar nuestra ruina y la de Chile con un placer extraordinario.

Dijeron, pues, los malvados de Talca (malvados que fueron tolerados después de recuperada Talca sólo porque crearon un expósito de la facción destructora) que no debía reconocerse al Gobierno, y que las tropas saliesen luego para la capital, para cuyos gastos levantaron un empréstito de 14 a 16 mil pesos. Pidieron igualmente que se asegurasen las personas de todos los partidarios de los Carreras y se le remitiesen a Gaínza para que los premiase, debiendo estar el ejército

seguro de que, dado este paso, auxiliaría Gaínza con cuanto se le pidiese. Yo lo creo y me honro de la buena disposición de Gaínza y de los talquinos contra los carrerinos y Carreras. Hubo nueva Junta de Guerra en la tarde, y se resolvió que saliese el ejército para Santiago el 31. Don Enrique Larenas, Comandante del batallón de Auxiliares, don Domingo Valdés, Comandante de Artillería, y los capitanes don Enrique Lasalle y don Manuel Astorga, dijeron que debía ponerse en estrecha prisión a los secuaces de los tiranos Carreras. Se trató de la prisión de todos los Benaventes; así se verificó con don Manuel, pero a don José María le permitió O'Higgins se retirase a la hacienda de Cumpeo ([ubicada a] siete leguas al norte de Talca) bajo su palabra de honor. Este hecho prueba claramente que la reunión de O'Higgins era de pícaros y que no podía tolerar a ninguno que pensase con honor. Examinemos imparcialmente si don José María era el único jefe de honor que había en el ejército.

Larenas, Alcázar, los traidores Valdeses y Bascuñán eran los jefes de los otros cuerpos; basta nombrarlos para probar que digo verdad.

Antes de salir don José María para su destino, habló con O'Higgins, quien le pidió que me escribiese intimándome con la revolución de los oficiales del ejército, que no querían otra composición que la de ver nombrado un Gobierno por el pueblo, es decir, por los Larraínes, para que después de instalado legítimamente, garantizase a todos los oficiales comprometidos. Pineda dijo al mismo Benavente que los Carreras habían hecho su deber, porque se les perseguía tenazmente, no habiendo una autoridad legítima que pudiese juzgarles, añadiendo en su discurso cuanto se le antojó en favor nuestro.

En la noche se desertaron del ejército, temerosos de que se llevase adelante el proyecto de remitir a Gaínza a todos los carrerinos, don Juan Felipe Cárdenas, don Juan de Dios Martínez, don Rafael Freire, don Ramón Novoa y don Gregorio Serrano. Lo mismo empezó a hacer la tropa y algunos otros oficiales de varios puntos. El Sargento González y el distinguido Caro, que estaban en la boca del [río] Mataquito, arrestaron a su oficial y se vinieron a Santiago con la partida de 20 Dragones; el oficial era don Pedro Reyes, a quien dejaron libre por sus muchas lágrimas.

Julio 30 de 1814. Me escribe [José María] Benavente desde Cumpeo la carta que le encargó O'Higgins, y en una reservada me advierte el verdadero estado de las cosas. El conductor fue don Manuel Pinto.

Agosto 1° de 1814. Para que la construcción [confección] de vestuarios no presentase el desorden establecido por [el Director] Lastra, se dictó un decreto por el Gobierno, que contenía el reglamento por el que debían dirigirse los comisionados.

Contesté a [José María] Benavente sus cartas hablándole, en la que debía mostrar a O'Higgins, con bastante energía.

El Gobierno ofició al diputado [José Miguel] Infante cerca del Director de Buenos Aires, por extraordinario, para que hiciese esfuerzo para sacar siquiera 500 fusiles; en el oficio al Director [de Buenos Aires] se le pedían 1.000 y alguna pólvora. Al Cónsul Poinsett también se le pasó oficio para que influyese en el despacho favorable, dándole igualmente una satisfacción, a que era acreedor, por los insultos que recibió antes de su salida de Santiago.

Don Domingo Luco (de quien hablé el [en la anotación correspondiente al] 7 de marzo de este año) llegó a Talca con pliegos de Gaínza a O'Higgins; se ignora el contenido de ellos. Lo que se sabe de cierto es que Luco tenía sobre sí la nota de un traidor; luego que entregó los pliegos, se fue a pasear libremente por el pueblo y se alojó donde le pareció. Durante su permanencia en Talca, se acompañó con su hermano don Joaquín, que era oficial de Voluntarios, y se pudo fugar de Santiago después de la revolución. ¡Qué no hablaría con su hermano! Son por cierto de buena familia y de buenas propiedades para mirarlos con tanta confianza. O'Higgins disponía del Estado como de un trasto inservible.

Se le volvió a oficiar a O'Higgins por el Gobierno, representándole los males que causaría al Estado la guerra civil que iba a envolverlo; que se detuviese, que nos escuchásemos y que todo concluyese amistosamente; se le hacía responsable de los males, y se le recordaba la época en que le entregué el mando del ejército, de orden de un

Gobierno ilegítimo, contra la voluntad de toda la oficialidad, del ejército entero y no menos contra la de la Junta de Concepción y la de los pueblos, estimulado solamente del bien de Chile, y del deseo de ver sus armas triunfantes de las realistas.

Agosto 2 de 1814. Era preciso deshacerse de muchos facciosos, cuya tenacidad y bajeza nos obligaron alguna vez a derramar sangre. Su permanencia en Chile era perjudicial a ellos, al sistema y a nosotros. El Gobierno remitió a Mendoza, a disposición de aquel Gobernador [3], al Brigadier [Juan] Mackenna, don Antonio [José de] Irisarri, don Pablo Vargas, don José Antonio y don Domingo Huici, don Fernando Urizar y don Francisco Formas; a Mackenna se le dejó el sueldo; el oficio que pasó al Gobernador [José de] San Martín prueba la generosidad con que fueron tratados estos acérrimos enemigos de la quietud, y de una porción de hombres que, con repetidos ejemplos, procuraron enseñarles a ser caballeros y amantes de su país. Otros de la misma facción fueron destinados a las haciendas del norte, don Joaquín Larraín, don Francisco Vicuña, don José Santos Pérez, don Antonio y don Juan de Dios Urrutia. El manifiesto del Gobierno del 2 de agosto lo señaló con el [documento N° 105], para que se conozca la libertad con que se procedía.

Agosto 3 de 1814. Se había ya recibido el reconocimiento de todos los pueblos del sur y de casi todos los del norte.

El Coronel don Rafael Eugenio Muñoz fue destinado a reunir su regimiento en el partido de San Fernando, para formar con él, el regimiento de Rancagua y alguna tropa veterana, la vanguardia de las fuerzas que debían oponerse a O'Higgins [4].

Agosto 4 de 1814. Cuando el Gobierno ofició a O'Higgins, el día primero, ofició también a don Juan José Pasos, diputado de Buenos Aires, mediando en las desavenencias. Querría que el señor Cucaracha dijese, con qué permiso, por qué conducto, y con cuál intención remitió a O'Higgins la carta N° 106. Si por buscar la composición, no; por más que dice en su oficio, es de creer que no fuese con otro objeto que advertirle que no tomarían parte los auxiliares de Buenos Aires para que marchase más animoso. Se parece esta carta al oficio que me

pasó Balcarce a Concepción, cuando después de tres meses perdió la esperanza de mandar el ejército. Cucaracha ha sido, es y será malo; si [yo] estuviese en Chile podría probarle hasta la evidencia que intrigó contra el Gobierno y cooperó a la guerra civil [5] .

Agosto 6 de 1814. Deseoso el Gobierno de evitar toda efusión de sangre y de contener a O'Higgins para que no abandonase las fuertes posiciones del [río] Maule, en circunstancias de estar completamente destruidas las capitulaciones [6] , citó al pueblo de Santiago, que se reunió en número crecido y disfrutó de la libertad a que no estaba acostumbrado. Hubo pasajes indignos de recordarse. Resultó por fin de aquella sesión una división sobre si debían ser o no los dos diputados que salían para contener a O'Higgins, don Juan José Echeverría y don Silvestre Lazo, o don Antonio Hermida y don Ambrosio Rodríguez; para evitar confusiones, se dispuso que los que quisiesen a los dos primeros fuesen a firmar al Cabildo, y los que a los dos segundos, lo verificasen en la sala de Gobierno. Se ejecutó así, y resultó que por los segundos hubo cuádruple votación. El Cabildo, que se componía en su mayor parte de la facción que acababa de destruirse siendo que no tenía firmas, mandó a una porción de larrainistas a recogerlas con diferentes pliegos por los bodegones y tiendas. Se dio parte al Gobierno de este escandaloso y criminal procedimiento, y mandó que se pusiese una guardia a la puerta del Cabildo para que no se dejase salir a nadie hasta que se concluyese la suscripción, y un oficial, por orden del Gobierno, a presenciarla. Concluida que fue pasó con ella al Gobierno una diputación compuesta de don Juan José Echeverría y el Conde de Quinta Alegre; examinada, conoció el Gobierno que habían recogido firmas, y reprendió por esto a los cabildantes.

El Coronel de las Provincias Unidas, don Santiago Carrera [7] que había tomado una parte activa en la facción de los Larraínes, se presentó en la sala de Gobierno diciéndose representante del pueblo, por no sé qué nombramiento que obtuvo de cuatro de sus amigos; el Gobierno lo reprendió y lo hizo retirarse. No se contentó con eso y se fue a la sala de Cabildo, para la que [a la que] arrastró [a] algunos niños con que tenía amistad, y por toda la noche [estuvo] intrigando y expresándose escandalosamente contra el Gobierno, quien orientado

de todo, lo hizo salir para que pasase la cordillera, y ofició a su Gobierno dándole parte de la conducta de tan mal oficial.

Agosto 7 de 1814. Se presentó al Gobierno don Santiago Carrera solicitando, por amistad, que se le dejase en Chile y no se le desairase remitiéndolo a su Gobierno; nada alcanzó; pero se le dieron cuatro meses de sueldo adelantados, para él y dos asistentes, y trescientos pesos para costas del viaje.

Carta de un ayudante de O'Higgins a mí desde Talca, dice lo siguiente:

“Hoy llegó un mozo de Cauquenes, y dice: que al General Gaínza lo tienen preso en Chillán con centinela de vista, y por una carta que he visto hoy, se sabe que han mandado llamar a Berganza, quien vendrá con toda la tropa que compone la guarnición de Concepción; los cañones y munición caminaron hasta de noche. A Cauquenes llegaron ayer 300 chilotes, y se aguardan 500 que están en marcha para Linares; dicen que estaban en el Parral antes de ayer. Las medidas que se han tomado hasta hoy para contenerlos son ningunas, pues debiendo salir tropas para el Maule, ha salido hoy el Coronel Alcázar con 250 Dragones y dos piezas de artillería para Curicó; mañana salen los auxiliares, artillería y algunas tropas de infantería de Concepción. Los Dragones y Artilleros van de mala gana. Las disposiciones siguen con calor; veremos las providencias que se tomen para contener al enemigo y se avisará. Don Diego [José] Benavente sigue preso. El Capitán Bustamante debe estar hoy en San Fernando con una guerrilla para contener [a] los desertores y con el mismo objeto don Pedro Reyes en la boca del [río] Mataquito. Entre Granaderos y Nacionales se han desertado 100, y según veo, no quedará ninguno. Dicen que quedarán aquí los cuerpos de Granaderos y Nacionales, otros dicen que irán. Calvo Encalada debe asegurarse, porque ofrece a O'Higgins dinero y caballos.

“P.D. Somos 8 a las siete de la noche. Llegó un mozo que mandé a Chillán y dice que Gaínza está libre y que ayer dejó pasando el [río] Ñuble, a 300 valdivianos al mando de Elorriaga, con el objeto de situarse entre los vados de Bobadilla y Duao en el río Maule. Una

guerrilla enemiga ha llegado hasta Villavicencio y ha barrido toda la campaña. Varios soldados nuestros, que venían de Concepción, han sido detenidos por el enemigo; a todo es sordo don Bernardo [O'Higgins]; nuestra suerte será infeliz”.

Al marchar el señor Alcázar se presentó el gran O'Higgins con su oficialidad para ver desfilar la tropa.

Los vivos a O'Higgins y la muerte a los tiranos Carrera, era la escuela de los oficiales adictos a él. Animaron [a] la tropa con una oferta de 25 pesos y medalla de plata a cada soldado, si vencían, y a los oficiales medallas de oro; así lo publicó el día 5 en proclama el señor General, en la que pedía toda resolución para acabar con los tiranos, con los traidores y dar libertad a la capital.

Agosto 8 de 1814. El Capitán don Nicolás García y el Alférez don Felipe Henríquez, salieron de Talca con cuatro piezas de artillería.

Agosto 9 de 1814. Salió de Talca el batallón de auxiliares, al mando de don Enrique Larenas, fuerte de 400 hombres y 200 infantes de Concepción y pardos.

Agosto 10 de 1814. Salió de Talca el batallón de Granaderos, a las órdenes de don Juan Rafael Bascuñán, fuerte de 470 plazas.

Agosto 11 de 1814. O'Higgins, sabedor o receloso de que don Francisco Calderón, a quien había mandado a la capital con las actas de la Junta de Guerra, habría sido preso en correspondencia de lo que había hecho con don Diego [José] Benavente, llamó a éste de su prisión, y después de hacerle algunas prevenciones para que impusiese al Gobierno, le dio oficios y le mandó que los condujese inmediatamente a Santiago; le mostró el acta del Cabildo de la noche del 6 que le había remitido el señor Lazo y Echeverría, provocándole a que marchase sobre Santiago con el ejército. Benavente, entre otras muchas reflexiones que hizo a O'Higgins para convencerlo a que no debía dar asenso a la relación de unos hombres comprometidos en la facción que acababa de destruirse, le manifestó que en los pliegos de firmas se veían blancos de líneas enteras, lo que probaba claramente

que las habían recogido por diferentes partes; pero O'Higgins era inflexible a todo lo que no fuese en apoyo de su plan.

Agosto 12 de 1814. Salió O'Higgins a alcanzar [a] las tropas y le siguió el resto de la artillería. Los Nacionales quedaron enteramente desarmados y no salieron de aquella ciudad hasta que O'Higgins los mandó retirarse, porque supo que los enemigos iban a posesionarse de ella.

Agosto 14 de 1814. El Teniente don Gregorio Allende salió a reforzar al Coronel Muñoz, que sólo tenía 100 fusileros mandados por don Juan Felipe Cárdenas. Llegó el 15 a Santiago el Teniente Coronel don Diego [José] Benavente.

Agosto 16 de 1814. Llegó a Rancagua Allende, y Cárdenas estaba en las angosturas de Regulemu. Los insurgentes estaban ya en San Fernando. Cuando Alcázar llegó a las riberas del [río] Tinguiririca, ordenó al Cabildo de San Fernando que se aprontaran cuarteles para 2.000 hombres. El Cabildo ofició al instante al Supremo Gobierno asegurándole su íntima adhesión y que, si no hacía defensa, era porque juzgaba inútiles los esfuerzos de un pueblo inerme. En Curicó fue lo mismo, y quitó O'Higgins todos los jefes que creyó contrarios, colocando facciosos; esta conducta fue igual en todos los pueblos de su tránsito; de todos ellos sacó contribuciones, y a todos los oprimió como quiso. Cuando Benavente estaba con la guerrilla en San Fernando, se interceptó un correo que, de orden de O'Higgins, [iba] hacia a Valparaíso con pliegos para Formas, a quien le encargaba resistiese, mientras se acercaba el ejército a dar felicidad y libertad a todos los pueblos.

El Coronel Calderón volvió con contestación a los oficios y actas de O'Higgins; no nos separábamos un momento del deseo de la más pronta conciliación amistosa, y para no perdonar arbitrio, le escribí a O'Higgins la carta N° 107.

Agosto 17 de 1814. Los diputados Hermida y Rodríguez, desde el momento que salieron de Santiago, no perdieron ocasión de oficiar a O'Higgins para saber si los admitía a desempeñar el encargo del

Gobierno y del pueblo; tuvieron algunas contestaciones y en una de ellas dijo O'Higgins que no escuchaba proposiciones de asesinos, que las bayonetas pondrían fin a las calamidades que sufría Chile. Sin embargo, los diputados, animados del deseo de la paz y obligados por las instrucciones del Gobierno, le pasaron este día [un] nuevo oficio pidiéndole que los oyese. Accedió al fin O'Higgins, pero que los recibía como particulares solamente. Poco importaba que así fuese y, aunque seguros de que serían abochornados, se resolvieron a sufrir.

Se retiró Muñoz a lo de Daroc, después que nada pudo alcanzar de Alcázar, a quien ofició para que detuviese su marcha hasta que se entendiesen los diputados con O'Higgins, manifestándoles, a nombre del Gobierno, la necesidad de detener el ejército sus marchas, porque ya era preciso contenerlo con la fuerza. Alcázar, jefe de la vanguardia y precursor de la ignorancia, contestó que tenía orden de alcanzar a la capital y destruir cuanto se le opusiese. Entró a Rancagua O'Higgins con la vanguardia, la división de auxiliares, infantes de Concepción y Pardos.

Juan Chavarría se robó en la noche, de orden de don Bernardo Cuevas, gran parte de los caballos y mulas del ejército de O'Higgins, y esta operación detuvo algún tiempo más sus marchas, dándonos tiempo a la defensa.

Agosto 19 de 1814. Llegaron a Rancagua los diputados a tratar con O'Higgins. Nada adelantaron con éste; el recibimiento fue muy propio de la educación de la oficialidad que le rodeaba. Sus bocas vertían sangre y destrucción, a nada atendían, y se creían árbitros de hacerlo todo sin oposición y muy a su gusto. O'Higgins dijo que los corredores de Cancha Rayada (hablaba por las tropas del Comandante Blanco [Encalada]) no resistían a los invencibles del ejército restaurador, y que no quedaba al Gobierno otro recurso que ceder o morir. Me escribió una falsa carta por fin de la conferencia, repitiendo las locas proposiciones y las únicas que hizo durante las desavenencias: dejar el mando y que elija el pueblo.

Salió de Santiago la segunda división al mando del Comandante General don Luis Carrera.

Ayer se recibió de Gaínza el oficio del 5 de este mes, [documento N° 108], y hoy se le contestó [con] el [documento N° 109]. A continuación del oficio de Gaínza se copia la carta de su Secretario Fray Juan Almirall. No se extrañe nuestra moderación respecto del enemigo exterior, en los momentos que marchaba para destruirnos y ponernos en el cadalso: no temíamos; el ejército de Chile contenía casi todas las fuerzas del Estado y las únicas aguerridas; necesitábamos contener a O'Higgins para desplegar después nuestra energía.

Agosto 20 de 1814. Nuestros diputados se retiraron de Rancagua y aunque los acompañaba un ayudante de O'Higgins, don Venancio Escanilla, se vieron precisados a romper cercos para huir de pasar por la división de auxiliares que estaba en camino, porque su Comandante Larenas y toda la chusma de oficiales se prevenían para insultarlos.

Agosto 21 de 1814. El Teniente Coronel don Diego [José] Benavente, con 200 fusileros montados, salió de Santiago a reforzar la segunda división. Una partida de Granaderos y de Infantes de Concepción, fue destinada a observar al enemigo en las Angosturas de Paine; era mandada por el Teniente Toledo. O'Higgins mandó a los Dragones a sorprenderlos, y lo logró por el abandono de Toledo. Corrieron los de O'Higgins [el rumor de] que aquella partida se había pasado a ellos, y celebraron el triunfo como un ensayo de las glorias que iban a adquirir destruyendo las fuerzas de la capital.

Agosto 24 de 1814. Estando O'Higgins en la hacienda de Mardones con la primera y segunda división de su ejército, recibió una carta de don Ramón Urrutia en la que le copiaba las noticias que su hermano don Juan [Urrutia] le comunicaba desde el Parral, relativas a las disposiciones, movimientos y refuerzos que habían llegado de Lima. Decía que Elorriaga, con 500 fusileros, estaba en el Parral y que continuaba su marcha hasta posesionarse de Talca, en donde esperaba el ejército; que debía marchar luego que se le incorporasen los refuerzos que habían llegado a Talcahuano, por el 12 ó 14 de este mes; que no bajaría de 1.200 hombres mandados por [Mariano] Osorio, quien relevaría a Gaínza. También le decía que los dos buques grandes estaban destinados a bloquear los puertos de San Antonio y

Valparaíso. Nada de esto hacía impresión en la dura cabeza de O' Higgins; había empezado la obra de destrucción y era preciso concluir la.

Para aumentar nuestra defensa había impartido mis órdenes al Coronel [José María] Portus, Comandante General de las milicias de Aconcagua y Los Andes, para que se pusiese a la cabeza de las mejores tropas y marchase en nuestro auxilio. Este día llegaron 200 hombres sin armas y se alojaron en el cuartel de Nacionales.

Agosto 25 de 1814. Llegó el Coronel don José María Portus con 1.200 hombres de caballería. La oficialidad cenó en casa y manifestó su entusiasmo en sostener la dignidad del Gobierno; prometían que sus lanzas acabarían a los perturbadores de la quietud y después a los tiranos [8].

Ya estaba pronta la tercera división del ejército de la capital; se armaron los 200 fusileros de Aconcagua que, unidos a los Pardos, a 80 fusileros montados, que se reunieron en esa tarde de los muchos veteranos dispersos y retirados que abrigaba la capital, por el desengaño a que se había reducido el servicio, a la artillería y caballería de Portus, formaban una fuerza respetable.

O'Higgins se mantuvo al sur del [río] Maipo, en la hacienda de Mardones ([a] 8 leguas de la capital) y Luis [Carrera] en la chacra de Pérez, a cuatro leguas.

Agosto 26 de 1814. Se selló la ruina de Chile. El traidor O'Higgins pasó el [río] Maipo y se dirigió sobre nuestras divisiones a las doce del día. El Comandante don Luis Carrera avanzó pequeños cuerpos de caballería para contener al enemigo y ejecutar la retirada, que yo le había ordenado hiciese, en caso de ser atacado, para presentar en los arrabales de Santiago, unida la fuerza. Recibí cerca de las dos de la tarde el parte de Luis [Carrera], y en el momento mandé que continuasen la marcha las tropas de la tercera división para protegerlo. Me adelanté con la caballería y dejé encargado a uno de mis ayudantes para que acelerase la marcha de la infantería y caballería. Cuando llegué a las primeras divisiones, las encontré en disposición de resistir

a la precipitada carga de O'Higgins que había roto los fuegos de artillería. Nuestra línea, aunque de reclutas la mayor parte, estaba dirigida y sostenida por algunos jefes y oficiales de honor y de valor. Es inexplicable el entusiasmo que animaba al último soldado. Estaba formada de este modo: la infantería apoyaba su derecha en la acequia que llaman de Ochagavía y componía el ala derecha de toda la línea; la artillería ocupaba el centro, y toda la caballería la izquierda. La partida de la tercera división [9] se colocó a la derecha y a vanguardia la infantería. Doscientos hombres de caballería reforzaron la izquierda.

Doscientos en columna marchaban por nuestra derecha a distancia de media milla, como amagando envolver al enemigo a retaguardia por la izquierda. Los 800 hombres de caballería de Aconcagua, a las órdenes de su Coronel don José María Portus, formaron una segunda línea a retaguardia de las divisiones.

El enemigo cargó con su caballería sobre nuestro flanco, y atacó el centro con su infantería, sostenida por cuatro piezas de artillería. El ataque fue intrépido, pero al valor de nuestros soldados que sostenían la buena causa y que aborrecían el yugo de los destructores, hubieron de ceder los bárbaros huyendo con más precipitación que los corredores de Cancha Rayada [10]. La caballería de Portus cargó a lanza dividiendo su línea de batalla por derecha e izquierda de las primeras divisiones, que con toda bizarría perseguían al enemigo. La acción duró tres horas si contamos el fuego de la artillería durante la retirada de las dos primeras divisiones hasta las Tres Acequias (tres leguas de Santiago) en cuyo campo, que presenta unas hermosas llanuras, se destrozaron las únicas fuerzas de Chile, porque así lo quisieron O'Higgins y sus secuaces. El cuerpo de Granaderos, el de la Guardia Nacional y parte de la artillería del ejército de O'Higgins, quedaron en Rancagua, porque a pesar que se les había puesto jefes de su confianza era constante que ningún estímulo les obligaría a pelear contra nosotros y sí a nuestro favor. La infantería de la tercera división del ejército de la capital, no alcanzó a hacer fuego y la noche puso fin a la carnicería. O'Higgins, el invencible (así se lo habían hecho creer) fue completisimamente derrotado; dejó en el campo de batalla más de 400 prisioneros, entre los que se cuentan 13 oficiales, 400 fusiles, 2

piezas de artillería y todos los equipajes, mujeres etc., etc. Al hospital de Santiago entraron 37 heridos y en el campo quedaron 26 muertos.

Nada me costaba perseguir y acabar la fuerza que quedaba a O'Higgins cuando huía a pie y consternada; pero la noche ofrecía mucho desorden y en ella habrían muerto muchos de nuestros hermanos engañados y seducidos por los malos; temí también que los oficiales comprometidos y sin ningún honor, no vacilasen en unirse a [Mariano] Osorio que no estaba distante, arrastrando consigo [a] la tropa que hubiesen podido, y este paso escandaloso debía influir en las glorias del tirano; al contrario, llamándolos amistosamente y manifestándoles generosidad, evitábamos todo resultado funesto y podíamos aprovecharnos de muchos de ellos, en los momentos que nos amenazaba un enemigo exterior y poderoso.

Dispuse que se retirase la infantería a la chacra de Ochagavía, y la caballería cubrió el servicio durante la noche; las partidas que batían el campo se presentaban continuamente con prisioneros y fusiles. Es digno de elogio la comportación [conducta] de nuestras tropas por el trato que daban a los prisioneros, tan generoso cual no era de esperarse; ni sus ropas ni su dinero era tocado, los abrazaban estrechamente como amigos y los convidaban a la unión. Cuando se retiraban de la chacra de Pérez nuestras divisiones, se situaron dos de sus guerrillas en el portezuelo de Tango para divertir al enemigo, que rompió sobre ellas el fuego de artillería, para que al mismo tiempo atacasen los Dragones. Al acercarse éstos, nuestras guerrillas hicieron fuego. Aquí un pasaje gracioso de O'Higgins. Como empezase a temer el resultado de la acción que emprendía, apenas vio el fuego de los nuestros, empezó a gritar a sus tropas, diciendo: "Señores, sean ustedes testigos de que ellos nos provocan y obligan con sus fuegos". Así creía ponerse a cubierto de los graves cargos que en todo tiempo deben hacerse. Se alcanzó a presumir este hombre que nosotros lo dejaríamos vencer sin la menor resistencia, sin reflexionar que debíamos estar enterados de sus infames acuerdos: 1. No dar cuartel en caso de vencer, a ningún oficial de los que miraba como enemigos de su facción o personas; 2. Echarse sobre los bienes de todos aquellos que de algún modo estuviesen comprometidos contra la facción, destinándolos en su favor y a su antojo; 3. Colocar a los

comprometidos en el ejército de O'Higgins en los primeros puestos: don Isidro Pineda, ex cura de Valdivia, e Ingeniero General del ejército, de Gobernador del Obispado, Vocal de la Junta, etc., etc.; Alcázar, Urízar y Larenas, gobernadores de Coquimbo, Valparaíso y Concepción; [Juan] Mackenna, Director [Supremo] o General del ejército, según el empleo que tomase O'Higgins. Siendo O'Higgins gobernante se volvería a restablecer el Directorio; no siéndolo, se nombraría la Junta, aunque Mackenna parecía estar adornado de las cualidades necesarias para ser un buen Director. Así otras muchas determinaciones y se decían libertadores de los pueblos del norte. Cuentan todos los que venían con O'Higgins que, cuando los Dragones se posesionaron del portezuelo de Tango, encontraron dos soldados del ejército de la capital, uno muerto y otro gravemente herido; al herido lo desnudaron y lo tiraron a un lado, dejándole la poca vida que le quedaba, porque así lo pidió el Capitán don Pedro Barnechea. O'Higgins estuvo envuelto por nuestra caballería y con el caballo herido, escapó por la obscuridad de la noche, o en medio de la confusión, auxiliado por el Capitán Barnechea, que le mandó un caballo en el que huyó perdiendo hasta la espada. El Coronel Alcázar y casi todos sus oficiales, dice Barnechea, escaparon a buen correr, cuando vieron la pequeña columna de caballería amenazando envolver la izquierda enemiga. El Secretario de O'Higgins, don Manuel Vega, se desertó del mismo campo y se pasó al enemigo; al mozo que lo acompañaba le pedía que lo condujese a Talca por donde no hubiese pisado planta humana. El Auditor de Guerra, don Miguel Zañartu, corrió hasta lo de don Francisco Valdivieso, y es de extrañar que no siguiese los pasos de Vega; don Francisco Elizalde, Sargento Mayor del batallón de Auxiliares, degolló a un Sargento del regimiento de Aconcagua, porque este buen soldado, cuando ellos iban corriendo en retirada, se acercó y los llamó diciéndoles “Vengan hermanos, todos somos unos, basta de sangre”. Un soldado, asistente de Elizalde, le dio un culatazo con fusil, y Elizalde se acercó y con un puñal le dividió el pescuezo en dos partes. He sabido en Buenos Aires [11] este horroroso paso, por los oficiales don Felipe Henríquez y don Ramón Allende que lo presenciaron.

Durante la acción se subieron al cerro de Santa Lucía todos los partidarios de O'Higgins, y llenos de júbilo al ver la retirada de las

tropas de la capital, creyendo que era por temor o impotencia, apostaban ocho a uno, a que vencía O'Higgins; de los más empeñosos era don José Ignacio Izquierdo. Solar escribía a su tío don Diego Larraín avisándole, a las cinco de la tarde, que hacía dos horas duraba un fuego vivo, y que iba a tomar las armas unido al comercio; supongo que sería para revolucionarse y volver el poder a la facción que acababa de destruirse por la revolución de julio. Este plan era demasiado sabido por nosotros, y bajo ese supuesto se habían tomado todas las medidas de precaución. El Vocal don Julián Uribe quedó de Comandante del cuartel de Nacionales, al que reunió todos los fusileros, artillería y milicias de caballería que quedaron en la guarnición. Destinó diferentes partidas a mantener el orden y guardar todas las avenidas del pueblo; con esta sola providencia se dispersaron todas las reuniones sospechosas y siguió durante la noche una completa tranquilidad. Los repiques de campana anunciaron la victoria, y la iluminación duró hasta el amanecer. Los oficiales prisioneros fueron asegurados con grillos, porque a Uribe se le dio la noticia que una partida enemiga de 150 fusileros se dirigía a la capital por el camino de la Calera; pero luego que cesaron los recelos se les quitaron los grillos. Don Juan Enrique Rosales se insolentó con Uribe y recibió un castigo bastante imponente: algún bofetón, rodada por la escalera y una noche de cárcel; no creo le pareciese muy bien.

Véase en el [documento N° 110], los estados de la fuerza, tanto del ejército de O'Higgins como del de la capital; se expresa en ellos el número total, el que entró en acción, los oficiales de todos los cuerpos y sus nombres, etc., etc.

Agosto 27 de 1814. En el reconocimiento que se hizo al amanecer se recogieron muchos soldados, fusiles y municiones y se protegió la desertión de algunos oficiales que se pasaron a nosotros. O'Higgins, desesperado de su mala suerte y arrepentido con lágrimas de sus culpas, pidió perdón mandando de interventor a don Estanislao Portales, en cuya hacienda se habían reunido como 170 hombres, que serían los más que quedaron de los que llevó a Maipú. Pasó un oficio clamando por la unión, para que sólo se pensase en destruir al enemigo que se acercaba a marchas dobles. Le contesté asegurándole que el pueblo, el ejército y el Gobierno, olvidados enteramente de

todo lo pasado, no apetecían otra cosa tanto como una sincera reconciliación, y que nuestros esfuerzos se dirigiesen a exterminar [a] los tiranos. Acompañaba a Portales el Teniente de Auxiliares don Mariano Navarrete, quien se quedó en Santiago dejando volver a Portales con la respuesta para llevarle a O'Higgins, al día siguiente, las cargas de equipaje que se tomaron en Maipú, y que pudieron librarse del saqueo de la tropa; a O'Higgins se le volvió [devolvió] el suyo completo, incluso 500 pesos que se le encontraron en una petaca y unas pocas onzas que tenía en la escribanía; los papeles sí, quedaron en mi poder, para documentar los servicios heroicos que ha hecho a la patria desde que, por su desgracia, tomó el mando del ejército restaurador.

Se presentó el Capitán Pasquel con pliegos de [Mariano] Osorio, intimando rendición y amenazándonos de que no dejaría piedra sobre piedra si no deponíamos las armas en sus manos. Pasquel, estando hablando con el Gobierno después que entregó los pliegos, dijo entre otras muchas insolencias: “Ustedes tienen la culpa de este nuevo rompimiento, por haber hecho la revolución de julio, quitando al Director [Lastra] con quien había tratado mi General Gaínza”. En el momento se mandó al señor don Antonio Pasquel a la cárcel y se le puso una barra de grillos para que pagase este insulto, y para que quedase en lugar del Coronel don José Hurtado que [quien] se había fugado, siendo uno de los que dio en [calidad de] rehenes el enemigo para asegurar el cumplimiento de las capitulaciones [12]. La contestación se le remitió a Osorio por el trompeta que acompañaba [a] Pasquel, y fue terminante, y se le dieron diez días para que contestase a nuestro oficio, y se le incluyó una gaceta de las que contenían el decreto de Fernando anulando la Constitución [española de 1812]; le reconveníamos por la prisión de nuestros dos oficiales en rehenes, que sabíamos estaban presos a bordo de un buque, ofreciéndole no soltar a Pasquel hasta que nos remitiese al Coronel Puga y el Teniente Coronel Sotta. No sé a qué atribuir la tardanza de Pasquel en su viaje a Santiago; los oficios de Osorio tenían fecha 20 y él llegó el 27; es de presumir que O'Higgins le hiciese detener hasta dar la acción, para aminorar así el crimen en el concepto de los que lo ignorasen, o que el mismo Pasquel se detuvo por dar tiempo a que nos batiésemos y destrozásemos; de todos modos es criminal en O'

Higgins haber dejado descubiertos los pasos para Santiago. Pasquel pasó el sur de nuestro territorio, solo y como quiso. Don Domingo Luco presencié la acción de Maipú y fue corriendo a avisar el resultado a Osorio. Con toda esta libertad se burlaba el enemigo de nosotros. Osorio, cuando mandó a Pasquel con los pliegos para el Gobierno, o como él decía “A los que mandasen en Chile”, remitió otro a O’Higgins advirtiéndole que, si antes que Pasquel volviese con la contestación, hacía el menor movimiento con sus tropas, tuviese por declarada la guerra; no hay duda que si obedece a la intimación de Osorio, Chile se habría salvado, porque nuestras tropas, no habiéndose batido en Maipú, habían sido más fuertes para resistir a los piratas. ¿Por qué Osorio quería tanto nuestro bien? Él quiso ciertamente intrigar con O’Higgins, y unido a él, atacar a las fuerzas de Santiago. O’Higgins se retiró a lo de Alamos y el Ingeniero General atrincheró un campo con líos de charqui para resistir a las tropas de Santiago si lo perseguían. Cuando Portales volvió con mi contestación lo recibieron muy mal, despreciaron mis proposiciones, hicieron Junta de Guerra, y en vista de haber llegado los Granaderos y Nacionales, determinaron volver a probar fortuna en Maipú. La misma vergüenza y sus delitos les hacían obstinados, o más bien, aparentaban serlo para sacar el mejor partido posible. O’Higgins, vuelto en sí, ya no lloraba como la noche del 26.

Santiago había aumentado sus fuerzas con los 200 infantes de Valparaíso. No se conocía entre nosotros la facción, y sólo se pensaba en reorganizar y aumentar las fuerzas para destruir a Osorio.

Agosto 28 de 1814. O’Higgins se resuelve a hostilizar nuevamente a la capital. Por don Miguel Zañartu se escribió a Concepción, a su hermano don Pedro, para que informase con individualidad el estado de aquella ciudad, los refuerzos que hubiesen llegado de Lima, etc., etc. Este proyecto fue de Pineda, de O’Higgins y de todos sus grandes, con la intención de no entrar en capitulación con la capital, a no ser que los obligase a ello el enemigo; así me lo ha dicho el Capitán Barnechea, quien proporcionó el espía conductor de la carta. Don Pedro Zañartu contestó la carta para no comprometerse con su hermano, pero avisó al Gobernador de Concepción, que [quien] mandó cuatro Dragones para que apresasen al mozo en los altos de

Penco; con trabajo escapó el mozo, perdiendo la carta en el avío de su caballo, que se vio obligado a abandonar para meterse a la montaña.

Agosto 29 de 1814. Don Pedro Barnechea me escribió desde el ejército de O'Higgins, avisándome el plan que habían formado los sanguinarios. Querían sorprender la ciudad por el camino de la Calera, o capitular poniendo sus fuerzas a la vista de las de Santiago. Contaban para esta empresa con 900 hombres, de los que 250 únicamente tenían buenos fusiles, según confesó O'Higgins en los estados que pasó posteriormente al Gobierno. Esto prueba hasta la evidencia que O'Higgins no siguió en su sistema de destrucción porque no tuvo fuerzas para ello, pues es sabido que en los 900 hombres no había 100 que quisiesen sacrificarse por sostener sus caprichos, y que los 800 [restantes] se disponían a amarrarlo llegando el caso de nuevo ataque.

Agosto 30 de 1814. A las diez del día entró el enemigo en Talca con 600 hombres a las órdenes de Elorriaga.

Agosto 31 de 1814. O'Higgins citó ayer a Junta de Guerra, y su resultado se ve en el oficio y carta N° 111 que me entregó don Venancio Escanilla. No puede llegar a más la estupidez del señor General; seguramente se le pasmó la cabeza desde que mandó en jefe. Pedir al ejército victorioso, al ejército que había doblado sus fuerzas, que trabajase por destruirse, es cosa que el tal O'Higgins solamente podía proponer. Pedía, pues, que se eligiese un Gobierno provisorio, que sus votos fuesen calificados por el Cabildo depuesto y que, para la votación, se pusiese en libertad a todos los confinados. ¡Vaya que es lindo el pensamiento!

Septiembre 1° de 1814. O'Higgins volvió a lo de Mardones y las tropas de Santiago salieron a recibirlo. Se situó mi vanguardia en la chacra de Ochagavía, y en el Conventillo el cuartel general. A las tropas se les leyó la proclama N° 112. El padre Arce, el mismo que predicó el sermón del 18 de septiembre, me pidió permiso para pasar al campo de O'Higgins a desimpresionar a aquellos miserables que buscaban con empeño su exterminio; surtió buen efecto su misión y por ella mandó O'Higgins a Escanilla con una carta, señalándome el

día siguiente para una entrevista a que le provoqué en contestación a su oficio N° 31.

Septiembre 2 de 1814. A las once del día nos juntamos en los callejones de Tango, que era el paraje destinado. Aunque tratamos hasta las oraciones, ni yo sé lo que nos quitó tanto tiempo. O'Higgins puso todo su empeño en que pusiésemos a Pineda de vocal de la Junta por Concepción, separando para esto a Uribe; pero viendo que me oponía con razones sólidas y que no cedería, me dijo que su oficialidad estaba contenta con que destruyese [a] la Junta y fuese yo Director. Le expuse otras muchas razones y nos separamos, comprometiéndose él a escribir a Uribe para que cooperase a este paso. Cuando llegué a mi cuartel encontré muy alarmada [a] la gente, porque recelaban de mi tardanza y mucho más porque me vieron salir sólo con un Ordenanza y un Ayudante. Entregué a Uribe la carta de O'Higgins [, la] que contestó en los términos que acordamos, negándose claramente a entrar en otra composición que no fuese reconocer [a] la Junta, y recibir de ella su palabra de echar un velo a [sobre] todo lo pasado.

Septiembre 3 de 1814. A las ocho de la noche vino O'Higgins a Santiago, acompañado de don Isidro Pineda, don Casimiro Albano, don Pedro Nolasco Astorga y don Ramón Freire, con la resolución de concluir las desavenencias reconociendo u obedeciendo al Gobierno, único partido que le quedaba. Se alojaron todos ellos en casa y fueron tratados sin la más pequeña demostración de resentimiento. O'Higgins me juró muchas veces su sincera amistad, procuró que me satisficiese de tantas protestas.

Septiembre 4 de 1814. A las doce del día extendió mi secretario, don Bernardo Vera, una especie de manifiesto en el que los jefes de ambas fuerzas se comprometían a hacer cesar toda hostilidad, uniéndose estrechamente para tratar sólo de la destrucción de los tiranos, que se acercaban a marchas forzadas sobre la capital.

Garantíamos la seguridad de los oficiales que no serían perjudicados por su anterior conducta, etc. Inmediatamente que se firmó el manifiesto, comunicó O'Higgins orden al ejército para que

reconociera al Gobierno, lo que se verificó con mucho júbilo del ejército y a pesar de la rabia de cuatro oficiales díscolos.

Pasó O'Higgins la noche en Santiago disfrutando obsequios, que recibía con tal desembarazo que juzgué vivía persuadido de haber servido a su patria el 26 de agosto, derramando la sangre de tantos inocentes.

Capítulo XI

5 de Septiembre de 1814 - 17 de Octubre de 1814

XI. Reorganización de las fuerzas. Batalla de Rancagua. fallidos Intentos de defensa. Emigración a Mendoza. Controversia con José de san Martín. traslado a buenos aires.

Septiembre 5 de 1814. O'Higgins volvió a su división para ocupar a Rancagua luego que estuviera reorganizada.

Septiembre 6 de 1814. La vanguardia del ejército enemigo se posesionó de las Quechereguas (60 leguas de la capital); así lo avisa de [desde] San Fernando don Juan Manuel Echaurren a O'Higgins, quien lo participa al Gobierno acompañando [el] original el [del] parte de Echaurren.

En oficio de este día, pasa O'Higgins a la Junta [un] estado de las fuerzas del ejército restaurador. Se halla éste reducido a 300 Granaderos, 125 auxiliares, 120 infantes de Concepción, 125 Dragones, 100 nacionales, 40 artilleros y 47 infantes de la Patria. Total 857 hombres. Fusiles tiene 697, de los que no hay más de 200 a 300 corrientes [utilizables] y los demás descompuestos. El día 2, al tiempo de nuestra entrevista con O'Higgins, me juró por su honor que contaba con 1.500 fusiles útiles, y reconviniéndole tenazmente cómo

podría ser que tuviera aquel crecido número de armas después de la derrota de Maipú, se mantuvo en lo dicho. ¿Qué diremos del señor don Bernardo y de su honor en vista del estado que antecede, firmado por él y su Mayor General, don Francisco Calderón? Juntemos este estado con el de lo que perdió en Maipú el 26, y que satisfaga de la falta que se nota en la fuerza de 2.000 hombres que tenía en Talca. Aunque rebajemos los 400 del 26 y 200 que se le pasarían al ejército de Santiago, resulta un déficit de 533 hombres; pero para qué cansarnos cuando debe responder de todos.

Septiembre 7 de 1814. Freire con 50 Dragones salió de [desde] Maipú a tomar posesión de Rancagua; con el mismo destino salió de [desde] Santiago don Bernardo Cuevas con 150 milicianos, de los que 60 llevaban fusil.

O'Higgins remitió a Santiago toda la artillería y municiones, dejando seis piezas para el servicio de la división, y aunque se escogieron las mejores, fue preciso hacerlas casi de nuevo. Si no hubiese venido O'Higgins desde Talca no se habrían destruido. Las municiones estaban en peor estado, mojadas, deshechas y, en una palabra, inservibles.

Septiembre 8 de 1814. Di orden para que se retirasen todos los ganados para el norte de Rancagua, y para que se despoblasen, si era posible, las provincias de Curicó y San Fernando. Barrenechea fue encargado de esta comisión y se reconvino a los jefes de las provincias porque no lo habían hecho antes.

O'Higgins pide maderas, fierro, alquitrán, maestros de montajes, herreros, fraguas, carretas, carreteros, caballos, mulas, etc. No sé qué haría este hombre con los muchos auxilios de esta clase que tenía en el ejército. No puede explicarse la desorganización en que se hallaban todos los ramos de él. Un Cabo de escuadra habría tenido mejor administración. Todo se le mandó prontamente.

Septiembre 9 de 1814. El Sargento Mayor de auxiliares, don Francisco Elizalde, llegó al campamento de O'Higgins con 200 auxiliares de los que estaban presos en Santiago.

La Junta me nombró jefe de todas las tropas de Chile, y me facultó para que les diese la organización y destino que fuesen convenientes a la defensa de Chile.

Un comerciante inglés que llegó a Santiago de [desde] Concepción, aseguró que el refuerzo, a las órdenes de Osorio, no pasaba de quinientos hombres de que se componía el batallón de Talaveras.

O'Higgins dio licencia al Coronel Alcázar para que pasase a medicarse a Santiago, y a Larenas lo remitió al mismo destino para enseñar y organizar reclutas. Todo fue pretexto y O'Higgins se acordó conmigo para separarlos de sus cuerpos por inútiles y cobardes. Véase la conducta de estos oficiales en la lista general. Elizalde fue nombrado Comandante de los Auxiliares, y todos los cuerpos del ejército recibieron nuevo arreglo. Véanse los estados y documentos del N° 113.

La noche del 26 de agosto se huyó de Santiago el Sargento Mayor don Enrique Campino, quebrantando el arresto que se le impuso en su casa, bajo su palabra de honor, después de haberse huido del castillo a que le había destinado el Director Lastra por seis meses a Valparaíso, por sentencia del consejo de Guerra que sufrió de resultas de la queja de O'Higgins, en abril, desde Quechereguas. Se escapó y se incorporó en los consternados restos del ejército restaurador, y O'Higgins lo admitió olvidando los crímenes de que poco antes lo había acusado. Hoy lo remite con carta de recomendación para que se le considere entre los oficiales de que habla el manifiesto del 4, y cuando no sea posible que continúe en el servicio, al menos se le conceda un destino honroso.

Septiembre 10 de 1814. El Coronel Bascuñán llegó a Santiago con 447 hombres de Granaderos, Nacionales e Infantes de la Patria, de los de la división de O'Higgins[,] que debía componerse de cuerpos completos.

El Capitán Isaac Thomson llegó al campamento de O'Higgins con 170 Voluntarios de la Patria. Voluntarios y Auxiliares debían formar el batallón N° 3.

Los escuadrones de Húsares Nacionales se aumentaron a regimiento, como se ve en el nuevo arreglo del ejército. El Coronel don José María Benavente dio este día a reconocer su oficialidad.

En vista de los informes que tomé de los frailes patriotas de todos los conventos de Santiago, resultó la prisión [de aquellos] que [cuyo nombre] consta de la lista N° 114.

Septiembre 11 de 1814. Se interceptaron cuatro cartas de [Mariano] Osorio, fecha 20 de agosto, que conducía a Santiago don Agustín Henríquez, sobrino de los Zapatas de Talca, para entregarlas al Coronel Alcázar, al Teniente Coronel don Enrique Larenas y a los capitanes don Domingo Valdés, Comandante de artillería del ejército de O'Higgins, y a don Manuel Vega, Secretario del mismo. Me lleno de satisfacción al ver que jamás se atrevieron los tiranos a tentar la fidelidad de mis compañeros, porque estaban seguros de que su honor, valor y decisión por la causa los hacían impenetrables a sus bajas intrigas. El [documento N° 115] es copia de las cartas y de los manifiestos que en ellas estaban inclusos. No tuve a bien entregarles a sus títulos, porque temí causarían alguna satisfacción. Vega ya había cumplido la insinuación de Osorio.

Septiembre 12 de 1814. El traidor Manuel Vega no en vano se fue con tanta anticipación al lado de Osorio. Conoció que acabada la preponderancia de O'Higgins, no estaba su pescuezo seguro entre los que conocían sus infamias. Este día interceptó don Bernardo Cuevas, por sus avanzadas, cuatro cartas de Vega para O'Higgins, para su hermana doña Rosa Rodríguez [1] y para sus íntimos amigos don Domingo Valdés y don Fernando Lantaño, y dos de don José Antonio Rodríguez, Auditor de Guerra del ejército de Osorio, para don Miguel Zañartu y don Gaspar Ruiz. Todas son fechas del 7 del corriente y se manifiestan con el [documento N° 116]. Yo mandé a O'Higgins la suya y las demás no las quise mandar entregar por igual motivo que las anteriores. El Capitán don Vicente Garretón entregó a O'Higgins 58 Dragones de [los] 74 con que salió de Santiago, según el estado que me pasó don José María Benavente. Garretón, ni a O'Higgins ni a mí, dio parte de la causa que motivó la baja de 16 hombres en un día y

nueve leguas de marcha. Siempre ha sido y será maula el señor Garretón.

Septiembre 13 de 1814. El traidor Manuel Vega proclamó a sus compañeros como se ve en el [documento N° 117]. La letra de la proclama es la misma que la de los manifiestos de Osorio y el estilo muy igual.

El Capitán don Rafael Freire había avanzado hasta San Fernando, pero se vio en la precisión de replegarse a Rancagua. El enemigo entró a San Fernando con 600 fusileros y avanzó sus guerrillas hasta Pelequén.

El Comandante de escuadrón don Joaquín Prieto fue destinado a Choapa para reclutar 200 hombres; llevó a sus órdenes al Alférez don José María Cruz, un Sargento, un Cabo y 6 hombres, se le dieron 1.000 pesos para los primeros gastos. Se dio principio a la fortificación de la Angostura de Paine, mandando para esto a los trabajadores del canal de Maipú y porción de herramientas.

Para limpiar la capital de enemigos, se decretó la prisión de los godos que contiene la lista N° 118.

Septiembre 14 de 1814. O'Higgins dice, en oficio de hoy, que le sorprende la impávida vileza del traidor Vega, que se atreve a dirigir sus escritos hacia él. Impávida es la ignorancia del señor don Bernardo, que a pesar de haber oído en Talca repetidas insinuaciones para que al menos quitase de su secretaría al tal Vega por sarraceno, se exaltaba en su defensa; ya es traidor, porque no le queda otro arbitrio que confesarlo. Recomienda mucho a don Miguel Zañartu, que no lo cree corruptible a las insinuaciones de Vega, por cuyo recelo fue llamado a la capital. Interpone todo su influjo para que se le paguen 1.000 pesos por las cantidades que se debían a su inicua familia. Otro oficio de O'Higgins es reducido a persuadirme que Rancagua debe defenderse a toda costa. Es tanta su decisión por este plan que se expresa así: "El punto de Rancagua es de suma importancia para el enemigo, y para nosotros no hay otro igual en todo el reino. Se puede hacer en él una vigorosa defensa sin exponer mucha tropa, ni

aventurar la acción, aún cuando nuestra fuerza sea la cuarta parte menor”. Sin duda O’Higgins contaba con sus sobresalientes conocimientos en el ramo de fortificación, y, a la verdad, que pudo haberlos adquirido al lado de [Juan] Mackenna. La línea que debía guardar era de algunas leguas.

Don Domingo Pérez llevó a Santiago 12.000 pesos para los gastos de la primera división, de la que era Comisario de Guerra.

Septiembre 15 de 1814. Acusa O’Higgins recibo de cien mulas, 10.000 cartuchos de fusil y 12 yuntas de bueyes. Dice él mismo que de orden del Gobierno me ha hecho reconocer por General en Jefe de los ejércitos de Chile. No puede ocultar este tonto su mal fundada ambición. Apenas podía contar nuestro Chile con una división, y él pintaba ejércitos por ser General.

Septiembre 16 de 1814. O’Higgins pide para su división, vestuarios completos, víveres, bagajes, útiles para rancho de tropa, herramientas, etc. Todo le faltaba; su división era un esqueleto.

Septiembre 17 de 1814. Recibió O’Higgins 6.000 cartuchos para fogear la tropa. Dice que aún no ha verificado la marcha a Rancagua, porque en la noche del 16 intentaron desertarse todos los artilleros por falta de vestuarios. Nota en los soldados, particularmente en los artilleros, un descontento general. ¿De qué dimanaría? Cuando venía a destruir una de las principales fuerzas que defendían el [al] Estado, a pesar de que se le pasaron 200 hombres a Santiago, de habersele dispersado otros y de haber dejado a retaguardia a los Granaderos y Nacionales, porque temió lo entregasen amarrado al Gobierno. Aún no se había acabado la refacción de la artillería de su división; todo era tropiezo, y el enemigo volaba sobre la capital.

Ofició al Director de Buenos Aires y al Gobierno de Cuyo, para que se sirviesen recibir 14 frailes sarracenos, y para que admitiesen las diferentes remesas que debían continuar. Véanse los oficios N° 119.

En bandos solemnes fueron declarados traidores Manuel Vega por la fuga al enemigo y por la proclama del 13, Manuel Bulnes, Teniente

Coronel de ejército, y José Antonio Botarro, Sargento Mayor de voluntarios, por haberse desertado al ejército de Osorio. También se declaró a Osorio fuera de ley y se ofrecieron 12.000 pesos por su cabeza, porque, contra las terminantes órdenes de Fernando [VII], rompió nuevamente la guerra para que Chile reconociese la Constitución Española. El bando lo declaró traidor a la patria y al Rey.

Seguía en la primera división la insubordinación y el desorden. Carta de ayer, del señor Francisco Calderón, me avisa que de sobremesa, en casa de O'Higgins y a su presencia, se mantuvo una conversación insolente contra el Gobierno por el Capitán don Manuel Astorga, quien se producía con la mordacidad que le es característica, y era apoyado por los Lucos. El capellán García, del N° 3, me dice lo mismo en dos cartas que me escribió con este objeto. O'Higgins, después de tantos juramentos de amistad y unión, encerraba más veneno en su negra alma que sangre en su cuerpo.

Septiembre 18 de 1814. Recibió O'Higgins 150 fusiles e igual número de fornituras, que le mandé para que pudiese completar el armamento del N° 3. También le llegaron las herramientas que había pedido. Salió O'Higgins con su división para Rancagua. En oficio de este día me dice: "El punto de Rancagua es inexpugnable si se custodia como corresponde. Mándeme Ud. 1.000 hombres de infantería, 300 de caballería de fusil, igual número de Lanceros, la culebrina de a 8 y el obús, y yo soy responsable de que el enemigo no penetrará jamás", etc. Todo es contradicción; el 14 con una cuarta parte del número de la fuerza del enemigo, se podía hacer defensa de Rancagua, y a los cuatro días ya necesitaba igual fuerza a la enemiga para sostener (como él dice) el mejor punto de defensa que tiene Chile. No pensaba así el tonto, él quería esa fuerza para oprimir a los que le desairaron en Maipú. Su obstinación y su deseo de venganza, igualaban a su ambición. Descaradamente publican sus oficiales que habían acordado sorprendernos y fusilarnos (hablo de los Carreras y sus amigos) en la primera ocasión favorable que se les presentase después de unidas las fuerzas. ¡Pobres! No lo habían pensado bien todavía, cuando fui enterado de todo. Vivía prevenido y trabajaban contra ellos mismos.

El Capitán de artillería don Antonio Millán salió con su compañía, fuerte de 80 hombres y 3 subalternos. La tropa bien vestida, pagada y contenta; con ella relevó la que tenía la primera división.

Setiembre 19 de 1814. Las guerrillas enemigas se presentaron sobre el Cachapoal (río que pasa por los arrabales de Rancagua) y una fuerte división se situó en las casas de Valdivieso (4 leguas de Rancagua) con 6 piezas de artillería; así me lo avisa O'Higgins desde el Mostazal a las seis de la tarde.

Tantas eran las reconvenções de O'Higgins porque no retardase la salida de las tropas de la capital, que me obligó a pasarle el oficio N° 120. Decía que los voluntarios que había mandado con Thomson de [desde] Santiago, no sabían hacer fuego; sin duda estaría olvidado el ejército del ejercicio a bala que hicieron el 26 de agosto.

El Coronel don Rafael Bascuñán salió para Valparaíso a tomar el mando de la infantería de aquella plaza y, como la guarnición era poco segura, mandé una compañía de 100 hombres a las órdenes del Capitán don Eleuterio Andrade; sus subalternos eran don Isidro Palacios y don Lucas Novoa, ambos subtenientes; la tropa fue perfectamente equipada. Ocasionalmente esta determinación los continuos avisos de que el enemigo intentaba tomarse aquel pueblo (que le era tan adicto) para llamarme la atención.

Septiembre 20 de 1814. Llegó O'Higgins a Rancagua con la división. El enemigo tenía sus fuerzas en las inmediaciones de [del río] Cachapoal, Pelequén y San Fernando. A las dos de la tarde, alarmó Calderón [a] la división porque se aumentaron a sus ojos los objetos del sur del río. Me pidió O'Higgins que tomase posesión de la Angostura, para evitar que el enemigo pasase por el vado de Cortés e impidiese su comunicación con la capital, y con la segunda y tercera división. Dice que le mande más cartuchos de fusil porque solo tiene 2.000. Remite preso, por mi orden, al Teniente Hilarión Gaspar, a las órdenes de don Santiago Gómez, con escolta de un Cabo y cuatro Dragones, para que no hiciese lo que Vega. Pide más dinero. El Coronel Portus salió con 1.200 hombres de caballería a auxiliar a O'

Higgins, para sostenerlo en su retirada a Paine en el caso de ser atacado.

Se incorporaron a los Húsares Nacionales 186 hombres de la infantería de Aconcagua, y 240 de las milicias de caballería de Quillota.

En oficio de este día digo a O'Higgins entre otras cosas lo siguiente: No pueden ser más activas las providencias, ni más apurada la marcha; se ponen en movimiento todos los resortes. V.E. no debe exponer una acción decisiva, sino bien asegurado del triunfo que ciertamente lo afianzaría la reunión total de todas las fuerzas. Si son iguales las enemigas y tenemos la fortuna de impedir su progreso a Rancagua antes de unirnos, éste será el mejor punto para sostenernos. Si las fuerzas enemigas avanzadas no se presentan con esta ventaja, la prudencia dicta replegarse, aunque sea doloroso perder un punto tan favorable, por no perderlo todo.

Septiembre 21 de 1814. El Comandante General de la segunda división, don Juan José Carrera, salió al mando de 700 Granaderos y 44 infantes de Concepción, que debía entregar en Rancagua para que se incorporasen al batallón N° 2, a [al] que pertenecían.

O'Higgins me pasa un estado de 17 desertores que tuvo en la marcha de Maipú a Rancagua. ¡Gracias al Gobierno de [José Miguel] Infante que enseñó este camino!

Me dice O'Higgins que habían aparecido en Rancagua, muchos ejemplares de la proclama de Vega y que los había hecho quemar al [por el] Subalterno de la provincia.

En oficio de esta fecha, hablando O'Higgins del reconocimiento que hizo Freire al sur del [río] Cachapoal, dice así: “Si llega el caso que toda la fuerza del enemigo avance sobre esta villa y yo presuma con fundamento que no puedo resguardarla con la que está a mi mando, haré la retirada hasta la Angostura, en los mismos términos que V.E. me manda en su carta de hoy, aunque verificarlo con orden es lo más difícil para nuestras tropas, por su impericia militar. Estoy cierto de la

actividad infatigable de V.E. y que sólo su celo podrá salvar a la patria en tan críticas circunstancias”.

La fuerza del enemigo la hacía subir a 1.700 hombres, con la división de San Fernando, a cuya villa debía llegar este mismo día Osorio con el resto del ejército. En Pelequén estaba la división de Elorriaga, que aunque no expresa O’Higgins la fuerza de que consta, por las noticias anteriores debemos suponerla de 500 hombres. Concluía asegurando que pasaría de 3.000 hombres de fusil el ejército de Osorio.

Septiembre 22 de 1814. Dice O’Higgins que las guerrillas enemigas se habían replegado y que si el enemigo no avanzaba con todas sus fuerzas, antes de dos días quedaba asegurada la defensa del reino. Supongo que esta seguridad se la darían las ridículas trincheras que había en la plaza.

O’Higgins me pasó el oficio N° 121, para que se le pagasen a su madre [2] ocho meses de sueldo de General que le adeudaba el Tesorero; ascendían los tales sueldos a 4.000 pesos. Cuando su madre llegó a Santiago, se le dio para que habitase el palacio de los obispos, y 1.000 pesos de obsequio para sus atenciones; al ver que O’Higgins cobraba 4.000 pesos, se le contestó que serían pagados proporcionalmente según las entradas del erario. No le gustó mucho la espera, y se acabó la preferencia que había concedido a las atenciones del Estado. Para no dejar duda de su falsedad, pasó oficio cediendo al tesoro los ocho meses de sueldo que acababa de librar a favor de su madre, más de 500 reses que le habían tomado de su hacienda y ofrece reembolsar los 1.000 pesos con que se había auxiliado a su madre luego que llegó a Santiago, así que mejorase de fortuna; pero advierte la prevención que hacía a su señora madre, para que saliese de un pueblo donde no podía existir como correspondía. Al señor O’Higgins le asignó el Gobierno 500 pesos mensuales, y él, de su autoridad, se asignó los gastos de la mesa, que según dijo el proveedor, don Domingo Pérez, al Gobierno, no alcanzaba a cubrirse con 500 pesos. Como en aquella época no se usaban cuentas, ni reglamentos, no es posible citar documentos, pero prueba esta verdad ver que comiendo, bebiendo y manteniendo familia el señor General, que, como decía, no

tenía otra cosa que su trabajo, había podido ahorrar tantos meses de sueldo cuantos tenía de General.

Septiembre 23 de 1814. Dos espías llegados de San Fernando [3] declaran que la tercera división [de las tropas realistas], compuesta del batallón de Talaveras y de un cuerpo de caballería que llaman Los Barbones, asciende a 600 hombres y traen seis cañones. Las guerrillas enemigas se presentaron sobre el [río] Cachapoal. El Coronel [José María] Portus con alguna parte de su caballería y los Dragones, pasaron el río para perseguirlas y reconocer el campo; se retiraron dejando en nuestro poder un Dragón y un miliciano prisionero. Por las declaraciones que les tomó don Francisco Calderón, consta que la división de Elorriaga es fuerte de 600 fusileros y 7 piezas de artillería. Dando crédito, como debemos, a los espías que han llegado repetidamente desde que salió de Talca el enemigo, y a las declaraciones de los prisioneros, que son conformes a las de los espías, resulta que el ejército de Osorio se componía de tres divisiones: la primera, a las órdenes de Elorriaga, constaba de 600 fusileros, de los que 100 eran montados y de 7 a 8 piezas de artillería; la segunda de 1.700 fusileros, y la tercera de 600, con 6 piezas de artillería. Total 2.900. Ya no puede O'Higgins que tenía un exacto conocimiento del poder militar de Osorio, y aún cuando dude algo, debe arreglar sus operaciones, no a lo que suponga o calcule, sino a lo más probable o cierto, que es lo dicho por espías, por avisos de patriotas y por los prisioneros, por estar todos ellos muy conformes.

La segunda división durmió en la hacienda de Mardones y recibió orden para apurar sus marchas cuanto fuese posible para evitar que nuestras fuerzas fuesen batidas en descanso.

Septiembre 24 de 1814. Recibió O'Higgins munición de cañón y fusil, escoltada de doce Dragones bien armados. Remite los estados de fuerza de los cuerpos que componen su división. Dice que parece que el enemigo intenta pasar el río [Cachapoal] y que no serán solo guerrillas, porque se ven desplegar banderas. Ofrece contenerlo cuanto sea posible y, si no lo consigue, se retirará a la Angostura de Paine, donde piensa encontrar el [al] batallón de Granaderos.

En oficio posterior confirma que las intenciones del enemigo son de atacarlo, teme no poderlo contener en el río, porque estaba vadeable por todas partes; sin embargo, llegando a tiempo los Granaderos, espera un éxito favorable.

La infantería de la tercera división, que se componía de 184 Infantes de la Patria, salió para Maipú, en donde debía reunirse toda para continuar sus marchas a Rancagua; le siguieron 4 piezas de artillería. La columna de Granaderos pasó la noche en la Angostura de Paine y emprendió su marcha a la una de la mañana del 25, para proteger a O'Higgins, que decía sería atacado al amanecer. ¿Por qué no se retiraría con su división cuando conocía la superior fuerza del enemigo, sabiendo que el río era vadeable y que podía quedar envuelto por su retaguardia, quedando incomunicado con las demás divisiones del ejército?

Septiembre 25 de 1814. Por dos espías que llegaron de San Fernando a las nueve de la noche, supo O'Higgins que ayer salió Osorio de aquella villa con su división y que caminando toda la noche llegó hoy temprano a la hacienda de don Manuel Valdivieso. Dice O'Higgins así: "Ya pienso que llega el momento en que el pirata [4] intente una acción general, o a lo menos, piensa sorprendernos o forzar el paso todo el día de mañana".

La columna de Granaderos pasó el día en los graneros del Conde Toro. El Comandante General de la división me acompañó estado general de la fuerza, con fecha de este mismo día.

Septiembre 26 de 1814. Osorio avanzó hasta las casas de don Francisco Valdivieso, y no quedaba duda [de que] quería atacar nuestra línea.

Dice O'Higgins [que] tiene noticia de que han anclado dos embarcaciones en la costa de Topocalma, y que su tripulación desembarcó a comprar vacas y caballos. Inmediatamente oficié al Teniente Coronel don Manuel Serrano, Comandante de una división que había situado en Melipilla[,] fuerte de 116 fusileros y 200

milicianos, para que pasase a impedir la compra de víveres y caballos y a sorprender, si era posible, a la tripulación.

Remité a O'Higgins un reglamento, por el que el soldado debía ser pagado tres veces al mes, precediendo una formal revista y con todas las formalidades que conciliasen el bien del soldado con el del tesoro.

No es creíble ni posible contar el destrozo que había en el manejo de los intereses de la tropa; Larenas y Alcázar eran los maestros de esta bella administración. O'Higgins se opuso al plan nuevo y se dilató para noviembre la rebaja del sueldo, menos la administración acordada.

Septiembre 27 de 1814. Salió la Guardia Nacional para Rancagua, fuerte de cerca de 700 hombres de los que 184 eran fusileros y los demás lanceros.

Las avanzadas de O'Higgins se batieron con las enemigas, sin que hubiese ocurrido novedad particular.

La segunda división se situó en la chacra de don Diego Valenzuela, una legua de Rancagua sobre el río [Cachapoal].

Septiembre 28 de 1814. Pasé oficio a los Comandantes de la primera y segunda división para que mandasen tapar las bocatomas del [río] Cachapoal, para duplicar las aguas[,] y hacer más difícil el ataque con que nos amenazaba Osorio. Véase mi oficio N° 122. Los momentos eran tan apurados que, a pesar de mis esfuerzos, no era posible organizar una fuerza que se disponía a pelear con fuerzas disciplinadas y aguerridas, cuales eran las españolas.

El Teniente Coronel don Bernardo Cuevas pasó ayer el río [Cachapoal] y se tiroteó con los barbones hasta el amanecer. O'Higgins elogia el valor con que se portó su tropa.

Recibió O'Higgins 6.000 pesos para su división, y tres oficiales de armería con todos los útiles para la recomposición del armamento.

La tercera división, a las órdenes de don Luis Carrera, durmió en la hacienda de Mardones.

Septiembre 29 de 1814. Me avisa O'Higgins que el enemigo tiene ya sobre el río [Cachapoal] toda su fuerza y que había colocado 5 cañones en el vado de Baeza y dos al frente de la villa, para batir las fuerzas nuestras que los guardaban. Salía O'Higgins con el batallón N° 3 a esperar el resultado de aquellas disposiciones.

La tercera división llegó al Mostazal, y el Coronel don José María Benavente, que estaba interinamente encargado de ella, por haber quedado un poco atrás el Coronel [Luis] Carrera, ofició a O'Higgins avisándole estaba en aquel punto ([a] 5 leguas de Rancagua) para volar en su auxilio, si era preciso.

Septiembre 30 de 1814. A las dos de la mañana salí de Santiago, después de haber tomado todas las medidas de precaución que dictaban las circunstancias y de haber puesto en campaña cuantos hombres fue posible.

Voy a hacer una sucinta relación de cuanto se trabajó desde la revolución sucedida el 23 de julio hasta este día. Olvido todos los esfuerzos hechos hasta el 4 de septiembre para oponernos a la bárbara, injusta y destructora guerra que nos hizo O'Higgins con las mejores fuerzas del Estado. Este fue el origen de nuestros males y de nuestra ruina, y aunque vivo satisfecho de la necesidad, justicia y prudencia con que emprendimos nuestra defensa, importa más sepultar aquellos aciagos días en tanto silencio cuanto no sea perjudicial a nuestra buena reputación.

La reconciliación con O'Higgins el 4 de septiembre, nos dio campo para obrar activamente en disponer la fuerza que debía oponerse a Osorio. Parece excusado manifestar el destrozo que sufrieron las tropas chilenas en la tarde del 26 de agosto. El movimiento de O'Higgins sobre la capital, sin haber dejado en Talca ni un soldado que observase los movimientos del enemigo, y entregando Prieto, al marchar con los Nacionales, el mando de aquel pueblo en manos de los más descarados sarracenos, abrió las puertas al pirata Osorio,

poniendo de un golpe a su disposición las fértiles provincias de Talca, Curicó y San Fernando, para que encontrase los auxilios de que carecía en Concepción, y sin los que no podía empezar activamente las hostilidades contra la capital. He dicho ya que, aunque el señor O' Higgins quedó reducido a una división, estaba tan en esqueleto que fue preciso mandarle de Santiago vestuario, fornituras y parte del armamento, con cuanto se necesita para poner un cuerpo en campaña. Sabemos que la guarnición de Santiago era miserable, que no había repuestos, dinero, tren de artillería, armamento compuesto, ni nada útil a la defensa del país [5] . Para enmendar estas faltas se creó todo de nuevo, y por un trabajo incesante, sostenido por nuestro amor a la libertad de Chile, se puso en Rancagua y en todos los demás puntos de defensa, la fuerza que aparece en el estado N° 123. Toda ella se vistió completamente y se pagó conforme a reglamento, abonándoles gratificaciones y aún sueldos atrasados. En campaña no carecían de lo más mínimo; todo era abundancia y comodidad. La buena administración se dictó por reglamentos provisionales y órdenes repetidas, para lo que únicamente había tiempo.

Para atender a tan crecidos gastos, se impuso una contribución de 400.000 pesos sobre los europeos e hijos del país, cuya indiferencia por nuestra libertad era manifiesta. Se echó mano de la plata labrada de las iglesias y se dieron órdenes terminantes para que pagasen los que fuesen deudores del tesoro. Todo era necesario para el pago de más de 6.000 soldados, para la construcción de más de 7.000 vestuarios, de cureñaje de campaña, construcción de toda clase de municiones, monturas, carros, etc.

Para asegurar la tranquilidad interior y cortar de raíz la seducción con que los sarracenos procuraban desanimar [a] nuestras tropas, fue indispensable aterrarlos, apresando, desterrando y expatriando 85 frailes y 70 de los principales godos. Para conducir con seguridad a los expatriados y desterrados, se estableció una posta de partidas militares hasta el pie de la cordillera, y si ésta hubiese estado abierta, habría quedado Chile limpio de esta clase de enemigos.

Llegué al Mostazal a las doce del día y como no hubiese novedad en Rancagua, determiné descansase la tercera división en esta hacienda.

Yo debía haber ido en la tarde a la villa, pero un fuerte golpe [que] me había dado en el camino me obligó a no verificarlo hasta el día siguiente.

Cerca de la oración, ignorante O'Higgins de hallarme yo tan cerca, pasó al Coronel Benavente el oficio N° 124. La intimación de Osorio [6], de que habla en él, manifestaba claramente sus malas intenciones, se databa en San Fernando, constándonos que se hallaba en las orillas del [río] Cachapoal. O'Higgins conoció en el momento la mala fe, y por consiguiente estaba advertido para precaverse. Luego que leí la intimación de Osorio, escribí a O'Higgins para que doblase la vigilancia, sin confiar en los cuatro días que daba de término para la contestación. Mandé que en el instante saliese el Sargento Mayor don Pedro Vidal, con la infantería y artillería hasta llegar a los graneros del Conde Toro ([situadas a] 3 leguas de Rancagua) para proteger las divisiones avanzadas en caso de ser atacadas; lo mismo se había hecho con la caballería, pero la noche era oscura y los caballos estaban sueltos en potreros. Se dio orden para que marchase al amanecer a alcanzar la infantería. Remité al Gobierno la intimación, advirtiéndole mis recelos.

Octubre 1° de 1814. Al amanecer se puso sobre las armas la Guardia Nacional y emprendió su marcha. No había montado a caballo cuando me avisa Vidal que se oía fuego de artillería hacia el [río] Cachapoal. Mandé apurar la marcha a la caballería y me adelanté. Dos o tres leguas antes de llegar a Rancagua, encontré a mi ayudante don José Samaniego, que la tarde antes fue a aquel pueblo por orden mía para observar el estado de disciplina en que se hallaba la primera división. Me sorprendió cuando me dijo: “El General O'Higgins me encarga diga a usted que el enemigo ha pasado el río por el vado de abajo; que ha mandado salir [a] los Dragones para contenerlo, y que se dispone a encontrarlo, para lo que ha avisado al Comandante de la segunda división para que lo sostenga”.

A poco andar recibí oficio de don Juan de Dios Garay, ayudante de O'Higgins, notificándome, a nombre de su jefe, que todo el ejército enemigo había pasado en la noche. Que la división de la columna era como para atacar [a] la tercera división, y que los Dragones y la

caballería de Aconcagua le picaban la retaguardia. Por este parte hizo alto la columna, se rompieron cercos, se formó la línea de batalla, se avanzaron guerrillas para reconocer al enemigo, y los Húsares formaron la vanguardia para sostenerlos. Mi ayudante, el Coronel don Rafael Sotta recibió orden, para comunicarla a los jefes de la primera y segunda división; era reducida a que, por el camino de la hacienda de la Compañía, verificasen inmediatamente la retirada sobre la Angostura de Paine, aunque fuese preciso abandonar la artillería. El Teniente don José Tomás Urzúa, mi ayudante, salió con 120 cartuchos para entregar a las divisiones. Al llegar ambos a la cañada de Rancagua, ya estaba posesionado de ella el enemigo. Con esta contestación volvieron y me encontraron con la división que estaba en marcha sobre la plaza, como a media legua. El enemigo comprometió una acción viva contra la plaza, donde se habían encerrado las dos divisiones. Avancé la Guardia Nacional para que incomodase al enemigo con guerrillas, y este cuerpo tomó posesión de todos los potreros y fincas inmediatas a la cañada.

El Coronel Benavente me dio parte de una columna enemiga que por el camino de Machalí, se dirigía como para la cuesta de Chada. Un escuadrón de caballería de los Húsares se destinó al reconocimiento, y como confirmase el primer parte, me vi en la necesidad de mandar la infantería y la artillería a que se posesionasen de la Angostura, para impedir que el enemigo lo hiciese, logrando impedirnos la retirada, interceptarnos las municiones y tropas y sorprenderlas hasta tomar la capital. No tardó en saberse que la columna de caballería era de Dragones y de la caballería de [José María] Portus que había sido dispersada por el enemigo. Hice avisarla [avisarle] para que se incorporase con la tercera división, oficié al Gobierno lo ocurrido, puse guardias en la Angostura y pedí que avanzasen las fuerzas de retaguardia, que consistían en 170 artilleros con 6 piezas de artillería, 116 infantes, a las órdenes del Comandante Bustamante, y 150 lanceros, a las órdenes de don Fernando Gorigoitia. Con este refuerzo era bastante para facilitarse la comunicación con las tropas encerradas y para obligar al enemigo a una retirada. La infantería y artillería volvió [volvieron] sobre Rancagua. Al anochecer estábamos en las casas nuevas de Cuadra. Reforcé a los Húsares con 2 piezas de

artillería y 60 fusileros, y mandé que acampase el resto de la fuerza en aquellos potreros.

No cesaba el vivo fuego del enemigo sobre nuestras divisiones, y deseaba el día para protegerlas en cuanto nos fuese posible. A las nueve o diez de la noche llegó a mi campo un Dragón disfrazado, conduciendo un papelito a nombre de O'Higgins; su contenido era el siguiente: "Si vienen municiones, y carga la tercera división, todo es hecho". El Dragón salió saltando tapias y era muy posible que a su vuelta lo tomase el enemigo, porque tenía circunvalada la plaza, por eso no quise contestar por escrito sino lo muy preciso. Premié al soldado con 20 onzas y le repetí muchas veces, dijese a O'Higgins y a Juan José [Carrera], que no quedaba otro arbitrio para salvarse y salvar al Estado que hacer una salida a viva fuerza para unirse a la tercera división, que los sostendría a toda costa. Por escrito le hablé así: "Municiones no pueden ir sino en la punta de las bayonetas. Mañana al amanecer habrá sacrificios esta división. Chile para salvarse necesita un momento de resolución". Después del recado dado al Dragón, que era bastante advertido, ¿podía decir más claro que saliesen y que los protegeríamos? El Dragón volvió y cumplió felizmente su arriesgada comisión, poniendo mi papel en manos de O'Higgins y dando mi recado con exactitud. ¿Restaba a los sitiados otra cosa que obedecer a mis órdenes? Toda la noche esperamos la ejecución, pero en vano. La ruina de Chile parece decretada por la Providencia; todo era ceguera y error.

El Coronel [José María] Portus se unió a la tercera división, con treinta hombres que pudo reunir de todo el regimiento. Me contó los motivos que ocasionaron esta dispersión. Dijo que O'Higgins, luego que supo que el enemigo había pasado el río [Cachapoal], salió a recibirlo con su división, nada hizo en la salida y se volvió a la plaza. Portus que con su regimiento había ido en su auxilio, seguía de su orden la retaguardia de la columna. O'Higgins entró en la plaza y queriendo Portus hacer lo mismo, fue contenido por nuestros centinelas que llegaron a hacer fuego sobre su columna; retrocedió Portus y probó entrar por otras calles, pero le sucedió lo mismo. En estas marchas y contramarchas, llegó el enemigo, y con fuertes descargas puso en completo desorden al regimiento, hizo prisioneros,

mató y destruyó. Huyeron los que pudieron acompañados de algunos Dragones, entre los que salieron los capitanes don Gaspar Ruiz y don Agustín López. ¿En qué estaría pensando O'Higgins que no ordenó que la caballería se replegase a la tercera división, ya que tenía la locura de encerrarse en una plaza en que no podía admitirla? El empeño era de no errar disparate.

Al amanecer [del día 2 de octubre] se puso en marcha la tercera división y no paró hasta que tomó posesión de los puntos que ocupaba la Guardia Nacional, la que no perdonaba momentos para incomodar, con guerrillas, al enemigo. Antes del ataque escribí al Gobierno el oficio N° 125.

Determiné hacer lo único que se podía con una fuerza de 368 fusileros. Desmontando parte de los Fusileros Nacionales, se formó una división de 250 infantes, que tomó posesión en una venta que está a tres cuadras de la cañada. La Guardia Nacional se formó en los potreros que están a la derecha de la venta. El enemigo colocó, atrincherados en las tapias, 200 fusileros para contener la Guardia Nacional. Destacó igual fuerza sobre la infantería y otra igual por la izquierda de nuestra línea, que corrió sobre nuestra retaguardia, haciendo un fuego vivísimo; el Teniente Coronel Benavente la contuvo. El Coronel [Luis] Carrera rechazó a los que atacaban, y avanzó una pieza de artillería que batía la que el enemigo tenía puesta en la boca de la Cañada. La Guardia Nacional obligó a retirarse a las guerrillas enemigas. No podía hacer más nuestra débil división; rechazó por todas partes al enemigo, contra quien se mantuvo por cuatro horas a la defensiva. La Guardia Nacional no podía romper a lanza y pecho de caballo, los tapiales que abrigan al enemigo y yo no podía permitir que 250 fusileros tomasen, a viva fuerza, un puesto atrincherado y sostenido por fuerzas muy superiores. Lo que únicamente se podía hacer fue lo que se hizo; llamar la atención del enemigo para que los sitiados pudiesen cumplir mis órdenes, incorporándose a la tercera división que distaba de ellos seis cuadras.

Sabían muy bien los sitiados que mi división constaba de bastante caballería y de muy pocos fusileros. ¿Cómo podían presumir que yo atacase la Cañada, cuando todo el ejército enemigo estaba en posesión

de ella? Si algún ignorante dice que debí hacerlo, es preciso confiese que la tercera división podía haber batido el ejército de Osorio en campaña por dos razones: la 1ª porque en campaña podía obrar mi caballería con ventaja, y 2ª, porque el enemigo, en el campo, no tendría casas, tapias, ni trincheras en que ponerse a cubierto. Para exigir que la tercera división atacase la Cañada es preciso confesar que debió haber seguido hasta la plaza, porque una vez vencido el punto fuerte ¿por qué no abrazar a nuestros hermanos que hacían la heroicidad de mantenerse encerrados, mientras nos dispensaban todas las glorias? Confesará también que teníamos algún objeto para encerrarnos en Rancagua, dejando al enemigo en libertad para irse a la capital, si le daba la gana. Últimamente confesará una de dos cosas; o la tercera división, olvidada de las fuerzas que tenían las dos primeras, debió haber entrado a sacrificarse, por ahorrar la sangre de los que tenían obligación y necesidad de salir, o la tercera división debía conocer que la cobardía, ignorancia y abandono de los de la plaza era tal, que veían la ruina de Chile con frialdad. ¡Cuál sería mi admiración, cuando en cuatro horas de fuego, no observábamos el menor movimiento de parte de los sitiados!

El enemigo hacía movimiento sobre nuestra retaguardia y nos presentaba fuerzas muy superiores; nada era esto, lo espantoso para nosotros era ver que mientras más nos empeñábamos los de la tercera división, menos fuego se hacía de la plaza llegando al extremo de callar enteramente. Me persuadí y todos creyeron que la plaza estaba capitulando o iba a capitular. ¿Qué hacer en tales circunstancias? Estoy satisfecho de haber llenado mis deberes, ordenando la retirada a la Angostura [de Paine], para fortificarnos en aquella ventajosa posición, llamando en nuestro auxilio [a los] 191 fusileros y artilleros, que había dicho al Gobierno, se llamasen de los diferentes puntos en que no eran ya necesarios. La retirada se verificó con orden y muy despacio; en el cerro Pan de Azúcar, hicimos alto y los centinelas de la altura, avisaron que volvía a hacer fuego la plaza. Mandé un propio para que apresurasen la marcha de 116 fusileros, que mandaba el Capitán don José Antonio Bustamante, y mayor fuerza el Teniente Coronel Serrano, con el fin de volver en auxilio de la plaza. En estas circunstancias se me avisó que el enemigo estaba posesionado de la Angostura y marchamos a atacarlo; se falsificó [se había falsificado]

la noticia y los fuegos de la plaza volvieron a cesar. Determiné pasar la noche en la Angostura, recibir allí el refuerzo y obrar al día siguiente en vista de las circunstancias. Poco duró este proyecto, porque el Teniente don Gaspar Manterola, del batallón de Granaderos, llegó a nosotros anunciando la rendición de la plaza, de la que se habían escapado muchos oficiales y soldados, de los que tenían caballos. Vi en aquel instante como infalible la pérdida de Chile, pero me propuse hacer los últimos esfuerzos, y seguir cuando menos una guerra de partido; avancé guerrillas para proteger a los que huían; el Capitán don Patricio Castro, con una guerrilla de Húsares, salió a recibirlos: tal era el terror de los que acababan de salir de la plaza, que con sus cuentos de muerte y de haber perecido toda la guarnición en la punta de las bayonetas, intimidaron a los de la tercera [división]. Castro se vio precisado a usar del sable para contener a los de su mando, que querían huir. Di orden al Coronel [Luis] Carrera para que destacase varias partidas bien montadas hacia Rancagua, y que al amanecer se retirase a Maipú. Yo marché a Santiago a disponer se pusiesen en salvo los intereses del Estado y a poner en campaña cuanta fuerza pudiese. Les fue imposible a los jefes contener la tropa, y por consiguiente, necesario verificar la retirada a las siete de la noche, para evitar se desertase toda la división.

Octubre 3 de 1814. Al amanecer llegué a Santiago y encontré que el vocal Uribe, en vista de mis avisos y prevenciones, hechas por [medio de] mi Ayudante don José Samaniego, a quien mandé desde las inmediaciones de Rancagua el día 1º, había tomado las determinaciones siguientes: dio orden para coleccionar todas las armas, caballos y mulas del pueblo y sus inmediaciones. Don Gabriel Valdivieso y don Juan Herrera pasaron a la Casa de Moneda a tomar razón de sus caudales y hacerlos empaquetar. Se trasladaron todas las tropas, municiones y artillería que había en la capital, a la Casa de Moneda. Ofició al Comandante [Juan Gregorio de] Las Heras, que estaba en Aconcagua con 180 auxiliares de Buenos Aires, para que pasase inmediatamente a Santiago; el Justicia Mayor, don José Miguel Villarroel, debía proporcionarles todo lo necesario para la marcha. Villarroel estaba advertido de mandar 1.000 mulas, 500 caballos y de poner en los pasos de la cordillera guardias para impedir el tránsito a todo el que no llevase pasaporte del Gobierno. Al Gobernador de

Valparaíso se le ordenó tomase los buques mejores y embarcase en ellos todos los útiles de guerra que pudiese, esperando segunda orden; que reuniese caballos y tuviese pronta la fuerza de su mando para ocurrir [concurrir] al punto que conviniese; que tomase todas estas providencias con energía, desterrando y castigando vigorosamente a todos los que se opusiesen a unas medidas tan conducentes al bien del Estado. Al aumentarse los peligros, por la completa derrota de las dos divisiones de Rancagua, se dieron nuevas órdenes al Gobernador de Valparaíso, mandándole terminantemente que todos los buques cargados con útiles de guerra, las lanchas cañoneras y demás embarcaciones capaces de darse a la vela, lo verificasen al primer viento, hasta anclar en el puerto de Coquimbo; que las que no estuviesen en estado se incendiasen; que se clavasen los cañones que no pudiesen llevarse, tirarlos al mar y quemando el cureñaje; que saliese con toda la guarnición a situarse en Quillota y esperase órdenes en aquel pueblo. Contestó el Gobernador que ya se movían las tropas y que haría cuanto se le prevenía. Mandó Uribe al Coronel Alcázar con 25 Dragones, 150 fusileros, 200 milicianos de [José María] Portus y alguna artillería en auxilio de mi división, pero antes de andar dos leguas, se le dispersó toda la gente.

Al Capitán Barnechea, acompañado del Coronel Merino y de una escolta de 19 hombres, se les comisionó para que condujesen los caudales con dirección a Coquimbo; esta elección fue del Gobierno cuando yo no había llegado aún de Rancagua, pero luego que llegué se me presentó Barnechea con orden del Gobierno para recibir las mías: le ordené marchase inmediatamente a Aconcagua, advirtiéndole que la retirada de las tropas era a Coquimbo, pero que en el camino de Aconcagua recibiría nuevas órdenes. Conducía 300.000 pesos.

Se ofició a todos los coroneles de los regimientos del norte para que pusiesen sus cuerpos sobre las armas, en el número de plazas que les fuese posible. Al Doctor don Bernardo Vera se le comisionó para que pasase a las Provincias Unidas, con oficios al Gobierno [de ellas] para que se nos auxiliase. Se retiraron [remitieron] a las villas de Aconcagua y [Los] Andes, más de 1.200 cargas de pertrechos, armamentos y vestuarios. Todas las tropas que no estaban armadas, también se retiraron a estos puntos.

La división se situó en la chacra de Ochagavía. Las fuerzas, a las órdenes de Alcázar, se dispersaron enteramente. Bustamante y Serrano, en lugar de presentármese con 250 fusileros, lo hicieron solos, diciéndome que la gente se había dispersado sin serles posible contenerla.

Llegaron los brigadieres don Bernardo O'Higgins y don Juan José Carrera de vuelta de la brillante campaña. O'Higgins habló tanta falsedad y con tanta irracionalidad que hasta hoy no he podido comprender. Lo sucedido en Rancagua, desde que el enemigo pasó el [río] Cachapoal por el vado de Cortés, consta de las relaciones que demuestra el [documento N° 126]; en ella se expresa el nombre de los autores; no tengo duda de su verdad, porque son en todo conformes con cuanto he oído generalmente. Tuvo valor O'Higgins de preguntarme por qué no había cargado más la tercera división. Le pregunté, yo, si él había sabido o visto cuando se acercó; me dijo que sí, y que se había repicado avisándolo a los soldados y todos sintieron el ataque. Le reconvine cómo era que no había salido, a pesar de mis órdenes y de la necesidad, teniendo en la plaza 1.617 hombres de fusil y cañón, y por qué no había mandado se replegasen a la tercera división los 1.300 famosos milicianos; nada satisfizo ni es capaz de satisfacer jamás. ¡Bárbaro! Con los 2.917 hombres que tenían las dos divisiones, podía y debía ser batido Osorio, por la excelencia de la caballería aconcagüina que no respetaba la metralla. ¿Qué dirá el señor O'Higgins de la sorpresa? El enemigo pasó el río [Cachapoal] por el vado de Cortés, vado por el que tenía repetidos avisos, intentaba pasar por ser el más a propósito, y que los emigrados de Rancagua le aconsejaban lo eligiese a Osorio. En oficio del 20, se ve que O'Higgins me pedía tomase posesión de la Angostura por temor [a] que el enemigo, pasando por el vado de Cortés, tomase aquel punto e interceptase la comunicación; en el del 24 del mismo septiembre dice que el río está vadeable por todas partes; en el del 25 teme que el enemigo trate de sorprenderlo; la noche del 30, después del recelo que le causó la intimación de Osorio, de mi prevención y de ver que yo hacía avanzar tropas en lugar de descuidarme, tuvo avisos de que el enemigo intentaba verificar el paso por el vado de Cortés. ¿Qué precaución se cree que tomaría O'Higgins? La contestación la da la

relación de los sucesos de las primeras divisiones en Rancagua, principalmente las de Samaniego. ¡Cuándo creería Osorio, sin tirar un tiro, pasar el [río] Cachapoal! Se puede decir que al llegar a Santiago fue sentido. ¿Cómo sería la persecución que decía Garay hacía la caballería por la retaguardia al enemigo? El enemigo vio la retaguardia de los nuestros, pero no los nuestros la del enemigo. Pasó Osorio durante la noche con tanto cuidado que no interrumpió el tranquilo sueño del Capitán don Rafael Anguita que, con... [7] hombres, guardaba el interesante vado de Cortés. Ojalá que la vigilancia del 1º de marzo en Concepción la hubiese reservado para el 30 de setiembre.

Osorio, repuesto ya del destrozo que sufrió en Rancagua en las 36 horas de fuego, marchaba sobre la capital. Defenderla era imposible por el desorden de la tropa, que no podía evitarse, porque la mayor parte de los oficiales cumplían tan bien como Alcázar y Bustamante.

Todo el día se trabajó mucho en retirar cuanto debía sernos útil en Coquimbo.

Octubre 4 de 1814. Ordené la retirada de las tropas sobre Aconcagua y dejé en el Conventillo una guerrilla de 20 fusileros, a las órdenes de los valientes y constantes Molina y Maruri.

Para no dejarle al enemigo algunas cosas que pudiesen aumentar su erario o proporcionarle recursos para la guerra, dispuse y por mí mismo hice saquear, a los pobres, la Administración de Tabacos que encerraría el valor de 200.000 pesos; en menos de dos horas estaba la casa tan limpia que no le dejaron ni las puertas de la calle. La provisión general sufrió la misma suerte. La maestranza de artillería, los repuestos de madera y todo el cureñaje que no se había podido conducir, se entregó al fuego. Los cuarteles fueron saqueados. La casa-fábrica de fusiles también fue saqueada de mi orden, después de extraer de ella lo más útil que se podía conducir, y cuando estuvo perfectamente saqueada, se le dio fuego. La casa de pólvora y sus molinos también fueron destruidos a fuego.

Desde las dos de la tarde hasta que anocheció, me mantuve en Santiago tomando por mí estas providencias, que eran tomadas a mi vista; contenía los desórdenes de la plebe y hacía que los mismos vecinos armados patrullasen para mantener la tranquilidad; gran número de europeos ayudaban [ayudaba] a este servicio, pero no hubo uno solo que se atreviese al más pequeño insulto, ni falta de subordinación. Nunca se manifestó más el patriotismo de la plebe y clase media de Santiago, que en este día; lágrimas y semblantes los más tristes se veían en todos ellos.

Al tiempo de marcharme, nombré Gobernador de Armas a don Rafael Eugenio Muñoz, para que mantuviese la quietud y entregase la ciudad a Osorio luego que se presentase. El oficio del nombramiento estaba extendido en términos muy duros contra Osorio, y obligaba decididamente a admitir el mando.

El Capitán Molina y el Teniente Maruri quedaron con orden de permanecer con su guerrilla en los arrabales del pueblo, hasta que el enemigo entrase en él.

Salí ya oscuro para Aconcagua, y dormí poco más allá de Apoquindo. Las tropas durmieron en las inmediaciones de Colina.

Octubre 5 de 1814. Llegaron las tropas y todas las cargas a la cuesta de Chacabuco y a la villa de Los Andes. La artillería subió la cuesta con un trabajo indecible. La Guardia Nacional cubría la retaguardia. No eran suficientes mis esfuerzos ni los de los oficiales que me ayudaban, para contener el desorden que ocasionaban los malos oficiales que no supieron hacer otra cosa que robar en Santiago, los días 3 y 4, huyendo con la presa para Mendoza, ayudando con tan atroz conducta a desanimar [a] la tropa que tenía más virtud y más honor que ellos. Don Francisco Elizalde, Comandante del batallón N° 3, don Isaac Thomson, don Manuel Rencoret, don José María Manterola, don Mariano Navarrete y otros, robaron en términos tan insolentes que fue preciso mandar una partida que los apresase, pero escaparon con tiempo. Elizalde hizo lo mismo en Aconcagua, tomando el nombre de don Santiago Carrera, quien lo reconvinó en mi presencia por su insolente proceder. Don Bernardo O'Higgins

acompañado de don Ramón Freire, se sacó 3.000 pesos de la tesorería de tabacos ¿y cuántos de estos excesos se cometerían sin que hayan llegado a mi noticia?

En la villa de Los Andes se reunieron los agraviados de Maipú y muchos de los de la Casa Otomana [8], no para ayudar a la reorganización de la fuerza que debía defender a Chile, ni para trabajar por una retirada ordenada para Coquimbo, pero sí para la total disolución del ejército, y para atizar el fuego de la discordia, induciendo a la tropa y oficialidad a pasarse a Mendoza, asegurándoles que de lo contrario serían víctimas de los enemigos; que en Mendoza los recibirían con el mayor aprecio y que volverían entre las filas de un ejército poderoso que mandaba Buenos Aires para la reconquista. El Comandante de los auxiliares don [Juan] Gregorio [de] Las Heras y el Coronel don Santiago Carrera, apoyaban estas promesas.

Cuando yo llegué a Los Andes no había un soldado unido, y la insubordinación y la licencia llegó al extremo de abrir unos oficios del Diputado [José Miguel] Infante, que tenían la nota de reservados, y en que se avisaba al Gobierno de Chile que el de las Provincias Unidas no quería franquear ni un fusil, ofreciendo solamente gente armada, y el Gobierno ofrecía también, dando frívolas disculpas por su ridícula negativa, que a nadie se le ocultaba de dónde dimanaba. Pedí a Las Heras que en la noche pusiese una guardia en la cordillera y que impidiese el paso a todo hombre que no llevase pasaporte del Gobierno; efectivamente la puso, pero fue para proteger la emigración. A Alcázar le mandé que situase en otro punto una partida para contener [a] los presos que mandaba el Gobierno a Mendoza por sarracenos, y no lo hizo o no cumplió el oficial; lo cierto es que volvieron muchos de ellos a Santiago. Clamé a los oficiales para que reuniesen la gente y no pude conseguir nada.

El enemigo entró ayer a las ocho de la mañana en [a] Santiago y hoy avanzó una pequeña división hasta Colina.

Octubre 6 de 1814. Las Heras formó su tropa para marcharse y mis súplicas no alcanzaron a contenerlo; le manifesté lo imposible que me

sería reunir [a] la gente sin su auxilio; que si no se restablecía el orden no podría verificar mi retirada a Coquimbo, cuya provincia nos ofrecía recursos para continuar la guerra con ventajas; que si el enemigo veía desamparado el valle de Aconcagua avanzaría velozmente, y que no sólo se haría de intereses que pasaban de un millón de pesos, sino que [también] degollaría al pie de la cordillera [a] más de 2.000 emigrados que estaban resueltos a seguir su ejemplo. Me conformaba con que permaneciese hasta el día siguiente en la villa, y aunque me ofreció hacerlo, faltó a su palabra marchándose antes de una hora. A todas mis reflexiones se opuso Las Heras; la retirada a Coquimbo le horrorizaba, y aunque era facilísima, le parecía imposible; tuvo valor de decirme que iba a situarse en la ladera de los Papeles y que tuviese cuidado en no dilatarlo en seguirlo, porque si el enemigo se acercaba, desbarrancaría el camino por medio de una mina de pólvora que dispondría en el momento. He aquí cómo el señor Las Heras disponía como jefe y era árbitro de la suerte de Chile. Si yo hubiese tenido alguna tropa le habría enseñado sus deberes y estoy cierto que, sin este hombre en Chile, habríamos hecho la retirada a Coquimbo y sostendríamos en el día la guerra contra Osorio y tal vez estaríamos enteramente libres de tiranos.

Alcázar siguió los pasos de Las Heras y no quiso proporcionarme los pocos Dragones que tenía a sus órdenes, para mandar proteger los caudales que seguían el camino de Coquimbo con una pequeña escolta.

Todo el día estuvimos haciendo esfuerzos para juntar alguna gente y alcancé a reunir 500 hombres, luego que se separaron Las Heras y Alcázar y toda la chusma de facciosos, quedó tranquilo el pueblo y entraron los soldados en orden. Situé una guerrilla en Chacabuco y pasamos la noche en la plaza, colocando la artillería en las bocacalles. Una patrulla mandada por el Ayudante Intendente de los Infantes de la Patria, don Clemente Navajete, tomó el camino para Santiago con cuatro de los presos destinados a Mendoza, que se habían escapado de la cordillera, entre ellos Pasquel, parlamentario de Osorio, y Arancibia sirviente de Urmeneta.

Octubre 7 de 1814. Se me avisó que el enemigo avanzaba y estaba cerca de Chacabuco, cualquiera fuerza era suficiente para destrozar la nuestra y aún estaba cerrada la cordillera; no se habían retirado los intereses y los emigrados no podían pasar. Tomé el partido de uniformar [a] mi gente[,] que se componía de hombres ingenuos que no sabían hacer fuego, de carreteros, arrieros y algunos soldados; aunque no tenían armas se les dio fusiles descompuestos y sin llaves. Con este aparato formé la línea de batalla en la plaza, precedida de 4 cañones volantes, y, en verdad, estaba imponente para quien no conocía la clase de gente que la componía, ni el estado del armamento. El Capitán Molina y el Teniente Maruri, con 60 fusileros útiles, se situaron en Chacabuco. Tuvo muy luego el enemigo noticia de estos movimientos, y temeroso de que sería atacado en Colina, se retiró a Santiago pidiendo a Osorio engrosase la división, porque los insurgentes tenían todavía mucha gente. Este ardid dio tiempo para todo.

Hice [envié] repetidos propios a Quillota y a Barnechea, para que se replegase a Los Andes, y se incorporase a nosotros con las fuerzas de Valparaíso y los caudales. Como se hubiesen metido en la cordillera todos los emigrados y la mayor parte de la tropa, y me faltasen auxilios para continuar la marcha a Coquimbo, no encontré otro arbitrio que salvarlo todo retirándolo a Mendoza y seguir de allí a socorrer a Coquimbo, mediante la protección que debíamos experimentar de nuestros aliados.

En la noche me situé con mi división en las alturas inmediatas a las casas de don Miguel Villarroel, por [para] asegurar la retirada en caso preciso y por tomar una posición ventajosa.

Octubre 8 de 1814. Casi todos los intereses del Estado estaban en la ladera de los Papeles. El Coronel Benavente los custodiaba y guardaba aquel punto. El Teniente Coronel Benavente y el vocal Uribe estaban en la Guardia trabajando por contener [a] la tropa y hacer pasar la cordillera a muchas familias y cargas del Estado, que nos eran precisas en aquella parte.

Esperaba con impaciencia la llegada de los caudales y de las tropas de Valparaíso. Con ellas y las reunidas en Los Andes, podíamos sostenernos en alguna de las muchas posiciones fuertes que ofrece la cordillera, hasta que llegasen los auxilios que podía mandar el Gobierno de Buenos Aires, o continuar la retirada a Coquimbo, bien por nuestro territorio o por el de las Provincias Unidas. Oficié a Las Heras para que dijese claramente si nos protegía en caso de hacernos fuertes en la ladera de los Papeles y contestó el oficio N° 127. Al Director de Buenos Aires y a nuestro comisionado don Bernardo Vera se le pasaron los oficios N° 128.

En la tarde, estando ya en la ladera de los Papeles todo cuanto deseaba retirar, dispuse que el Coronel don Luis Carrera cubriese aquel punto con la división y dos piezas de artillería, y yo con la guerrilla de Molina tomé el partido de alcanzar los caudales, pasar por Quillota para tomar el mando de los 200 fusileros y retirarme con todo para Coquimbo, en donde era posible entusiasmar y aumentar la fuerza para defender la provincia, llamando desde allí la que se retiraba a Mendoza.

A las ocho de la noche salí para la villa de Santa Rosa ([a] 5 leguas de los Andes) y al amanecer estaba cerca de ella. El Capitán Molina, en un descanso que hicimos, me dio parte de habersele desertado 30 hombres durante la noche; un huaso me avisó que la división de Quillota había abrazado el partido realista, y que mucha tropa salía de aquella villa a tomar los caudales que se decían en camino para Aconcagua. Estos avisos conformes con la falta de contestación a mis oficios, la deserción de la tropa en aquella noche y la voluntad de los oficiales que no era muy decidida por la empresa, me obligaron a no continuarla, dejando expuestos los 300.000 pesos y renunciando a la esperanza de retirar los 200 fusileros de Valparaíso. Volvimos a Los Andes, es decir, a la villa de este nombre.

Octubre 9 de 1814. A las ocho de la mañana estábamos de vuelta en las casas de Villarroel. Todo el día lo ocupé en hacer retirar [trasladar] unas pocas cargas de pertrechos y víveres para [hacia] la ladera de los Papeles. En la noche nos retiramos a la primera quebrada, temerosos de ser atacados por una división enemiga que estaba en la hacienda de

Chacabuco. Cuando llegaba al punto en que debíamos acampar, encontré al Capitán Jordán que con 40 artilleros armados de fusil; iba a reforzarme creyendo que continuaba para Coquimbo. Acampamos juntos y esperamos el día para volver en protección de los caudales, y para sacar alguna contribución para socorrer [a] las tropas que estaban sin el pago de octubre.

Octubre 10 de 1814. A las seis de la mañana marchábamos a nuestra nueva expedición, cuando se presentó don Isidoro Palacios, Subteniente de las tropas de infantería de Valparaíso, confirmando la noticia del huaso y haciendo la relación del [documento N° 129]. Como afirmase que los caudales estaban tan cerca, con el Capitán Andrade que los custodiaba, para que yo dispusiese de ellos, mandé salir [a] las guerrillas para que antes de [del] amanecer del 11 estuviesen de vuelta. Apenas salían [salieron] las guerrillas del cajón, se encontraron con las avanzadas del enemigo, que ya se había posesionado de la villa. El Capitán Jordán rompió sobre el enemigo, mató uno e hizo prisionero a otro, aunque un poco herido; el enemigo tenía fuerzas muy superiores y fue preciso apelar a la retirada. Dormimos en la ladera de los Papeles. Soto, el mayor sarraceno de Valparaíso, uno de los cómplices de la conspiración de Ezeiza, fugado de la cumbre de la cordillera en donde estaban los que se mandaban a Mendoza, fue asegurado y vuelto a su destino; éste nos contó que el comisionado para conducirlos los había dejado a su voluntad y por eso se marchaba para su casa. Muchos presos que pudieron escapar por la cobardía e indolencia de don Pedro Arriagada, comisionado para entregarlos al Gobierno de Mendoza, impusieron al enemigo de nuestra situación y lo animaron a que avanzasen [avanzase] con más precipitación. Supe que don Miguel Villarreal había mandado [a] avisar al enemigo para que no tardase en atacarnos.

Octubre 11 de 1814. Nos retiramos a la Guardia, y los efectos que no pudimos cargar por falta de mulas los tiramos al río [Aconcagua]; las mulas se las robaban los emigrados para pasar [transportar a] sus familias y equipajes, o se empleaban en romper la nieve, o los arrieros huían con ellas; las pocas que quedaban ya no servían de cansadas y hambrientas.

En la tarde se presentó una división enemiga de 400 fusileros que atacó y destruyó nuestra pequeña guerrilla. Aprovechamos la oscuridad de la noche para retirarnos al otro lado de la cumbre. Las Heras estaba en el Juncalillo y luego que supo [de] la derrota de nuestra guerrilla, tomó el camino para buscar puntos militares. Todo cuanto habíamos salvado hasta allí, o lo entregamos al saqueo, o lo quemamos, o lo tiramos al río.

Octubre 12 de 1814. Al amanecer subimos [a] la cumbre, hasta cuyo punto subió también el enemigo, quien nos tomó más de 150 prisioneros desarmados. Las Heras perdió una guardia avanzada que se entretuvo en el saqueo, y a [en] la noche estaban todos los emigrados de la parte de Mendoza.

Encontramos varias partidas de mulas que el Gobierno de Mendoza mandaba en auxilio de Las Heras; pero no en el nuestro, porque nos negaban hasta el agua.

El [junto al] Coronel Benavente y otros muchos oficiales de la guardia, acampamos en la ladera de las Vacas.

Octubre 14 de 1814. En el camino de Uspallata encontré a [José de] San Martín, acompañado de un Ayudante y un Ordenanza. Llegué a Uspallata, donde encontré a mi hermano Juan José, y éste me informó que se nos recibía de mala fe. O'Higgins, Alcázar y todos los que pasaron muy ligero [rápido] la cordillera, estaban también allí descansando y muy satisfechos de su honrosa retirada, pero parece que esperaban con ansia los caudales. [Antonio José de] Irisarri y otros de los que fueron remitidos a Mendoza con Mackenna, habían estado en Uspallata poco antes de nuestra llegada, insultando a nuestra familia y provocando a los amigos; me fue bien extraño que unos reos confinados a Mendoza, tuviesen atrevimiento para salir a 30 leguas [de distancia de la ciudad], y no dudé que San Martín lo toleraba. San Martín llegó a Uspallata a las ocho de la noche, y en el instante le pasé recado con mi Ayudante y él no tardó en contestarme. Al presentarse a San Martín el Coronel Benavente, le dijo que recibiese órdenes de O'Higgins, pero como le replicase Benavente que estaba a las mías, se conformó por necesidad. Ya no me quedaba duda de las intenciones

de los aliados. Fui a ver a San Martín, quien me satisfizo de lo dicho a Benavente, que no había tenido intención; ofreció que a la siguiente mañana, se pondrían a mi disposición mulas y víveres para la tropa, pero no fue así; a O'Higgins dejó este encargo a su partida para Mendoza, que la verificó muy temprano para no verme. O'Higgins no exigió obediencia de la tropa porque vio que no la conseguiría. El Coronel don Santiago Carrera procuró sostener que O'Higgins debía mandar las tropas, porque así lo había dispuesto el Gobernador. ¿Qué tal principio? O'Higgins marchó mandando los Dragones y yo con el resto de la fuerza, sin que O'Higgins manifestase la más pequeña subordinación.

Octubre 15 de 1814. Acampamos en el Paramillo. Los víveres para la tropa era preciso comprarlos a precios tan subidos que escandalizaban. San Martín, hablando con un arriero, porque éste le dijo que nuestros soldados no querían pagar porque estaba caro, respondió: “Déjelos Ud. que se mueran de hambre”.

Octubre 16 de 1814. Llegamos a los arrabales de Mendoza. Mi hermano, que estaba alojado en una quinta, acababa de recibir un completo desaire del señor San Martín; mandó una escolta de cívicos con los comisionados del resguardo, para que se le registrase el equipaje; así se ejecutó sacando los baúles al medio del patio; como con su equipaje estaban el de Uribe, el de Luis [Carrera], el de José María Benavente y el mío, se los llevaron a la Aduana hasta que se dieron las llaves para registrarlos. Esta conducta miserable la empleó San Martín en nosotros solamente.

Octubre 17 de 1814. Entré en Mendoza y visité a San Martín, después de haber recibido su oficio N° 130, que contesté con el del [documento N° 131]. Este lenguaje es muy ajeno del que se ve en el oficio que se nos pasó con fecha 11 de este mes, [documento N° 132]. El mal trato que recibieron mis oficiales en el camino, la conducta de San Martín en Uspallata y el oficio del 16 para que dejásemos registrar nuestros equipajes, me obligó a pasarle el del [documento N° 133], que contestó en los términos que se ven en el [documento N° 134]. Para convencerlo de su injusticia y de mi verdad, repetí el oficio N° 135, que no contestó, porque hubo interrupción en nuestra

correspondencia a causa de una visita amistosa que me hizo, receloso que nosotros, exasperados por sus continuos desaires, tomásemos el partido de oponernos con la fuerza. La visita fue antes de las ocho de la mañana y con protestas de una entera amistad. Dimanó la visita de mi contestación al oficio que nos pasó, en que me mandaba salir de [desde] Mendoza para [a] San Luis, para esperar en aquel pueblo órdenes del Supremo Director; ambos están en el [documento N° 136]. La misma receta pasó a Uribe, a Muñoz, a Juan José [Carrera] y a Luis [Carrera]; decía que era por aquietar los ánimos de los emigrados y asegurar la tranquilidad del pueblo. No era tal; era por quitar de Mendoza a los que querían emprender la reconquista de Chile, cuya empresa se reservaba para sí. Prueba esta verdad, el mandar [haber mandado] saliesen desterrados todos los que eran individuos del Gobierno de Chile y jefes del ejército, porque así lo querían los señores [Juan] Mackenna, [Antonio José de] Irisarri y demás desterrados de Chile a Mendoza, en unión de los que fueron apaleados en Maipú el 26 de agosto, porque quisieron destruir el [al] ejército de la capital. ¿Qué diría Buenos Aires si, en iguales circunstancias, el Gobierno de Chile desterrase al Supremo Director y al General de su ejército, a petición de Artigas y de los que están desterrados en Patagonia? No cansemos y confesemos que obraba la intriga, la ignorancia, la venganza y la fuerza. Balcarce, Pasos, Las Heras, Vidal, Villegas y cinco porteños, se decían agraviados por mí, y como estaban inmediatos al Gobernador de Cuyo, no eran malos agentes, ni tampoco lo era el Coronel don Santiago Carrera.

Hacer relación de todo lo ocurrido en Mendoza es cansarnos en vano. Extractaré solamente los oficios de San Martín y mis contestaciones.

En 18 de octubre me mandó diese a reconocer, en las tropas de mi mando, por Comandante General de Armas al Coronel don Marcos Balcarce. No contesté tan disparatado oficio por no agriar más las cosas. Yo quería comportarme y sostenerme como jefe de las tropas de Chile, y San Martín me trataba como a su subalterno.

Pedí pasaportes a San Martín para que el Doctor Uribe pasase a Buenos Aires, y aunque el día que nos visitó a las siete de la mañana, nos prometió que podíamos pasar a Buenos Aires o al punto que

gustásemos, contestó a mi petición en oficio del 22 de este mes, ofreciéndome pasaporte para cualquier individuo que no fuesen [fuese] de los que componían el Gobierno de Chile en el tiempo de su pérdida. ¿Qué más prueba para decir que estuvimos presos desde que pasamos a Mendoza?

En oficio del 24 me pidió informase los motivos o causas que me obligaron a confinar a varios individuos de Chile a Mendoza. Cumplí exactamente.

En oficio del 27, me ordenó pusiese a su disposición todos los caudales pertenecientes a Chile porque así se lo prevenía el Supremo [Director]. Contesté no había medio real.

Me pasó en oficio del mismo día la queja que puso el Cabildo contra unos soldados de Chile que habían atropellado a unos alcaldes. En contestación satisface plenamente.

En oficio del 28, pido a San Martín nos de pasaportes y auxilios para pasar a Coquimbo. No contestó.

En oficio del 29, pedí se me franquease un castillo para castigar a Alcázar, y en otro decía que no tenía cómo socorrer ni sustentar [a] las tropas, desde el 1º de octubre; a los dos fue sordo San Martín.

El 30 de octubre, unidos San Martín con Alcázar, pusieron las tropas sobre las armas, para lo que de antemano había citado San Martín mucha milicia de caballería, y dispuso la artillería, municiones, etc., etc. Puestos estos bravos en estado de ataque, me pasó oficio para que hiciese reconocer y entregase a Balcarce el mando de las tropas de Chile. Puse la orden que se ve en el cuaderno de correspondencia con los jefes de estas provincias, en el que están todos los que he citado desde el 1º de octubre.

Como el bando dejaba en libertad a la tropa para que continuase o no en el servicio de las Provincias Unidas, muy luego manifestó que no quería seguir otras banderas que las de Chile. Un Ayudante de San Martín dijo que diese dos pasos al frente de su formación el que

quisiese continuar. Dos fueron los únicos que admitieron, y por [para] vengarse de los soldados y de la oficialidad, mandó San Martín a Balcarce para que echase fuera del corral que les había dado por cuartel a la tropa y oficiales. Balcarce fue a la ejecución con dos compañías de fusileros. Apalearon a aquellos desgraciados, arrastraron a los oficiales y les tiraron a la calle sus camas y cortos equipajes. Nunca hice más desprecio de la Dirección de Buenos Aires, que cuando vi el trato que daban a las constantes tropas de Chile, y el atropellamiento del bando que acababan de publicar.

A la una de la tarde mandó llamar San Martín al Doctor Uribe, a don Diego [José] Benavente, a Juan José [Carrera] y a mí. Nos presentamos al buen San Martín, y después de una conversación bastante insustancial, nos previno era preciso quedásemos presos. Díjele que aquel trato no nos era extraño, que en la villa de Los Andes se lo había anunciado al Comandante Las Heras, delante de quien se lo decía. San Martín me pidió que tuviese conformidad, y le dije que pocos meses antes me lo habían enseñado los españoles en calabozos y cargado de cadenas. Por último, quedamos los cuatro en un indecente calabozo y con centinela de vista. Ofreció San Martín volver en la noche para tratar de nuestro viaje a Buenos Aires, pero hasta hoy no he vuelto a verlo.

A vista nuestra y de la tropa, le dio el insolente San Martín un bofetón al valiente Capitán don Servando Jordán, porque se puso el sombrero después de despedirse de su alta persona; este atroz hecho lo presencié y es conforme con la representación que hizo Jordán ante el [Supremo] Director Posadas, en Buenos Aires; concluyó el insulto haciéndole remachar una barra de grillos. El Coronel Alcázar aprovechó la oportunidad para vengarse de los que lo hicieron correr en Maipú; puso presos a cuantos quiso y cometió toda clase de tropelías.

A solicitud que hicimos a San Martín, que consta de oficios, se nos mandó para Buenos Aires, escoltados con [por] 30 Dragones, a las órdenes de don Agustín López y del Alférez Ibáñez. Entre las instrucciones de San Martín, una de ellas era que exigiese de los reos (así nos trata en su pasaporte), la cantidad precisa para socorrer [a] la

tropa; así consta del recibo de 50 pesos que me dio López y que está en el cuaderno. En San Luis quiso la escolta saquearnos para pagarse de los sueldos de noviembre. El señor Dupuy, Gobernador de aquella ciudad, impidió este insulto con acertadas disposiciones, porque López le confesó que era cierto y por eso detuvo al bribón de Ibáñez, autor de todo. San Martín buscó enemigos a que entregarnos para oprimirnos al extremo. En Luján se nos quitó la escolta, por orden del [Supremo] Director.

En Mendoza y en Buenos Aires, el clamor general era por los 300.000 pesos que los pérfidos decían que yo me había traído. Mi representación al Supremo Director contiene la relación de todo lo ocurrido, y se verá, muy por menor en el diario de las ocurrencias de las Provincias Unidas. La muerte de [Juan] Mackenna ocasionó la prisión de Luis [Carrera], y por conclusión de la causa salió fuera de la ciudad, hasta que el señor Alvear fue elegido Director.

Pasos, Vieytes, Fretes, Ferrador, Irisarri y O'Higgins intrigaron para que Alvear nos desterrase; se nos intimó la orden de un modo el más vil. Todo quedó en nada porque se persuadió Alvear de la injusticia.

En la revolución contra Alvear se nos pusieron grillos, porque lo mandó el godó Escalada y lo quiso Fretes.

Un indecente oficio fue la satisfacción que bastó en su concepto.

El suceso último de Dupuy con Juan José [Carrera] en San Luis ha coronado la obra. El señor Álvarez [Jonte] se dirige por el estatuto y hace mucha justicia. Permaneciendo mucho tiempo en estas provincias, no sé lo que nos suceda.

Septiembre 7 de 1815

Anexo

José Miguel Carrera en la Argentina

Recopilación bibliográfica realizada por Newtonberg.com (Fragmento)

Su estadía en Argentina no fue placentera ya que José de San Martín lo manda a prisión para luego relegarlo a Buenos Aires, desde donde viaja a Estados Unidos, con el fin de reunir fondos y pertrechos para liberar a Chile del dominio realista.

Sobre su estadía en EE.UU. el Ejército señala: "Allí se entrevistó con el Presidente James Madison y con muchas otras personalidades influyentes, y gracias a la ayuda que le dispensó el Comodoro David Porter y los miembros de la Logia San Juan, a la que ingresó en Nueva York, se contactó con la firma Darcy y Didier, logrando organizar una escuadrilla de cuatro naves, en la que izó la bandera de Chile, azul, blanco y amarillo. Traía consigo una apreciable cantidad de armas, municiones y pertrechos y una brillante oficialidad extranjera para servir sus propósitos. Arribó a Buenos Aires en enero de 1816".

Mientras San Martín libraba en Chile la batalla de Chacabuco, el Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de La Plata, Brigadier Juan Martín de Pueyrredón -reconocido miembro de la Logia Lautarina-, lo mantuvo prisionero a bordo del bergantín "Belén". Carrera logró convencer al Comandante Manuel de Monteverde, que se realizaba una injusticia y por ello pudo fugarse y llegar a Montevideo.

Manuel Alejandro Pueyrredón, nieto del general Juan Martín Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias del Plata, escribió sobre el regreso desde Estados Unidos de Carrera: "El general don José Miguel Carrera era un hombre de estatura más que regular, delgado de cuerpo, color blanco, de mirar tierno y penetrante, nariz

grande, tenía la boca casi siempre entreabierta, al hablar mostraba sus blancos y bien conservados dientes, algo grandes; en su frente espaciosa y elevada se notaban a ambos lados dos prominencias pronunciadas y la cabeza desde allí se elevaba como un globo; un observador inteligente que hubiese conocido el sistema del doctor Gall, hubiese podido estudiar en aquella cabeza, que revelaba tanta inteligencia, y en efecto, ese hombre era una de las capacidades de América. Poseía en grado superior el don de la palabra, el don de gente y una seducción irresistible, no se podía hablar cuatro minutos con el general Carrera sin ser su amigo; hasta su voz era notable, daba a sus palabras una entonación metálica que parecía una campana. Con el tiempo, mientras más traté a ese hombre, más lo admiré, llegué a tomarle fraternal afecto, sobre todo cuando fue desgraciado".

En Montevideo logró recuperar una imprenta que había traído desde Estados Unidos, con ella se estableció bajo la razón de William P. Grinswold y John Sharpe, y desde aquí envió escritos a Chile y Buenos Aires. En ella también imprime su " Manifiesto a los pueblos de América y a su Patria" el cual es escribe después de enterarse que sus hermanos Juan José y Luis fueron fusilados el 8 de abril de 1818, en Mendoza, por orden del Gobernador Toribio Luzuriaga y por Bernardo Monteagudo.

En una carta escrita a un amigo José Miguel dice: "Mis hermanos que fugaron por tierra, fueron sorprendidos en Mendoza, tratados como facinerosos y fusilados bárbaramente como traidores, sin haberlos juzgado. Mi padre, que acababa de venir de la isla de Juan Fernández, en que lo tenían preso los españoles por patriota, fue como un criminal cargado de cadenas y encerrado en un calabozo a la edad de 86 años. El congreso de Buenos Aires, a quien representé estos atentados y reclamé contra la violación de todos los derechos, se hizo sordo a mis clamores y a los de mi familia afligida por la más encarnizada persecución. Mi cuñada, la viuda de mi infortunado hermano Juan José, ha sido encerrada en un calabozo, mi suegra en la edad de cincuenta años ha sido confinada a Mendoza con una numerosa familia y entregada en los brazos de la miseria y desesperación. Todos mis amigos, sin otro crimen que serio, gimen en prisión o en el destierro; mi hermana doña Javiera, después de un arresto e

incomunicación indignos de su sexo, ha sido confinada en las aldeas casi desiertas del interior. Uno de mis sirvientes, solo por serlo, se halla en Mendoza cargado de cadenas, y otro criado de mi hermano don Juan, sufrió por la misma causa la infamia de doscientos azotes y un presidio por diez años. Nuestras propiedades están embargadas o saqueadas al arbitrio de la venganza de nuestros tiranos... ¿Y bien? A la vista de estos hechos públicos y notorios en ambos estados, preguntemos a los pueblos, a los hombres justos, a las almas sensibles de todos los países. ¿Qué recurso le queda a un americano que en recompensa de sus señalados servicios se le trata con este sanguinario furor, que no es oído ante la ley y se le acecha en todas partes para devorarlo? ¿No tendrá un derecho fundado en la naturaleza para defenderse de tan dura tiranía? Sí, la naturaleza y el odio justo de los pueblos vengarán un día tantos agravios,- yo serviré siempre al partido de los libres, pelearé a su lado mientras exista, y si me abandona la suerte en medio de mis esfuerzos, moriré invocando el auxilio de las generaciones futuras en favor de la libertad de mi patria, contra la ambición de sus crueles opresores..."

Tras la muerte de sus hermanos

Carrera se vale del uso de la imprenta para denunciar lo que él considera "intenciones monarquistas" para lo cual crea y publica el periódico "El Hurón" y en él da a conocer el proceder público y secreto del Gobierno de Buenos Aires por parte del Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata Pueyrredón, San Martín, del Congreso de las Provincias Unidas y de la Logia Lautarina; y los denuncia como enemigos de la causa americana. Frente a tal denuncia, las autoridades de Buenos Aires pidieron al Gobierno de Montevideo su expulsión y entrega, sin embargo, es ayudado a huir para salvarse.

Sobre esta nueva etapa el Ejército de Chile comenta: " Sin medios económicos, concibió la audaz idea de unirse a los caudillos de las provincias del norte de Buenos Aires. Así fue como a comienzos de julio de 1819, llevando consigo 400 pesos en plata, dos pistolas, su sable y 4.000 varas de cinta color punzó, en las que había escrito este

lema: Federación o muerte, se presentaba en el campamento del General Francisco Ramírez, en Gualeguaychú. Enviado por Ramírez cerca del General Estanislao López, Gobernador de Santa Fe, consiguió inclinarlo a la guerra contra Buenos Aires y ésta se inició el 7 de octubre de 1819."

La batalla de Cepeda destruyó a las tropas porteñas y los caudillos entraron vencedores en Buenos Aires. Carrera había obtenido su objetivo y además sus escritos habían causado la caída de Pueyrredón, el Congreso se encontraba disuelto y la Logia Lautarina se había convertido en los Caballeros de América. Con ello, se pone fin a la Constitución unitaria de 1819, y consagra el régimen federal en Argentina.

Un año más tarde y desde la localidad de Rosario escribe a su hermana Javiera: "... Vaya de bromas, el saqueo que me hicieron en San Nicolás me fundió, y estoy sin estuche para afeitarme, sin botines, sin una gorrita que reemplace el pesado sombrero que me arruina la cabeza, sin una faja para las carreras, sin valija, sin polvorín, sin desatornillador para desarmar pistolas, sin guantes y sin poderme hacer aquí de estos artículos."

A causa del Tratado de Benegas, suscrito entre López y el Gobernador de Buenos Aires, Carrera nuevamente debe huir hacia el sur y refugiarse con sus escasas fuerzas en las tolderías de los indios Ranqueles, indígenas que lo designan su Pichi Rey.

Dos meses estuvo en las tolderías de los Ranqueles y a comienzos de febrero de 1821 se puso en movimiento hacia San Luis, buscando el camino hacia Chile. Solicitó paso a los Gobernadores de Córdoba y San Luis y éstos respondieron movilizándose contra él. Obligado a combatir, venció al Gobernador de Córdoba, General Juan Bautista Bustos, en Chajá y al Coronel Luis Videla con las fuerzas de San Luis en la Ensenada de las Pulgas y ocupó la capital de la provincia.

Desde San Luis inició una nueva campaña para unirse al General Francisco Ramírez, y emprender una acción contra Buenos Aires. El nombre de José Miguel Carrera llenaba la pampa y todos deseaban su

destrucción. La campaña con Ramírez fracasó y Carrera se retiró hacia el oeste y retomó a San Luis después de derrotar a las fuerzas de Mendoza, en el sangriento combate -realizado solo con armas blancas- en Río Cuarto.

Después de éxitos y fracasos en sus luchas en las Provincias Unidas, se malogra su intento de abrirse paso hacia Chile, y es derrotado en la Punta de Médano. La retirada hacia Jocolí terminó con la traición del Comandante cordobés Manuel Arias, quien entrega a José Miguel Carrera, José María Benavente y Felipe Álvarez, al coronel mendocino José Gutiérrez, quien los toma prisioneros y los traslada hasta Mendoza para que sean juzgados.

El tres de septiembre de 1821, un consejo encabezado por Tomás Godoy -Gobernador de Mendoza y amigo de José de San Martín- decreta la pena de muerte para Carrera y Álvarez, estableciendo que su muerte se efectuaría a través de un fusilamiento que tendría que llevarse a cabo al día siguiente en la plaza de armas de la ciudad.

Antes de su ejecución José Miguel pidió papel, tinta y una pluma para poder escribir. La carta para su mujer la hizo en una esquila que escondería dentro de su reloj y ella decía: "Sótano de Mendoza. Mi adorada pero muy desgraciada Mercedes: Un accidente inesperado y un conjunto de desgraciadas circunstancias me han traído a esta situación triste, ten resignación para escuchar que moriré hoy a las once. SI, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros cinco hijos, en país extraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. Más puede la Providencia que los hombres. No sé por qué causa se me aparece como ángel tutelar el oficial Olazábal con la noticia de que somos indultados y que vamos a salir en libertad con mi buen amigo Benavente Y el viejecito Álvarez que nos acompaña.

Miro con indiferencia la muerte, sólo la idea de separarme para siempre de mi adorada Mercedes y mis tiernos hijos, despedaza mi corazón.

A Dios! A Dios!"

La segunda carta la destinó a su amigo español, Francisco Martínez Nieto. Sin embargo, este nunca la recibió, ya que el sacerdote de apellido Lamas se la entregó a Tomás Godoy, quien se la hizo llegar a Bernardo O'Higgins junto con el morral y el su "Diario de Guerrillas".

Tiempo después se conoció el contenido de la carta, la cual expresa: "Hoy, antes de las 12 seré víctima en la Plaza. Fui entregado por mis soldados después de la derrota del 31. Apenas me dejan tiempo para recomendar a Ud. mi desgraciada familia aislada y sin recursos, en un país desconocido con cinco hijos; toque Ud. todos los recursos imaginables para atenderla y consolarla: hable Ud. a todos los amigos; hágala conducir a Montevideo y de allí, si hay permiso, a su país, donde quizás consiga la devolución de sus bienes.

José Miguel Carrera."

Conducido a la plaza de Mendoza a mediodía del 4 de septiembre de 1821 y a los 35 años, fue pasado por las armas junto con el coronel Felipe Alvarez y el soldado Monroy, bajo el cargo de "alucinar con el sistema de la Federación".

La altivez con que encaró el patíbulo hizo decir al doctor Clemente Godoy, padre del Gobernador de Mendoza, que Carrera había muerto como un héroe de Plutarco. "La vida de Carrera es un abigarrado conjunto de triunfos y fracasos. Se alza como un meteoro en el cielo revolucionario de la Patria Vieja y desaparece tras la cordillera, envuelto en las últimas luces del crepúsculo que significó Rancagua. Asombra su viaje a los Estados Unidos e irrita su falta de perspicacia para aprovechar su posición después del Tratado del Pilar. Hizo un culto de la amistad y por su antiguo camarada de España, el General Carlos María de Alvear, comprometió su prestigio en Buenos Aires, y por el General Ramírez, el gaucho recio que se sacrificó por amistad, vario su ruta a Chile, perdiendo su ejército y la vida".

Su biografía el Ejército de Chile la concluye con el siguiente párrafo: "Su amor a Chile y las tremendas e injustas persecuciones que sufrió,

marcaron el sendero de su vida errante por las pampas, pero su hombría y sobre todo sus últimos momentos serán siempre base del pedestal de su figura, en tanto su amor a Chile le hace perdonar muchos de sus yerros y actuaciones y por eso Chile ha grabado en su tumba para él y para sus hermanos: La patria a los Carrera, agradecida de sus servicios y compadecida de su desgracias".

Quipu Editorial
<http://www.quipueditorial.com.ar>
quipu.editorial@gmail.com
Enero de 2011